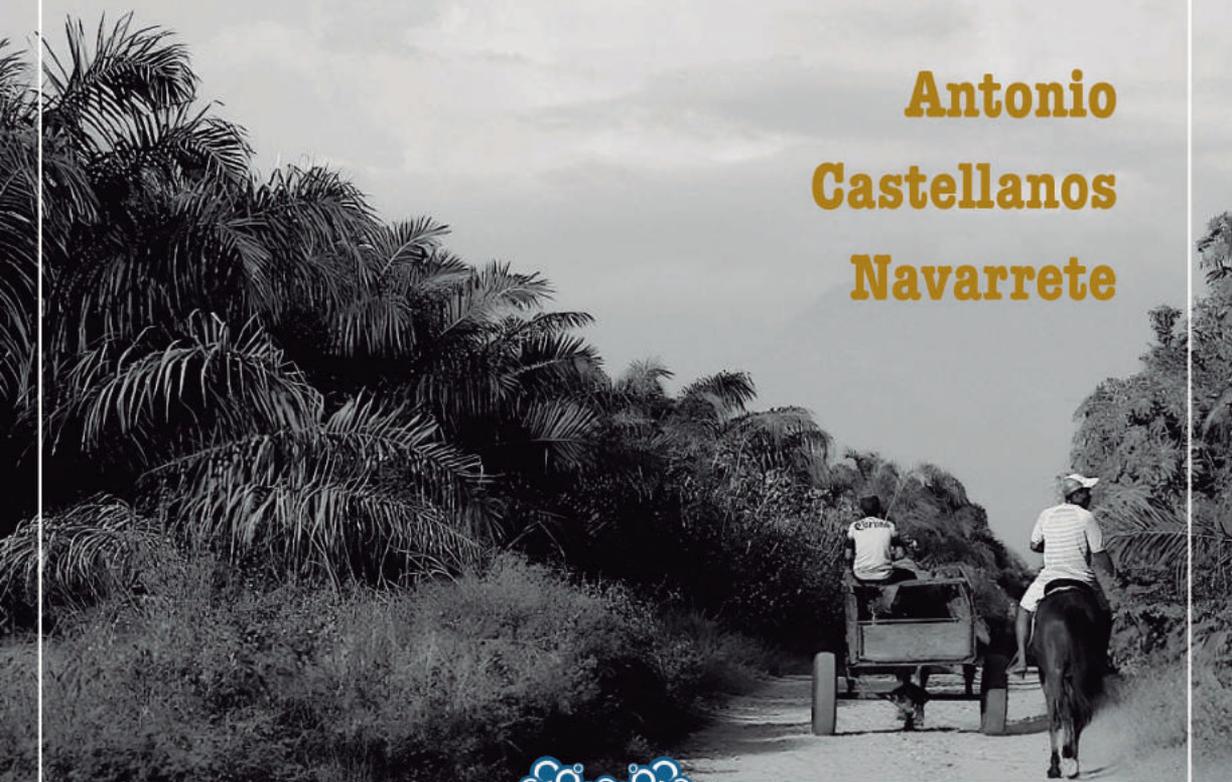


Fronteras de aceite

**Hegemonía
de la palma africana
en Chiapas**

**Antonio
Castellanos
Navarrete**



Fronteras de aceite

Hegemonía de la palma africana en Chiapas

Catalogación en la publicación UNAM.
Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Castellanos Navarrete, Antonio, autor.
Fronteras de aceite : Hegemonía de la palma africana en Chiapas / Antonio Castellanos Navarrete.

Primera edición. | San Cristóbal de Las Casas, Chiapas : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur, 2024.

LIBRUNAM 2218281 | ISBN 978-607-30-9184-8.

Temas: Palma africana -- Región fronteriza mexicano-guatemalteca. | Palma africana -- Aspectos sociales -- Región fronteriza mexicano-guatemalteca. | Industria del aceite de palma -- Chiapas. | Etnología -- Región fronteriza mexicano-guatemalteca. | Plantaciones -- Región fronteriza mexicano-guatemalteca.

LCC SB299.P3.C37 2023 | DDC 338.17385109861 -dc23

Se agradece a la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA-UNAM)
por el apoyo al proyecto IA301417.

Primera edición: 2024
Imagen de cubierta: fotografía del autor.

D.R. © Antonio Castellanos Navarrete

D.R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510, Del. Coyoacán, Ciudad de México, Coordinación de Humanidades,
Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur
Calle María Adelina Flores, núm. 34-A, Barrio de Guadalupe, 29230,
San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, México. Tel.: (967) 678 2997
www.cimsur.unam.mx

ISBN: 978-607-30-9184-8

Esta obra fue dictaminada positivamente por pares ciegos externos, a solicitud del Comité Editorial del Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur. Queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México / Printed in Mexico

Antonio Castellanos Navarrete

Fronteras de aceite

Hegemonía de la palma africana en Chiapas



San Cristóbal de Las Casas, Chiapas
Centro de Investigaciones Multidisciplinarias
sobre Chiapas y la Frontera Sur
Universidad Nacional Autónoma de México
MÉXICO, 2024

A primera vista parecían distintos de nosotros, los estudiantes; parecían otra humanidad. Pero no eran otra humanidad. Al contrario, era la humanidad verdadera, hecha de seres que viven de su propio trabajo y que, luchando por modificar las condiciones de este trabajo, se cambian al mismo tiempo a sí mismos y crean nuevas condiciones de existencia para ellos y para toda la sociedad.

PALMIRO TOGLIATTI, *GRAMSCI* (1949:69)

Ya se ha dicho —y puede leerse en cualquier manual de materialismo dialéctico— que lo peculiar, lo singular y lo particular, tienen una mayor riqueza, son más vastos que lo general.

JOSÉ REVUELTAS, *CUESTIONAMIENTOS E INTENCIONES* (1978:237)

*A mi madre,
para Bruno*

Índice

Prólogo	13
<i>Don Tomás</i>	19
Esquemas prácticos	27
<i>Don Jorge</i>	43
La costumbre	49
<i>Don Sergio</i>	107
La política	117
<i>Don Aníbal y doña Regina</i>	163
El agua.	169
<i>Don Abel</i>	209
La tierra	215
<i>Don Ulises</i>	255

La unidad 265

Doña Rita 309

El trabajo 315

Epílogo 357

Bibliografía 363

Prólogo

Mi primer viaje a ejidos con palma africana fue en octubre de 2011. Eran tiempos de la Reconversión Productiva, el programa de siembra de palma y otras especies perennes que puso en marcha el gobierno del estado de Chiapas en sus comunidades rurales. Encontré que muchos ejidatarios estaban interesados en participar, que otros tantos ya lo habían hecho y que algunos parecían incluso entusiasmados. Y para mí, el contraste no podía ser mayor. Venía de trabajar dos años en proyectos agroecológicos en las cañadas tseltales de la Selva Lacandona, realizados por una asociación civil a petición de una organización indígena campesina. A pesar de la colaboración, hubo un sinfín de problemas y conflictos, por no hablar de la apatía de buena parte de las bases de la organización. ¿Qué explicaba estas diferencias? ¿Por qué tan poco interés en la agroecología y tanto en un monocultivo conocido por generar contaminación, deforestación y despojo? ¿Y por qué tanta participación en un programa de gobierno en un lugar que destaca por sus luchas en pos de la autonomía?

Sin pretenderlo, mi experiencia en las cañadas marcó la investigación de campo que hice por ocho meses, entre 2011 y 2013, así como durante 22 salidas que llevé a cabo entre 2016 y 2020 al ser contratado por el centro de investigación que publica este trabajo. Mi atención acabó puesta en comprender las razones que tenían los ejidatarios para involucrarse en un monocultivo como la palma y no podía creer, como se sugería desde ciertos ámbitos, que el motivo fuera económico. Por ejemplo, un ejidatario me

contó que dejó de ir a la iglesia debido a las críticas del cura de su comunidad en contra del cultivo. Otro dijo lo siguiente sobre los motivos que impulsaban la siembra de palma en los ejidos: «Porque estamos llenos de hambre, ilusión y vicios». Me pareció que, más allá de la mera conveniencia económica, el interés por la palma tenía también que ver con creencias, cultura y política.

Encontré la manera de proceder en un lugar insospechado, en los escritos de Antonio Gramsci y su noción de hegemonía. Comencé leyendo a sus intérpretes, algunas tan brillantes como Chantal Mouffe (2014) o Kate Crehan (2004), y solo con el tiempo leería al propio Gramsci. Descubrí entonces cómo sus textos, y muy en particular sus *Cuadernos de la cárcel*, están atravesados por una preocupación persistente: comprender la dominación sin caer en las explicaciones económicas y dando por hecho que las clases subalternas son realistas, razonables y capaces de subvertir sus propias condiciones de subordinación. Para Gramsci, la clave de la hegemonía estaba en la cultura, entendida como una amalgama de ideas dominantes y populares. Desde esta perspectiva, no cabe suponer que los ejidatarios que siembran palma vivan en un mundo aparte.

Pero antes me detuvo el lodo. Fue en mi primer día en Marqués de Comillas, a mi llegada al ejido Boca de Chajul, una tarde azulada y húmeda. Quise evitar dos camionetas *pick up* que obstruían el camino y salí de la terracería pensando que el pasto que había a un lado sería una buena vía de escape. Mi bocho, un Volkswagen sedán negro del año 2002, quedó atascado al instante. Quería pasar inadvertido y, más bien, anuncié mi llegada con una torpeza evidente. Sería la primera de varias. Los dueños de las camionetas acudieron a rescatarme. Me miraron con cierta sorna, pero sin dejar de ser amables o de mostrar su indiferencia por saber quién era yo y qué hacía ahí.

Así, podría decirse que ciertos conocimientos solo se desarrollan en la proximidad. En este caso, fueron resultado del encuentro con situaciones y personas concretas que tuve en la región Marqués de Comillas — que incluye el municipio del mismo nombre y el de Benemérito de las Américas, en la Selva Lacandona— y a lo largo de las llanuras costeras del Soconusco, desde el municipio de Mapastepec al de Huixtla (mapa 1). Al

igual que sus habitantes, me refiero a estos lugares simplemente como la Selva (o Marqués) y la Costa, regiones que contrastan por sus particularidades. La primera está hecha de montañas o selvas, o lo que queda de ellas, potreros semivacíos con becerros que se engordan para destinarlos al centro y norte del país, y un número cada vez mayor de parcelas con monocultivos. Marqués es, además, una suerte de babilonia campirana a donde llegó población de todo el territorio nacional, indígenas y ladinos, en busca de tierras, así como familias centroamericanas ávidas de refugio y oportunidades. Y la Costa que, con sus esteros, humedales y selvas inundables, cuenta con un larguísimo historial de producción agroexportadora y ha sido escenario de disputas entre finqueros y ganaderos (extranjeros, en ocasiones) y campesinos sin tierra (la mayoría ladinos, muchos de la misma costa). Aunque siendo la palma un proyecto de Estado en México, pronto me vi en la necesidad de entrevistar a personas en ciudades cercanas y distantes, además de consultar los archivos gubernamentales.

No sé quién me enseñó más, si los textos de Antonio Gramsci o los palmeros con los que hablé, pero no hay lo uno sin lo otro, y esto tiene expresión en la estructura de este libro, compuesta por actos y entreactos. Los actos o capítulos relatan los procesos que explican la expansión de la palma en Chiapas y, tras una breve introducción, abordan las claves para analizar la hegemonía que Gramsci (1981b:89-90) delineó en «Historia de las clases subalternas», y a las que en este caso sumo un capítulo dedicado a la materialidad (El agua) y otro a la cultura laboral (El trabajo). Los entreactos tienen nombre propio e ilustran las diferentes formas en que se expresa la subalternidad —la concepción del mundo de las clases subalternas— bajo el dosel de la palma tanto en la Selva como en la Costa.

Quizás el mayor riesgo de cualquier trabajo que profundiza en un tema sea perder de vista los hechos elementales. Merece la pena enumerarlos. En Chiapas, alrededor de 60 % de la tierra está en manos de ejidos y comunidades (INEGI 2016). En la Selva Lacandona esta proporción es incluso mayor, ronda los tres cuartos del total de la superficie, dadas las políticas de colonización de las décadas de 1970 y 1980. Hasta 2018, el Estado fue el principal promotor de la palma en el país e incluyó desde el principio los ejidos en sus políticas de incentivo, lo que generó un patrón extremo,

aunque no excepcional, en América Latina. En Chiapas, más de la mitad de la tierra bajo la palma está en manos de pequeños productores, la mayoría de los cuales venden el fruto al mejor postor.

Mapa 1. Las fronteras de este libro



Fuente: Rafael García González.

Mi interés aquí no reside tanto en explorar las condiciones estructurales del caso como en tratar de comprender por qué campesinos como los

ejidatarios de Chiapas siembran palma u otros monocultivos. Por cierto, los llamo campesinos porque así se identifican la mayoría. Sigo la recomendación del antropólogo Daniel Nugent (1994), quien advirtió de los peligros analíticos de imponer definiciones al campesinado, y en lugar de ello abogaba por partir de las propias categorías locales.

Por supuesto, un trabajo como este no se hace en solitario. Conté con ayuda durante el trabajo de campo (Abril Ruiz Medina, Sergio García Mateos, Carlos López Sierra y Alberto Crespo Millares), el trabajo de archivo (Abril Ruiz Medina, Carolina Merino García, Pilar Martínez Morales y Ricardo Cortés), en el proceso de sistematización (Beatriz Álvarez, Pilar Martínez Morales, Moisés Robledo Orellana y Marcela Colucho Rodríguez) y a nivel editorial (Isabel Rodríguez Ramos, Ana Lucía Block y Gustavo Peñalosa Castro). En particular quisiera agradecer a Pilar Martínez Morales, cuya lectura atenta del texto final fue invaluable.

Este libro también se benefició de las discusiones que sostuve con varias generaciones de estudiantes del curso «Construcción del dato etnográfico» del Posgrado en Antropología de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), además de las observaciones y sugerencias que me hicieron varios colegas a lo largo de los años: Kees Jansen (mi asesor durante el doctorado), Anja Nygren, Luis Rodríguez Castillo, Gabriel Ascencio, Justus Fenner y Dolores Camacho Velázquez. Aunque mi mayor deuda es con quienes me brindaron su tiempo y punto de vista tanto en la Selva como en la Costa. Me refiero a casi todas esas personas mediante pseudónimos. La excepción la constituyen parte de quienes fueron protagonistas en la historia de sus ejidos o regiones, varios de los cuales me pidieron que usara sus nombres. En el resto de los casos, llegué a modificar ciertos detalles en algunas entrevistas para salvaguardar la identidad de mis informantes.

Ha pasado el tiempo. Algunas de las personas a las que entrevisté ya no están. Por ejemplo, José Baldobinos falleció por diabetes durante la pandemia de COVID-19. En dichos casos, fueron sus familiares quienes me permitieron usar sus nombres. De igual manera, hubo grandes sorpresas, como descubrir que posiblemente estoy emparentado a través de mi abuelo materno, un veracruzano de Alvarado, con uno de los fundadores de la

Unión de Ejidos Julio Sabines, organización histórica de Marqués. ¿Qué implicaciones habría tenido saber esto antes de completar este escrito? No lo sé.

Hay, sin embargo, algunas constantes. Chiapas sigue siendo conocido por el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) de 1994, así que no está de más indicar que este no es un texto de comunidades indígenas en busca de autonomía, y mucho menos sobre territorios ancestrales y cosmovisión. Es un libro de frontera en el que aparecen todo tipo de pioneros, funcionarios, ambientalistas y empresarios, quienes tienen en común querer materializar sus aspiraciones en estos territorios de periferia. Quizás las fronteras que retrato recuerden a otras fronteras latinoamericanas donde la palma, la soya o la piña avanzan a la par de la migración, la violencia y el narcotráfico, pero, tal y como escribe Cristina Rivera Garza (2020) en *Autobiografía del algodón*, son también lugares particulares en los que se inventan formas de vida de las que apenas tenemos noticia.

Don Tomás

Tomás Meza señala un cuarto en obra negra que hace las veces de troje y afirma: «Ahí está el pinche maíz, nadie lo quiere». Estamos a la puerta de su casa, sobre un camino de terracería, y agrega, exasperado: «Puro trabajo, puro trabajo y puro trabajo, y si producimos mucho es porque producimos mucho, y si producimos poco, que porque producimos poco». Se acaba de bajar de un viejo jeep rojo y el aire sigue oliendo a gasolina. Desde sus casi dos metros de estatura me mira y comenta: «Yo no sé cómo se sientan los efectos por allá arriba, qué pinche clase de gobierno».

Llegué al ejido Benemérito de las Américas a entrevistar a doña Martina por recomendación de un par de funcionarios de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO). Martina era promotora en uno de sus proyectos de conservación y lideraba un grupo de productores al que soñaba con convertir en una organización llamada El Emporio. Pero no fue por ello por lo que me sugirieron entrevistarla, sino porque junto con su esposo Tomás había sembrado palma africana, aunque ella prefería más bien el hule. Llegué acompañado de Gilberto Ovando, ejidatario en la región y técnico local del Corredor Biológico, entonces el proyecto estrella de la CONABIO en la zona. Justo al término de la entrevista con Martina apareció Tomás soltando una retahíla de improperios contra el gobierno, el mercado y las crecidas del río Usumacinta.

«¿El hule? No tiene un mes que lo limpié y ahora la hierba está así de alta», Tomás pone su mano a un metro y medio de altura. «¿La palma? Igual, la hierba está hasta la madre». Acto seguido, habla del río y de don

Guadalupe, que tiene la palma bajo el agua: «Deberían venir conmigo para verlo, pa que comprueben que no es solo mi palabra». Ni Gilberto ni yo reaccionamos a tiempo. Tomás se nos queda mirando con sus ojos azules: «Si no vienen, ¿entonces para qué vinieron aquí? Las cosas se ven, se palpan, se sienten. Si no, es una puñeta mental». «Sí», añade poco después, «yo fui uno de los primeros, segundos, últimos que rompió la madre a la selva, pero yo estoy trabajando todos los pinches días». Llega entonces el desconcierto: «Pero ahí está el río... Yo no sé, quizás haya otras lógicas más aplastantes que la mía».

Tomás está enojado y nos dice por qué. Está enojado con los funcionarios que, afirma, se roban la lana de los programas de hule y palma; está enojado con los conservacionistas que, dice, no van en serio; está enojado con trabajar todos los días y que el río se lo lleve todo, y está enojado con el mercado que no paga. Esta fue mi primera conversación con Tomás. Supe después que el gobierno estatal lo dejó endeudado con un vivero y que había sido líder en la región. En este sentido, nuestro primer encuentro fue quizás en parte actuación. Dado que llegué con Gilberto, tal vez pensó que yo trabajaba para la CONABIO, y como es costumbre en la Selva, no está de más comenzar metiendo presión —hay quien ruega y hay quien exige— para conseguir proyectos y algún apoyo o beneficio, pero poco a poco tuve la oportunidad de conocerlo mejor.

Tomás Meza arribó a la Selva con 18 años, junto con Martina, su esposa. Curioso, le pregunto cómo es que llegó al estado. «Jodido, con dos pesos y 70 centavos llegué aquí, en Chiapas», cuenta en su cocina mientras una suave brisa baña Benemérito. Me pasa inadvertido en ese momento el machete que, por seguridad, tiene colgado tras la puerta. Él y su esposa son propietarios de 400 hectáreas de tierra repartidas entre acahuales —terrenos donde crece la vegetación tras meses o años del desmonte—, potreros, cultivos de palma y hule. Me explica lo que buscaba en Chiapas: «Yo tenía mis metas, yo quería hacer algo y tener algo mío propio, pues». Continúa:

Porque cuando yo estaba chiquillo, allá en el rancho con mi abuela, había un cabrón que llevaba un reloj, así como mi tío. Pinche reloj... lo vi y me

gustó. Dije yo: Puta madre, a ver cuándo voy a juntar pa un reloj. Pero lo quiero con cueritos, decía yo. Esa fue mi idea, mi ambición. Y quería yo mi reloj y salí a vagar. ¡Y no podía juntar pal pinche reloj!

Tomás era un niño cuando dejó su casa en busca de aquel reloj: de siete años, según él; de 11, según su tío. «Yo ya tenía mis propias ideas, se puede decir... yo quería salir de jodido», insiste sin prestar atención a su tío, quien está sentado a su lado. Levantó cartones de zinc. Fue borreguero, bolero y hasta cargador. Relata que trabajó «en Ciudad de México, Puebla, Tehuacán, Jalisco, Sonora, Sinaloa, Mérida... en todos lados». Orgulloso, menciona que logró comprar su reloj: «Pinche reloj, demoró como 100 años el hijo de la chingada».

En nuestra conversación contrapuso su ambición material con la mentalidad de su familia, y en particular de su abuelo, que, habiendo sido revolucionario, tuvo de todo, pero no les dejó nada. Tenía en su rancho chile, chihua, maíz, frijol, caña... además de 10 peones a su cargo, «pero ¿usted cree que algún día compró un medio centímetro de tierra?». Contó lo que el abuelo hacía con el dinero: lo sacaba a solear para impedir que lo invadieran los hongos, tras lo cual lo enterraba en algún lugar secreto. Nunca lo usó para comprar tierra y Tomás no alcanza a comprender para qué tanto esfuerzo («¿entonces pa qué pendejo trabajaba?»). Al morir, no les heredó ni propiedad ni indicación alguna de dónde enterró sus ganancias. «¿Qué hicieron los de la Revolución? ¿Qué hicieron, pues?», se pregunta aún con incredulidad, «y así como mi abuelo, mi tatarabuelo, mi bisabuelo, tampoco nunca compraron ni madres de tierra».

Tener tierra fue la gran motivación que impulsó a Tomás Meza hacia Benemérito, algo que considera haber logrado:

Yo dinero no tengo, la verdad. No tengo nada de dinero. Al contrario, ando pidiendo fiado y la puta madre. Pero sí, mis 200, 300 hectáreas sí las tengo. Eso sí, gracias a Dios, las tengo, porque yo sé que de aquí voy a comer hasta que yo me muera, voy a comer yo de la tierra. No hay quien pendejo me corra, ni nadie, porque es mío.

En otras palabras, para Tomás la posesión de la tierra es un seguro de vida ante la adversidad. «Cuando el jodido no tiene para tragar, se lo llevó la chingada», afirmó en otra ocasión, en que me expuso su filosofía de vida mientras recorríamos sus tierras, enclavadas en un paisaje con vacas, corozos y selvas en retirada. A pesar de su situación acomodada, para Tomás la tierra es la clave de la supervivencia: de llegar el peor de los casos, le ofrece un lugar donde vivir y del cual alimentarse.

«No, ese cuate yo no sé por qué no lo mataron», dice sobre el encargado de la Secretaría del Campo en Benemérito, «porque, la verdad, agarra de tonta a la gente». Estamos en el terreno de su mujer donde el gobierno estatal dejó cientos de plantas de hule abandonadas —miles según Tomás— para un vivero que nunca se hizo. Habla del gasto en que incurrió: 7 000 pesos la hectárea, solo para la preparación y el cercado del terreno. Además, él y su mujer organizaron un grupo de personas que, como ellos, limpiaron su terreno de vegetación para sembrar hule, pero el gobierno nunca lo injertó y muchos acabaron metiendo ganado: «O sea, que nos vinieron a dar en todo lo que se llama madre, esos cuates». Habla entonces del gobernador Manuel Velasco Coello, al que llama muchacho y del que dice que en campaña prometió apoyos para la producción de hule y palma en Marqués, pero agrega: «Ojalá y realmente cumpla lo que dijo, pero que lo cumpla rápido, porque mira el pinche monte hasta dónde va. Si viene cumpliendo dentro de dos, tres años, ¿para qué hijo de la chingada?, mejor que no cumpla nada». Se pregunta: «¿Qué tal yo si no cumpliera, pues?, me meten al bote porque tienen la potestad de hacerlo. ¿Y yo a quién pen-dejo voy a meter al bote?».

Luego, frente al que debía ser el vivero de hule, afirma: «Lo que queremos es tener un patrimonio fijo para la vejez, pues». Como otros ejidatarios, considera que cultivos como el hule y la palma son inversiones que pueden heredar a sus hijos y les aseguran un ingreso. Compara estos cultivos con el maíz, el frijol y la chihua que, en su opinión, no garantizan nada: «A veces está bueno el maíz y no hay precio. A veces está buena la temporada y se dio buen maíz, viene el río y se lo chinga. O sea que todo el tiempo estamos jodidos». Lanza entonces la siguiente advertencia: «No es una mentalidad capitalista, es una mentalidad agrícola». Según su

perspectiva, del campo sale la industria y en general todo lo que necesitamos, así que producir significa desarrollo. Da más pistas sobre su forma de pensar en otro terreno, donde tiene palma y hule.

«A final de cuentas, a usted le gustaría echarse un agua de guanábana, o echarse una pinche guayaba o un rambután o un chicozapote bien sabroso». Me habla de usted, aunque me saque 20 centímetros de estatura y 30 años de edad. Poco después añade: «¿Estoy en un rancho y no tengo nada de esa madre?, ¿entonces qué soy?, ¿pa qué estoy? Nada». No está hablando de soberanía alimentaria, sino de mercado, pero solo hasta cierto punto. «No sabemos vivir, la verdad», opina poco después y explica que alimentos como el camote, la yuca o el chayote sirven para hacerse un caldo y ahorrar, e incluso para hacer dinero.

Después me lleva a un terreno ubicado junto a una selva vieja y rala que él llama acahualera, y dice: «Mire la pinche milpa, no desarrolló tanto». La llama milpa, aunque no veo calabazas ni frijoles, parece más bien un maizal, pero esa distinción no pesa mucho en Marqués. Explica que el suelo tiene una capa delgada de barro negro y que debajo hay 40, 50 centímetros de grava, y más abajo barro amarillo al que llama arcilla. Prosigue: «El maíz no dio, no es problema. Si no quiere dar, que no dé». Que la tierra no tiene nutrientes, pero sí arcilla que guarda la humedad. Piensa sembrar palma, pues esta tiene una raíz pivotante capaz de aprovechar esa humedad, y el maíz lo reserva para la vega del río, el terreno más húmedo y fértil. De hecho, tiene 50 hectáreas de maíz en vega y un «cuadrado» de selva que le queda en algún lado.

Seguimos caminando.

Llegamos a un terreno que le prestó a un señor para que hiciera su milpa a cambio de que lo limpiara de monte. Es un terreno rodeado de árboles, lejos del grito de las guacamayas y del rugido de los monos saraguatos. Sentados sobre unos tablones de madera en el interior de una champa, afirma: «Aun así, raquíca la milpa esa, porque no sirvió este año, llovió demasiado, pero como quiera que sea, lo mucho que dé, es para tortillas». Que yo sepa, agrega, solo los «pinches españoles» viven comiendo pan, pero para «nosotros como indígenas mexicanos» el maíz es fundamental.

Le pregunto si tiene algún terreno con arena, considerado por muchos como el peor tipo de suelo: «Ninguno, mi tierra no es arenosa. Fui escogiendo, pues, la tierra. Como me convenía, pues. La compraba. [...] A mí no me dotaron ni nada, porque yo no estuve en la repartición, vine después». Él no estaba aún en la Selva cuando el gobierno entregó tierras en la zona y se distingue de las personas que llegaron primero, a quienes llama con admiración pioneros (la mayoría los conoce como fundadores). Pero dado que llegó en la década de 1980, a ojos de sus vecinos tampoco es un fuereño, como nombran a aquellos que siguen llegando a la Selva a comprar tierras. Antes de eso, fue sindicalista en la Comisión Federal de Electricidad e intentó convencer a su madre de que comprara un terreno que había junto a su casa, allá en Orizaba, Veracruz, pero ella, como su abuelo, no quiso saber nada del asunto. Tomás acabó yéndose a Marqués por una promesa que hizo, que sin entrar en detalles dijo que debía cumplir porque era un hombre de palabra, y llegó a comprar tierra.

«Una pinche hectárea no me alcanza para mí, menos para mi familia», se explica Tomás, y añade: «Lo que necesito es que, si voy a una pinche cantina, que me llene, porque pa ir a probar...». De haber llegado a otro ejido no habría logrado sus metas. Por ley, un ejidatario no puede ser dueño de más de 5 % de la superficie del ejido, y la asamblea debe dar el visto bueno a las compraventas de tierra. Pero Benemérito tiene 45 000 hectáreas, y si algo ha sobrado ahí es tierra o, como dijo Guadalupe, un vecino suyo: «Pero si aquí el más jodido, el campesino más jodido, el agricultor más jodido, tiene 50, 100 hectáreas. El más jodido aquí».

A diferencia de los ejidos, donde la dotación inicial de tierra por persona era de 20 hectáreas, Benemérito es un Nuevo Centro de Población Agrícola, donde el derecho fue de 50 hectáreas, y un matrimonio con dinero para pagar los trámites pudo hacerse de 100 hectáreas nada más por llegar. Además, en contraste con otros ejidos donde las asambleas ponen trabas para la compra de tierras, en Benemérito las adquiere quien tiene y puede, sin importar quién sea o de dónde venga. Es así como han llegado a adquirir tierra políticos de la capital del estado, empresarios de la Costa e inversionistas de todo tipo, algo que varios ejidatarios, como Tomás, ven con buenos ojos porque, afirman, traen dinero y trabajo.

Para Tomás el modelo a seguir está en el norte de México, donde la gente tiene empeño dada la pobreza de las tierras y la falta de lluvia, y lugar en el cual una sola persona te siembra 1 000 hectáreas. Escuché un argumento casi idéntico de un gerente de una empresa de palma, quien consideraba que la abundancia del trópico hace a la gente floja y poco previsor, además de que la tierra está dividida en demasiadas manos. Aunque ambos coincidían en su idea de progreso, la perspectiva de Tomás era también fruto de las particularidades de la Selva.

En otro momento comentó que Benemérito no volvería a ser el lugar que conocieron, cubierto de selva y de lluvias abundantes, pero que veía en cultivos como el hule y la palma una posibilidad de futuro: «Queremos en un momento dado que sean cultivos que nos den resultados, pues, que nos permitan vivir y no estar destruyendo». Aunque equiparó la palma y el hule con la reforestación, e incluso mencionó que la palma haría renacer la selva —muy en línea con los argumentos del gobierno estatal del momento—, su mayor preocupación tenía que ver con obtener una fuente de ingresos que les permitiera crecer económicamente, además de dar estudios a sus hijos. Observó: «No podemos apartarnos del mundo moderno como del mundo antiguo». Esta era su perspectiva sobre el progreso que conllevan cultivos como la palma y el hule, la cual, por cierto, involucraba la existencia de claras diferencias sociales: «Porque, imagínese, si todos estuviéramos bien jodidos, ¿quién le pagaría a uno por trabajar? Y si todos tuviéramos, nadie quiere trabajar. O sea, que Dios hizo esto bien, esa es la neta. ¿O estoy mal? ¿Estoy mal?».

Esto último me recuerda algo que dijo en su terreno sobre cómo preveía el futuro con sus 20 hectáreas de palma, otras tantas de hule y sus 40 cabezas de ganado: «Sé que a más tardar en un año yo ya puedo vivir de esto, ya no necesito más que estar atendiendo». Así imaginó su porvenir: «Estar vigilando que trabajen, ese es todo mi trabajo que voy a hacer, andar en mi carro, en mi jeep, viendo».

Tomás estaba lejos de ser pobre, pero su pasado de carencias explica mucho de lo que había hecho y estaba dispuesto a hacer como ejidatario en Benemérito de las Américas, aunque el asunto no era solo económico. Sentados en aquella champa frente al terreno que prestó para que hicieran

milpa, reflexiona: «Este silencio a toda madre, ni quien lo moleste a uno, trabajando está uno, bien pegado». Compara ese ambiente con el de la ciudad: «El ruido, la rapidez, que no me entienden lo que digo. Puta, un desmadre. Que hay nauyacacas, que la madre, bueno, sí las hay, pero en la ciudad están los pinches carros, me apendejo, me apachurran también». En el campo dice ser feliz. Me presume que todas sus tierras son compradas y que no le regalaron nada. Hablamos entonces de la inversión que involucra la siembra de palma: «No, olvídese, tiene que tener uno la suficiente ambición para atorarle a esta madre. Ya ni siquiera el recurso, la ambición de hacerlo». Poco después añade: «Y yo es lo que siempre he tenido. Si yo digo voy a quebrar ese pinche palo a patadas, hasta que no lo quiebre no lo dejo. En serio, yo de esa mentalidad soy».

Ahí sentados, a la sombra, Tomás habla de sus hijos. Cuenta que viven en Palenque —a unas cinco horas de carretera—, donde trabajan en una discoteca, y que no les interesa ni el campo ni tener tierras. Advierte que su empleo es temporal, lo tendrán mientras sean jóvenes y puedan trabajar. «Pero, hijo de la chingada», agrega frustrado, «una vez que ya les saquen el jugo, nomás los voltean, una patada en el culo y ahí nos vemos». Para Tomás, solo la tierra garantiza bienestar, es de lo que vuelve a hablar en ese momento, aunque parecía como si antepasados y descendientes conspiraran en contra de su mayor convicción. No lo sabía entonces, pero la suerte también le jugaría en contra.

En 2021, Tomás Meza falleció de COVID en su natal Veracruz. Se contagió durante una reunión familiar. Su esposa, Martina, me contó que no pudieron salvarlo en el hospital militar en el que lo ingresaron. En ausencia de Tomás, su mujer comenzaría a barajar la posibilidad de vender la tierra. Sin injerto, el hule resultó ser un fracaso. Martina me explicó que la palma generaba ingresos, pero que no podía gestionar su producción. Aunque era alguien capaz de arremangarse y entrarle al trabajo de campo, los jornaleros no estaban dispuestos a recibir órdenes de una mujer. Tuvo que pedirle ayuda a un hijo que debió dejar el ejército para dedicarse a la palma, pero que a fin de cuentas no tenía interés en vivir del campo y no veía el momento de irse al norte, a Estados Unidos.

Esquemas prácticos

Antonio Gramsci escribió lo siguiente en uno de los cuadernos que tuvo en prisión y que luego serían publicados como los *Cuadernos de la cárcel*: «Los primeros en ser olvidados son precisamente los primeros elementos, las cosas más elementales [...] el primer elemento es que, de veras, existen gobernados y gobernantes, dirigentes y dirigidos» (Gramsci 1999:175-176). Pocas líneas después, agregó: «en un cierto sentido se puede decir que esta división es una creación de la división del trabajo».

Confinado en una cárcel italiana, Gramsci no podía tener muchas dudas sobre la existencia de las diferencias de clase y no solo por ser marxista. Cuando era niño su padre fue recluido por una *vendetta* política, lo que sumió a su familia en la pobreza e implicó que Antonio, con 11 años, tuviera que dejar la escuela por un tiempo y dedicarse a trabajar (Fiori 2018). Indignado, llegó a preguntarse cómo era posible que los hijos de los ricos pudieran seguir estudiando y no él, que tenía mejores calificaciones. Tampoco debía tener muchas dudas sobre la supremacía de un determinado grupo sobre el resto de la sociedad; fue testigo del ascenso político de los fascistas, que contaron con un gran apoyo popular a pesar de su violencia contra obreros y militantes de izquierda. Él mismo fue condenado a 20 años de cárcel por sus ideas políticas.

Dadas estas experiencias, no sorprende que durante sus años de encierro la gran preocupación de Gramsci fuera la hegemonía o, en palabras de su biógrafo Giuseppe Fiori (2018:303), «cómo la clase dominante ha llegado a obtener el consenso de las clases subordinadas y cómo estas clases

podrán derrocar el viejo orden e instituir otro, un orden de libertad para todos». Aunque la violencia era parte de la ecuación del poder, a juicio de Gramsci esta era insuficiente para explicar la dominación. A diferencia del marxismo de su época, consideraba que el problema no solo era económico ni se reducía a quién controlaba los medios de producción; el problema era también cultural, tenía que ver con la concepción del mundo de las clases subordinadas y cómo esta se articula con la filosofía de las clases dominantes. Pero ¿qué tendrá esto que ver con la palma africana o con cualquier otro monocultivo?

Al principio de esta investigación me encontré con una obra de Michael Burawoy que alguien dejó en un estante de libros gratuitos en la universidad en la que estaba cursando mi doctorado. El libro, *The politics of production*, comenzaba de esta forma: «Este es un libro desfasado. Defiende una tesis anticuada sobre una clase obsoleta en un lugar pasado de moda» (Burawoy 1985:5). En pleno auge del estudio de los nuevos movimientos sociales, este sociólogo se dedicó a indagar por qué los obreros industriales con los que había trabajado como operador de maquinaria consentían la explotación laboral, y lo hizo basándose en la noción de hegemonía de Gramsci. Adopté este mismo concepto por mera analogía: me parecía que los campesinos que sembraban palma en Chiapas se asemejaban a esos obreros.

Me tomó años comprender de qué forma la noción de hegemonía de Gramsci podía serme de utilidad, pero desde el principio tuve claro que buena parte de las investigaciones contemporáneas me estaban sirviendo de poco. La discusión estaba puesta en las resistencias del campesinado y las comunidades rurales ante el avance de los monocultivos, especialmente cuando involucraban el despojo de sus tierras (Svampa y Viale 2014; Vallejo et al. 2019), pero se decía poco sobre quienes los sembraban en sus propias comunidades. Esa discusión compartía, además, ciertas premisas: por un lado, que la expansión de monocultivos como la palma es producto de las alianzas que Estado y capital establecen en detrimento de las comunidades rurales (Borras et al. 2012; Giraldo 2018) y, por otro, que el campesinado no solo constituye el mejor antídoto para los monocultivos —dado su carácter tradicional y sustentable—, sino que suele resistir su expansión

(Fernandes 2012; Toledo 2015). Estas premisas no encajaban nada bien con mi experiencia en el campo.

Además, cuando se trata de entender por qué el campesinado produce monocultivos, la explicación suele ser economía. Para unos es un asunto de ingresos, para otros de control. Los primeros tienden a reducir a los campesinos a agentes económicos racionales: siembran porque les conviene (Rist et al. 2010; Euler et al. 2017); los segundos los conciben como sujetos subyugados por la acumulación de capital: viven atrapados en su mañana (Alonso Fradejas 2015; Potter 2020). Los campesinos en resistencia aparecen dotados de cultura y agencia política, pero aquellos involucrados en la producción de monocultivos parecieran carecer de ambas cualidades. Sin embargo, tal vez si analizamos a quienes los siembran con los parámetros que utilizamos para entender a quienes los resisten podríamos alcanzar una comprensión más completa de su poder. O, como argumentó Alan Knight (1994:26), historiador de la Revolución mexicana, cualquier estudio de por qué la gente se rebela debería ser complementado por otro sobre por qué no lo hace.

*

Quizás el mayor malentendido con la noción de «hegemonía» tenga que ver con el uso de la palabra «consenso». En sus *Cuadernos de la cárcel*, Gramsci usa ambos términos como sinónimos, lo que puede llevar a pensar en la hegemonía como una suerte de pacto entre dominantes y dominados. Sin embargo, una lectura atenta de los cuadernos revela una situación más compleja. Para Gramsci, más que un concepto, la hegemonía era una herramienta para analizar condiciones empíricas concretas, lo que en otro lugar llamara un «esquema práctico» (Gramsci 2013:46). Dedicó, así, buena parte de sus cuadernos a analizar el proceso de construcción hegemónica en diferentes momentos de la historia política italiana, europea y global. En sus análisis y sus reflexiones, el consenso abarca desde casos de cooptación y control hasta situaciones de verdadera identificación con las elites gobernantes, sin excluir ejemplos en los que la aceptación de las

ideologías dominantes era superficial. El consenso en Gramsci no involucra una definición *a priori*, debía ser develado empíricamente.

Suele también pasarse por alto el origen de la palabra «hegemonía». Gramsci la retoma de Lenin, quien no usaba este término en el sentido etimológico clásico de dominación o supremacía, sino como dirección política. Hegemonía en Lenin era «hegemonía del proletariado», fórmula según la cual la clase obrera debía superar sus intereses gremiales o corporativos y aliarse con el campesinado para derrocar a la aristocracia rusa. Esta estrategia dictaba que la hegemonía y la dictadura del proletariado constituirían dos momentos diferenciados. El primer momento involucraba la dirección política de la clase obrera sobre el campesinado, sin por ello enfrentar la dictadura de la burguesía (su control de los medios de producción); el segundo momento suponía la expropiación de la clase propietaria mediante la revolución y la instauración de la dictadura del proletariado (el control estatal de los medios de producción). Desde este punto de vista, la burguesía y el proletariado eran clases antagónicas dada la propiedad de los medios de producción.

Gramsci retoma la noción de hegemonía de Lenin, pero la modifica. En sus cuadernos, este término deja de ser un elemento estratégico para lograr la revolución y se convierte en una herramienta analítica para explicar la dominación. Al igual que Lenin, Gramsci consideraba que no había consenso sin violencia, aunque en la cárcel comenzó a concebir la hegemonía y la dictadura como constitutivas de las relaciones de poder en un mismo lugar y momento histórico. En su primer cuaderno se refiere a una doble dominación de clase, realizada a través tanto de la dirección política como de la coerción (Gramsci 1981a:107), pero fue más allá. Después de varios años, escribió sobre la «doble naturaleza del Centauro maquiavélico», en referencia al carácter dialéctico de la dominación, constituida a partir «de la fuerza y del consenso, de la autoridad y de la hegemonía, de la violencia y de la civilización, del momento individual y del universal (de la 'Iglesia' y del 'Estado')» (Gramsci 1999:30). Según este fragmento, la dominación es resultado de la contradicción entre el consenso y la violencia; hecho que, como muestra Gramsci en sus propios análisis, alcanza soluciones históricas concretas a partir de la manera en que ambas se

combinan, y donde, además, hegemonía deja de ser dirección política y dictadura es mucho más que control de los medios de producción.

Por cierto, la mención de Maquiavelo no es casual. Gramsci encontró en *El príncipe* una importante fuente de inspiración. En su libro, Maquiavelo (2009) distinguía entre el príncipe heredero y el nuevo príncipe: el primero debía conservar el poder y el segundo obtenerlo. Esta doble perspectiva encajaba bien con su noción dialéctica del poder, al punto que llegó a referirse a su teoría del poder como el príncipe moderno (véase, por ejemplo, Gramsci 1984:237). En consonancia con *El príncipe*, consideraba que la hegemonía no explicaba únicamente la dominación; contenía también en sí el germen de la emancipación y la autonomía.

Pensador ecléctico, capaz de inspirarse en Lenin y Maquiavelo, Gramsci cuestionó varios de los postulados marxistas de la época. A la lucha de clases —el motor de la historia según el materialismo histórico— le sumó la idea de hegemonía, con la cual puso en duda la premisa de que la revolución era inevitable dadas las contradicciones del capitalismo. Escribió sobre tres momentos en la construcción de la hegemonía sin que estos constituyeran trayectoria alguna (Gramsci 1999:32-40). El primero es el momento «económico-corporativo», en que las clases populares se guían por intereses económicos gremiales. En un segundo momento se desarrolla una cierta solidaridad de clase, aunque esta es débilmente política. En un tercer momento se renuncia a los propios intereses para incluir aquellos de otras clases subordinadas, se alcanzan formas de consenso organizado y germinan los partidos (entendidos como voluntades colectivas, fruto de nuevas agrupaciones sociales que superan las divisiones de clase). Es entonces cuando puede constituirse un nuevo bloque histórico que, en comparación con el carácter «molecular» del corporativismo, puede generar una nueva unidad nacional.

Gramsci criticó, además, el economicismo. En sus cuadernos refiere la existencia de «tendencias de desarrollo de la estructura», pero advierte: «tendencias de las que no se ha dicho que necesariamente deban hacerse realidad» (Gramsci 1984:162). Gramsci rechaza aquí el *telos* marxista del progreso inevitable hacia el socialismo resultado de las contradicciones económicas entre los intereses del capital y del trabajo. En esta misma nota

cuestiona, además, la idea de que la economía determine la política: «La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y la ideología como una expresión inmediata de la estructura, debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo». Según Gramsci, la economía influye, pero no determina la política; esta debería ser explicada en sus propios términos.

Por último, Gramsci se alejó de los postulados que asumían el Estado como una simple herramienta de coerción y lo definió como el «conjunto de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no solo justifica y mantiene su dominio [coerción], sino que logra obtener el consenso activo de los gobernados» (1999:186). Según su concepción, la construcción de hegemonía comenzaba en el ámbito de la sociedad civil, donde agrupaciones sociales de todo tipo se constituyen y disputan el poder, pero era mediante el Estado (la sociedad política) que un determinado grupo social podría lograr la unidad de diversas clases en torno a un proyecto político, sin que esto diera lugar, por cierto, a un Estado todopoderoso (véase, por ejemplo, Gramsci 1999:37). Desde esta perspectiva, el Estado es una arena de disputa política, sujeto al influjo de las relaciones de poder construidas más allá de su seno, y cuya configuración involucra la construcción de ciertos consensos.

Una vez que la economía deja de dictar la marcha de la sociedad y el Estado deja de ser mera coerción, la tesis de la falsa conciencia —la adopción de la ideología dominante por parte de las clases trabajadoras— pierde sentido: «se ha creado la *forma mentis* de considerar a la política y por lo tanto la historia como un *marché de dupes* [mercado de los tontos], un juego de ilusionismos y prestidigitación» (Gramsci 1999:45). En esta y otras notas, Gramsci rechaza la idea de que las clases subalternas vivan en el engaño y considera que estas tienen una concepción del mundo, a la que llama cultura, que puede carecer de coherencia, pero jamás de realismo. Para este marxista, la hegemonía implicaba construir una concepción sistemática del mundo que podría ser liberadora de construirse a partir de las experiencias cotidianas de las clases trabajadoras.

*

¿Por qué emplear la idea de hegemonía para estudiar los monocultivos? Gramsci fue un crítico feroz de los dogmas del marxismo ortodoxo y, a casi un siglo, estos aún rigen la discusión en torno a los monocultivos, muchas veces de manera implícita. Es por ello que la idea de hegemonía es útil: nos exhorta a llevar la mirada más allá del control de los medios de producción y tener en cuenta la dimensión política; nos invita a superar el énfasis en el conflicto y a considerar el papel del consenso; nos lleva a pensar el Estado más que como mera herramienta del capital y al poder como un hecho también construido en el ámbito de la sociedad civil (organizada); nos ofrece una perspectiva crítica sobre las nociones teleológicas que, resultado de la expansión de los monocultivos, hablan de crisis inminentes y emancipaciones irremediables; y nos permite, por último, hacer a un lado las premisas economicistas y considerar el papel que juega la cultura en la expansión de los monocultivos. Este último punto requiere mayor elaboración.

«Lo que determina la acción política, no es la estructura económica, sino la interpretación que se dé de esta y de las leyes que rigen su desarrollo» (Gramsci 2013:49). Esta cita pertenece a un texto juvenil de Gramsci sobre la Revolución rusa recogido por el filósofo Manuel Sacristán, y bien la podríamos aplicar al caso de los monocultivos. La economía —ya sea codificada como ingresos o como estrategia de acumulación y control— dice muy poco de por qué el campesinado se involucra en su producción. Solo si entendemos cómo las clases campesinas interpretan los monocultivos, y en este caso al Estado que los incentiva, comprenderemos por qué se han vuelto una forma de producción dominante. Es aquí donde entra la noción de cultura, la cual rara vez figura en la discusión actual sobre los monocultivos.

Para muchas personas hablar de palma africana y cultura es un contrasentido: donde hay palma es precisamente donde se ha perdido la cultura rural o campesina. Pero esto depende de cómo entendamos esta palabra. Fruto del romanticismo alemán del siglo XIX, el término *cultura* suele referirse a un conjunto coherente de creencias, tradiciones y modos de

vida que otorgan identidad a los pueblos o comunidades. Esta forma de comprender la cultura tiene su origen en la idea de que cada pueblo posee un determinado espíritu (*volksgeist*), dada su relación con el medio, su historia y sus particularidades lingüísticas, y que tiene, hoy día, expresión en conceptos como cosmovisión o patrimonio biocultural, o en aquellas metáforas que equiparan a las culturas con mundos.

Vista así, la idea de cultura es poco útil. Con la excepción de determinadas poblaciones afrodescendientes del continente (Watkins 2021), para la mayor parte del campesinado latinoamericano la palma es un cultivo reciente y poco conocido. Pero, como apunta Kate Crehan (2004) en su libro *Gramsci, cultura y antropología*, existen otras formas de pensar este término. En contraposición con la noción romántica de cultura, Gramsci no la concebía como un repertorio propio, coherente y sistemático de creencias, sino como una «concepción del mundo» y de la «vida» fruto de las hibridaciones entre el «folclore» (las nociones populares que existen sobre el mundo) y la «filosofía» (las ideas sistemáticas que existen sobre el mundo, las cuales articulan la concepción de las clases dominantes, pasadas y presentes).

Desde este último punto de vista, no podemos entender la cultura como sinónimo de resistencia o como evidencia de autonomía. De hecho, Gramsci sostenía que la cultura ofrecía oportunidades de emancipación, pero no garantías. Por ejemplo, al igual que parte de la antropología feminista (Castañeda Salgado 2010), Gramsci (1981b:29-30) asociaba la cultura con la subordinación de las mujeres en la sociedad nacional. En contraposición con la perspectiva que llama a preservar y celebrar la cultura, juzgaba que esta debía ser transformada en articulación con filosofías progresistas para lograr la emancipación de las clases trabajadoras. La cultura se torna, así, en ámbito de la conciencia política.

Esta concepción de cultura —a su manera puesta en práctica por autores como Eric Wolf (1955), Sidney Mintz (1996) o Guillermo de la Peña (1980)— permite superar ciertas limitaciones de los estudios contemporáneos sobre los monocultivos. Estos suelen olvidar que no se trata solo de proyectos económicos de despojo y precarización económica, sino que también son proyectos culturales que pretenden transformar la vida

práctica y social de las poblaciones rurales. Este ha sido el caso tanto en México (Castellanos Navarrete 2023) como en otras regiones de América Latina y el mundo (Galarza Suárez 2019; González Izás 2014; Li 2007), donde el Estado y las clases dominantes han utilizado la palma y monocultivos similares para modernizar a un campesinado al que han tildado de destructor, atrasado e irracional; hecho que, por supuesto, ha generado respuestas muy variadas en las poblaciones involucradas. Más que síntoma de derrota, los monocultivos deberían ser entendidos como una arena de hegemonía, resistencia y lucha.

*

Este es un relato muy particular sobre la producción de palma en el sureste mexicano. No podría ser de otro modo. Se basa en una serie de estudios que han analizado la expansión tanto de este (Edelman y León 2014; Stoler 1995; Watkins 2018) como de otros monocultivos (Lapegna 2019; Montero García y Thiébaud, 2018; Palacios Ramírez 2017; Soluri 2013) desde una perspectiva cultural y política, parte de los cuales han recurrido a Gramsci para analizar los consensos, los liderazgos ideológicos y la formación política de clases en contextos de agroindustrialización (Balsa y Liaudat 2020; Gras y Hernández 2016; Otero 2004). En este sentido, este trabajo se debe a esfuerzos previos y se suma a discusiones en marcha, algunas orientadas a comprender la subjetividad y las experiencias de quienes están involucrados en la producción de monocultivos (Cano Castellanos 2023; López 2021; Serrano Zapata 2023). Además, hice esta investigación en regiones en las que buena parte de la tierra es ejidal —48 % en la Costa y 91 % en Marqués (INEGI 2016)— y donde la gran mayoría de los productores son hombres en razón del carácter patriarcal de las políticas mexicanas de reparto agrario. El resultado habría sido muy distinto de centrarme en las mujeres que viven en ejidos con palma, la mayoría de las cuales carecen de tierra, o en el corredor de plantaciones empresariales que se extienden desde el noreste de Chiapas hasta el sureste de Campeche. Es también un recuento marcado por su propia naturaleza metodológica.

Se trata, entonces, de un trabajo etnográfico que tiene por objetivo ofrecer una «comprensión situada» de lo que la gente hace y piensa en un tiempo y un lugar determinados (Restrepo 2018:16). Es decir, pasa por dar cuenta de cómo una determinada sociedad interpreta su vida y sus acciones, sin perder de vista que dicho conocimiento es también resultado de mis inquietudes y experiencias, así como de las relaciones que establecí mientras investigaba. Vale la pena descubrir algunos de estos aspectos.

Mi primer acercamiento a la Selva fue por medio de los contactos que me facilitó el Corredor Biológico, entonces parte de la CONABIO. En concreto, Arturo, el ingeniero agrónomo a cargo del Corredor y uno de mis primeros entrevistados, se interesó por mi investigación y me ofreció el apoyo de su red de promotores locales. Acostumbrados a recibir a funcionarios y consultores, algunos de estos ejidatarios me ayudaron a identificar a los palmeros, e incluso organizaron las primeras entrevistas. Esto me facilitó el comienzo del trabajo de campo, aunque muchos daban por hecho que era uno de los consultores que trabajaban para el Corredor o, al menos, un conservacionista afín a sus objetivos. Pasado un tiempo, opté por irme en solitario.

Los palmeros estaban bien organizados, por lo que decidí contactar con los grupos de productores en los ejidos, muchos de los cuales formaban parte de la Asociación Rural de Interés Colectivo (ARIC) Benemérito del Marquez. Tras una reunión con el representante o con el grupo, en la que les explicaba mis intereses, solían abrirme la puerta (la excepción fue el ejido Flor de Cacao). En algunos ejidos se organizaron en listas para que los visitara, reproduciendo la forma en que se relacionaban con técnicos y funcionarios. Sospecho que dos hechos más facilitaron mi trabajo. Me trasladé de mi residencia inicial en Boca de Chajul a Benemérito de las Américas; dejaron entonces de asociarme con los biólogos que suelen hospedarse en aquel ejido y comenzaron a llamarme «inge» (de ingeniero agrónomo). Y modifiqué mi horario de trabajo; comencé a llegar a los ejidos a la hora en que los palmeros salen a trabajar, alrededor de las cinco de la mañana. Esto me abrió muchas puertas, pues para muchos, madrugar es síntoma de seriedad y de compromiso con el trabajo.

En la Costa, comencé mi trabajo de campo con la ayuda de Daniel Domínguez Paz, ejidatario de la Selva, quien me presentó a amigos y familiares en su región de origen, lo que me permitió conocer a Primitivo Camacho, uno de los protagonistas de este libro. Dado que estos contactos fueron algo limitados, decidí acercarme a Zitihuatl, la organización de ejidatarios a la que pertenecía Primitivo y que contaba con su propia extractora. Les expuse mi investigación y, aunque no todos en la directiva me recibieron con los brazos abiertos, me brindaron su apoyo. Elaboraron una carta de presentación en la que solicitaban la colaboración de sus bases, y de ese modo pude entrevistar y encuestar a muchos de sus socios. El hecho de haber contactado al hijo de un socio de Zitihuatl como asistente fue un gesto que, según me dijeron después, varios apreciaron. En correspondencia a su apoyo, en 2015 presenté mis resultados a los socios de la organización, además de un informe que entregué a la directiva. Elaboré un documento similar para la ARIC de la Selva, aunque, en este caso, no tuve tanta relación con quienes dirigían la organización.

A partir de 2016 me basé mucho más en la observación que en las entrevistas, pues contaba con varios conocidos, algunos incluso amigos, dispuestos a brindarme más tiempo (en general, muchos palmeros están ocupados, lo que suele dificultar el trabajo etnográfico clásico). En este periodo dejé, además, de ser estudiante de doctorado de la Universidad de Wageningen de los Países Bajos y fui contratado como investigador de la UNAM, lo que, más allá del privilegio de contar con un trabajo, tuvo sus implicaciones. Por un lado, dejé de contar con el presupuesto que tuve durante los años de doctorado y que me permitió trasladarme a lo largo y ancho del estado para realizar mis entrevistas, además de contratar a varios asistentes. Por otra parte, pertenecer a la UNAM, una institución reconocida y apreciada a nivel nacional, generó mayor apertura y confianza por parte de la gente, lo que derivó en invitaciones a diferentes eventos y procesos que se constituyeron en oportunidades de observación.

El trabajo de campo concluyó con dos salidas en 2022 y una en 2023 que me sirvieron para resolver dudas y cerciorarme de algunos detalles. Para entonces contaba con 136 entrevistas, 242 anotaciones en el diario de campo, grabaciones de audio realizadas en 14 eventos (seis reuniones, seis

talleres, un foro y un congreso), 225 encuestas a productores de palma, así como el material recabado por un asistente de investigación y por dos estudiantes de maestría (Martha Vanegas Cubillos y Henk van Rikxoort) que asesoré y quienes recibieron financiamiento de mi proyecto de doctorado para realizar su investigación (82 entrevistas). Aparte del trabajo de campo, hice trabajo de archivo, un proceso que inicié de manera fortuita.

Durante la investigación, pronto fue evidente que los ejidatarios recordaban poco sobre los viejos programas de incentivo a la palma, por lo que le pedí a Abril Ruiz Medina, quien me asistía en el proyecto, que visitara el Archivo General del Estado (AGE). Sus hallazgos fueron tales que me convencieron de la importancia que tenía el archivo para llenar ciertos vacíos del trabajo de campo. Con la ayuda de varias personas, recabé documentos en diferentes archivos estatales y nacionales, así como información en línea. A esto he de agregar los documentos que me compartieron algunas de las personas que entrevisté.

El material de archivo enriqueció el libro, aunque generó un enorme volumen de información con el que tuve que lidiar (782 documentos), además del siguiente dilema: ¿cómo incorporar toda esta información al análisis etnográfico? Tras varios pasos en falso opté por usar este material para complementar y, en ocasiones, para confrontar lo dicho en las entrevistas. En este sentido, el archivo jugó un papel secundario con respecto a la información etnográfica. La excepción a esta regla la constituye el capítulo «La tierra», para el cual dependí más de la información documental.

Por último, en este análisis parto de dos supuestos epistemológicos que retomo del pensamiento de Antonio Gramsci. El primero tiene que ver con la forma en que este intelectual conceptualizó el mundo social. Tal y como se refleja en la cita que abre este capítulo, Gramsci concebía una sociedad dividida en clases fruto de la división capitalista del trabajo, y consideraba el trabajo como el hecho primigenio sobre el cual se configuraban las relaciones de poder. Este supuesto tiene mucho sentido para los propios ejidatarios. En una entrevista en la Selva Lacandona, Martha Vanegas le preguntó a don Gaspar si ella podría ser ejidataria. La respuesta fue una negativa tajante: «Es que no es fácil, porque para empezar hay que ser pobre». Le advirtió que esto no era ninguna virtud. Martha le preguntó

entonces si él podría bajo alguna circunstancia dejar de ser ejidatario: «Solo que yo me vuelva empresario, que yo me vuelva profesional, pero nunca, ¿cuándo?». Y observó: «Yo pienso que no es muy fácil. La otra es ser ganadero, pero no tengo ni ganado. Entonces, no hay manera de... Yo pienso que la única manera es seguir siendo campesino, tener plantaciones [de palma y hule]». Para este ejidatario de El Pirú, como para tantos otros, las diferencias de clase, más que una simple división social, son una realidad ineludible.

El segundo supuesto tiene que ver con la idea de historia. En consonancia con el materialismo histórico, Gramsci pensaba que la historia no se debía al desarrollo de nuevas ideas, sino al desarrollo económico, que en última instancia era el que establecía las condiciones de posibilidad a nivel ideológico y cultural (Femia 1981). Como indica Giuseppe Cospito (2016), aunque Gramsci siempre fue crítico de la idea de la historia como un hecho predecible, pasó parte de sus años de cárcel asumiendo una relación un tanto mecánica entre estructura (economía) y superestructura (ideología). En sus últimos años desarrollaría, sin embargo, una concepción mucho más sofisticada —pospositivista, incluso— del devenir histórico, según la cual tanto la historia como la conciencia política son fruto de la relación que establecen los sujetos con el mundo material a través de la praxis (Gramsci 1999:275-278). Es a nivel de los actos o las prácticas que se conjugan ideología y materialidad, sociedad y naturaleza, vida práctica (transformación del mundo a través del trabajo) y cultura (concepción del mundo).

Según esta última idea, la naturaleza no es inteligible *a priori*, sino en relación con la propia actividad humana (Gramsci 1986:279-280). Además, este enfoque nos permite capturar la dimensión ideológica de los monocultivos, en tanto proyecto económico y político-cultural, pero sin olvidar su relación con las dificultades cotidianas y las prácticas que los caracterizan. Este supuesto encaja bien con la perspectiva de muchos palmeros, para quienes la vida práctica domina sobre otros muchos aspectos de la vida social. Así, por ejemplo, para don Tomás las cosas «se ven, se palpan, se sienten» y lo demás es puro artificio. Por supuesto, esta no es

la única forma de entender la realidad, pero sí la más adecuada dadas las concepciones de los propios ejidatarios y el marco teórico empleado.

*

Tres aclaraciones antes de volver con los palmeros:

Primera, tanto la Costa como la Selva son regiones de frontera. Este es un hecho que no tenía en mente cuando comencé este trabajo. Con el término frontera no me refiero únicamente a la existencia de una franja o un límite internacional, sino a los procesos de colonización productiva impulsados por el Estado mexicano que han tenido lugar en ambas regiones. Esta noción de frontera, definida por vez primera por Jackson Turner (1921), recibe hoy muchos nombres: se habla de fronteras frente, agrarias, pioneras o extractivas (Salizzi 2020). Más allá de las diferencias, se trata de lugares sujetos a procesos de expansión civilizatoria en territorios concebidos como aislados y periféricos. Si la soberanía es clave cuando pensamos en las fronteras como límite, la idea de desarrollo es central cuando nos referimos a la frontera frente, aunque, como ya advirtió Andrés Fábregas (2012), en el sur de México este tipo de frontera ha coincidido muchas veces con las fronteras nacionales, con lo que se combinan preocupaciones sobre desarrollo con cuestiones de soberanía.

Segunda, hasta ahora he usado el término palma africana, pero no toda la palma a la que me refiero en este libro corresponde a la especie que los botánicos llaman *Elaeis guineensis*. En Chiapas, como en el resto de América Latina, hay híbridos de palma africana con palma americana (*Elaeis oleífera*), que responden mejor al nombre de palma de aceite. Sin embargo, como ya advirtió William Roseberry (1994), la forma en que nombramos las cosas expresa diferentes intereses políticos, y la palma no es la excepción. En México, los críticos suelen llamar africana a una u otra palma para enfatizar su origen distante: es una especie fuera de lugar. Quienes tienen interés en su expansión suelen llamarla aceitera, nombre que evita traer a colación su historia colonial. Tal y como hacen muchos ejidatarios, uso ambos nombres como sinónimos, pero respeto la forma

en que los propios entrevistados llaman al cultivo y hago notar cuando esta tiene connotaciones particulares.

Y tercera, la lectura que sigue involucra algunas nociones agrarias. El ejido en México es una forma de propiedad de la tierra muy particular (Gabriela Torres Mazuera [2016] la llama anómala). Fruto de la Revolución mexicana, este régimen de tenencia —ideado para entregar tierras a campesinos que carecían de ellas y modificado bajo el neoliberalismo— impide la expropiación por deudas, pone límites a la superficie que se puede poseer, establece la asamblea ejidal como órgano rector de su gestión, así como permite convertir la parcela en dominio pleno (propiedad privada) bajo ciertas condiciones. En los ejidos hay ejidatarios (cuentan con título de tierras, tienen voz y voto en la asamblea y derecho a las tierras de uso común), posesionarios (tienen acceso a la tierra pero no participan de la asamblea) y avecindados (solamente son residentes en el ejido). Además de ejidatarios, hay propietarios, quienes poseen tierra titulada como propiedad privada, aún llamada pequeña propiedad dados los límites que existían para su acumulación antes de 1992. Entre los propietarios hay quienes se consideran rancheros (dedicados al ganado), finqueros (hacendados en pequeña escala) o incluso campesinos (quienes llegaron tarde al reparto agrario). A esto hemos de sumar las empresas, muchas recién llegadas, las cuales suelen expandirse bajo propiedad privada, pero que, en ocasiones, tratan de hacerlo en los ejidos. Este es el paisaje agrario en el que transcurre esta historia.

Don Jorge

Pasan de las tres de la tarde en el ejido Quiringüicharo cuando llegamos al punto en el que la esposa de Jorge Zavala dijo que podríamos encontrar a su marido. Me acompañan Gilberto Ovando, ejidatario de la región y guía en mi primer recorrido por la Selva, y su compadre Emilio Hernández. Ubicamos el lugar al ver la camioneta Toyota Tacoma de don Jorge, estacionada al costado de un camino de terracería, después de un puente de tubos que permite cruzar un pequeño afluente del río Lacantún. Según las instrucciones de la señora, ahí debíamos internarnos en la parcela, pues no andaría muy lejos. La plantación rondaba los tres años y las palmas, aún pequeñas, permitían observar bien los alrededores. Caminamos hasta llegar a una champa repleta de herramientas e insumos, junto a la cual esperaba uno de sus empleados. Nos sugirió hacer lo mismo.

Tras media hora vemos pasar a don Jorge al volante de un pequeño tractor John Deere. La máquina avanza con dificultad entre las hiladas de palma. Flaco, vestido de camisola café y calado de gorra, nos saluda desde la distancia. El tractor transporta un remolque que carga un tinaco negro del que se surte de agua la cuadrilla de jornaleros que, a pie y con mochilas a la espalda, fumiga la parcela con herbicidas.

Jorge Zavala acepta platicar con nosotros y nos habla de su llegada a la Selva: «Yo no tenía que hacer, llegué sin rumbo». Cuenta que unos vecinos de Guerrero le ofrecieron el terreno y que, sin dinero, acabó cambiando una casa de dos plantas que tenía allá en la Costa Grande por el terreno en la Selva: «Me animé, lo compré sin verlo». Para entonces ya se había

retirado el paliacate empapado en sudor que llevaba bajo su gorra, mostrándonos su tez morena y una sonrisa coronada por un bigote lampiño. Estábamos en la primera parcela que compró en el ejido, 49 hectáreas que tenía cubiertas casi en su totalidad por palma de aceite, aunque en ese momento ya era dueño de 130 hectáreas, buena parte de ellas compradas a conocidos de Guerrero.

«Siempre estuve en ganadería», prosigue, «pero ya estaba aburrido». Este guerrerense de unos 50 años buscaba un cambio no solo de estado, sino también de actividad. Supo de la palma por un doctor de Farmacias Similares en Benemérito: «Me dijo que era bueno el negocio y me dio la fe». Un vecino le facilitó el contacto con los funcionarios estatales que le permitieron conseguir las plántulas de palma sin costo alguno. Estaba negociando ahora con una empresa costarricense para venderles la cosecha a cambio de crédito. «Ya apoyaron un poquito con algo de matamonte», observa. Le dieron 500 litros de herbicida y algo de fertilizante a pagar con fruta. «Ya nos vemos como amigos», agrega. Llegó al ejido en septiembre y para el 12 de octubre ya estaba sembrando palma, «en caliente». Parecía haber encontrado su rumbo. Le pregunto sobre la inversión para comenzar y tras guardar silencio unos instantes responde: «Se lleva cerca de unos 40 000 pesos». «¿Nada más?», pregunta Emilio, escéptico. Jorge lo mira, sonríe y no dice más.

Cuando lo conocí, Jorge Zavala no era considerado uno más en el ejido. Era un fuereño, un recién llegado, además, uno con dinero, por lo que había todo tipo de rumores sobre su riqueza. Hubo quien sugirió, en voz baja y sin más prueba que la fuerza de la sospecha, que se trataba de dinero mal habido. Este tipo de comentarios son habituales sobre quienes llegan a la Selva con capital o de cualquiera que se dedique a la política, pero él era un caso particular. A diferencia de quienes se esmeran por acumular tierras en la zona, y que muchos llaman acaparadores, Jorge se instaló en el ejido con su familia. Dado lo parco que podía llegar a ser, le pregunté si era posible encuestarlo. En general, usé esta herramienta para caracterizar a los productores de palma a nivel cuantitativo. No solía encuestar a quien entrevistaba, pero en este caso hice una excepción para poder conocer mejor a don Jorge. Pude visitar entonces algunas de sus parcelas, e incluso

el chiquero que había construido en el límite de una de ellas. Aunque siempre fue amable, respondía a mis preguntas más indiscretas a punta de sonrisas y silencios. Tenía buenos motivos para ser cauteloso, el riesgo de extorsión y secuestro es muy real para quienes prosperan en la Selva.

Fue en una visita posterior cuando platicamos con mayor profundidad. Sucedió al término de mi trabajo de campo en la Selva, cuando visité su casa para despedirme. Me hizo pasar a un patio protegido con herrería desde donde podía observar el otro vehículo de su propiedad, un Volkswagen Pointer blanco con bastantes años encima. Relajado en una silla, quizás tenía a mano el sombrero blanco con el que solía sustituir la gorra con la que trabajaba. Habló de una capacitación que una asociación civil financiada por el gobierno federal les dio a sus trabajadores, de quienes dijo: «Están los que no escuchan, los que no entienden y a los que no les importa». Según comentó, tras equiparar la plantación con una escuela, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Qué hace el maestro con los alumnos? —preguntó a los jornaleros.

—Los castiga o los deja jugar —respondieron.

—Los califica —dijo Jorge Zavala.

Este breve intercambio refleja bien la concepción del trabajo que tenía Jorge. Usando la escuela de ejemplo, dejó claro a sus trabajadores que existía una jerarquía con roles bien asignados. Pero quizás el comentario más interesante tuvo que ver con el ejido, el cual salió a relucir al hablarme de lo que sucedía en su lugar de origen: «El ganado estaba todo junto y cada año decidían dónde sembrar. El problema es que se hacía lo que quería la mayoría». Jorge consideraba que buena parte del problema en los ejidos tenía que ver con los «hablantines», la gente que convencía al resto de hacer una u otra cosa, aun cuando no tuviera sentido económico. «Además, si uno se quería ir, se iba sin nada», dijo del pasado. Jorge Zavala veía con buenos ojos las reformas al Artículo 27 de 1992, que permitieron a los ejidatarios parcelar y vender su tierra, e incluso convertirla en dominio pleno (propiedad privada). Habló de esos cambios: «Ahora se puede vender la parcela, aunque al principio cuando se vendían y compraban tierras, se vendían solo los cercos y la infraestructura que hubiera. La tierra no se vende, decían. Pero ha ido cambiando».

Como otros ejidatarios, Jorge aceptó de buen grado el final del ejido posrevolucionario, el cual proscribía la posesión individual, la venta de tierra y la contratación de mano de obra, hechos que de por sí sucedían. Aunque, a diferencia de la mayoría, consideraba que la liberalización de la tierra resultó insuficiente: «Si fuera propiedad no tendríamos esos problemas». Se refería a las tensiones, conflictos y corruptelas que suelen marcar la vida asamblearia en muchos ejidos.

Pasé mucho tiempo intentando categorizar a Jorge Zavala. Lo clasifiqué como inversionista (por el capital que parecía poseer y porque así lo llamaba Gilberto), como un gran productor (por la superficie que tenía en propiedad) y como productor independiente (pues no participaba en la organización a la que pertenecían la mayoría de sus vecinos con palma). Parte de mi confusión tenía que ver con que me recordaba más a un ranchero que a un campesino y, sin embargo, era ejidatario. En concreto, por sus maneras y actitud me recordaba a Roberto, un propietario sinaloense que conocí en Tapachula.

Roberto me invitó a conocer su propiedad, cerca de la frontera con Guatemala. Me citó en una gasolinera de Tapachula ubicada en la carretera que sale a Puerto Chiapas, y donde, se rumoraba, se surtía de gasolina la planta de biodiésel que se construyó durante el gobierno de Juan Sabines Guerrero (2006-2012). Llegó en una camioneta destartalada, vestido con una camisa y unos jeans viejísimos. «Es por seguridad», dijo. Temeroso de los secuestros, tomaba precauciones. En el trayecto habló de sus comienzos con la palma a principios de la década de 1990, cuando el gobierno estatal, junto con la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, implementó el proyecto «Fomento al cultivo de la palma africana» en las llanuras costeras del Soconusco. De hecho, Roberto y su finca El Retiro aparecen en un informe de asistencia técnica de 1991 firmado por un ingeniero de ASD Costa Rica, la empresa centroamericana que suministró plantas al proyecto, que aún se encuentra en el Archivo General del Estado de Chiapas.

Roberto me contó sobre la labor de convencimiento de los funcionarios de la época, quienes les ofrecieron planta gratuita e insumos, y que incluso les prometieron que construirían una extractora de aceite de palma

en la zona. Fue así como un pequeño grupo de propietarios, entre los que se contaba, decidieron sembrar. Sin embargo, la extractora que debía surtir de aceite crudo de palma a las refineras de aceite del centro del país jamás llegó y la más cercana se encontraba a más de 70 kilómetros. No salía la cuenta, explicó Roberto sobre la entrega de fruta a tal distancia. Varios tiraron la planta y él la tuvo abandonada por muchos años. Cuando visité su parcela, la situación había cambiado notablemente.

La finca, con una extensión de 140 hectáreas, era un lugar particular. Roberto había convertido parte de su propiedad en lo que la Comisión de Áreas Naturales Protegidas llamaba Áreas Destinadas Voluntariamente a la Conservación y que, en este caso, albergaba un importante número de especies animales y vegetales. De hecho, llegué a él por recomendación de una asociación civil local, para cuyos integrantes Roberto era un ejemplo de cómo un productor de palma podía convertirse en alguien sensible a las cuestiones ambientales. En su finca tenía todavía aquella palma de los años noventa que, como es costumbre entre muchos ejidatarios y propietarios, guardaba como una suerte de recordatorio vegetal de lo que había sido su propiedad.

Visité la finca en tiempos del programa de Reconversión Productiva (2007-2012) de Juan Sabines. El Instituto de Reconversión Productiva y Bioenergéticos (IRBIO), que tenía a cargo el programa, repartía plantas gratuitas de palma por doquier. Al tiempo que se dedicaba a la conservación, Roberto barajaba la posibilidad de recuperar su producción de palma porque podía ser, se dijo, una fuente más de ingreso. Aunque las extractoras seguían estando lejos, había mayor competencia. Llegaban técnicos de las empresas a comprar fruta a las fincas, aunque con ellos vinieron las ofertas de compra de tierra o, en su defecto, de arrendamiento. «¿Cómo voy a dejar que otro cabrón cultive mi tierra?», dijo indignado. Pocos propietarios aceptaban tales ofrecimientos. En nuestro recorrido habló además de los problemas con los ejidos vecinos, de las invasiones y del riesgo que le supusieron las políticas de reforma agraria, de las que salió indemne.

En el viaje de regreso a Tapachula me contó una anécdota. Habló de cómo un trabajador de la Coca Cola arruinó a un refresquero local: le compró toda su producción de refresco envasada en botellas de vidrio

retornable y las quebró. Sin botellas, el refresquero se quedó sin negocio y este trabajador sin competencia. Enojado e incrédulo, Roberto contó cómo el empleado de la Coca Cola le presumió el asunto como si fuese una hazaña. Aún no daba crédito, ¿cómo hacerle un perjuicio así a alguien que trabaja tan duramente para mantenerse a flote? Según entendí, para Roberto, las empresas productoras de palma eran un poco como ese trabajador, su único interés era el beneficio económico.

Es curioso, pero Roberto y Jorge, uno propietario y el otro ejidatario, parecían compartir ciertos valores. Ambos consideraban muy importante vivir del campo, además de disponer libremente de tierras para poder producir. Estos valores los alejaban tanto de las empresas como de muchos ejidatarios. A decir de propietarios como Roberto, para las empresas el campo era solo un negocio y no una forma de vida, mientras que para los ejidatarios el ejido era sinónimo de garantías. Pero para los propietarios y para ejidatarios como Jorge, el ejido era también una atadura a la libre acumulación de capital.

Don Jorge llegó, sin embargo, a un ejido particular, donde compra tierra quien tiene los medios para hacerlo sin que la asamblea ponga muchos peros. Quizás esto tiene que ver con el flujo de dinero que hay en la zona producto de negocios ilícitos, como son el contrabando de ganado desde Centroamérica y el trasiego de drogas a través de la frontera, o con los fuertes procesos de diferenciación social que marcaron la vida de este ejido desde el inicio. Sea por uno u otro motivo, Jorge Zavala seguiría comprando tierras ejidales sin que aparentemente hubiera muchas trabas.

La costumbre

En una determinada sociedad nadie está desorganizado y sin partido [...]. En esta multiplicidad de sociedades particulares [...] una o más de ellas prevalecen relativa o absolutamente, constituyendo el aparato hegemónico de un grupo social sobre el resto de la población.

GRAMSCI (1984:104)

Sentado sobre una mesa de madera, a la puerta de una tienda de abarrotes y junto a un refrigerador repleto de cervezas, Amílcar dijo lo siguiente sobre su palma: «Ahora nuevamente sembré cinco hectáreas y la estoy atendiendo chingona. Ya está quedando bonita». Junto a nosotros estaba Gilberto Ovando, ejidatario y técnico del Corredor Biológico. Poco después, agregó: «Empezamos para tener un futuro». Era mi primera entrevista a un palmero y Amílcar dudaba entre responderme a mí o a Gilberto, como si yo no hablara su mismo idioma. No creo que estuviera muy equivocado.

Gilberto me presentó a Amílcar como uno de esos ejidatarios que, desencantado con la palma, la tumbó y le echó lumbre. Y como todos los que logré rastrear, su historia resultó ser bastante más complicada. Sembró las plantas de palma en un terreno con demasiado «aguachín», por lo que, estando aún tiernas, se ahogaron con tanta humedad. Volvió a intentarlo y, en esa segunda ocasión, sí lo logró. De pie en su patio, hablamos de producción, aunque pronto la plática derivó en otras cuestiones: «Nada,

no hemos conseguido recurso. Los que le apoya alguna institución, pues tienen algo. Yo no tengo nada firmado». Le pregunté sobre contratos con las extractoras y me habló de apoyos del gobierno, e insistió: «Estamos con desconfianza, no hemos rescatado ningún apoyo».

Hablar de palma aceitera era hablar de plantas gratuitas, de crédito y de subsidios (o de dinero regalado, como dijo más de uno). Hablaron de apoyos en todas y cada una de las entrevistas que hice en mi primer recorrido por la Selva. ¿Fue porque llegué acompañado por Gilberto?, ¿porque este presentó mi investigación como un diagnóstico (un término asociado con los programas gubernamentales)?, ¿o acaso pensaban que también yo trabajaba para el gobierno? El hecho es que en la Costa sucedió lo mismo, y allá no conocían a Gilberto ni el Corredor Biológico.

Darinel, un joven vestido con shorts amarillos de básquet, playera blanca y botas de hule, explicó que para obtener plantas de palma había que ir a las reuniones de las organizaciones: «Conforme en esa junta, ya se le pide al mero bueno, ya se le dice cuántas hectáreas». Nuevamente, pregunté sobre la producción y me hablaron de apoyos, en este caso de cómo se debía hablar con los líderes de las organizaciones productivas para conseguir plantas. Por su parte, un líder de una de esas organizaciones, don Román, dijo: «Organizado, uno lo apetece el gobierno porque uno está unido. Con estas organizaciones uno ya encuentra [apoyos]. Solo, pues uno va de aquí para allá». Comentó que fue su hijo adolescente, jornalero en palma, quien lo convenció de sembrar: «Después de decir que tenía espinas, ya hallé el modo de trabajar». Según Román, trabajar involucraba desde lidiar con cuestiones materiales, como las espinas de la palma, a estar organizados para conseguir apoyos y poder producir.

Me acompañaba Gilberto, a quien invité a mi primer viaje a la Costa, pues era capaz de observar y preguntar cosas que se me escapaban. Sabía de los problemas del campo, me advertía de los códigos del ejido —como aquella ocasión en que me dijo que un señor se quedó esperando que yo le pidiera ir a su parcela (jamás lo percibí)— y siempre tenía una opinión que ofrecer. «Estos están atigrados», observó tras una entrevista que hicimos a un joven cortador de palma que abordamos a pie de carretera, quien resultó ser especialmente elocuente. A decir de Gilberto, la gente de la Costa

sabía cómo manejarse con las instituciones y conseguir apoyos. Y a esto había que sumarle el asunto de las vacas.

«La palma es buena, por poco que dé, cada 15 días. El ganado al año, una al año, a los nueve meses pare la vaca», dijo un ejidatario de Xochicalco Viejo. El ejidatario que lo acompañaba asentía, mientras la mujer del entrevistado me observaba desde el patio. «Si el oxígeno que está aventando la plantación, ese lo aprovecha Estados Unidos», dijo la señora de repente. «¡Como usted!, que se va a aprovechar de los campesinos allá [en la Selva], que no tienen estudios». Para ella era más que evidente; si andaba preguntando por la palma, los ingresos y la cuestión ambiental, algún negocio estaría yo maquinando a costa de los ejidatarios (no sería ni el primero ni el último). Los señores no se inmutaron y yo no supe qué decir. Siguieron hablando de palma y ganado, siempre bien de la primera y mal del segundo: para unos, tener palma era como recibir quincena, es decir, como tener un trabajo estable; para otros, la palma era menos riesgosa que el ganado, pues no se moría de repente ni se la podían robar.

El presidente de la ganadera de Villa Comaltitlán habló también del asunto, aunque, en su caso, visiblemente preocupado: «Esto se vino para abajo», dijo, «y no sabemos ni en qué carajos va a terminar esta situación». Calado de sombrero, este propietario nos pintó un panorama que calificó de alarmante, de locura y de dilema. «Apoyos teníamos muchos», y tras enumerarlos agregó, pero «de dos años para acá no hemos recibido. La asociación ganadera de Acapetahua, que era la más fuerte, y Escuintla, ya cerraron [solo cerró la de Escuintla]. Eran las más fuertes». Habló entonces del pasado: «Hace años se decía que la palma valía pa puras vergüenzas». Otro ganadero, que se sentó junto a nosotros a media entrevista, también quiso poner su granito de arena. «La palma ocupa mucha agua», dijo para deleite de Gilberto, siempre dispuesto a escuchar una buena crítica al cultivo, «en esta zona teníamos mucha humedad y [ahora] hasta el agua de los pozos artesanos se seca de volada. Ya hay lagunas que se están secando, ¿a cuantos metros nos vamos a buscar el agua?». Tras estar de acuerdo e indicar que cultivos como la palma y la caña estaban «jalando humedad como la fregada», el presidente de la ganadera nos comentó que estaba buscando planta de palma para sembrar.

En este primer recorrido salieron a relucir toda una serie de palabras asociadas con la palma: apoyos, programas o proyectos, gobierno, organizaciones y líderes. No lo sabía entonces, pero se trataba de términos cargados de significado para quienes se han especializado en el estudio de la política en el campo mexicano; nos hablan de las relaciones que el Estado ha establecido históricamente con corporaciones o grupos organizados de la sociedad (campesinos, obreros y maestros). Un corporativismo que, como apuntan Grammont y Mackinlay (2006), ha tenido fuertes tintes clientelares. Así, por tradición el Estado mexicano ha entregado una cantidad considerable de recursos a los ejidatarios y, hasta antes de la administración del presidente Andrés Manuel López Obrador (2018-2024), a organizaciones rurales, como estrategia para cultivar lealtades políticas. Y la palma no ha sido la excepción.

En una cafetería de San Cristóbal de Las Casas, un ambientalista, crítico de la palma, me habló de una reunión que tuvo con organizaciones campesinas en las cañadas de la Selva Lacandona: «Resultó que varias organizaciones le tenían copiado el discurso al gobernador: que si la reconversión productiva, que si la alternativa verde». Atribuyó el interés de las organizaciones por el cultivo tanto a la falta de información como a las relaciones clientelares que estas sostenían con el gobierno: «Finalmente, reciben muchos proyectos y pues no se patea el pesebre. Ahora que vienen las elecciones y los ofrecimientos, pues menos». Explicó que «se quieren mejores condiciones en las comunidades y en la ciudad, pero la discusión se vuelve si pagaron 40 o 50 pesos, si pagaron el primero de enero o el 15...».

Pude constatar de primera mano lo que dijo este ambientalista, pues hice trabajo de campo a caballo entre el fin de la administración de Juan Sábines Guerrero (2006-2012) y el inicio de la gubernatura de Manuel Velasco Coello (2012-2018), este último mejor conocido como el *Güero* Velasco. Las elecciones sacaron a flote los nexos entre el programa de Reconversión Productiva, que incentivaba la siembra de palma y otros cultivos perennes, y la política. Además, estudié la expansión tanto de la palma como del piñón en la Selva, ambas vinculadas a su propia facción política, y una de las cuales habría de sufrir una derrota importante. El corporativismo en la región encajaba bien con lo que algunos han llamado corporativismo

neoliberal o neocorporativismo (Harvey 1993; Otero 1996): ya no había grandes favoritos, las organizaciones debían competir por los recursos. No obstante, y en contraste con ciertas lecturas sistémicas o estructuralistas, el corporativismo que pude observar en el campo estaba lejos de ser una máquina perfectamente engrasada de control político. Era un proceso bien arraigado a nivel local —casi una costumbre—, lleno de contradicciones, riesgos y tensiones que, en este caso, fueron ambientales y en las que la dimensión material, ausente en muchos análisis políticos, demostró ser clave.

*

«Vimos que el gobierno promocionaba el cultivo y me metí en su proyecto». Hablaba Emilio Hernández en una cafetería de Palenque. El encuentro tuvo lugar gracias a Gilberto, quien insistió en la importancia de considerar no solo el caso de la palma, sino también el del piñón, esfuerzo que lideraba su compadre. Emilio estaba en Palenque realizando trámites para su sindicato de transportistas y buscando quién pudiera ayudar a un sobrino suyo, egresado de enfermería, a conseguir trabajo en algún hospital público de la ciudad. No dejó lugar a dudas sobre las razones por las que sembraron piñón: «Nace la inquietud debido al mismo gobierno del estado. El gobierno de Chiapas impulsa el biocombustible, abre un mercado y entonces abre la oportunidad».

El programa de Reconversión Productiva estaba todavía en marcha. Anuncios de radio, notas de periódicos y espectaculares a pie de carretera promocionaban la siembra de palma, hule y árboles frutales, cultivos que según el gobierno del estado servirían para generar ingresos y proteger el medio ambiente. Dada la participación del gobierno de Chiapas en el programa Mesoamericano de Biocombustibles, el programa de Reconversión Productiva acabó asociado con la producción de biodiésel. Fue en este contexto en el que Emilio, ejidatario de Zamora Pico de Oro, me habló de sus comienzos con el piñón, planta mejor conocida en otros lugares por su nombre científico, *Jatropha curcas*, y por su posible uso para producir biodiésel. «A mí me comisionan a investigar», dijo en un perfecto español, poco común entre los tseltales de la Selva, «como no sé por dónde

empezar, hago un oficio dirigido al gobernador». El oficio de Emilio encontró respuesta en la Secretaría de Desarrollo Social, institución que lo canalizó a la Secretaría del Campo, y esta, a su vez, al Instituto de Reconversión Productiva y Bioenergéticos (IRBIO).

Contó que un alto funcionario del Instituto le dijo «¿Por qué el piñón, si no se da en la región?». Otro tanto le comentaron en las oficinas de la Comisión Nacional Forestal, organismo que contaba con apoyos para el cultivo. Emilio utilizó entonces un argumento que, como supe más tarde, tenía una larga genealogía en la Selva: «El piñón en la región como prueba ha sido añejo. Mi jefe tenía una mata de piñón en su parcela que ha dado todos estos años». Desde esta perspectiva, la presencia de algunas plantas de esa especie demostraba que su cultivo era adecuado. Emilio recordó sonriente la respuesta del funcionario del Instituto: «Dijo que no me iba a apoyar y pues entonces yo le digo que si ellos no nos apoyan, entonces vamos a conseguir semillas, y me legalizo, y llevo piñón a Japón, a Alemania. Y cuando vio que iba en serio, entonces me apoyó».

Según Emilio, el apoyo estaba condicionado: «Con esto de los biocombustibles, el gobierno dice: quiero trabajar, pero con organizaciones bien establecidas». Poco antes había hablado de su organización, la Unión Campesina Belisario Domínguez: «Es pequeña y todavía no estamos bien regularizados. Empezamos en abril del 2005. En un principio estaba enfocada en gestoría». Se habían dedicado, con poco éxito, a tramitar apoyos para vivienda y para pequeños proyectos productivos. Platicó entonces de las discusiones que tuvo con las bases: «Pues señores, hay que pensar algo estable, en el futuro». «En palma, no», dijeron los socios de la Unión. Consideraron la posibilidad de sembrar hule, pero optaron por el piñón.

«Aunque, claro, empiezan las contradicciones», observó Emilio; «tenemos problemas de dinero, problemas de asistencia técnica, problemas de plaga». Contó que luego de un tiempo de estar pagando el combustible para el traslado de la semilla a la región los productores se negaron a seguirlo haciendo; habló de la falta de conocimiento de los técnicos y mencionó el acuerdo que la Unión alcanzó con el Instituto de Reconversión Productiva: «Ellos dijeron que nos apoyaban solo lo básico: la semilla, la asistencia técnica y que el mismo instituto tramita los apoyos [con

otras instituciones]». Comentó que el Instituto también se comprometió a comprarles el fruto a cinco pesos. Tras hablarme de algunos logros y avances, agregó: «Pero yo estoy preocupado. Yo soy campesino y para este trabajo no hay dinero que alcance. La tierra hay que prepararla, hace falta fertilizante. Dicen que el cultivo es muy cimarrón, pero no se va a dar con la pura bendición del Señor». El camino de la Unión estaba siendo más accidentado de lo esperado, algo que no era nuevo ni para él ni para su gente: «Y es que, en este sentido, ya hay una historia». Emilio platicó del viejo fracaso del cacao, aunque, tras enumerar los problemas que estaban enfrentando, adoptó una actitud más positiva. «Ya salió frutita», dijo tocando la punta de sus dedos.

Curiosamente, tuve una conversación muy similar con otro líder un día antes de conocer a Emilio. Se trataba de Armando Solís, líder de los palmeros en Marqués y presidente de la Asociación Rural de Interés Colectivo Benemérito del Marqués, mejor conocida como la ARIC. Gilberto le solicitó a Armando la entrevista por teléfono, inseguro de lograrlo. Nos recibió después de la cena, en un patio con sillas de plástico, ubicado frente a unas galeras donde descansaban los jornaleros guatemaltecos que empleaba. Fue directo al grano: «Yo buscaba un proyecto productivo, después de la ganadería». Hablaba de su periodo como presidente municipal de Marqués de Comillas: «Al principio pensé en lo forestal, pero entonces vimos que la palma era una oportunidad». Junto a él estaba un joven licenciado en busca de trabajo.

Ante la falta de interés del gobierno estatal, Armando recurrió a una empresa para obtener plántulas de palma a crédito. «Arrancamos en el 2005, 2006», nos había explicado previamente, «de las 240 hectáreas, quedaron finalmente 79». Dados los costos de transporte y el mal estado de las plántulas, el grupo se redujo a 26 personas, casi todas de ejidos ubicados en la ribera del Lacantún, también conocida como la zona ribereña (mapa 2). La situación cambió con la llegada de la Reconversión Productiva.

«El Estado entonces le voltea a nuestro proyecto, y sí, los retamos», recordó animado. Consiguieron que el gobierno estatal los apoyara con plantas de palma y subsidios, aunque seguían enfrentando problemas: «Estamos dando palos de ciego». Al igual que Emilio Hernández, Armando

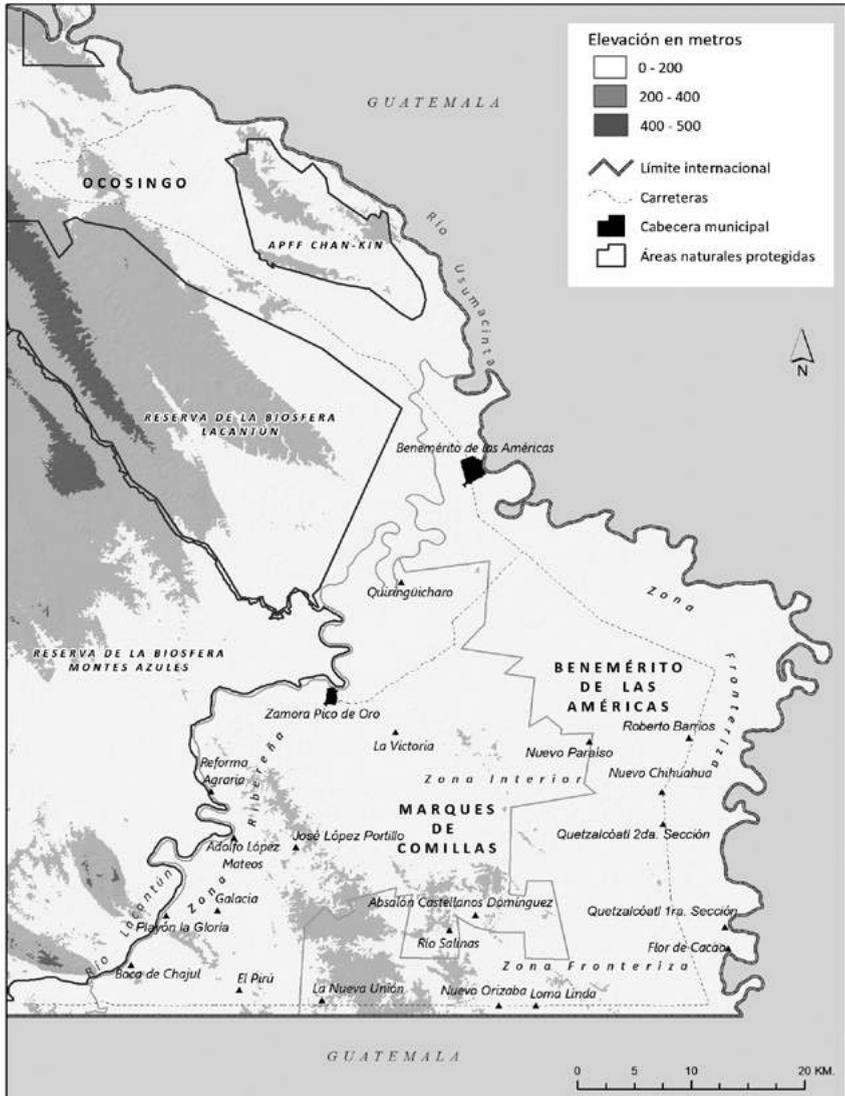
se refirió a la escasa preparación de los técnicos y a las dificultades para conseguir crédito. A diferencia de aquel, también mencionó las deficiencias a nivel de infraestructura: «Tenemos una demanda de caminos. Es donde quisiéramos que los ayuntamientos pudieran entrar y aportar». «Si sirvió estar organizados», advirtió Armando, quien pudo sortear parte de los problemas aglutinando a un gran número de productores.

La cuestión ambiental salió a relucir en ambas entrevistas. «Por ejemplo, necesitamos algo para matar monte», dijo Emilio Hernández sobre la necesidad de tener apoyos para comprar herbicidas, «y yo sé que contradigo el ambiente, pero es que la planta no perdona, está lloviendo mucho, y necesito el apoyo económico». Insistió en la importancia que tenía el apoyo para producir aduciendo que, de lo contrario, dependerían solo de la «bendición del Señor». ¿Acaso estaba Emilio justificándose conmigo por la cuestión ambiental? Quizás supuso que, como muchos investigadores llegados a Marqués, esa era mi preocupación principal.

Armando fue más directo: «La palma tiene mucha gente en contra. Tú estás muy bien detrás del escritorio. Dime una alternativa y le echo machete». Dado que llegué con Gilberto, quien trabajaba para una institución ambiental, Armando no tenía dudas sobre mi posicionamiento. En cualquier caso, aprovechó el momento para aclarar que no estaban deforestando: «El 80 % de los terrenos eran de ganadería, el 20 % de acahuales». Por acahuales se refería a terrenos que un día fueron deforestados y que contenían ya fuera monte (vegetación baja) o una selva en ciernes. «Hay un error muy grande del gobierno», observó Armando, «dice: te doy tus tierras, son agrícolas». Estaba hablando de las políticas de colonización de la Selva y minutos después añadió: «Pero el Estado mexicano falló. Yo vine por el patrimonio de mis hijos, pero me dicen que soy depredador. No se vale». Para él, como para tantos otros en Marqués, las políticas de conservación impulsadas desde las instituciones gubernamentales no tenían en cuenta, en el mejor de los casos, sus necesidades materiales y, en el peor, los satanizaban, una postura que Emilio Hernández compartía.

«Pero yo en una reunión», recordó, «hablé del cambio climático. Aceptemos que la culpa es de todos». Contó entonces lo que les dijo a los funcionarios del Instituto de Reconversión Productiva:

Mapa 2. La Selva



Fuente: Rafael García González.

Yo quiero sembrar 500 hectáreas de piñón, les dije: ¿Me vas a ayudar? ¿Vas a reforestar algo? A lo mejor la capa de ozono ya está rota, pero si tengo 200 hectáreas, van a concientizar que estamos reforestando. Pero también tenemos que comer, no podemos vivir de reforestar.

Emilio resumió así el asunto: «Yo hago una casa, ellos otra». Una estaba hecha para responder a las necesidades materiales de la gente, y otra, la del gobierno, tenía que ver con las cuestiones ambientales. Armando no habló de una casa, pero sí de un muro, aunque antes hablaría de reforestación: «Benemérito tiene 34 000 hectáreas de selva. Lo que hay, está perturbado y saqueado, no tiene valor económico». Dijo esto tras hablarnos de las posibilidades que representaba la palma en Benemérito y Marqués: «El potencial es para 50 000 [hectáreas] y apenas pinta color». Equiparó la palma con la «reforestación» y aclaró, nuevamente, que la ARIC sembraba en «potreros degradados». Se detuvo un momento y añadió: «Pero nadie es profeta en su tierra. En Zamora casi no hay palma. Más bien nos critican que estamos locos». De sus vecinos de ejido comentó: «Están bien metidos en la ganadería».

Durante la entrevista, dijo que la palma constituía una estrategia no solo para reforestar Marqués, sino incluso para detener la migración. «¿Cómo podemos hacer para venderle la idea a Estados Unidos?», se preguntó, «¿Cuánto está costando ese muro?». Y se respondió: «Miles de millones de pesos». Habló entonces de palma y trabajo: «Aquí nos estamos rajando el alma. Nos pueden dar créditos blandos y hacemos barreras productivas». En su opinión, al generar empleo, la palma serviría para detener el flujo de migrantes hacia el norte. En realidad, todas estas eran argumentaciones que utilizaba el propio gobierno estatal, aunque los líderes no eran los únicos que concebían los apoyos como centrales para la actividad agrícola ni los únicos que, en su intento por acceder a los recursos del gobierno, asociaban estos cultivos con discusiones más amplias sobre desarrollo y sustentabilidad. Los ejidatarios hacían lo propio, tanto quienes habían sembrado palma o piñón, como quienes deseaban hacerlo.

«Antes era maíz», dijo don Gregorio. Estábamos en una parcela de tres hectáreas en el ejido Absalón Castellanos. «Pero ¿así como acahualito?», pregunté en referencia al paisaje que hubo antes del piñón al observar la vegetación circundante. «Sí», respondió, «el trabajo de nosotros así, como campesinos, pues». Don Gregorio estaba con su hijo. Yo llegué junto con Martha Vanegas, quien comenzaba su tesis de maestría sobre el caso del piñón, y con Emilio Hernández, quien nos presentó a Gregorio, miembro de su organización, y a quien le explicó en tselal el motivo de nuestra entrevista. Estábamos en una zona en la que suele tumbarse montaña (selva) o acahual para sembrar maíz intercalado con frijol y calabazas (milpa), práctica que suele conocerse como roza, tumba y quema. Pero, en lugar de rozar la vegetación a machete y tumbar montaña para sembrar milpa, Gregorio lo hizo para sembrar piñón. Le pregunté por qué: «Nosotros ya no queremos tumbar tanta montaña, queremos ver también cómo sale ese piñón».

Me llamó la atención que este campesino tselal nos hablara del piñón como una alternativa a la deforestación. Este era precisamente el discurso del gobierno estatal, el cual presentaba la roza, tumba y quema como el enemigo a vencer, e indirectamente, a aquellos que las practicaban, como destructores del medio ambiente. «Juan Sabines Guerrero», se dijo en un comunicado oficial difundido a la prensa en 2009 sobre los dichos del gobernador, «resaltó que en Chiapas se ha impulsado con éxito la reconversión productiva, que significa promover la sustitución de cultivos tradicionales, como el maíz de autoconsumo y que afectan al medio ambiente, por otros sustentables, y que potencializan el ingreso».¹ A decir del gobierno, al impedir la tumba, roza y quema, los cultivos perennes evitarían los incendios y la deforestación. Gregorio parecía adscribirse a esta lógica. Poco después comenzó a hablar del piñón y de la falta de alternativas.

«Mírala cómo está de bonita», dijo de una mata de piñón. A diferencia de quienes recibieron la planta en la estación seca, esta tenía una buena cantidad de hojas y un color verde intenso. Aunque solicitó tres hectáreas de piñón, solo recibió una. «Venía bonita, jugosita —añadió Emilio—, va

¹ «10 países de Mesoamérica integran red de bioenergéticos, en Chiapas», Boletín de prensa 1797, Gobierno del Estado de Chiapas, 24 de agosto de 2009 (archivo personal).

a desarrollar». Le pregunté a Gregorio qué solía cultivar en su terreno y respondió: «Maíz y frijol, no hay otro». Intervino entonces Emilio:

Aquí es un poquito preocupante porque no ha habido otras cosas que pudieran dar otra opción para salir adelante. O sea, aquí no hay más que el maíz, el frijol y, afortunadamente aquí, Gregorio, su terreno lo ves que todavía es fértil, es un terreno que a lo mejor sí se da el maíz.

Emilio explicó que en la zona en la que nos encontrábamos también había ganado, pero siempre en pequeñas cantidades. Además, y a diferencia de muchos otros socios de la Unión, Gregorio tenía la fortuna de contar con un suelo productivo. No desaprovechó la oportunidad para comparar el piñón con la palma. Señaló la vereda que llegaba a la parcela: «Mira, te traigo una mata de palma desde allá cargando, ¿cuánto me podría traer? Quizás una o dos macetas de esas me traigo yo, ¿pero para meterle 130 por hectárea? ¿Cuándo termino yo de traerla?». Sin caminos de terracería que llegaran a las parcelas, la única forma de introducir plantas y sacar cosechas, en este y otros ejidos en los que tenía presencia la Unión, era a mecapal (con la carga a la espalda, amarrada con un cinto en la frente). Así, la siembra de palma es difícil y la cosecha imposible. En cambio, señaló hacia una planta de piñón: «Y esto, pues a lo mejor lo trajeron de dos o tres manojitos». Aunque esto no excluía que, como dijo Gregorio, también llevara «bastante trabajo».

«Muchas veces», dijo Emilio, «la recomendación es machete, no es líquido; no es matamonte, es puro machete». Esa era la recomendación del Instituto de Reconversión Productiva, pero advirtió que no era viable: «Sería meterle muchos jornales, o sea, mucho trabajo». Dijo esto después de que le pregunté a don Gregorio sobre el uso de los herbicidas, quien respondió: «No le he aplicado nada, así como lo ve, está a la bendición de Dios». «Va a requerir, para que levante también el piñón», agregó don Gregorio quien asoció el uso de herbicidas con los apoyos, necesarios para limpiar de monte la parcela. Y concluyó: «O sea, estamos chambeando, estamos trabajando, pero queremos apoyo, pues, para que... que baje también el gobierno, pues, para que apoye también el gobierno».

Ese fue el primer comentario que registré sobre la importancia que tenían los apoyos para quienes estaban involucrados en el proyecto de *Jatropha*. Martha habría de escuchar varios comentarios más de este tipo, pero a diferencia de don Gregorio, muchos insistirían en la importancia que tenían las organizaciones para acceder a dichos recursos. Así, por ejemplo, un ejidatario de El Pirú ofreció a Martha su muy particular explicación de por qué la organización se llamaba la Unión Campesina Belisario Domínguez: «Pues que los campesinos están unidos. ¿Para qué? Para conseguir apoyos». Poco después se explicó un poquito más: «Cuando uno está organizado, la unión, dice, hace la fuerza. Entre más seamos y más grande sea el grupo, hay más posibilidad de conseguir apoyos, proyectos con las instituciones». En su opinión, no había dudas: para conseguir recursos debían estar organizados. Esa perspectiva también la compartían los ejidatarios involucrados en la producción de palma.

En el comedor de su casa, en el ejido Benemérito de las Américas, doña Martina comentó: «Los de paga son los que están entrando en serio. Como económicamente son fuertes, el pez más grande se come al chiquito, como dicen». Se referían a quienes llegaron a sembrar palma a su ejido, entre los que se contaban empresas extractoras que, a decir de Martina, pagaban los terrenos «al precio que fuera». Le pregunté si la palma estaba desplazando al ganado: «Bueno, es que Benemérito es grande. Sí hay terreno y somos poca la gente. Mi esposo tiene 150 hectáreas y yo tengo 100. Hay ejidatarios que han comprado más. Los que no tenemos, nos organizamos». Con esto último no se refería a la posesión de tierra, sino a la necesidad de estar organizados para obtener los apoyos de gobierno y poder entrar al mercado en condiciones menos desfavorables, aunque observó: «El problema es que los representantes [de las organizaciones] hacen lo que quieren».

Baltasar, originario de la Costa y ejidatario de La Victoria, dijo algo parecido:

El problema es que para iniciar algo necesitas tener recursos o ser varios, ser varios para que sea grande, pues. En este caso, Armando, que también es de allá de la costa, pues él tuvo la oportunidad de estar donde se podía hacer algo con la experiencia y la visión que tiene, pues. Dijo «vamos a hacer esto» y qué bueno.

A diferencia de otros involucrados, Baltasar no mostró su desacuerdo con la directiva de la ARIC; más bien, enfatizó la importancia de contar con líderes cercanos al gobierno para lograr acceder a los apoyos. A decir de este ejidatario, Armando estuvo donde se podía hacer algo, es decir, en el interior del gobierno, en su caso como presidente municipal.

Volví a la Selva pasadas las elecciones y tras el fin de la Reconversión Productiva. Para entonces se habían acabado las plantas de palma y los apoyos, y reinaba la expectativa. ¿Qué hará el nuevo gobernador? «Ya en este año es imposible», dijo Belisario sobre los apoyos para la palma mientras recorríamos su potrero ubicado en el ejido Quiringüicharo. Tenía alrededor de 30 años y dudas de si el Güero Velasco retomaría el incentivo a este cultivo. Intervino un tío suyo, con quien nos encontramos en el campo: «No, vino a Benemérito la vez pasada y no dijo nada de la palma, mas que va a construir domos, no sé qué cosa de escuelas y hasta ahí». Habían pasado las elecciones y se había terminado la Reconversión Productiva, aun así se seguía hablando de apoyos.

«Pero usted quiere sembrar», dijo el tío de Belisario al escucharme preguntar sobre la palma y la compra de tierras. Dio por hecho que era uno más de los que llegaban a la región en busca de oportunidades de negocio. Estábamos en El Chicle, una zona de terrenos altos dedicada a la ganadería y donde alguna vez abundaron los árboles del mismo nombre. Belisario y su tío eran ganaderos en busca de palma. «Cuando repartieron la planta, hace poquito, no nos tocó porque apenas habíamos entrado», dijo uno de ellos en referencia a su ingreso en la ARIC, «pero a la otra en que repartan semilla, si es que llega todavía la semilla, ya nos toca a nosotros. Para estar al tiro, para sembrar palma». Animado por sus familiares de la Costa, Belisario se anotó en la lista que levantó Armando en 2005, pero no consiguió planta. Él y su tío ingresaron en la ARIC durante la Reconversión Productiva, aunque lo hicieron tarde y tampoco consiguieron planta. Le pregunté a Belisario si, como dijeron varios palmeros, la gente estaba contenta con el cultivo. «Pos la que tiene, sí», dijo divertido, «y la que no ha experimentado, está brava porque no tiene».

Esta entrevista tuvo lugar porque estaba buscando diferencias entre quienes participaban en los proyectos de conservación y quienes se

incorporaban en los programas de palma. Para entonces, había entrevistado a varios beneficiarios del Corredor Biológico, algunos de los cuales se distinguían de los palmeros tanto por su más bajo nivel económico como por una cierta oposición a la siembra de palma, muchas veces justificada en términos ambientales. Llegué a pensar que tenía entre manos un caso del tipo «ecologismo de los pobres» (Martínez Alier 2021): ante el avance de la palma, las clases campesinas de menos recursos desplegaban un ambientalismo de base popular. Belisario era la prueba de lo equivocado que estaba, porque ni todos eran de escasos recursos ni la participación en proyectos de conservación excluía la siembra de palma.

Belisario, Martina y otros beneficiarios del Corredor se involucraban en todo tipo de proyectos; por un lado, participaban en los programas de conservación, tanto en aquellos que hacían un pago anual por conservar un pedazo de selva —el Pago por Servicios Ambientales—, como en los que incentivaban formas más sustentables de ganadería; por otro lado, se incorporaban en programas como la Reconversión Productiva, y así sembraban palma y obtenían crédito para comprar agroquímicos. Aquí andaban haciendo lombricomposta, allá fumigando; aquí asistían a talleres sobre cuestiones de conservación, allá a reuniones con las instituciones financieras dónde discutían sobre herbicidas. «Es que a la gente de aquí no se le va nada», dijo Belisario.

Durante el recorrido en su potrero, Belisario explicó que si llegaba el Pago por Servicios Ambientales tendría el recurso para limpiar con herbicida. «Ahí me la voy llevando», afirmó. Más allá de las lógicas de los programas, los ejidatarios emplean los apoyos para sus propios fines, aunque Belisario advirtió que estos tenían sus «asegunes»: involucran ciertos compromisos, además de bastante trabajo. Criticó su propia actitud ante los apoyos, aunque a costa de un vecino: «Lo que pasa es que ultimadamente uno quiere hacer de todo, y no hace nada. Por eso la plebe se ríe de Medina». Y añadió:

Medina, si viene limón, le mete limón. Si viene ganado, le mete al ganado. Si viene proyecto de palma, está adentro, dice. De todo, dice. De piñón, dice también. [...] Solo no viene el proyecto de tren fiado, porque si no, lo pide.

De su vecino comentó que acababa «llorando» porque no alcanzaba a mantener su ganado y tener limpia su palma. Pero tras criticarlo, observó: «pero ahí anda, y así somos todos». Y repitió: «Todos somos así». Con esto último se refería a la importancia que tenían los apoyos para los ejidatarios.

*

Tardé en comprender cómo se hizo realidad el programa de la Reconversión Productiva. Tuve desde el principio indicios de cómo procedió, pero fue solo hasta que hablé con suficientes líderes, socios de las organizaciones y funcionarios que comprendí el proceso. La expansión de la palma y el piñón en la Selva involucró el intercambio de apoyos, socios y hectáreas a sembrar.

Armando era presidente municipal cuando se le ocurrió que debía generar un proyecto alternativo a la ganadería. Un «proyecto de vida», dijo Humberto, su segundo en la jerarquía de la ARIC. Ambos mencionaron que consideraron la explotación forestal, y Humberto expresó que incluso barajaron la posibilidad de sembrar caña. Sin embargo, conocieron en Palenque a un palmero que los invitó a su parcela. «Oye, no, es que la palma está muy buena», recuerda Humberto que le dijo Armando. Como buenos pioneros, se entusiasmaron por un cultivo del que no sabían nada. Armando organizó un viaje a Palenque al que invitó a varios ejidatarios que eran líderes en sus comunidades, la mayor parte de la zona ribereña y algunos de los cuales habían ocupado puestos directivos en la extinta Unión de Ejidos Julio Sabines. Fue el primero de varios viajes para que los ejidatarios, ya fuesen del municipio de Marqués de Comillas o del de Benemérito de las Américas, conociesen las plantaciones de palma. En una de estas salidas, visitaron las instalaciones de la empresa Palma Tica, después rebautizada como Palmeras Oleaginosas del Sur o Pالموسور. Uno de los involucrados recordó cómo acordaron con la empresa comprar la planta a un precio reducido (27 pesos), a cambio de la fruta que habían de producir. Era el año 2005.

Los tacharon de locos. «No te metas en chingaderas», comentó Humberto que le dijeron a Armando en el cabildo municipal. Recordó que los

ganaderos fueron sus mayores críticos: «Oye, ¿cómo vas a echar a perder un potrero? ¿Cómo vas a hacer esa locura?». La ganadería constituía la principal fuente de ingresos en Marqués y, para muchos, abandonarla era una locura. Baltasar, quien solía ponerse de pie y mirar a su alrededor para que sus palabras tuvieran mayor efecto, contó algo parecido: «Ustedes están locos ¡Que se boten a la chingada los palmeros!». Con 58 hectáreas de palma, don Baltasar no parecía preocupado por las críticas; todo lo contrario, contó entusiasmado lo que decían sus vecinos: «No, no, no voy a destruir mi potrero para sembrar palma. No, si yo soy feliz con mi vaca». No sembraron, dijo riéndose.

Para gozo de sus críticos, el primer intento no salió nada bien. Las plantas que les entregó Palma Tica estaban viejas (superaban el metro y medio de altura), por eso, según algunos de los entrevistados, la empresa se las acabó regalando. Muchos de los que se anotaron no sembraron: unos porque no alcanzó la planta y otros por la cantidad de jornales que habían de invertir en cargar una planta tan grande hasta sus parcelas (hubo quien lo solucionó «mochándole» las hojas y sembrando «el puro camote»). Buena parte de quienes sembraron le devolvieron el favor a Palma Tica. Pasado algún tiempo, dejaron de venderle fruta. La situación cambió con la llegada de Juan Sabines a la gubernatura en 2006, cuando Armando ya no era presidente municipal, pero seguía liderando a los palmeros.

«El Estado entonces le voltea a nuestro proyecto», me había dicho Armando en el patio de su casa. Y abundó en los detalles: «Queríamos establecer 1 000 hectáreas [de palma], y dice Salim que llegáramos a las 2 000 hectáreas». Salim Rodríguez Salomón era el director del Instituto encargado de implementar el programa de Reconversión Productiva: «Al final Salim dijo: 1 000 hectáreas está bien. Pero nos dejó un vivero como para 5 000 hectáreas, con eso me mete en un pedo internacional». Armando contó esto último sonriendo. A decir de este líder y de otros involucrados, la ARIC se dedicó entonces a promover la siembra de palma en Marqués.

«Ahí se arma», dijo Genaro en Nuevo Orizaba al referirse al momento en que supieron que habría apoyos para la palma. Comentó que hicieron reuniones «por todos lados, por todos los ejidos». Me platicó de lo sucedido en su ejido:

Orizaba era un centro de reuniones de todos estos ejidos porque, como es céntrico, aquí bajan. Recuerdo que fue una reunión, pues, masiva, vino gente de todos estos barrios, todos para allá. Se llenó un salón grande que estaba por acá. Ahí se le dice a la gente cómo es el movimiento, cómo iba todo, y ahí se dice que ya una financiera había aceptado entrarle. Ahí también se le comenta que... el nuevo gobierno ya estaba, que también le había interesado el proyecto.

A decir de Genaro el proyecto era local y el gobierno del estado se había sumado; algo que, por supuesto, los funcionarios no veían así. Pero, más allá de eso, una vez que la organización tuvo acceso a los apoyos se dedicaron a buscar quién sembrara palma. O, en palabras de Baltasar, se invitó «a todos los ejidatarios, a todos, a todos». En su trabajo de promoción, los responsables de la ARIC indicaron a los ejidatarios que no sembraran menos de cinco hectáreas de palma. Esta cifra no figuraba en documento alguno, pero, según algunos técnicos y funcionarios, era el área mínima para tener éxito. «Menos de cinco hectáreas, están jugando a ser palmero», me dijo un técnico del Instituto de Reconversión Productiva en su despacho.

Algo parecido ocurrió con la siembra del piñón. Emilio Hernández, líder de la Unión, dijo:

Mi planteamiento inicial era de 250 hectáreas, pero dijeron que no, que 500 hectáreas. Entonces fui a consultar con los productores, uno que dos, otro con cinco, otro que 10 y finalmente registramos 720 hectáreas. Y ya estamos sembrando, y ahora estamos montando el burrito.

Emilio se acercó al gobierno del estado en busca de apoyos y, como a Armando, condicionaron estos al incremento de la superficie a sembrar. Al igual que en el caso de la palma, experimentó dificultades para acceder a los apoyos.

El representante de la Unión en El Pirú le contó a Martha sobre los obstáculos que enfrentaron: «empezamos a ir a Tuxtla, con la Secretaría del Campo y ellos no querían, pues. Ellos nada más nos ofrecían palma». Le aclaró a Martha que no querían palma, pues destruiría los suelos, pero los funcionarios del Instituto no cedían. Martha le preguntó más sobre el

asunto: «Porque, supuestamente, el piñón no es para esta tierra». Para este ejidatario el asunto era en realidad político; consideraba que los querían meter al cultivo de palma para que se alinearan con la ARIC que, a diferencia de ellos, «estaban más agarrados arriba». Insistieron en el piñón, aunque curiosamente ellos tampoco supieron del cultivo por parte del gobierno, sino a través de otra organización.

En 2011 llegó a la Selva la Asociación de Productores Agremiados de Chiapas (APACH), organización que se dedicó a levantar censos para la siembra de palma y piñón, y a prometer apoyos. Un año después, una nota de periódico se refirió a la existencia de vínculos entre la APACH y el Partido Verde Ecologista de México (PVEM).² Al parecer, la organización estaba preparando el camino a ese partido de cara a las elecciones de 2012. En el caso de Marqués, la organización desapareció repentinamente, aunque a raíz de los censos que realizó, los ejidatarios comenzaron a considerar el piñón como una alternativa económica.

«Nos entró la locura», dijo el representante de El Pirú a Martha. Locura y necesidad, agregó, «pues nosotros fuimos de necios». Hicieron varios viajes a la Secretaría del Campo hasta que los funcionarios cedieron: «La necesidad a veces hace que, aunque no lo quieran dar, pues ya de último sí lo van a dar para que dejen de estar molestando, ya». En ese periodo, el Instituto publicó en su página web una versión modificada del mapa nacional de áreas potenciales para la siembra de *Jatropha* elaborado por el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (INIFAP). Por primera vez, se incluía a Marqués de Comillas (véase Vanegas Cubillos 2012:31). El mapa regía la distribución de los apoyos para el cultivo, y dicha modificación, con el visto bueno o no del INIFAP, servía de justificación al gobierno estatal para entregar piñón en la zona.

Una vez que el gobierno aceptó otorgar apoyos tanto a la ARIC como a la Unión, los funcionarios presionaron a los líderes con la cantidad de hectáreas que debían sembrar, y fue en ese momento cuando Emilio y Armando debieron buscar personas interesadas en sembrar estos cultivos. Dada la disponibilidad de apoyos, muchos decidieron participar, con lo que ambas organizaciones crecieron rápidamente.

² «Denuncian a diputado del PVEM ante la PGR», *La Jornada*, 3 de septiembre de 2012.

«De ocho SPR, pasamos a 20», dijo Armando con orgullo. Hablaba de las Sociedades de Producción Rural (SPR), una figura legal que reunía a los grupos de productores de palma que constituían el corazón de la ARIC. Una vez que llegaron los apoyos, la organización pasó de contar con 26 ejidatarios a 900 socios activos y cientos de hectáreas. Algo muy semejante sucedió con la Unión, que incrementó su base social de 178 miembros a 495. La velocidad de crecimiento fue tal que, en el caso de la Unión, muchos desconocían el nombre de la organización o de su líder, solo sabían que había apoyos. Por su lado, los palmeros sabían que formaban parte de la ARIC y que Armando era el líder, pero no sabían mucho sobre las instituciones involucradas ni el nombre de la SPR a la que pertenecían.

El crecimiento de estas organizaciones tuvo que ver con el propio funcionamiento del programa de Reversión Productiva, que requería que los beneficiarios estuvieran organizados. Dos ingenieros de la Costa, ambos del sector privado, me hablaron sobre ello. Dijo el primero: «A la hora que tenemos la palma, ya sabemos de cuánto es el pastel, cuánto le toca a cada organización». Estábamos en una oficina bien iluminada y con aire acondicionado, en un edificio ubicado junto a una extractora de aceite de palma. Comentó: «Hay mucha demanda y si no estás organizado, la verdad, cuesta mucho». Según este ingeniero, quien había trabajado previamente en el gobierno estatal, el programa de Reversión Productiva beneficiaba a quienes estaban organizados, y si bien la ley protegía a los «libres», estos solían quedar relegados.

El segundo ingeniero me platicó sobre esta situación en su despacho, ubicado en la avenida central de Tapachula: «Esto salió de IRBIO. No sé a quién se le ocurriría. Dijeron que el apoyo debe ir solamente a sociedades. Hubo quienes no quisieron asociarse [...] y se quedaron fuera». Curiosamente, este mecanismo no excluyó a las empresas: «Habíamos [sociedades anónimas], varios, que recibieron palma». Las empresas optaron por constituir sociedades de producción rural, algunas de las cuales parecían sugerir la existencia de pequeños productores, cuando no era el caso. Esta lógica institucional explica la importancia que tenían las organizaciones para los ejidatarios. Una vez que estas recibieron los apoyos, crecieron y debieron formalizarse.

En el caso de la ARIC, Genaro contó que Armando, quien cubrió los gastos que involucraba registrar las sociedades de producción rural, dijo: «Yo lo único que quiero es que me digan quién va a ser tesorero, quién secretario, quién presidente». Genaro explicó el proceso que lo llevó a ser representante. Tenía poco de haber llegado de Estados Unidos, ocupaba un cargo en el ejido y contaba con buena fama. En una reunión sobre la palma, varios ejidatarios y un viejo líder de su comunidad le pusieron el dedo, como se dice popularmente. Lo querían de representante y hubo cierta presión para que ocupara el cargo. El representante en el ejido La Victoria platicó algo parecido.

«Tú vas a ser, cabrón, tú síguele», contó Jesús que le dijeron los líderes de la ARIC. «Pues prácticamente fue como Chávez», agregó riéndose. Para este ejidatario, el expresidente venezolano Hugo Chávez era el ejemplo de la imposición política desde arriba, quizás porque en los medios nacionales se hablaba continuamente de la falta de democracia del gobierno chavista. Ante la llegada de los apoyos, las organizaciones tenían que formalizarse, hecho que debía suceder rápidamente y que, como muestra el caso de la palma, podía ser resultado de la presión que se ejercía desde la directiva (como ocurrió con Jesús) o desde las bases (como sucedió en el caso de Genaro). Y es que pocos querían ese tipo de puestos porque, como explicó Jesús, era una «lucha contra la corriente». En su opinión, ser representante de una organización era «arriesgarle a perder tiempo y dinero», porque, aunque pedían cooperaciones para moverse, invertían mucho tiempo, además de dinero de su bolsa, y todo ello sin saber si valdría la pena o si, por el contrario, quedarían mal con amigos, familiares y vecinos. Algo que, por cierto, habría de sucederle a Genaro en 2017, cuando se robaron un tráiler con fruta de camino a Palenque y hubo quienes lo consideraron involucrado.

La elección de representantes en la Unión fue un proceso más sencillo. Se trataba de una única sociedad de producción rural que tenía una sola directiva encabezada por Emilio Hernández, quien a fin de cuentas era el único responsable. Según se unieron ejidos, cada uno de ellos nombró a un representante (algunos lo llamaban delegado), mecánica que conocían bien, pues había sido la costumbre en proyectos anteriores. Los representantes

se turnaban para acompañar a Emilio Hernández a algunas reuniones o actividades. Así, por ejemplo, los encontré en una ocasión en Comitán, a donde habían llegado en un taxi —un Nissan Tsuru rojo— que rentaron en la Selva para trasladarse a la capital del estado, Tuxtla Gutiérrez.

En resumidas cuentas, esta fue la mecánica de la Reconversión Productiva en Marqués: los líderes salieron a la capital del estado por iniciativa propia a negociar con el gobierno el acceso a los apoyos, para lo cual contaban con el respaldo de una cierta base social. A cambio de los recursos públicos, los funcionarios los presionaron con el número de hectáreas por sembrar. Una vez que los líderes lograron «bajar» los apoyos, fueron a los ejidos a promocionar el programa del gobierno, proceso mediante el cual ganaron socios para sus organizaciones. De esta forma, se intercambiaron apoyos para los ejidatarios, hectáreas para el gobierno y socios para los líderes. Para las instituciones involucradas, este arreglo resultaba cómodo: los altos cargos se dedicaban a publicitar las bondades del programa de Reconversión Productiva y los técnicos, a esperar a que los ejidatarios llegaran a los viveros por planta, ya que las organizaciones eran las que hacían el trabajo. Aunque el mecanismo tenía sus fallas.

*

Visto en retrospectiva, el arreglo mediante el cual procedió el programa de Reconversión Productiva en la Selva podría parecer casi perfecto. En un corto periodo de tiempo (2009-2012) y según datos de la propia Unión, se logró la siembra de unas 200 hectáreas de piñón, superficie distribuida en parcelas muy pequeñas. Los resultados fueron aún más espectaculares en el caso de la palma: 10 774 hectáreas sembradas en los municipios de Marqués de Comillas y Benemérito de las Américas según datos oficiales del Sistema de Información Alimentaria y Pesquera (SIAP). Sin embargo, el arreglo que permitió la Reconversión Productiva generó tensiones y procedió con problemas y dificultades.

En las entrevistas, los ejidatarios criticaron al Estado por la falta de asistencia técnica y por la gestión de los recursos. Por ejemplo, Martina, quien era dueña de 100 hectáreas en el ejido Benemérito de las Américas,

dijo: «Yo presté la parcela para el vivero, sin costo. El gobernador dice que son millones en inversión. La realidad es que no le pagan a la gente de los viveros». A pesar de haber puesto el terreno para que el gobierno estableciera un vivero de hule, nunca se instaló en forma ni se pagó a los trabajadores, un problema que también habría de darse con los viveros de palma. Aunque Martina habló del tema sin mostrar enojo; con su actitud parecía decir: ¿quién podría sorprenderse de la corrupción del gobierno estatal? «Ya ve», observó durante la entrevista, «que uno es campesino y lo que dice uno, lo quiere uno cumplir».

Las críticas se produjeron también en el seno de los propios ejidos. Don Guadalupe del ejido Benemérito de las Américas refirió la plática que sostuvo con un vecino suyo:

—¿Cuánto va a sembrar? —pregunta a su vecino.

—Voy a sembrar 80 hectáreas —cuenta que responde.

Tras contarme que el vecino recibió un cheque de 80 000 pesos, agrega:

—No siembra una mata el desgraciado.

A decir de varios ejidatarios, hubo quienes tomaron las plantas de palma y el cheque de 1 000 pesos por hectárea que entregaba el Instituto de Reconversión Productiva, pero no sembraron. De hecho, en una lista de beneficiarios del Programa de Reconversión Productiva a la que pude acceder en 2011 aparecían varias personas anotadas que, una vez que llegabas al ejido, era evidente que no contaban con palma. Esta pérdida de recurso público no parecía preocupar mucho a las instituciones involucradas. En entrevista a Martha, un funcionario del Instituto de Reconversión Productiva le indicó que evitaban tomar medidas punitivas: «no se ha tomado esa política tan drástica de decir, ¿sabes qué? Estás fuera de todo apoyo del gobierno». Se limitaban a registrar la pérdida de planta por problemas productivos y a corregir el padrón de beneficiarios.

Las preocupaciones del gobierno estatal parecían estar en otra parte. Un ingeniero del Instituto me dijo: «Están más organizados, pero demandan más». Al solicitar a los productores que se organizaran, la Reconversión Productiva generó una situación que podía resultarles problemática. Organizadas, los ejidatarios podían ejercer presión sobre las instituciones. Además, los líderes podían crecer políticamente. Esto último explica,

quizás, porque los funcionarios hacían ir y venir a líderes que conocían poco, como a Emilio Hernández, antes de otorgarles apoyo alguno. Posiblemente, querían saber con quién estaban tratando. Aunque, en general, el gobierno estatal contaba con recursos propios para controlar a los líderes y a sus organizaciones.

En 2010, el gobernador Juan Sabines ordenó la detención de Francisco Jiménez Pablo, quien había sido colono en Marqués y uno de los fundadores del Movimiento Campesino Regional Independiente. No fue el único detenido vinculado a la región, aunque sí uno de los pocos enviados a un penal de máxima seguridad. En ese periodo, el exgobernador Pablo Salazar también acabó en prisión. Estos avisos no caían en saco roto. Por una parte, se perdonaban los incumplimientos, y ¿cómo se podía reclamar al gobierno cuando tampoco los ejidatarios cumplían? Por otra parte, los ejidatarios en Marqués tenían muy claro de lo que era capaz Juan Sabines, y pocos querían tentar a la suerte.

Pero las mayores críticas de los ejidatarios a la Reconversión Productiva tuvieron que ver con los líderes. Por ejemplo, un ejidatario de Benemérito de las Américas comparó el hule con la palma: el primero era «bonito» dada la ausencia de «intermediarios» y el segundo problemático debido a la existencia de «representantes». Las críticas a los líderes de la ARIC fueron particularmente pronunciadas en el ejido Quiringüicharo. «Están jalando provecho», dijo Germán. «Ellos se los chingaron», dijo Álvaro de los líderes y los apoyos. Otro afirmó que a consecuencia de los desacuerdos con los líderes, varios ejidatarios se «desapartaron» de la organización.

Lo interesante del caso de Quiringüicharo es que, si bien los ejidatarios criticaban a los líderes, al mismo tiempo consideraban a las organizaciones como esenciales para lograr el acceso a los apoyos. Por ejemplo, Germán dijo lo siguiente:

El ARIC es bueno porque es una asociación, ¿no? Sí, se pueden sacar muchos créditos, bajar proyectos y, si estos estuvieran bajando proyectos para toda la gente, estuviera buenísimo, estuviera buenísimo. Viviera mejor la gente con todos los beneficios que vienen de acá para allá. Pero sí han bajado y se lo han quedado ellos.

Es decir, la organización era buena, pero no los líderes. Aquel que dijera que se habían «desapartado» de la ARIC habló de la importancia de contar con una organización, «chiquita, aunque sea, pero que tenga valimiento y podamos bajar apoyos». Álvaro, por su lado, me pidió que estuviera atento en La Victoria, donde vivía parte de la directiva de la ARIC, porque según él, vería allá los tractores que repentinamente se habían comprado los líderes. «Investíguelo bien», insistió.

No vi entonces ningún tractor, pero sí noté en La Victoria una actitud diferente con respecto a los líderes. Los criticaban, aunque, en general, los ejidatarios tendían a mostrarse más pragmáticos. Amadeo ejemplifica esta postura: «Lo que pasa es que mucha gente, este, se pone a pensar en los líderes: no, que el líder me va a chingar, me va a joder, que no sé cuánto». Habló de cómo muchos consideraban que los líderes usan a las bases de «escalera», pero dijo: «Es lógico, si hay una organización, una directiva, unos líderes que se dedican a gestoría, pues ellos también tienen que comprar sus viáticos, sus gastos que hacen. Si no hay nadie que encabece, va a estar la palma, así, amarilla». Sin apoyos y sin organizaciones, la palma estaría, a decir de Amadeo, falta de fertilizante y en mal estado.

Aunque en el caso de la Unión, los ejidatarios mostraron menos desconfianza hacia su líder, hubo quien expresó cautela. Fue el caso de aquel ejidatario de El Pirú, quien dijo que la unión hacía la fuerza. Le dijo a Martha: «Además, no entré ni como miembro de su organización. Nada más ingresando para hacer el trabajo del piñón». Este señor quería los apoyos, pero no adquirir los compromisos derivados de integrarse en la organización o de involucrarse en agendas que no estaban claras de antemano.

Cabe advertir que la posición de los líderes tampoco era cómoda. Eran objeto de críticas, chismes y acusaciones, fundadas o no. Además, servir de hilo conductor entre el Estado y los ejidatarios tenía sus ventajas, pero también sus riesgos. «Cuando la institución falla, queda uno mal con la gente», dijo un señor en La Victoria, «cuando la gente falla, entonces queda uno mal con la institución». A pesar de todo, tanto un muy buen número de ejidatarios como de líderes encontraron incentivos suficientes para involucrarse en el programa de Reconversión. La rápida expansión de la palma y el piñón que resultó de todo esto generó, sin embargo,

tensiones ambientales que revelaron la existencia de posiciones políticas encontradas, parte de la cuales tenía que ver, nuevamente, con el acceso a los apoyos.

*

La palma de aceite suele ser sinónimo de daños ambientales. Dicha asociación no es gratuita, se liga con los altísimos niveles de deforestación que este cultivo ha generado en el sureste asiático. Pero en México, donde la deforestación por palma ha sido por el momento limitada (Hernández Rojas et al. 2018; De la Vega-Leinert et al. 2021), la crítica ambiental ha tomado un cariz muy particular. Se ha dicho de la palma que tiene raíces capaces de esterilizar los suelos, además de secar ríos y lagunas. Pondré algunos ejemplos.

En un comunicado de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas de 2018, la Iglesia católica expresó su preocupación por las políticas estatales y federales que estaban abriendo la puerta a las empresas extranjeras que llegaban a Chiapas «a llevarse los recursos naturales de estas tierras y las dejan en malas condiciones para cultivarlas».³ En ese mismo tenor, una nota del medio periodístico *Pie de Página* reproducía advertencias acerca de que la palma «tiene un sistema radicular muy agresivo», y que, dado que esta planta era capaz de absorber cuatro veces más «nutrientes» y «proteínas» del suelo, dejaba sin posibilidades de crecer al resto de las especies vegetales.⁴ Incluso, el propio presidente López Obrador hablaría de ello en una gira que realizó por Chiapas. Indicó que «la palma no ayuda mucho al suelo»,⁵ y agregó que, afortunadamente, su gobierno ofrece alternativas productivas.

³ Comunicado de la Diócesis de San Cristóbal de Las Casas, Parroquia de José y María, Benemérito de las Américas, 27 de junio de 2018. Agradezco a Enriqueta Lerma por compartirme el documento.

⁴ «Palma de aceite, la plantación que deja estéril el sureste mexicano», medio electrónico *Pie de Página*, 13 de febrero de 2019, en <<https://piedepagina.com.mx/palma-de-aceite-la-plantación-que-deja-esteril-al-sureste-mexicano>>, [consulta: 03/11/2021]

⁵ «Versión estenográfica. ‘Sembrando vida’, en Ejido Nueva Esperanza, Palenque, Chiapas», en <lopezobrador.org.mx/2019/05/17/version-estenografica-sembrando-vida-en-ejido-nueva-esperanza-palenque-chiapas>, [consulta: 03/11/2021].

Este tipo de críticas reunió extraños compañeros de viaje: ganaderos, mangueros, cañeros, promotores del Corredor Biológico, maestros afiliados al Partido Verde, asociaciones civiles de todo tipo, funcionarios de instituciones gubernamentales dedicadas a la conservación, feligreses católicos, académicos y periodistas, e incluso el propio presidente López Obrador, quienes compartían las críticas ambientales a la palma, aunque diferían en sus motivos.

Los ganaderos, así como parte de los mangueros y los cañeros, estaban preocupados porque la palma se llevaba buena parte de los apoyos, y esgrimieron razones ambientales en contra de su expansión. Por ejemplo, para los ganaderos, la preocupación era tanto la degradación de los suelos como la sombra «agobiante» o «excesiva» que producía la palma. Llegaron a escribir este tipo de críticas en los periódicos.⁶

En el caso de los promotores del Corredor Biológico en Marqués, quienes solían reproducir este tipo de críticas, formaban un grupo de lo más variopinto. Algunos de los promotores tenían una larga trayectoria de colaboración en proyectos de conservación ambiental y consideraban a la palma como sinónimo de deforestación. Otros eran militantes del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y se oponían a este monocultivo dado el pasado político de parte de la directiva de la ARIC. Había ganaderos que veían con malos ojos la sustitución de potreros por palma, e incluso un promotor que estaba relacionado con la Iglesia católica y concebía la palma como una amenaza a la Madre Tierra.

Algo similar sucedía con los ambientalistas: poco o nada tenían que ver las posiciones combativas y anticapitalistas de Otros Mundos o Maderas del Pueblo con las de los ambientalistas que participaban en proyectos de captura de carbono o de Pago por Servicios Ambientales, o con las de los funcionarios dedicados a la conservación. Más allá de sus diferencias, todos coincidían en que la palma era un peligro ambiental. Y ante estas críticas, los palmeros desplegaron sus propios argumentos, con frecuencia tan extremos y tan poco sustentados como los de quienes se oponían a la palma.

⁶ Véase, por ejemplo, «Siembra de palma africana afectó ganadería», *Cuarto Poder*, 13 de octubre de 2013.

«Yo veo que es muy natural», afirmó Germán del ejido Quiringüicharo sobre su palma. La comparó entonces con la selva: «Ya se volvió la montaña». Afirmó que la palma producía bióxido de carbono, aportaba sombra y humedad, y servía de alimento a la fauna local. «Pues sí está buena la ganadería, pero también hay que sembrar árboles», dijo el mismo día un vecino suyo. Estábamos en un terreno alto, arenoso según me aclaró Obed, quien explicó que el suelo no mantenía la humedad y la milpa no daba. Tuvo ganado hasta que lo vendió para costear la educación de sus tres hijos —un varón y dos mujeres— en la capital del estado. En busca de una alternativa, fue uno de los primeros en sembrar palma en su ejido, utilizando para ello su potrero y una parte de montaña que tumbó.

Obed platicó sobre las críticas que les hicieron: «Esos dicen que esa palma se va a acabar el agua, que jala mucha agua y después ya no va a haber agua». En contraposición con dichas críticas, dijo que la palma, siendo una plantación, «jala fuerza», pero no agua, e incluso que si jalaba algo era agua de lluvia: «¿Por qué descarga? Porque quiere decir que sí tiene algo como la selva, igual que la selva». En la entrevista comparó la palma con el ganado, y destacó que lo ganaderos no dejaron nada de selva, lo que tuvo importantes consecuencias ambientales: «Se ve bonito al momento porque está limpio. Pero ahorita ¿qué pasa? El ganado se está muriendo por cómo están los calores de fuertes». En comparación con los potreros, que equiparó con el desierto, este ejidatario consideraba que la palma era similar a la selva y les ayudaba, pues generaba aire y oxígeno: «Porque en la selva uno se siente contento, se siente uno como que trae fuerza. Pero al rato, si estamos en el desierto, siente uno que se está ahogando. Y eso, lo está mirando mucha gente. Y eso los ganaderos ya se están dando cuenta, pues».

Este tipo de comentarios no se derivaba del conocimiento que los ejidatarios tenían sobre la palma, para muchos un cultivo reciente y desconocido. Por ejemplo, Germán dijo: «cuando nosotros nos metimos con la palma, no sabíamos ni del cultivo ni de palma, de cómo se sembraba ni, bueno, nada. Cada rato veníamos a ver si ya, ahí». La palma comienza a dar sus primeros frutos a los dos años y medio, pero Germán y su hijo no dejaban de ir a la parcela, por si acaso. Otro ejidatario de la Costa me contó que desgranó su primera cosecha de palma como si fuera café, una

labor que le tomó días de trabajo, además de la mirada incrédula de los ingenieros que llegaron a llevarse el fruto.

El desconocimiento no se limitaba a quienes sembraban, involucraba también a sus críticos. Así, por ejemplo, en la Costa, un pescador me dijo que la palma destruía la naturaleza, y al indagar más sobre el asunto contó que lo había visto en un documental de Discovery Channel. Más que referir a procesos ecológicos, las argumentaciones a favor y en contra de la palma eran de carácter político. Formaban parte de los debates más amplios que se tienen sobre la sustentabilidad tanto en el campo como en la ciudad (véase Durand Smith 2017), en los que la palma figura, además, como un elemento central del debate.

En el caso de los ejidatarios con palma, su posición tenía que ver con las propias argumentaciones que emanaban del gobierno estatal y del programa de Reconversión Productiva del que eran beneficiarios. Esto dijo, por ejemplo, el entonces gobernador de Chiapas en una ocasión sobre la palma y otros cultivos que formaban parte del programa de Reconversión Productiva: «Qué bueno que eso se esté apostándole, porque eso es ingresos, eso es reforestación y también estamos haciendo un acto que no daña al medio ambiente, al contrario, lo beneficia». Y añadió: «felicidades por la reconversión productiva».⁷ Otro comunicado del gobierno estatal recogió los comentarios que hizo el director del Instituto de Reconversión Productiva en un evento, según los cuales, la reconversión productiva involucraba «promover la sustitución de cultivos tradicionales y de autoconsumo, los cuales en muchos casos afectan al medio ambiente, por cultivos sustentables que generan un ingreso digno para el campo chiapaneco».⁸ Por su parte, el secretario del campo destacó que gracias a la siembra de palma «se ha logrado una repoblación de hectáreas con cobertura vegetal, que han permitido el regreso de bandadas de aves y la multiplicación de animales silvestres».⁹

⁷ «En Villacomaltitlán [sic], 3 mil 700 has, de palma de aceite, constata JSG [Juan Sábines Guerrero] 100 % más que en 2006», Boletín de prensa 0134, Gobierno del Estado de Chiapas, 19 de diciembre de 2009 (archivo personal).

⁸ «Proyecto integral, producción de biodiésel en Chiapas», Boletín de prensa 3438, Gobierno del Estado de Chiapas, 2 de diciembre de 2010 (archivo personal)

⁹ «Aporta Chiapas 79 % en producción nacional de aceite», Boletín de prensa 8127, Gobierno del Estado de Chiapas, 15 de febrero de 2012 (archivo personal).

Según el gobierno estatal, la palma contribuía tanto al desarrollo (a través de la generación de ingresos y fruto de la derrama económica) como al logro de la sustentabilidad (al equiparar la palma con reforestación). Otro tanto sucedió con el piñón, que se presentaba como una estrategia para reducir la emisión de los gases de efecto invernadero y capturar carbono. Aunque, en realidad, nada de esto era nuevo. En 1996, el gobierno estatal afirmó lo siguiente sobre la palma africana: «El desarrollo del cultivo permitirá reconvertir áreas agrícolas y ganaderas actualmente subutilizadas, mejorar el entorno ecológico al constituir masas arboladas y proporcionar empleo permanente».¹⁰ Un argumento muy similar sostuvo el gobernador Pablo Salazar (2000-2006) con respecto al hule: «Debemos impulsarlo para reactivar la reforestación y la reconversión productiva, ya que su alta rentabilidad económica está garantizada por su gran demanda como materia prima en la industria nacional».¹¹

Estos eran argumentos que tanto ejidatarios como líderes conocían bien y que trataron de usar a su favor, tanto para responder a las críticas de las que eran objeto como, posiblemente, resultado del vínculo que sostenían con las instituciones estatales a través de los apoyos. Lo hizo don Gregorio, lo hizo Armando y lo hizo Emilio Hernández. Aunque los discursos políticos tienen una forma curiosa de adquirir vida propia. Encontré quien, tras escuchar que la palma destruía el suelo, quería demostrarlo con un estudio agronómico. En el caso de los palmeros, varios representantes de la ARIC tomaron un vuelo al centro del país para convencer a la Comisión Nacional Forestal de que incluyera la palma como parte de su programa de Pagos por Servicios Ambientales. Les tuvieron que indicar que la palma no era un árbol. Las críticas ambientales también generaron confusión y sospechas entre quienes se dedicaban a este cultivo.

«Pues lo que nos dicen es que acaba el suelo, que sus raíces llegan hasta 30 metros», comentó Martina en el comedor de su casa en Benemérito de las Américas, «yo le quise parar cuando vi el video». Con esto último se

¹⁰ Informe de gobierno 1996, Gobernador Julio César Ruiz Ferro, Tuxtla Gutiérrez, p. 104 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

¹¹ Informe de gobierno, Gobernador Pablo Salazar Mendiguchía (2000-2006), Tuxtla Gutiérrez, 2001, p. 235 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

refería a un documental sobre la palma que vio en un taller de Corredor Biológico. Y agregó: «Los chamacos saben que la palma destruye el suelo, en internet lo ven y lo dicen». Durante la entrevista, se mostró preocupada y confundida. Algo similar sucedía en la Costa, donde en una asamblea de Zitihuatl, una de las primeras preguntas que me hicieron fue si la palma secaba el suelo y los ríos. Les comenté que si bien la palma demanda tanta agua como el banano (Carr 2009, 2011), la evidencia científica indica que los impactos, más que deberse a la capacidad de las propias raíces de agotar y compactar el terreno, son consecuencia de los cambios en el uso del suelo. En concreto la deforestación y la siembra en monocultivo en suelos ricos en carbono, suele conllevar la pérdida de materia orgánica (Koh et al., 2011; Van Straaten et al., 2015). Aunque muchos descartaban las críticas, la preocupación persistía. Para otros había incluso intereses ocultos.

En conversación con Henk van Rikxoort, un estudiante de maestría que asesoré, Nicolás dijo: «Hay gente que no quieren sembrar, solo quieren su terreno, que siembren poquito su maíz, poquito su frijol, que viva sobre eso. No quieren ese cultivo». Nicolás era representante de los palmeros zoques del ejido La Nueva Unión y uno de los pocos que sembraron palma. Contó que llegó gente de Armando haciendo «propaganda» y que se anotaron 50 ejidatarios, pero que muchos de sus vecinos «se espantaron» con las críticas. Le habló a Henk de la llegada de sacerdotes, licenciados y hasta de «gente de otros países» que les advirtieron de los riesgos que suponía sembrar hule y palma: «Que, según, se maltrata la tierra, ya no se puede cultivar maíz, frijol». Caracterizó la postura de la Iglesia católica de la siguiente manera: «Solo hay que cultivar maíz y frijol para mantener a la familia». Y dijo: «Pero nosotros analizamos que el maíz y el frijol no nos alcanza».

Como muchos otros colonos, Nicolás llegó a la Selva en busca de tierras y una vida mejor en 1986, cuatro años después de que la erupción del volcán Chichonal en el norte del estado los dejara sin tierras. «Este era montaña», le contó a Henk de su parcela con palma, «nosotros venimos de otro lado. Solicitamos con el gobierno, era [terreno] nacional. Venimos y destruir, sembrar maíz, frijol, esta palma». No usó ningún eufemismo: llamó a deforestar, destruir, y lo hicieron para primero sembrar maíz y frijol,

y después hule y palma. Aunque otros palmeros continuaron sembrando milpa, Nicolás prefirió dedicar todos sus esfuerzos a la producción de hule y palma. Explicó por qué:

Yo quiero mi ropa, quiero mi zapato, quiero estudio para mi hijo. No hay dónde, dónde sacarlos, porque este frijol y maíz no tiene precio. Para comer sí, pero en economía no puede apoyar, por eso nosotros lo sembramos, hule y la palma, pa que dé cambio y sí da cambio, algo se siente. Puede uno dominar la necesidad.

Para Nicolás, la alternativa al hule y la palma no era deseable: «Porque fíjate, antes, cuando yo no tenía hule, la mayoría sembraba maíz y frijol. A veces no daba frijol, no hay comida, tengo que comprar. Entonces, ¿dónde agarro recursos? Tengo que ganar en otro lado para mantener mi familia». La disyuntiva para este ejidatario no era entre la milpa y el hule o la palma, sino entre vivir de su parcela o trabajar de jornalero.

Vecino de don Nicolás, Juan dijo lo siguiente: «Es que a mí me gusta leer los libros para que nadie me engañe». Este ejidatario tenía un posicionamiento muy particular:

... aquí nosotros somos de un solo lenguaje, que hablamos zoque, y mucha gente, ora sí, están apegados más, ora sí, a sus creencias. Y en el caso mío, pues yo no soy así. Yo, ora sí, yo me independizo solo, pues así, como te decía, yo leo libros, pues, para que nadie me engañe.

Juan se refirió al personal adscrito o asociado a la Iglesia católica que llegó a su ejido «nada más a engañar». Le dijo a Henk: «Y venían esa gente y decían que no es bueno de esa plantación, que no lo siembren, porque un día de estos se van a dar cuenta que ese no es negocio». Contó también que les dijeron que les quitarían sus tierras, y agregó: «Todo lo que decían esa gente no es cierto, pues ni ellos conocen, no saben». La prueba para Juan estaba en «que sí es dinero». Expuso entonces su interpretación sobre las críticas ambientales: «A lo mejor esa gente lo manda también sus gobiernos para acá, para que la gente de aquí no trabaje, para que la gente de aquí, ora sí, sea consumidor». Poco después, dijo: «Pues para que sigan igual de jodidos, como decían muchos».

Dado que el cultivo era redituable, para ejidatarios como Juan, quienes se oponían debían tener motivos ocultos. Quizás estaba reproduciendo los argumentos de algunos ingenieros involucrados en la producción de palma de aceite, quienes atribuyen buena parte de la crítica en contra del cultivo al poderoso *lobby* norteamericano de la soya, el cual, argumentan, han financiado a todo tipo de organizaciones para proteger su posición en el mercado de aceite vegetal. Después de ofrecer su explicación de las críticas, Juan añadió la siguiente observación sobre su ejido: «Aunque están muy adormilados, la gente ya despertó».

*

Tras el posicionamiento a favor de la palma había, sin embargo, algo más que mera conveniencia política. Como dio a entender Nicolás, se estaban jugando el sustento. Escuché con paciencia cuando hablaron de la palma como reforestación o cuando la compararon con una selva. Dijeron este tipo de cosas mientras caminábamos por sus parcelas, pero en esos recorridos salieron a relucir motivos y concepciones más profundas sobre la materialidad. Estas iban mucho más allá de los argumentos del gobierno y no encajan en ninguna metanarrativa política. Tenían que ver con la necesidad de encontrar alternativas a los problemas productivos que enfrentaban.

«Ese es bueno para mantener así», dijo Belisario, «para mantener nada más, pero un ganado que esté parido con cría, se baja, flaco, flaco». Hablaba de un pedazo de pasto humidícola que tenía en una zona que se anegaba. Seguimos recorriendo su potrero y poco después nos topamos con unos arbustos de popistle. «No, esa cochizada no la come», respondió al preguntarle si el ganado se alimentaba de dicha planta. «Esa es una plaga», dijo fastidiado, «que no se puede matar tampoco. No, le echa uno machete y retoña. Le echa uno líquido y no lo mata el líquido tampoco». Belisario comparó el popistle con el petatillo o crespillo, un helecho de hoja correosa que crece en terrenos de baja fertilidad y del que varios ejidatarios dijeron que era muy difícil de erradicar.

Belisario indicó que el popistle estaba en la parte más fea de su terreno, donde abundaba la maleza, crecía mal el pasto y no engordaba el ganado. Ahí quería sembrar palma. No oculté mi escepticismo, a lo que alegó: «De hecho, quizás en tierra alta es menos la calidad de la producción, pero de que pega, pega». Minutos después, ya acompañado por un tío suyo, vecino de potrero, siguieron hablando del tema. «Si es bruta esta palma, no se muere», afirmó Belisario. Acto seguido procedió a contarme una anécdota que escuché de casi todos los palmeros de Quiringüicharo, según la cual un ganadero del ejido compró un terreno con palma, cultivo que no quería, pero ante el que tuvo que rendirse porque no pudo acabar con las plantas de palma ni a machete ni con fuego o diésel. Según la anécdota, este ganadero optó por hacerse palmero. Esta idea, que la palma es una especie particularmente resistente, se repetiría en muchas de las entrevistas.

Al igual que Belisario, Germán habló de las dificultades productivas que había vivido: «el frijol con el agua se agría, se te apacha, ha venido muchos cambios en el tiempo. Al maíz a veces le cae la plaga también y lo que sale ya no te rinde». Antes de la palma tenía parte de sus 20 hectáreas dedicadas a milpa y el resto acahualadas, pero las lluvias, cada vez más impredecibles, habían dificultado la producción. Por ejemplo, el frijol se agría, se apacha o se quema (se marchita) si llueve una vez que ha desarrollado sus hojas, pero no ha germinado. Pero más que nada, comparó la palma con la vainilla, cultivo al que se dedicó una vez que llegó de Veracruz hastiado de la ganadería: «A veces le fecundo unas cinco o seis para el olorcito, que llegue bonito el olor, que huela bonito». Casi tuvo que ponerle encima el dedo a la vainilla para que pudiese verla: «esto quiere mucho cuidado, es como la señora cuando quiere tener un arropadito elegante. Así es la vainilla. Tenemos que tratarla con mucho cariño». La comparó entonces con la palma: «La palma, no, la palma es dura» (o, como dijo Narciso, un productor hondureño con 65 hectáreas de palma cerca de la frontera, «la palma es fierro»). Germán agregó: «ese zacatito, ¿tú crees que le va a afectar?».

A diferencia de la vainilla, que Germán equiparó con su esposa, la palma requería poca atención y cuidado. Además, quienes habían sido ganaderos le veían otras cualidades. «La ganadería quiere mucha técnica, más que esto», dijo Obed. Platicó sobre las pandillas que robaban ganado

de noche y que, de encontrarse con el dueño, «de una vez lo matan para que no diga nada». Aunque este no era para Obed el mayor de los problemas: «Este terreno para la ganadería no sirve, el ganado no engorda». Para este ejidatario la palma se había tornado una alternativa en terrenos donde la ganadería había dejado de funcionar. Muchos dijeron cosas similares:

— Aquí no sirve para el ganado —dijo un ejidatario de Nuevo Orizaba.

—No, lo que pasa es que la tierra no tiene nutrientes —lo secundó uno de Boca de Chajul.

—... los pastos no tienen nutrientes. El pasto verde, verde, y las vacas muriéndose —afirmó un tercero en Benemérito de las Américas.

—A la pastura le hace falta, ¿cómo se llama? Mineral —observó un señor en El Pirú.

—... lo que tiene que hay una deficiencia con la pastura —comentaron en La Victoria.

—Es por el zacate, no tiene mucho calcio, vitaminas no traen los zacates —concluyó un ganadero de Loma Linda.

Al pasto, dijeron, le falta sustancia, minerales, sales, nutrientes o vitaminas. «Este suelo lo que tiene es que con el ganado no funciona», dijo el segundo de la ARIC en La Victoria, y se explayó:

Falta de nutrientes, faltan muchas cosas quizás. En el suelo el ganado empieza a comer palos, plásticos, reatas, muchas cosas empieza el ganado a jalar, y ese ganado ya no se cura, el ganado se muere. A mí se me murieron varias vacas aquí y no ves rendimiento del ganado. Tienes una vaca que dices tú: Bueno, quiero para cría. Da una o dos crías nada más y ya el ganado se va abajo.

Para muchos la falta de fertilidad de la tierra se reflejaba en que los animales estuvieran «flacos, flacos» y enfermos. Explicaron cómo la falta de nutrientes hace que el ganado coma palos, plásticos, reatas, tierra, ramas, botellas de refresco, envases de yogur, cola de caballo, piedras de río, latas, cuanta cosa.

Cabe advertir que los problemas con la ganadería afectaban de forma desigual a los ejidatarios. Hay ejidos con suelos buenos y otros con suelos malos. Los buenos son suelos profundos y bien drenados, ricos en arcilla,

mientras que los malos son de lomerío, delgados y repletos de grava y piedras, suelos arenosos que no retienen el agua, o aguachinosos, ubicados en quebradas donde el agua no tiene salida. Estas diferencias se hicieron evidentes con el tiempo. Explicaron que cuando recién tumbaron la selva, todo se daba; la vegetación liberaba nutrientes que servían para producir, pero dadas las intensas lluvias y el lavado de los suelos, pasado el tiempo comenzaron a tener problemas. Los suelos perdieron fertilidad. La excepción la constituían los suelos en vega de río.

Un ganadero de Quiringüicharo le dijo a Carlos, quien me apoyó con algunas entrevistas: «Vea usted, vea, chulos que están. ¡Cómo se seca por allá arriba! Y aquí permanece, aquí no se seca». Hablaba de las diferencias entre las tierras altas, donde el pasto se seca, y la vega del río, donde permanece verde. Y prosiguió:

Vaya a aquellos potreros que están altos, para allá, antes de llegar a Quiringüicharo, todos esos potreros. Nada más bote un envase de refresco que termine de tomar y nomás lo agarra el ganado y lo comienza a masticar. Y aquí les tira un envase a los ganados y ni caso le hacen, y allá sí porque los pastos no tienen todos los nutrientes que deben tener. Aquí sí porque son áreas de río, porque son inundables, pues.

La opinión de los ejidatarios fue unánime: los suelos de vega eran los mejores para la ganadería. Sin embargo, no estaban al alcance de todos. Por ejemplo, Belisario explicó cómo en Quiringüicharo ese tipo de suelos estaba en manos de quienes llegaron primero o de quienes fueron más agresivos a la hora de tomar tierra. «Aquí la gente es bárbara», dijo al explicar cómo se arreglaban las cosas en su ejido. Aunque cuando crece el río, se lleva las milpas, tienen que sacar el ganado y pagar renta de potreros en tierras altas. Pese a ello, vegas y ganadería son sinónimo de negocio.

Durante un recorrido en la vega de río otro ganadero le dijo a Carlos: «Porque yo trabajo con un amigo que trabaja en grande. Ese amigo, la verdad, trabaja. Mueve ganado desde El Salvador, Honduras, Nicaragua, todo eso». Al pedirle más detalles, dijo: «Pasa de 5 000 u 8 000 becerros y está cargando, aventando ganado». Este negocio es un secreto a voces; aunque hay fluctuaciones y periodos de escasez, basta detenerse el tiempo

suficiente a pie de carretera en Benemérito, quizás en el área donde se ubican el Big Brother y otros prostíbulos, para ver pasar los tráileres, conocidos como «panzonas», con unos 80 animales, que se dirigen al centro y norte del país. Los ganaderos indicaron que se trata de «gente de billete» del ejido Benemérito de las Américas y de la capital del estado que compra el ganado en Centroamérica, donde es más barato, y lo meten de contrabando al país. Una vez en México, lo engordan en sus ranchos o se arreglan al partir con ejidatarios que tengan buenos suelos: los primeros ponen los becerros y los segundos tierra de vega y trabajo. Tras unos meses, lo trasladan al resto del país como ganado nacido en México.

Según Galván Miyoshi (2016), solo en 2014 entraron de esa forma en el país unas 800 000 cabezas de ganado, siendo Benemérito uno de los puertos principales de ingreso.¹² Hecho que, por cierto, no se les escapa a los ganaderos de la Costa, quienes se vieron desplazados del mercado por este enorme flujo de animales. El presidente de la ganadera de Villa Comaltitlán habló sobre ello: «Tienen las vacas más productivas del mundo». Y añadió con todo el sarcasmo del que fue capaz: «Tienen 4 000 vacas y [cada año] registran 70 000 vacas [nuevas]. ¿Cuántas veces paren?».

Sin vega de río, muchos optaron por sembrar palma. Este fue un salto lleno de incertidumbre. Para muchos, la ganadería había sido su principal actividad por décadas. Se sentían ganaderos, y dejar de serlo no era fácil. Baltasar lo puso en estos términos: «Cuando yo nací mi papá tenía ganado. Me hice hombre y yo seguí en el ganado. Vine aquí y seguí en el ganado». Vivía en un ejido sin vega de río, y observó: «Definitivamente fracasamos en el ganado». También habló de lo que supuso este cambio y puso a su vecino, presente en la entrevista, como ejemplo: «el hombre destruyó su vaca para invertirla a la palma, ¿no es valor eso?». Él mismo dijo que se metió al «valor mexicano» y que cuando ya se estaba «rajando», se dijo: «Todo para adelante, nada para atrás. Y chingue su suerte».

En 2012 muchos palmeros se mostraban optimistas, la planta estaba en producción y los precios habían alcanzado un máximo histórico.

¹² Véase, también, «Las entrañas del contrabando de ganado de Centroamérica hacia México», medio electrónico *Insight Crime*, mayo de 2022, en <<https://insightcrime.org/es/vacas-lecheras-contrabando-centroamerica-mexico/>>, [consulta: 11/10/2022].

Álvaro, quien fuera ranchero en Ocosingo, pero que debió buscar tierra en la Selva porque «se metieron los indios», dijo lo siguiente sobre la palma: «Sí, lo mejor es esto, para el pobre no hay como esto». Poco después, agregó: «¿Cómo la viste?, ¿bonita mi palma?». Aunque, como todos, habló de apoyos, organizaciones y proyectos, para este señor de edad avanzada la palma representaba más que el simple oportunismo de acceder a apoyos; era «la chanza» de salir adelante. Así, para unos, la palma era destructiva y representaba una amenaza a su forma de vida (y era, por ende, un cultivo feo y sombrío), mientras que para otros era resistente y, una vez que la vieron en sus parcelas, hasta bonita, además de que representaba una oportunidad para aprovechar sus tierras. Otros, los líderes, también pusieron su esperanza en este y otros cultivos similares, aunque bajo lógicas y agendas propias.

*

Emilio no se encontraba en su casa. Su esposa nos dijo a Martha y a mí que había salido con Gilberto, a quien, tras más de una década y contra toda lógica, estaban acusando del asesinato de Andrés Torres, expresidente municipal. La esposa habló entonces de lo sucedido la noche del 31 de julio de 2005. De regreso a casa, se cruzó con una camioneta de vidrios polarizados que ese día estuvo «vuelta y vuelta». Llevaba días soñando con la muerte de su madre. Estaba en casa cuando «escuchó una explosión, como un tanque de gas». Para entonces Andrés Torres, de 39 años y primer presidente municipal electo de Marqués, yacía muerto en la calle, en pleno centro de Zamora. Le habían disparado a bocajarro desde una camioneta. Vio confirmados sus peores presagios. Le pregunté si arrestaron a alguno de los sicarios (ella los llamó pistoleros). «Qué va a ser», dijo con sarcasmo.

El asesinato cimbró la política en Marqués y unió en un extraño triángulo a Gilberto, Armando y Emilio. Pasado un tiempo, Gilberto me contó que era perredista —es decir, militante del Partido de la Revolución Democrática (PRD)— y que había trabajado en la presidencia municipal con Andrés Torres. En aquel momento, Armando fue acusado junto con otros priístas del asesinato (también lo solían acusar de haber simulado

ser chiapaneco para poder ser presidente municipal cuando en la Costa era bien conocido). Emilio era cercano a Andrés Torres y, al igual que Gilberto, formaba parte del PRD. Andrés Torres militó en el Movimiento Campesino Regional Independiente (MOCRI), organización que criticó duramente a la Unión de Ejidos Julio Sabines, de la que formaron parte Armando y otros líderes de la ARIC. Las acusaciones tras el asesinato revelaron la existencia de, al menos, dos facciones en Marqués, cada una de las cuales se manejaba a su manera: unos eran críticos del sistema y los otros pragmáticos.

Supe más de ello en un botanero a la orilla de Zamora mientras sonaba música banda y una adolescente, maquillada y vestida de corte tseltal, servía cervezas. Gracias a la Unión, dijo Emilio, «conseguimos 200 personas para el amarillo». Junto a nosotros estaba otro miembro de la Unión que se presentó como auxiliar de la directiva y que formaba parte del sindicato de transporte que lideraba Emilio Hernández. Fue entonces cuando Emilio contó que el Partido Acción Nacional (PAN) le había ofrecido un millón de pesos a cambio del voto de su gente: «Debería haber aceptado y mandarles unos poquitos, pero mi familia es de izquierda, y ¿cómo iba yo a convencerlos que votaran azul si siempre han sido de izquierdas? Eso sería como ir en contra de mi espíritu». Habían pasado las elecciones, pero en Marqués se seguía hablando de política y de partidos, y más que de partidos, de colores: del amarillo (PRD), del azul (PAN), del verde (Partido Verde) y del PRI (este sin color, quizás porque por tantos años había sido el único partido). «¿Cómo es posible llevar a los de abajo, a los campesinos y a los obreros, a votar por el Verde?», dijo indignado el auxiliar. Se refería a un líder de la Unión en Río Salinas que llevó a un grupo a votar por dicho partido.

En esa comida, Emilio Hernández se definió «de izquierdas», postura que reflejó en un panfleto que distribuyó para invitar a formar parte de la Unión: «Somos una organización de izquierdas, luchamos, caminamos bajo el acuerdo y consenso de nuestra gente». Dicha posición tenía que ver tanto con sus convicciones políticas como con su filiación partidista. Emilio Hernández era parte del PRD, aunque dentro del partido había múltiples facciones. Por ejemplo, aunque Juan Sabines era gobernador del estado por el PRD, muchos en Marqués lo identificaban como priista,

mientras que tanto Emilio como Gilberto se autodenominaban obradoristas. Eran seguidores del candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador, quien denunciaba la corrupción de las elites políticas en el poder. Aunque según su mujer, Emilio tenía también ambiciones políticas, quería ser candidato del PRD en Marqués (Emilio jamás me lo mencionó).

En el botanero, el auxiliar habló de «los de abajo» y pensé, al escucharlo, en la novela de Mariano Azuela. ¿Tenía Emilio Hernández ese libro en su biblioteca? Anoté haber visto una vieja edición de *El político* de Platón. Emilio no empleó esa expresión, solía hablar más bien de campesinos. De hecho, el panfleto que elaboró cerraba con la siguiente oración de clara inspiración zapatista: «La tierra y su fruto para quienes la trabajan». Sin embargo, el término campesino en Marqués es muy amplio: un campesino puede tener 400 hectáreas o ninguna; para unos, campesino es el beneficiario de las políticas de la reforma agraria del Estado mexicano, mientras que para otros es aquel que, con tierra o sin ella, vive del campo. En el caso de Emilio, la geografía revelaba mejor sus preocupaciones políticas.

En la primera entrevista, Emilio dijo que la situación de Marqués era complicada: «Es muy marginal y no hay fuente de ingresos, sobrevivimos con dos, tres vaquitas, y otros con chile». No se refería a las familias dueñas del centro ecoturístico Las Guacamayas, ubicado en el ejido Reforma Agraria, donde hasta 2018 habían recibido a todos y cada uno de los presidentes de México; tampoco aludía a quienes habían conseguido trabajo en alguna institución gubernamental o tenían algún familiar en Estados Unidos que les enviaba dinero ni a los ganaderos que tenían cientos de animales y una camioneta Ford Lobo a la puerta de casa, y mucho menos a aquellos hombres de cachucha que me rebasaron en el boulevard de Benemérito y que, cerveza en mano, se andaban paseando en un Ferrari negro.

Emilio se refería a las familias tseltales y tsotsiles, muchas de escasos recursos, que vivían en comunidades ubicadas a lo largo de la terracería que unía Zamora Pico de Oro con Río Salinas, conocida como la zona centro o interior. Se trataba de comunidades en las que, dada la pobre calidad de las tierras, padres e hijos debían salir a jornalear o, con suerte, migrar y ganar en dólares, y donde pocos habían oído hablar del Corredor Biológico o sabían cómo conseguir que les pagaran por los pedazos de montaña que

tenían. Aunque cabe aclarar que no todos en la Unión eran indígenas ni de escasos recursos. En una ocasión coincidí con uno de los socios de la organización en un restaurante oaxaqueño de Zamora; se trataba de un michoacano, ejidatario de Quiringüicharo, que llegó en una bonita camioneta blanca. Aún recuerdo su desayuno con envidia: un caldo de camarón de río y una cerveza Tecate. Una comida así era un lujo para muchos en la Unión.

«Unión Campesina Belisario Domínguez nace el 17 abril del 2005, y en siglas UCABED». Así comienza el historial de la Unión que Emilio Hernández elaboró a solicitud mía, cuando todavía tenía interés en que le preparara una página web para su organización. Firmaban el documento él mismo, como presidente, y su secretario, un joven de López Mateos que trabajaba como técnico local del Instituto de Reconversión Productiva. El documento relata que la organización comenzó enfocada en fortalecer la producción agropecuaria, pero pronto se tornó en «gestora social» e integró a «no ejidatarios». Tuvieron poco éxito, pues según escribió Emilio: «Las diferentes peticiones de la sociedad eran rebotadas». Su mayor éxito databa de 2009, cuando les ayudó Luis Hernández Cruz, candidato a diputado del PRD y quien fue asesinado en 2017. Prosigue el documento: «En el 2010-2011 no se logra nada». El problema, según el escrito, era que se había priorizado «la atención a la zona lacandona en materia ambiental». Fue entonces cuando decidieron plantar piñón.

En este punto salió a relucir la visión que Emilio Hernández tenía sobre el gobierno: «a veces nos preguntamos entonces qué quiere el sistema de gobierno [...] nos dicen: trabajen y los apoyamos, a la mera hora desconocen o contradicen sus propias propuestas de gobierno». Poco después agregaba: «Estamos de acuerdo a la conservación del medio ambiente y del ecosistema». A pesar de ello el documento advertía que esta agenda debía tener en cuenta las necesidades económicas («se necesita dinero») y materiales («se necesita comer») de la población de Marqués. La cronología concluía con un llamado a que se respetara «la decisión de los productores del campo que realmente quieren que todos sus proyectos sean productivos».

En nuestras pláticas y en los documentos, Emilio hablaba de contradicciones, imposiciones e injusticias cometidas por el gobierno. No es

casual que la Unión tuviera el nombre de Belisario Domínguez, senador por Chiapas a quien por criticar al presidente le cortaron la lengua y mataron a balazos en un cementerio de la capital. Este nombre revelaba un espíritu crítico, aunque nunca antigubernamental, una posición sobre la cual fue explícito. Siempre pensé que Emilio fue parte del MOCRI y él siempre lo negó. En una de las varias conversaciones en las que indagué sobre su pasado, criticó a esta organización: «Macheteaban carros, secuestraron gente de gobierno, tiraban piedras». La llamó radical y añadió: «El MOCRI no era una organización de izquierdas. Era una organización antigobierno».

Emilio Hernández consideraba que no podía obviarse el papel del Estado en generar un cambio. Esto explica que aceptara ser delegado del gobierno estatal tras el levantamiento armado de 1994 y negociar con las comunidades zapatistas. Además, buscaba acceder a recursos públicos a favor de los socios de su organización. Este era un posicionamiento que compartía con sus aliados. Algunos de ellos, como Gilberto, ayudaron a la guerrilla guatemalteca durante los años del conflicto armado y otros participaron en el MOCRI, pero cuando Marqués se hizo municipio, se integraron a la vida partidista, en el PRD para ser exactos. Otros, como su antecesor en el cargo de la Unión, acabaron trabajando en el gobierno porque aspiraban a hacer cambios desde dentro.

Estas ideas contrastaban con lo que el propio Emilio planteó en nuestra primera conversación cuando le pregunté sobre sus ideales: «Sí, pues ser empresario». Poco después añadió: «Estamos pensando como empresa en llegar a tener una planta procesadora de aceite [de piñón], una despulpadora, transporte y llegar a exportar». Este argumento casaba bien con el discurso gubernamental del momento, pero no volvió a hablar del tema. Su proyecto era más bien político y no coincidía con la perspectiva de los líderes de la ARIC.

Aquella primera noche en Zamora Pico de Oro, Armando dijo: «Nosotros en ningún momento buscamos arreglar luz, servicios. Es una organización económica». Caracterizó a la ARIC en los siguientes términos: «Primero apartidista, nos ha permitido correr, todos los colores están incluidos. Es plural e incluyente, institucionalizados al 100 %». El apartidismo al que se refería Armando era particular. Él fue presidente municipal

por el PRI y el Partido Verde. Humberto, su segundo en la ARIC, fue candidato al municipio por el PAN. Además, ambos tenían una buena relación con el gobierno estatal perredista. No era un apartidismo agnóstico, se llamaban apartidistas, pues la finalidad de la organización no era electoral. Tampoco solían hablar de partidos, de izquierdas o derechas, sino de créditos, apoyos y negocios. El énfasis era económico, sin que por ello carecieran de un posicionamiento político.

Los líderes de la ARIC provenían en buena medida de la Unión de Ejidos Julio Sabines, organización que había tenido fuertes encontronazos con el MOCRI. Estos diferendos tuvieron que ver, entre otras cosas, con las grandes reformas estructurales de la década de 1990. En concreto con la del Artículo 27 de la Constitución, que puso fin al reparto agrario y decretó la sustitución de las grandes uniones de ejidos por organizaciones de orden económico (las sociedades de producción rural y, en un segundo nivel, las asociaciones rurales de interés colectivo). Para la directiva de la ARIC, las reformas eran un hecho incontrovertible, posición que contrasta con la postura del MOCRI primero, y con la de los perredistas después, quienes, junto con parte de la Iglesia católica, se opusieron tanto a la reforma al Artículo 27 como al Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares (PROCEDE). Estos últimos consideraban que asignar la propiedad ejidal a favor de personas concretas abriría la puerta a la privatización.

En el ejido La Victoria, uno de los bastiones más importantes de la ARIC, varios de sus miembros y líderes consideraban que el tiempo no había hecho más que darles la razón. La campaña en contra del PROCEDE tuvo éxito en la zona interior. El gobierno comenzó entonces a solicitar en muchos programas el certificado parcelario expedido por el PROCEDE, lo que a decir de algunos ejidatarios también ocurrió durante la Reconversión Productiva. «Quedaron fuera de los apoyos», dijo un palmero en La Victoria. «Son muy religiosos, son muy católicos», opinó, por su parte, Humberto, el segundo en la jerarquía de la ARIC y para quien el mayor problema era la posición de la Iglesia católica: «Estos indígenas son gente muy pobre y gente que no busca más información, pues. Entonces, lo que dice el cura es lo que ellos creen». Baltasar, quien con el tiempo habría

de hacerse militante de Morena (el partido que conformó López Obrador tras abandonar el PRD y con el que llegó al poder en 2018), no fue tan comedido. Tras decir de los sacerdotes que «son gente que nunca hacen nada», añadió: «esos son los que andan rechingando ahí».

Más que retratar la situación en la zona interior o las consecuencias del PROCEDE, las citas anteriores relevan algo de las concepciones políticas en el seno de la ARIC. La prioridad de la organización era lograr el acceso a los apoyos y ofrecer una alternativa económica a sus bases. Se apelaba a quienes tuvieran suficiente terreno y que contaran con un mínimo de condiciones para salir adelante, sin importar la etnia o el posicionamiento político. De hecho, los líderes buscaron involucrar a la población de la zona interior en la producción de palma, pero, además de la falta del certificado parcelario, muchos ejidos carecían de los caminos necesarios para introducir las plantas y sacar la fruta.

Alguien del entorno de la Unión me dijo: «Mira, yo a esos los conozco como los dedos de mi mano». Puso su mano derecha casi delante de su rostro y con la izquierda comenzó a tocar cada uno de sus dedos mientras decía: «Este es más pequeñito, este es más grueso, este sobresale más, este es más gordo y este es el más viejo». «Esos», dijo de los líderes y de algunos representantes de la ARIC, «dicen que ellos son los más chingones y quieren que las cosas se hagan porque así dicen ellos». Repitió entonces mi pregunta: «¿Pero es una cuestión de partido? No, es cuestión de billete. A veces se acercan a la política, pero luego se alejan y al rato se vuelven a acercar». Estas fueron palabras excepcionales, pues en general en la Unión se cuidaban de hablar de la ARIC y viceversa. Pero más allá de estas pequeñas críticas y a pesar de ciertos paralelismos, lo cierto es que estas organizaciones constituían dos formas distintas de hacer política.

Tanto la Unión como la ARIC participaban en los programas de gobierno, intentaban emplear los discursos ambientales a su favor y buscaban generarse base social a partir de los apoyos. Pero ahí terminaban las coincidencias. El proyecto de la ARIC era económico, mientras que el de la Unión era político y partidista. La primera se expandió en la zona ribereña y en la zona fronteriza —ubicada a lo largo de la frontera México-Guatemala— donde abundaban las familias ladinas, y la segunda tenía

mayor presencia en la zona interior, donde muchos ejidos eran indígenas. Aunque la ARIC se declarara apartidista, esto no excluía cierto grado de participación electoral, mientras que en el caso de la Unión esta era una estrategia central. Las diferencias entre ambas organizaciones saldrían a relucir con mayor claridad a raíz de las elecciones de julio de 2012.

*

Podría decirse que las elecciones comenzaron en febrero de 2012. Fue en ese momento cuando el Instituto de Reversión Productiva, encargado del reparto de plántulas de palma y piñón, cerró sus puertas sin previo aviso. Dejó en la calle a docenas de trabajadores, tanto de oficina como de campo, mientras que su director, hasta entonces activo en eventos y en medios, desapareció de la escena pública. Según indicó la prensa,¹³ el Instituto dejó una deuda de 10 millones en sueldos a trabajadores y de 70 millones a proveedores, a pesar de haber contado con 102 millones de pesos de presupuesto en 2011 y de que ese mismo año gastara 212 millones de pesos.¹⁴ El cierre del Instituto tuvo importantes implicaciones en Marqués, y muy en particular para la Unión.

Al momento del cierre del Instituto, la Unión no había recibido los apoyos por la siembra del piñón de la Comisión Nacional Forestal (CONAFOR). Del total de 720 hectáreas de *Jatropha* comprometidas, solo les habían entregado unas 190. Cerrado el Instituto, Emilio Hernández se comunicó con la Secretaría del Campo, y ahí le indicaron que no contaban con el expediente completo de los piñoneros. Para poder seguir dando trámite a la siembra del piñón, debía completarse el censo, por lo que decidieron enviar a un ingeniero a campo. Para algunos socios de la Unión, esta habría sido la tercera visita a sus parcelas sin haber recibido ni plantas

¹³ «A 80 millones de pesos asciende el adeudo del desaparecido IRBIO», Agencia de Servicios Informativos de Chiapas, 7 de marzo de 2012, en <<https://asich.com/a-80-millones-de-pesos-asciende-el-adeudo-del-desaparecido-irpbio.html>>, [consulta: 09/03/2022].

¹⁴ «Instituto de Reversión Productiva y Bioenergéticos», Presupuesto de egresos 2011, Cuenta Pública Estatal 2011, Secretaría de Hacienda, Gobierno del estado de Chiapas, en <<https://haciendahiapas.gob.mx/rendicion-ctas/cuentas-publicas/cp2011.asp>> [consulta: 09/03/2022].

ni apoyo. «Le hablaron feo», dijo la esposa de Emilio sobre la reacción de los socios de la Unión ante la llegada de un nuevo técnico. Emilio decidió no acompañar al técnico a campo, y este, dado el recibimiento, optó por irse.

Dos meses después del cierre del Instituto de Reconversión Productiva, conversé con el secretario de la Unión, quien, a su vez, era técnico de esa dependencia. Me habló de los plantones y de las marchas que hicieron en la capital del estado y en la Selva en un intento desesperado por recibir parte del dinero que les adeudaban. Repitió entonces las palabras que les dijo el secretario de gobernación del estado en una reunión: «Le paran o los meto al Amate». La amenaza de cárcel surtió efecto, se detuvieron las movilizaciones, y solo algunos afortunados recibieron parte del dinero que les debían.

En ese periodo, acompañé a Emilio Hernández y a otro miembro de la Unión en la visita que hicieron al vivero del Instituto en Nuevo Orizaba. Solo el viento agitaba las hojas de las plantas que poblaban el lugar. Había miles de plantas abandonadas, entre ellas muchas de palma que el gobierno había comprado en el extranjero, algunas adquiridas a 92 pesos por pieza.¹⁵ Oculto en la maleza también había un lote repleto de piñón. Al igual que sucedió en la Costa, la organización de los palmeros tomó el vivero de Nuevo Orizaba para intentar recuperar parte de la palma. Decidieron cobrar las plantas a cuatro pesos para cubrir una parte de los meses de sueldo que el Instituto debía a los trabajadores locales. Antes de nuestro viaje a Nuevo Orizaba, Emilio se comunicó con la ARIC para expresarles su interés en llevarse el piñón. Cuando llegamos al vivero casi no quedaban plantas de hule, pero sí de palma, que por su edad y peso —superaban los dos metros y medio de altura— eran difíciles de transportar (fotografía 1). El piñón seguía ahí, sin que nadie lo reclamara excepto por los planes de Emilio de cortar las plantas y distribuir las, pero ¿cómo hacerlo sin camioneta y sin dinero?

¹⁵ «Desarrollo agropecuario y pesca» y «Recursos convenidos, reasignados y subsidiados», Cuenta Pública Estatal 2009, Secretaría de Hacienda, Gobierno del estado de Chiapas, en <<https://haciendachiapas.gob.mx/rendicion-ctas/cuentas-publicas/cp2009.asp>> [consulta: 09/03/2022].

Fotografía 1. Vivero abandonado en Nuevo Orizaba



Fuente: autor.

Cuatro meses después del cierre del Instituto, fui a visitar a Emilio Hernández. Como era habitual, no estaba en su casa. Había salido a Tuxtla Gutiérrez con algunos representantes de la Unión. Aunque este no era un viaje de rutina, debió salir para demostrar a los representantes de los ejidos que no había recibido los apoyos para el piñón. Su esposa me repitió la pregunta que les hizo al verlos llegar: «¿Ya vinieron a amarrarle?». Se refería a un tipo de sanción social común en muchas comunidades indígenas de Chiapas y que se aplica a quien incumple una promesa. Aunque se habla de amarrarlos, en realidad se les suele encerrar en alguna casa o, en el peor de los casos, en las rudimentarias prisiones comunitarias. Se les retiene con la esperanza, muchas veces vana, de que alguien responda por los compromisos adquiridos. La esposa contó lo que le respondieron: «Pues a la vez como que sí, y a la vez como que no».

Además de enviar a un técnico, la Secretaría del Campo puso a Emilio en contacto con un líder de los productores de piñón a nivel estatal, quien, ante la falta de comprador por el cierre del Instituto, trataba de establecer un contrato de comercialización con el Reino Unido. Dados los problemas que tenía el piñón en las parcelas de la Selva, Emilio prefirió no comprometerse. Si bien el uso del piñón como cerco vivo es común en determinadas zonas rurales del estado, Chiapas contaba ahora con miles de hectáreas sembradas para producir biodiésel, parte de las cuales correspondían a variedades importadas de la India. En el caso de Marqués, las plantas crecían sin producir fruto, y, sin manejo y sin insumos, la mayoría languidecía entre las malezas.

En realidad, los problemas de Emilio Hernández empezaron con la promesa del Instituto de tramitar los apoyos a favor de la Unión. Por bastante tiempo pensé que alguien en el Instituto había desviado el dinero de los apoyos, pues habían pasado meses desde que los técnicos visitaran las parcelas de los socios de la Unión. Supe más tarde que el problema fue que nadie en el Instituto hizo la solicitud de apoyos a la CONAFOR. Emilio vivía con la esperanza de algo que no podía ocurrir. Se levantaron censos y se georreferenciaron parcelas, pero nunca hubo solicitud alguna de recursos. Aunque podría decirse que los problemas de Emilio comenzaron mucho antes.

El 6 de mayo de 2008 el gobierno del estado anunció la colocación de la primera piedra de la planta extractora de aceite de piñón en Cintalapa.¹⁶ A diferencia del aceite de palma, que es comestible, el aceite del piñón es tóxico y el biodiésel es su única razón de ser. Según fuentes estatales, se sembraron 10 000 hectáreas de piñón, se estableció una extractora de aceite de piñón y otra de procesamiento de biodiésel en Puerto Chiapas, además de dos gasolineras que surtían de biodiésel al transporte público de Tuxtla y Tapachula. Documentos de la Cuenta de la Hacienda Pública Estatal indican que se invirtieron al menos 155 millones de pesos en estos y otros rubros asociados con la producción de biodiésel. A pesar de la

¹⁶ «Inicia la era de los bioenergéticos», Boletín de prensa 1538, Gobierno del Estado de Chiapas, 6 de mayo de 2008 (archivo personal).

inversión, la producción de biodiésel en el estado fue mínima. Se limitó al reciclado de aceites de cocina de descarte.

A decir de dos gerentes de extractoras de aceite de palma de la Costa, uno del sector privado y el otro del sector ejidal, el gobierno estatal dejó muy pronto de comprar aceite para producir biodiésel. Esto se debió al espectacular incremento de precios en el aceite de palma que habría de verificarse a finales de la década del 2000. En el caso del piñón, la planta de Cintalapa, inaugurada el 9 de julio de 2012, nunca entró en funcionamiento.¹⁷ Si bien en abril de 2011, el gobierno estatal presumió el primer vuelo en México con biodiésel de piñón, un funcionario del Instituto le aclaró a Martha que, aunque el piñón provenía del estado, fue procesado en Egipto. No había en Chiapas forma de extraer el aceite de piñón y, por lo tanto, no había mercado para los ejidatarios involucrados. Aunque en el caso de la Selva, el problema era también productivo.

El gobierno estatal promocionó el piñón como una especie capaz de crecer en condiciones adversas y suelos degradados, pero la bibliografía especializada presentaba una perspectiva menos optimista. Una nota de 2007 en la revista *Nature* advertía que la especie no estaba domesticada y que su producción era impredecible (Fairless 2007). Un año después, un artículo científico afirmaba que las plantas de piñón requerían niveles adecuados de fertilización y humedad en el suelo (Achten et al. 2008). En Marqués estas condiciones nunca se cumplieron: el piñón se sembró en la estación seca, el nivel de precipitación de la zona era excesivo (tal y como me indicaron varios ejidatarios con palma) y nadie fertilizó las plantas. A pesar de todo, el proyecto se puso en marcha.

Menos de un mes antes de que cerrara el Instituto, Martha organizó un taller con los piñoneros en Zamora Pico de Oro. Uno de los asistentes dijo del biodiésel: «Esperamos que sea el combustible del futuro». Otro habló del anhelo de un futuro mejor. Tenían sus esperanzas puestas en el piñón. Y es que los ejidatarios de la zona interior, donde se concentraban los socios de la Unión, fueron los últimos en llegar a Marqués y se tuvieron que establecer en donde nadie más quería hacerlo: lejos de los ríos, vegas y

¹⁷ «'Elefante blanco' la planta extractora de aceite en Cintalapa», periódico *El Sieve de Chiapas*, 14 de junio de 2013.

terracerías, donde muchos suelos resultaron poco productivos. Con gran esfuerzo tumbaron montaña, y tras unas cuantas temporadas descubrieron que ni daba el maíz ni engordaba el ganado. Según fuentes oficiales, el piñón constituía una opción productiva en tierras degradadas y marginales, términos que describían bien el lugar donde se habían establecido. Así, hubo quienes llegaron incluso a tumbar selva o acahuales por sembrar piñón. Se trataba de una inversión en toda regla que representaba dinero, o bien muchos jornales, y que resultó del todo inútil.

Los problemas productivos le acabaron costando a Emilio sus aspiraciones políticas. En el taller en Zamora Pico de Oro algunos piñoneros dejaron claro que conocían la afiliación política de Emilio Hernández e indicaron que votarían con libertad; podrían haberlo hecho a favor de Emilio y el PRD, pero no sin resultados productivos. El primero de julio de 2012, el Verde ganó la gubernatura de Chiapas —hacia meses que el Güero Velasco aparecía junto a Sabines en eventos políticos—, y una vez en el cargo, el gobierno estatal sostuvo por algunos meses las instalaciones para el procesamiento y la distribución de biocombustibles. Las abandonó después de que el gobierno del presidente Peña Nieto nombrara a Sabines cónsul en Florida (Estados Unidos), puesto en el que fue ratificado por su sucesor, López Obrador, en 2019. El Verde también ganó la presidencia municipal de Marqués de Comillas, aunque por apenas 35 votos.¹⁸

Para Germán, con quien hablé dos semanas después de las elecciones, no había misterio en la victoria del Verde en Marqués: «No es mucho [en número de votos], pero si le ganó es porque le aventó billete». Tras hablar de la compra de votos por parte del Partido Verde, este ejidatario me contó que juntó un pequeño grupo que votó a favor del PRI a cambio de la promesa de apoyos. Y observó: «A ver cuántos proyectos mete ese Güero». Otro palmero del mismo ejido me comentó: «Me gusta la politiquilla, no crea que no». Este ejidatario, un simple miembro de la ARIC, había organizado en 2006 a un grupo de ejidatarios para que votaran por el Verde: invitaron al candidato a «un borreguito» y le ofrecieron sus votos a cambio de un pequeño puente que les permitiera llegar en vehículo a sus

¹⁸ «Archivo de resultados electorales», Instituto de Elecciones y Participación Ciudadana, en <<https://iepc-chiapas.org.mx/memoriaselectorales/>> [consulta: 09/03/2022].

parcelas. Obtuvieron su puente y votaron nuevamente por el mismo partido en 2012. En los medios se hablaba de la deuda que dejaba el gobierno de Sabines a su paso; en los ejidos, de si el Güero entregaría tantos apoyos al campo como había hecho Sabines.

Una figura prominente en la ARIC me habló de las relaciones con dos candidatos municipales, ambos del Partido Verde. En su parcela dijo: «Con Javier teníamos un compromiso». Este consistía en entregarle votos a cambio de apoyos para la palma. Y agregó: «Pero Javier, cuando ya estaba en la presidencia, ni lo prometido quería dar». Procedió a explicarme cómo debieron bloquear la carretera dos veces para conseguir solo una parte de lo prometido. El segundo encontronazo fue en 2012, cuando en un mitin en La Victoria el candidato del Verde no hizo mención alguna de la palma. Tras el evento, y a las puertas de una reunión, este líder cuestionó sobre ello a un palmero de América Libre que formaba parte de su comitiva: «Le cuesta mucho decir que va a apoyar la palma». El profe, como era conocido el candidato del Verde por ser maestro, se acercó al representante de los palmeros y se calentaron los ánimos. «Ustedes han recibido muchísimos apoyos», recordó que le dijeron. Hubo empujones y hasta alguno que otro insulto. Esta persona indicó que, sin embargo, tenían una buena relación con el candidato del Verde que ganó en Benemérito de las Américas.

Un viejo líder de Quiringüicharo, quien había transitado por el PRI, el PAN y el PRD, hizo la siguiente observación: «La gente ya sabe que el voto es libre y secreto. Agarran los apoyos y votan por el otro candidato». Según este líder, se había terminado el tiempo en que los líderes podían tirar línea política a sus bases. Explicó que en las organizaciones se discute quién puede ser el candidato más conveniente para sus fines, pero esto no garantiza el apoyo de los socios. Este hecho se verificó en las elecciones de 2012, ni palmeros ni piñoneros votaron en bloque por un candidato. Además, en Marqués, el Verde puso en práctica una estrategia electoral particular: prescindió tanto de los líderes como de las organizaciones y se fue por la fuerza de los números.

«Cualquier pendejo puede ser presidente municipal», declaró un viejo líder de la Unión de Ejidos Julio Sabines. Era una referencia más o menos

velada a Andrés Torres, quien, para la sorpresa de los líderes del momento, ganó las primeras elecciones municipales que hubo en Marqués sin ser un líder conocido ni figurar en la política. A decir de algunos, incluso se dio el lujo de criticar a los viejos líderes de la Unión, a quienes llamaba caciques. Su estrategia consistió en enfocarse en quienes no formaban parte de las grandes organizaciones. Cosechó votos, sobre todo, en la zona interior, donde líderes y organizaciones tenían poca presencia, y, así, el PRD ganó la primera elección municipal en Marqués. El Verde le copió el libreto a Andrés Torres, aunque lo llevó más allá.

El líder de Quiringüicharo dijo: «repartieron a diestra y siniestra dinero para la campaña, del mismo dinero del erario público». El Verde tenía entonces la presidencia de Marqués, lo que, a decir de este líder, suponía una ventaja económica muy importante de cara a las elecciones: podían entregar parte del recurso público en forma de apoyos a cambio de votos. Agregó: «Por eso la gente [dijo]: ah, otra vez hay que votar por ese partido porque dieron, pues, están dando». Pero más allá de las estrategias clientelares habituales, el Partido Verde aplicó las matemáticas. El Censo Ejidal de 2007 contabilizaba 5 138 ejidatarios, mientras que el Censo de Población y Vivienda de 2005 indicaba que en esta zona había 23 571 personas. Los ejidatarios eran 22 % de la población y, por lo tanto, minoría en Marqués y Benemérito. Fue por ello, dijo el líder de Quiringüicharo, que el Verde prometió escuelas, jardines, domos y canchas de fútbol, y regaló láminas y despensas. Se trataba de apoyos dirigidos a las y los avecindados. Molesto, este líder dijo: «Lo que querían era gente de la calle, borracha, que ya es mayor de edad, que ya tiene su credencial. Le dieron su voto ese montón de vagabundos. ¿Qué desarrollo es ese?».

Dado que el candidato del Verde era maestro, parte del magisterio entró en la contienda. Indignado, un palmero de la Victoria me habló de las críticas a la palma que algunos maestros hacían en clase, argumentando que la palma iba a esterilizar los suelos y a acabar con el agua. Además, hubo quienes desde el magisterio acusaron a la directiva de la ARIC de estar relacionada con los viejos caciques de la región. El Verde ganó, aunque por poco, y lo hizo en medio de acusaciones de compra de votos y acarreo de votantes. Días antes de la elección, el resto de los partidos se puso

de acuerdo para bloquear el ingreso a Marqués e impedir que llegaran las despensas del Verde, es decir, las canastas de alimentos que se entregaban a cambio del voto. Algunos entrevistados indicaron que votó gente de Guatemala, otros que el voto se pagó a 1 000 pesos por cabeza. Meses después, el líder de Quiringüicharo dijo lo siguiente: «No importa si uno va de zapato fino, de bota o de huarache. El voto tiene el mismo valor». Este axioma guio su carrera política, aunque criticó al Partido Verde por seguirlo, pues, según este viejo político, dicho partido hizo a un lado a los verdaderos artífices del desarrollo: a los líderes, a las organizaciones y a los ejidatarios.

Las elecciones sellaron el destino de los líderes de la ARIC y de la Unión. «Estamos arriba del municipio, así de claro», dijo un palmero un mes después de las elecciones en La Victoria, el ejido que constituía el bastión más importante de la ARIC. Para este señor la prueba estaba en la visita que les hizo el gobernador Sabines, quien llegó en helicóptero al ejido, sin pasar por la cabecera municipal ni invitar a su presidente. Varios palmeros me presumieron el suceso. Este ejidatario dijo: «Si no se puede, ok, yo me voy a México, yo me voy al norte, no sé dónde me voy, pero yo conozco aquí las puertas, ya no estamos a ciegas». Según este señor ya no dependían del municipio para conseguir apoyos, podían conseguirlos «de más arriba».

En cierto sentido, la ARIC perdió las elecciones municipales, pues ganó un candidato poco dispuesto a apoyar a la organización, aunque esta salió fortalecida. Abundaban las sospechas y las críticas a la directiva, pero pocos abandonaron la organización: consiguieron apoyos y créditos del gobierno federal, y el precio del aceite de palma alcanzó un máximo histórico. El éxito de la ARIC radicó en no haber tenido la política por finalidad. La Unión representaba todo lo contrario.

Pasados unos meses de las elecciones, logré encontrar a Emilio Hernández en un ranchito cerca del ejido La Victoria. Era un hombre derrotado. Le llovían las críticas en las comunidades, aunque tardaría todavía un año en abandonar definitivamente el proyecto del piñón. El representante de la Unión en Río Salinas me dijo: «Cuando eran las elecciones estaba muy calentito el hombre». Este representante, quien me invitó a una reunión con los piñoneros en un salón de la comunidad, explicó entonces que apenas quedaban unas 90 hectáreas sembradas con piñón. Los problemas

de Río Salinas eran particularmente pronunciados por no ser ejido y contar, por lo tanto, con pocos apoyos. Formar parte de la Unión era una de las pocas formas en que estos campesinos podían lograr acceso a los recursos. Sin ellos, varios optaron por vender la tierra (algunos lo hicieron dos veces) e irse a Calakmul, la última frontera forestal para ellos, ubicada en este caso en el vecino estado de Campeche.

Antes de la reunión con los piñoneros, un ejidatario me advirtió que los socios de la Unión no estaban entendiendo mi labor, y supe entonces que Emilio Hernández presentó el trabajo de Martha y el mío como una suerte de verificación asociada con los apoyos. Aunque me sorprendí en su momento, lo cierto es que mi estrategia metodológica, que consistió en trabajar a través de las organizaciones, se benefició directamente de los arreglos corporativos. En la reunión, el representante me acusó de no hacer mi trabajo, aunque no logró poner al resto de los presentes en mi contra y la cosa no pasó a mayores. Tras la reunión me invitó a comer. Fue este, quizás, uno de los últimos estertores del proyecto del piñón. El contraste entre la Unión y la ARIC no podía ser mayor.

Pensé por bastante tiempo que términos como piñonero o palmero tenían algún significado político en Marqués, pero los piñoneros me hicieron renunciar a esta idea. Con la persona que participó como facilitador en el taller que organizó Martha Vanegas en Zamora Pico de Oro acordamos que se exploraría la cuestión de la identidad. El facilitador propuso a los piñoneros el ejercicio de las siluetas: «Hagan de cuenta que es un espejo bien grandote», les dijo, y les pidió que formaran grupos y pintaran una silueta de sí mismos, y que incluyeran a un palmero. Varios de los dibujos incluían botas, camisa y sombrero. Una de las siluetas portaba machete y mochila para fumigar, y contaba con la siguiente leyenda:

CAMPESINO. SIEMBRO PIÑÓN, MAÍZ, FRIJOL Y TRABAJO LA GANADERÍA. SOY COMO GABINO BARRERA, DEJANDO MUJERES DONDE QUIERA. Y DELEGADO DE LA ORGANIZACIÓN BELISARIO DOMÍNGUEZ Y TAMBIÉN SOY EMIGRANTE.

Junto a la silueta de un palmero escribieron: «MI LABOR ES EL CAMPO. ES MI ANHELO PARA EL FUTURO DE MI FAMILIA PARA PODER CRECER».

El palmero era notoriamente más alto que los piñoneros; alguien indicó que se debía a las diferencias económicas, aunque también mencionaron que los piñoneros, los palmeros y los ganaderos eran lo mismo: todos eran campesinos y todos habían llegado de fuera. Nadie se refirió a las diferencias étnicas, y lo de Gabino Barrera era relajo, dijeron riéndose. «Hay que tener paga», comentó uno de los presentes.

*

En México el término corporativismo ha sido sinónimo de control político y de sujeción al régimen en el poder. Por ejemplo, Horacio Mackinlay y Gerardo Otero escribieron lo siguiente en el libro *México en transición*:

El corporativismo de la época del PRI fue [...] sobre todo un sistema de participación social organizado «desde arriba», encaminado a la interlocución con el Estado para la trasmisión de demandas de grupo, donde estas demandas fueron la mayor parte de las veces satisfechas en forma parcial y selectiva (Mackinlay y Otero 2006:142).

Estos autores explican, además, que el corporativismo mexicano representó un «control político férreo» de las clases rurales que «restringió seriamente la libertad de organización» e involucró la incorporación de líderes de extracción popular al aparato de gobierno, lo que ofrecía una pátina de legitimidad al sistema.

Todas estas afirmaciones tienen sustento en la realidad política del México rural y explican en buena medida la longevidad del régimen priísta, así como buena parte de sus herencias políticas, muchas de ellas bien visibles en Marqués. Sin embargo, también reflejan una lectura hecha desde un punto de vista que centra su mirada en el Estado y en cómo este ha corporativizado la política para cimentar su poder. En lugar de ello, Gramsci insistía en la importancia de considerar cómo poder y corporativismo se construyen también desde la sociedad civil. De ese modo, ni el corporativismo es prerrogativa del Estado ni el poder surge solo de su seno; la historia de la Unión y de la ARIC es prueba de ello: ambas organizaciones emplearon el corporativismo para sus propios fines y con miras

a tornarse dominantes en un cierto ámbito de la vida política en Marqués, más allá de la agenda de gobernantes y funcionarios.

Lejos estuvieron ambas organizaciones de llegar a ser hegemónicas. De hecho, una de ellas fracasó de manera evidente. Fue el caso de la Unión, y por algo que ya había advertido Gramsci en sus cuadernos: «si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica» (1999:42). Es decir, sin viabilidad económica no hay proyecto político posible, una lección que Emilio Hernández sufrió en carne propia. La ARIC tuvo mayor éxito, aunque perdió el municipio y habría de perder más luego de la llegada de López Obrador al poder. Como predijera aquel ingeniero de la Costa, muchas de las organizaciones desaparecieron con el final de la Reconversión Productiva. En cuanto a la ARIC, se sostuvo por un tiempo, aunque quedó condenada a la irrelevancia una vez que los apoyos comenzaron a repartirse sin la intermediación de organizaciones y líderes, política del gobierno federal a partir de 2019. Pese a ello, el corporativismo que esta organización puso en práctica sirvió de motor a la expansión de la palma, fortalecida esta además por la tendencia a la alza de los precios del aceite vegetal.

Armando y Emilio Hernández trataron también de usar el corporativismo a su favor dado el momento político. Como detallan Mackinlay y Otero (2006), atrás había quedado el tiempo en que un puñado de organizaciones fueran beneficiarias del Estado. Neoliberalismo y apertura democrática generaron un nuevo tipo de corporativismo que encontró expresión en la Reconversión Productiva: las organizaciones debían competir por los recursos públicos, para ello muchos líderes reproducían los discursos de emprendimiento que abundaban entonces a nivel gubernamental. Así, por ejemplo, cuando pregunté a un ejidatario de la Costa, quien formaba parte de la directiva de Zitihuatl, si ellos eran campesinos o empresarios, respondió: «Somos campesinos y empresarios». Como indica Bruno Lutz (2003), estos arreglos hicieron mayor énfasis en la gestión que en la política partidista, sin por ello excluir la corrupción y las arbitrariedades propias del régimen anterior. En contraste con los viejos arreglos, el Estado perdía control, aunque también responsabilidad; a fin

de cuentas, eran los líderes quienes corrían los riesgos y quienes, como Emilio Hernández, pagaban los platos rotos.

Más allá de la efectividad política de estos arreglos, durante el trabajo de campo quedé intrigado por algunos de sus aspectos. ¿Por qué, en un estado conocido por el levantamiento zapatista y su propuesta de autonomía, el corporativismo parecía tan sólido en Marqués?, ¿qué tenía esto que ver con la trayectoria y los conflictos entre la Unión de Ejidos Julio Sábines y el MOCRI?, y ¿qué papel jugaba la cuestión ambiental? Parte de lo que sucedió durante la Reconversión Productiva tenía que ver con la historia política de Marqués.

Don Sergio

Sergio señala una planta un poco más alta que nosotros mientras se acomoda su sombrero de paja: «Mira, esto es la palma». Junto a mí está Carlos, originario de Mérida, quien me asiste en la investigación. Estamos en el lindero de la parcela de don Sergio en el ejido Quiringüicharo, próximos al alambre de púas que separa la palma aceitera de las vacas, todas de su propiedad: «De ahí nació esta ilusión, lo sembré con amor». Sus palabras me toman por sorpresa. Afirma que sin amor propio o a lo que haces, jamás lograrás nada, y agrega: «Aquí está la bendición de Dios, lo que yo estoy diciendo». Hombre religioso y emprendedor, para Sergio este cultivo representa un regalo y un logro, y es la prueba de su capacidad de trabajo y emprendimiento, valores muy apreciados entre los pioneros que llegaron a Marqués.

«Esto es una chulada, es una hermosura», dice Sergio de la planta que tenemos ante nosotros y que ronda los cuatro años. Las hojas recias y pinadas cambian en sus puntas del color verde oscuro al amarillo y al café. «¿Qué es lo que la planta quiere?», pregunta, y antes de que pueda contestarle, responde: «Es amor, vuelvo a repetir». Nunca pude entrevistar a Sergio, no le gustaba que lo dirigieran de ninguna manera, aunque habló lo suficiente para que pudiera comprender el porqué de su devoción por la palma, y, más allá, por la vida de campo. Como Tomás, salió de casa impelido por una inquietud. Mientras recorremos su tierra habla de las penurias que pasó: «Yo viví en México en el 70, con un frío de su puta

madre, no tenía qué tragar, una semana sin tragar». Dejó su casa en San Juan Bautista Tuxtepec (Oaxaca) y fue a la Ciudad de México porque quería «enseñarse a ser hombre» y «no vivir a la sombra de nadie».

«Esto es natural», continúa, «aquí no hay químicos». Hay bostas de ganado entre algunas plantas y el pasto escasea cerca del fuste. Habla del primer intento de sembrar palma en la Selva a principios o mediados de la década de 1980, tras una propuesta de la Comisión Nacional de Fruticultura. Le pregunto la fecha, pero no la recuerda: «¿Para qué te voy a decir mentiras? Vinieron a decirle a la gente ‘desmonten’ en tiempo de agua, cuando está lloviendo, y en aquellos tiempos llovía mucho». Sergio, quien entonces era tesorero del ejido y se abstuvo de sembrar, recordó lo sucedido: les pagaron los jornales a los ejidatarios por desmontar 1 000 hectáreas de montaña a la entrada del Quiringüicharo, pero la palma nunca llegó y metieron ganado: «O sea, aquí hay manejo bajo cuerda, en donde ellos se llevan la mejor tajada y a la gente nada más la embarraron. Lo que siempre sucede con las instituciones de gobierno». «Y ustedes», agrega, «se andan juntando con cabrones».

Le explico con poco éxito que no trabajamos para el Corredor Biológico. Sin hacerme mucho caso, Sergio responde: «Es que ya Mario me había hablado, me había dicho de ti, entonces yo le dije que sí y ya lo tengo programado y sí». Mario era el promotor del Corredor en el ejido Quiringüicharo y Sergio deja claro que sin su intermediación no me habría dado entrevista alguna; para él yo era un técnico más de los muchos que solo le hacían perder el tiempo. Pasados unos minutos vuelve a hablarnos de su historia personal.

«Iba a la Merced, caminaba por la pinche Merced sin rumbo fijo», cuenta de su vida en la capital del país; «llegué a los basureros de la Merced y vi a mis hermanos entre la basura, entre la gusanera, quitándole la madre de la sandía y plátano y comiéndosela. Y yo con un hambre de la madre, y se me ocurrió algo: ¿hago lo mismo?, ¿no lo hago?». Sergio considera esa una de sus horas más bajas. «No», rememora el momento, «no lo hago, porque si lo hago la primera vez, me llevó la madre, me hundo, no salgo». Es a la luz de este evento que Sergio Bautista Díaz parece medir su vida actual: «No es fácil. Caminé, se me escurrieron las lágrimas y seguí

caminando. ¿Cómo cambió mi vida? No lo sé. Ahí hay un vacío en mi mente que no lo logro entender». Al igual que Tomás, quien dejó un buen trabajo en la Comisión Federal de Electricidad por ir a Benemérito, Sergio cambió trabajos bien remunerados en empresas constructoras, que le hicieron recorrer parte del centro y el norte del país, por la vida de campo.

«Yo llegué a ser tubero», cuenta de su trabajo como ensamblador de tuberías, «y sí, ganaba dinero. Trago, mujeres, todo por el gañote, todo por el pinche gañote». Nos confía: «Yo estaba pendejo porque creía que lo que yo veía en una película, porque ni televisión había en ese tiempo, de que bailar, echar trago y las pinches viejas, ahí estaba la felicidad». De este periodo recuerda también su proclividad a la violencia, con la que se encontró en la Selva: «A mí me valía madres darme en la madre con cualquier baboso y con cualquier pendejo, y nada más estaba esperando el momento». Habla entonces de su transformación: «Lo viví y vi que no, me sentía vacío». Poco antes había dicho que la búsqueda de la felicidad se volvió su mayor motivación y concluye: «Pues ahora creo que el pinche campesino, en medio de su pobreza, comiendo tortilla con chile, es feliz. Y chinga su madre, yo voy pal campo». Supo por un medio hermano suyo, Pedro, de las tierras en la Selva y se fueron juntos.

Sergio relata que fueron dos las razones que lo empujaron a la Selva. La primera fue un libro de profecías que se encontró «por ahí», donde leyó que en esta parte de México se levantaría el pueblo del futuro. «Pues yo no jalo pal norte», afirma, «yo pal sur. ¿Por qué?, porque estuve en Matamoros, vi la discriminación, cómo tratan los mismos mexicanos a sus paisanos, hijos de la chingada... Un pendejo me trata así...». Habla también del segundo motivo: «Yo quería recobrar lo humano que había perdido en la ciudad». Poco después se explica: «Entrar en la naturaleza, con esa idea vine, y armonizar, recobrar lo perdido». Aunque Sergio venía de una localidad rural, jamás había tenido tierras o se había dedicado al campo. Formaba parte de un contingente particular de colonos que llegó a la Selva, aquel conformado por taxistas, albañiles, mecánicos, taqueros y hasta un peluquero, que un buen día decidieron irse al campo. Fue uno de los pocos que aguantaron.

Habla de su encuentro con la Selva, que, a la postre, lo llevaría a creer en Dios. Relata que sucedió un domingo en la tarde, tras haberse bañado y mientras descansaba en una hamaca. Tenía 26 años y aún vivía en el ejido Benemérito de las Américas, antes de que otros ejidatarios lo quisieran matar por desacuerdos en la asamblea y se fuera con un grupo en busca de un nuevo hogar. Este acabaría siendo Quiringüicharo, un Nuevo Centro de Población decretado a favor de un grupo de michoacanos que nunca llegó. Sergio contó que, de repente, en aquella tarde de domingo, una visión llegó a su mente: «Un venado en tal lugar de la selva... De nuevo ahí está y lo estoy viendo, repite y repite». Se levantó y se cambió de ropa. «No, hombre, no vas a encontrar nada, ¿a qué vas?», recuerda que le dijo su hermano Pedro, quien estaba junto a él jugando barajas. Fue por su escopeta y se internó en el monte, en dirección al lugar con el que había soñado y en el que nunca había estado. Ahí encontró al venado. «¿Cómo conocía yo esa parte de la selva?», pregunta. «Porqué yo ya había entrado en armonía con la naturaleza». «Lo maté», añade. Sergio relata que le sucedió lo mismo dos veces, y relacionaba ambos hechos con algo que mencionó antes de platicar sobre el venado: «Yo venía hablando que Dios no existía. Las demostraciones que me dio... Hoy te digo que Dios existe».

Vuelve a hablar de la palma que tenemos frente a nosotros. Insiste en que no usa químicos y que por eso tiene la bendición de Dios. Los frutos de la palma, de color morado, ubicados cerca de su base, son algo más grandes que un puño. Explica que mete el ganado para que se coma el pasto y fertilice la tierra, y que no usar agroquímicos le ha costado más de un conflicto con los técnicos, además de la burla de algún vecino: «Mucha gente me ha tratado de loco, de tonto, de torpe, se ríe de mí, se burla, pero como yo estoy preparado para eso y más, no me interesa». Un día antes ya había dejado en claro su postura con relación a los agroquímicos: «Sé que me enveneno yo al aplicarlo, enveneno la tierra y enveneno el producto que se va a comer mi semejante». Sergio se negaba a usarlos.

«Aunque no lo creas tengo nada más sexto de primaria, pero tengo educación», puntualiza. Indica que acepta la entrevista por educación y que cuando se compromete, cumple. Advierte, además, que no necesita que le paguen o le regalen dinero, pues es hombre de lucha:

Creo en Dios. Que tú no creas, pero yo sí creo. Y Dios dice: Ayúdate, que yo te ayudaré. No te está diciendo: Oye, cabrón, huevón, acuéstate en la hamaca, acuéstate, güey, que te voy a dar. Eso no es Dios. Yo hablo de lucha, de esfuerzo, de sacrificio.

Para Sergio, además, no es cierto que Dios te pida poner el otro cachete y mucho menos ser un agachado. Pocos minutos después, insiste sobre la importancia del esfuerzo:

Todo esto que te estoy diciendo yo se lo digo a mis hijos. Nunca desesperes, no llores, porque si yo supiera que llorando se solucionan los problemas, no vivieran ustedes aquí. Viviéramos allá arriba, en el techo de esta casa, porque ya de tanto llorar ya hubiera yo llenado la casa de lágrimas. Así es, enfrenta, el problema no existe. Eso lo aprendí en la universidad que yo fui.

Pregunta entonces: «¿Sabes cuál fue mi universidad?». La respuesta no se hace esperar: «La cantina, el burdel, esa fue mi universidad».

Me costó entender en su momento qué tenía que ver la religión con la palma, pero ahora que escribo creo comprender mejor algo de la filosofía de don Sergio. «Con esto soy feliz», dijo de la palma en un momento de la entrevista, «esto es una grandiosidad, esto es una obra de Dios, no es obra mía. Entonces, estoy trabajando porque esto quiere trabajo, esto no es de estar en la hamaca». A decir de Sergio, la palma es un regalo, es la forma en que Dios provee a los campesinos de Marqués de una planta capaz de darles sustento económico. Pero este don involucra lucha, sacrificio y trabajo, «no es de estar en la hamaca». Esto es lo que explica que, junto con su mujer (fue enfático en que trabajaban juntos), hayan podido sacar adelante a 10 hijos. Si bien Dios puso las condiciones, como la existencia del ganado o de la palma, fue el trabajo el que les permitió prosperar.

Como Tomás, Sergio habló de esfuerzo y de superación, y para ambos, el conocimiento era siempre encarnado («las cosas se ven, se palpan, se sienten», dijo el primero). Sergio señala una palma: «Esta es la primera mata que me dio aquí un racimo. O sea, cada lugarcito tiene su historia, ¿no? Cuando tú lo vives, tú lo sientes, te cuesta. Si a ti no te cuesta nada, no

lo vives, pues no sabes». Desde esta perspectiva, el conocimiento se obtiene al transformar el mundo físico, y esto explica por qué para muchos ejidatarios es importante que visites sus parcelas; solo así podrás saber de la palma e intuir el trabajo y el esfuerzo que involucra. Este hecho guarda relación con las críticas ambientales. En nuestro primer encuentro, que tuvo lugar en el patio de su casa, Sergio habló de ello: «Pues eso de la crítica, a veces son puras mamadas, porque hay gente que no conoce nada de palma y está hablando de la palma. A mí me gusta platicar con gente que conozca de palma». Así, sabe de palma quien ha trabajado en su producción, o, al menos, quien ha visto una plantación de primera mano. Esto, quizás, permite entender por qué en la Selva muchos expresaron su respeto por Julia Carabias, exsecretaria de Medio Ambiente y habitual de la región. Aunque no concuerdan con la maestra, como se la conoce en Marqués, la respetan porque, a diferencia de otros ambientalistas, no hace las críticas desde la distancia, sino desde el propio Marqués y con conocimiento de causa.

Durante la entrevista, Sergio fue enfático en que debía existir un límite al enriquecimiento. Este no tenía tanto que ver con la posesión de la tierra (no objetaba que hubiera quien acumulara tierras en el ejido), sino con la forma de producir, y en particular con el uso de los agroquímicos. A su juicio, una cosa era salir adelante, y otra muy distinta, hacer dinero a costa de la salud, ya fuera la propia, la del prójimo o la de la naturaleza. Habló, por ejemplo, de los primeros años en la Selva, cuando el trabajo de milpa consistía en limpiar el terreno y regresar cuando calculaban que había elote (maíz tierno): «No había que limpiarla ni nada, en su estado natural. Pero empezaron a entrar los químicos». Recordó lo que dijeron muchos ejidatarios, en particular cuando comenzaron a producir chile jalapeño en la década de 1990: «Pues echémosle herbicida, echémosle para la plaga Foley, Ulidol». Estaba por calificar a sus vecinos cuando se detuvo: «Estoy luchando conmigo para quitarme todo ese palabrerío malo que yo tengo».

Durante el recorrido en su parcela Sergio habla del Taktic, un desparasitante para vacas que mata garrapatas, ácaros y piojos: «A mí me dice Taktic que le tengo que echar a la pinche vaca 30 mililitros por bombazo, por bomba de 20 litros de agua... 18 litros de agua». Ilustra entonces la actitud en el ejido con respecto a la dosis recomendada: «Noooo, le meto 60.

No, mejor 90. O mejor 100 o 120. Chinga su madre». Gesticula. Lleva una bomba de aspersión colgada a su espalda, con su mano derecha presiona el gatillo y moja a un rebaño de vacas imaginarias. Explica que si una bomba sirve para bañar cinco animales, baña 30. Pero, advierte, que no tuvo el cuidado de levantarle la cola a la vaca y quedó una garrapata que podría inmunizarse: «Y ya después ningún puto líquido la va a matar. O sea, que lo pendejo se nos ve por los cuatro puntos cardinales».

«Por eso», dijo Sergio, «te vas a fijar con qué cabrón te vas a juntar». En este caso, no se refería a los funcionarios, sino a los laboratorios y a las empresas, a quienes acusaba de lucrar con la contaminación. Tenemos entonces la siguiente conversación:

—Ahora, las empresas, ¿quieren meter químico a toda costa?

—Claro, ¿por qué? Porque negocian [manipulan] a la gente. ¿Sí o no?

—Yo digo que sí, pero ni les dieron crédito [digo esto en referencia a una empresa particular y derivado de las quejas de varios entrevistados].

—Pues de una manera u otra les dan. Yo al menos sé que sí les han dado crédito. [...] AGROIMSA les dio crédito a todos aquellos palmeros de allá. A mí, Palma Tica me dio la planta, me dio un crédito, ¿entiendes?

Sergio no tiene dudas de que las empresas han dado crédito para que compren químicos, aunque esta decisión, y fue enfático y quiso que yo se lo repitiera, era de quien los utilizaba. Desde su punto de vista, no cabía concebirse como mera víctima de dichos arreglos económicos, debía tomarse responsabilidad de las propias acciones:

¿Qué es lo que quieres?, ¿a dónde vas?, ¿a qué viniste? Yo digo: no echo químico. ¿Por qué no echo? Primero, ya te lo dije ayer, no me quiero envenenar yo. Segundo, no quiero envenenar, acabar con la Madre Tierra, que muchos pendejos no saben que es su madre y no saben por qué es su madre; es más, ni a su madre que los parió reconocen los cabrones ya, es tanta su perdición, tanta su tontería. Y tercero, envenenar ese fruto que lo vas a consumir tú, y al contaminarlo yo, te contaminas tú. Y yo gano dinero, ¿eh?

Este estado de cosas es inaceptable para Sergio, que agrega: «Así no me gusta a mí ganar el dinero».

Un día antes, en el traspatio de su casa, una construcción de color ubicada al pie de un cerrito arbolado, dijo algo sobre los primeros años en la Selva que me permitió entenderlo mejor: «En aquellos tiempos, cuando llegamos, éramos trabajadores, botábamos la montaña y sembrábamos maíz y zacate, plátano, frijol, chile». Comparó ese pasado en el que eran considerados trabajadores con el presente:

—Ahora somos los, este... ¿cómo se le llama a eso que acaba con todo?

—Los destructores.

—Los destructores. Pero bueno, cada quién sabe cómo está y para dónde va. Aquí era necesario hacerlo porque tenemos la necesidad de mantener a la familia.

Durante la entrevista, Sergio habló de su deseo de entrar en armonía con la naturaleza, una armonía que poco tenía que ver con la contemplación y que pronto se vio marcada por las necesidades más inmediatas; de ahí que matara al venado, de ahí que tumbara para hacer milpa, de ahí que sembrara palma. Él, como muchos otros colonos, cuando habla de Marqués habla de tumbar por necesidad y de proveer a su familia. Lo que parece ser inaceptable para él es destruir por dinero, idea que encuentra expresión en su propia historia. Tal y como lo contó, su trayecto personal comenzó con la necesidad económica y transitó hacia el logro de sus ambiciones, las cuales lo llevaron al deterioro personal y a sentirse vacío, por lo que optó por internarse en la Selva. Sin embargo, aun allí se encontró con las tentaciones. En concreto con los funcionarios y con las empresas, a quienes llamó cabrones, por su interés en que usara agroquímicos o por querer involucrarlo en sus corrupciones. Habló también de estar en «la dimensión del enemigo». Sabía, sin embargo, negociar con ellos, como lo testimonia su propia vida. Ha sido líder en su ejido, y cuando lo entrevisté era directivo de la ganadera local. «Si te juntas con lobos», dijo mientras recorríamos la parcela, «aprendes a aullar, así, mínimamente».

Los llamó lobos, pero sobre todo los llamó cabrones, y esto tenía relación con una parábola muy particular que les enseñó a él y otros jóvenes un viejo colono de Michoacán en esos primeros años en Marqués. «Mire, les voy a preguntar», dice Sergio que les dijo el señor, «¿por qué crucificaron a nuestro señor Jesucristo?». «Bueno, don Rafa», cuenta que

le respondieron, «a Jesucristo lo crucificaron porque los escribas le tenían envidia, y que acá y allá, que el rey Herodes y que no sé qué y no sé qué tanto». «No, no», les refutó el viejito, quien siempre andaba tocado con un sombrero típico de su tierra. «Bueno, don Rafa», respondieron obedientes, «¿por qué crucificaron a nuestro señor Jesucristo?». Respondió: «Por andar juntándose con cabrones».

La política

Un tercer momento es aquel en que se alcanza la conciencia de que los propios intereses corporativos, en su desarrollo actual y futuro, superan el círculo corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en intereses de otros grupos subordinados.

GRAMSCI (1999:36)

En 1984, la Unión de Ejidos Julio Sabines Pérez envió una carta al presidente de México, Miguel de la Madrid, en la que relataban cómo habían vivido los primeros años en Marqués de Comillas: «Al inicio subsistimos comiendo hierbas naturales, carne de animales de la selva, pescados y tortugas de las lagunas y ríos». ¹ Y añadieron: «empezamos sembrando maíz, frijol, arroz y chile que después de dos años empezamos a intercambiar (trueque) por productos elaborados de primera necesidad, con comerciantes de Guatemala que llegaban cada seis meses». En esta carta y en los testimonios que recabé se advierte que fueron años de sufrimiento y carencias, que llevaron a estos colonos a constituir organizaciones en su intento por mejorar. Así, muchas veces basados en moldes viejos, se fueron inventando la política en esta región de confin.

Pedro Corro Díaz, uno de los fundadores de la Unión de Ejidos Julio Sabines, recordó en el patio de su casa en Palenque el momento en

¹ Carta de la Unión de Ejidos Julio Sabines Pérez al presidente Miguel de la Madrid, ejido Zamora Pico de Oro, septiembre de 1984, p. 4 (Archivo General del Estado [AGE], Tuxtla Gutiérrez).

el que supo que había tierras en Chiapas: «Hacen reuniones periódicamente [...], voy a ver la reunión de qué se trata y me dicen, no, pues es que en Chiapas les están regalando tierra, 50 hectáreas por persona». Era un adolescente cuando asistió a la reunión en San Juan Bautista Tuxtepec (Oaxaca) en la que tres campesinos del norte del país les hablaron de las tierras que recibieron en la Selva y de cómo, tras años de trámites y esperas, habían perdido a buena parte de los solicitantes. Tenían tierra, pero les faltaba gente para posesionarse.

Como Pedro, muchos supieron de la Selva por casualidad. Un guerrerense me contó que escuchó sobre las tierras de Marqués en un anuncio de radio mientras viajaba en bus de regreso a la sierra, y cómo entonces se dio media vuelta para dirigirse a la Secretaría de la Reforma Agraria en la Ciudad de México. Otros lo supieron tras invadir un rancho, de boca de funcionarios estatales que, entre ruegos y amenazas, trataban de convencerlos de que se fueran a la Selva. Y hubo a quienes, como a Félix, del municipio chiapaneco de Sabanilla, la noticia les llegó a las fincas de café como un rumor vago e impreciso. A sus 26 años, le aparecía la oportunidad de tener algo de libertad por primera vez en su vida.

«Campesino es el que tiene uno o dos surcos de tierra completamente árida», afirmó Pedro, para quien tener 50 hectáreas era inconcebible. Algo parecido dijo don Félix, quien nació en la finca Xoc para ser peón: «3 000 hectáreas y un solo dueño». Pedro le platicó a su hermano, Sergio, sobre las tierras en Chiapas. Ninguno era campesino:

... y pues nosotros somos gentes de pueblo y queremos... tenemos la idea de que, pues el campesino en el rancho o en el ejido se puede tener animalitos, se puede cultivar la tierra y tenemos una idea, tal vez equívoca, de lo que es la gente en el campo, pero nos entusiasma y decimos nosotros: Bueno, ¿qué?, ¿nos vamos? Pues nos vamos.

¿El equipaje? Lo básico, algo de ropa, comida enlatada y un rifle. Pedro recordó la partida: «Y entonces un día agarramos el tren en Papaloapan, en Oaxaca, y nos vinimos nosotros, pues buscando las tierras que nos estaban entregando del departamento agrario». Era 1972.

El éxodo a la Selva se realizó por múltiples rutas. La carta de la Unión de Ejidos refiere el trayecto de 150 kilómetros a pie desde los lagos de Montebello, de 120 kilómetros desde Lacanjá y para los más afortunados, en avioneta, aterrizando en playas de ríos o en viejos campamentos chicleros. Pedro y Sergio viajaron en tren hasta Tenosique y de ahí, a trompicones, en un camión de pasaje «que circulaba cada mes, cada mes y medio» por el valle de Santo Domingo hasta Lacanjá, el último punto transitable en vehículo. Les faltaban aún cinco días de caminar en el lodo. En su carta, los líderes de la Unión contaron cómo avanzaron «abriendo brechas a golpe de machete, atravesando arroyos y ríos a nado, acompañados de nuestras esposas e hijos y cargando nuestras escasas pertenencias».²

Pedro, siempre sonriente, me habló de su encuentro con la selva: «nosotros pensábamos que nos íbamos a encontrar elefantes y jirafas y no, no es cierto, no había nada de eso, pero sí había jaguar, sí había jabalí, manadas de 300, 400 animales sí los había, sí los veíamos. Había, este, pues, el tepezcuintle, en el río, lagartos [...], guacamayas, faisán, todo eso había». Al escucharlo me vino a la memoria el relato de un grupo de tsotsiles de los Altos de Chiapas que me contaron, entre gritos y risas, haber salido despavoridos la primera vez que escucharon rugir al mono saraguato. Pensaron que era un tigre (jaguar).

Pedro me relató que los primeros meses en la Selva sobrevivieron comiendo carne de monte, pero que también debían comenzar a sembrar, una tarea que no era nada fácil. «Para hacer una hectárea una persona sola, pues se llevaba cuando menos unos tres meses», dijo sobre la limpieza de los terrenos. Daniel Domínguez Paz del ejido Quiringüicharo ofreció más detalles al respecto: explicó que tumbar un solo árbol de buen tamaño podía tomar hasta cinco días. Sin conocimiento del medio, debieron aprender de quienes sí sabían. En palabras de Pedro:

Pues muchas veces nosotros agarramos el sistema de los guatemaltecos. Ellos lo que hacían, venían en la temporada de seca y chapeaban [limpiaban a machete] el pedazo que iban a desmontar para sembrar, y tumbaban

² Carta de la Unión de Ejidos Julio Sabines Pérez al presidente Miguel de la Madrid, p. 4 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

los árboles más grandes y los dejaban caer sobre los más chicos. Después dejaban que se secase la roza [los restos de vegetación], la tumba que habían hecho, y le echaban lumbre.

Una vez que el fuego había hecho su trabajo, perforaban el suelo con la coa y arrojaban un puño de semillas de maíz. Así aprendieron la «roza, tumba y quema» que los chapines practicaban en sus parcelas al otro lado del río Usumacinta, algo que podían hacer solo si la lluvia les daba un respiro.

Don Beto, del ejido Nuevo Orizaba, quien fue presidente de otra Unión de Ejidos, la Fronteriza del Sur, recordó cómo añoraban la sal los primeros años y agregó: «La gente recién llegada, ¿qué tenía? Nada». Dueño de un camión de volteo, llegó de Tabasco a principios de los ochenta para trabajar en la construcción de la carretera de terracería que corría paralela a la línea fronteriza, y acabó quedándose. Habló de esos primeros años: «Cosechaba yo mi maíz [...] y echaba como cinco, seis descansadas cargando mi bulto de maíz. Palos por donde quiera, brincando palos, un sufrimiento grande». De hecho, ante las duras condiciones de vida, muchos se regresaron por donde vinieron. Así, por ejemplo, Pedro y Sergio llegaron en un grupo de 22 personas de las que solo quedaron tres o cuatro.

Varios ejidatarios me hablaron, incrédulos, del desarrollo que experimentó Marqués. Hace 40 años, tener carreteras, electricidad, hospitales y escuelas era solo un sueño incierto. Muchos atribuyen estos logros a las organizaciones que constituyeron, lo que supuso negociar con el Estado y reproducir viejas costumbres políticas en una región nueva, además, de fuertes conflictos. Hernán Cortes Méndez, fundador del Movimiento Campesino Regional Independiente (MOCRI), dijo de los líderes de la Julio Sabines que llegaron «con una mano por detrás y la otra por delante» y que «en un costal trajeron las maldiciones de su lugar». Y añadió que se convirtieron «en los amos y señores de Marqués de Comillas».

Existen excelentes recuentos sobre la historia de la Selva Lacandona, como *Una tierra para sembrar sueños* de Jan de Vos (2015) o *La rebelión de Chiapas* de Neil Harvey (2000), libros que relatan cómo, a raíz de la irrupción en escena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)

en enero de 1994, se produjo en la Selva una disputa entre quienes decidieron seguir siendo leales al gobierno a través del corporativismo y quienes optaron por buscar una mayor autonomía. Relato a continuación un aspecto menos conocido de esta historia. Al igual que Ingreet Cano Castellanos (2018) en su libro *De montaña a «reserva forestal»*, abordo la cuestión ambiental para el caso de Marqués. Sin embargo, aquí me centro en el papel que jugaron las políticas ambientales en dirimir la disputa entre corporativismo y autonomía, en cómo contribuyeron a generar un fuerte conflicto y a favor de quién tomaron partido los funcionarios de las instituciones ambientales. Lo hago a partir de las entrevistas que hice a viejos líderes de la región, a algunos funcionarios y con base en los documentos de archivo sobre Marqués que se encuentran en Tuxtla Gutiérrez y la Ciudad de México.

*

Pedro Corro se dirigió a Marqués con una idea de lo que era ser campesino que él mismo dijo que, quizás, fuera «equivoca». Le pregunté sobre ello:

Yo pensaba que el campesino era una persona que vivía muy bien. Primero, tenía tranquilidad, tranquilidad en la tenencia de la tierra. Tiene un pedazo de tierra en el que puede sembrar, en el que cosecha, cultiva su comida, sus animalitos. Esa es la idea que teníamos del campesino. Yo creo que esa es la idea que todo el mundo tiene del campesino.

Pero aclaró:

La realidad es otra. La realidad es que el campesino no tiene para comer, no tiene para cultivar su tierra, no tiene cómo hacer producir su tierra. Esa es la realidad que nos encontramos nosotros allá. La falta de apoyo en todo.

La vida de los campesinos en la Selva estaba lejos del ideal romántico que motivó su partida. Tenían tierra, pero no los medios para hacerla producir; no había caminos y mucho menos carreteras, ni dónde conseguir herramientas o insumos. Esto último era importante, explicó Pedro, pues ellos no eran «campesinos de coa», su ambición era mecanizar.

Para Pedro vivir en Marqués significaba vivir en la lejanía, el abandono y el aislamiento: «Si nosotros queríamos un acta de nacimiento o si nosotros queríamos un apoyo de algo, o si queríamos una escuela o un maestro, nosotros teníamos que salir a Ocosingo». Un trámite tan sencillo como solicitar un acta de nacimiento les suponía una travesía de una semana, y aún debían regresar. Sin luz, teléfonos ni carreteras, la comunicación con el exterior era laboriosa, si no imposible. Muchos pasaron años sin comunicarse con los familiares que habían dejado atrás; otros, cuando por fin lograron regresar, los tuvieron que visitar en el panteón, y hubo quienes vieron morir a sus seres queridos en la Selva ante la imposibilidad de trasladarlos a un hospital.

«Nuestra mayor batalla fue contra la naturaleza y vencer el choque emocional del cambio», escribieron los integrantes de la directiva de la Julio Sabines, «aunado a esto, las enfermedades hídricas, gastrointestinales, paludismo, plagas (como son sancudos, colmoyotes, mordeduras de cuculebras) y accidentes por ahogamiento».³ La naturaleza no solo significaba abundancia, sino también peligros y amenazas; así, las crecidas de los ríos Lacantún y Usumacinta se llevaban en minutos los cultivos de chile y maíz que con tanto esfuerzo habían sembrado en las vegas de río.

Además, Marqués fue desde el inicio un lugar violento. En un recorrido con colegas de mi centro de trabajo una señora de Nuevo Orizaba nos habló de las muchachas que aparecían mutiladas en el campo (algunas colgadas de los árboles). Culpaba a un monstruo que recorría la Selva en esos primeros años. Por su parte, Severino, indígena tsotsil de los Altos y fundador de su ejido, me relató cómo un par de tseltales que aceptaron en la comunidad, una noche balearon su casa con cuernos de chivo (rifles de asalto AK-47) por negarse a sembrar marihuana. Tuvo que salir huyendo con su familia y le tomó años poder volver. Daniel Domínguez resumió así el asunto: «Un grupo llegó porque querían tierras, no había dinero. Otras gentes llegaron porque venían huyendo de sus tierras, que mataron, que robaron, que no sé qué. Y otros porque sembraban droga y aquí se prestaba para sembrar droga».

³ Carta de la Unión de Ejidos Julio Sabines Pérez al presidente Miguel de la Madrid, p. 5 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

«Nosotros estuvimos ahí abandonados muchos años, esa es la realidad», dijo Pedro, quien equiparó su situación con las vivencias de Robinson Crusoe, «estábamos completamente aislados, estábamos en donde no había nadie». José Baldobinos Farías —michoacano, ejidatario de Boca de Chajul y miembro de la primera directiva de la Julio Sabines— hizo también una referencia literaria: «era como meterse a una cárcel, aquí solo estaba la historia de la rebelión de los colgados». Hablaba de la novela de Bruno Traven sobre los viejos campamentos madereros, donde la Selva Lacandona se convertía en prisión, dada la lejanía de cualquier centro habitado.

Para Pedro y otros líderes el problema tenía que ver con la distancia que los separaba del gobierno, de sus programas de desarrollo y, por lo tanto, de sus apoyos: «No había comunicación con la civilización, y mucho menos con las autoridades». La comunicación era tan escasa que Pedro aseguró que el gobierno desconocía la existencia de ejidos en Marqués. Él fue uno de los primeros en acercarse a las autoridades. Narró el momento:

Entonces llega don Juan Sabines Gutiérrez a la gubernatura. Entonces nosotros nos hacemos presentes, pero para llegar, para presentarnos al gobierno del estado, a nosotros nos nace la inquietud de que solo una comunidad, solo un nuevo centro de población o un ejido no va a ser escuchado, y entonces a los siete u ocho ejidos que había en ese entonces los visitamos y les planteamos la idea de conformar una Unión de Ejidos.

Pedro consideraba que para relacionarse con el gobierno debían estar organizados. Si bien, en este caso asoció el inicio de la Unión con la llegada de Juan Sabines Gutiérrez a la gubernatura a finales de 1979, en otro momento indicó que sus esfuerzos por organizarse comenzaron en 1976 o 1977. Más allá de cuándo empezaron a organizarse, esta coyuntura fue clave para la Unión.

Pedro Corro, en aquellos años comisariado de Quiringüicharo, abordó una lancha en el río Lacantún para plantear la idea a sus pares. Uno de los primeros fue Luis Hernández Dávila, comisariado de Reforma Agraria, también oaxaqueño —indígena chinanteco, para más señas—, quien recordó la visita de su paisano: «Entonces no había caminos ni cómo tener

un beneficio, un apoyo gubernamental. Entonces dijimos: vamos a formar una Unión de Ejidos». Los apoyos del gobierno fueron la razón de ser del proceso organizativo.

Una vez que estuvo convencido Luis, se dirigieron al resto de los ejidos y, en cuanto comisariados y asambleas dieron el sí, se nombraron delegados de la Unión. Se adhirieron cuatro ejidos (Boca de Chajul, López Mateos, Playón de la Gloria y Reforma Agraria) y tres Nuevos Centros de Población (Benemérito de las Américas, Galacia y Quiringüicharo), todos ubicados en la zona ribereña, la primera en ser colonizada dadas las posibilidades que proporcionaba el río Lacantún para transportarse en lancha.

A mediados de 1981, un grupo de representantes de la Unión acudió al recién estrenado palacio de gobierno en la capital del estado para solicitar audiencia con el gobernador. «Nos costó un poco de tiempo», dijo Pedro de las dos semanas que esperaron en Tuxtla hasta recibir una respuesta positiva. Al obtener la audiencia, se presentaron ante el gobernador y le aclararon que la mayoría eran foráneos y que habían llegado a Chiapas por tierras y a tratar de conseguir el sustento para sus familias. Observó Pedro: «Al gobernador le cae bien nuestra participación, el comportamiento que nosotros tenemos, y le manifestamos a él que tenemos una organización que se llama como su papá de él». Fue a raíz de esta primera reunión que se otorgaron apoyos para Marqués.

—Pero disculpe —lo interrumpo—, el nombre, ¿por qué se lo ponen?, ¿o cuándo se lo ponen y por qué motivo?

Bueno —dijo—, el nombre se lo ponemos nosotros más que nada por agradar al señor gobernador y poder tener el apoyo de él. Esa es la realidad. Nosotros investigamos y sabemos que él es, su padre de él, ya difunto, capitán. Entonces nosotros, queriendo agradarle al gobernador, le ponemos el nombre de él, aunque no tuvimos la fortuna de conocerlo.

Lejos estaban estos ejidatarios de considerar los apoyos del gobierno como un derecho; eran un privilegio que otorgaba el gobernante en turno, al que debían agradecer.

Pedro también habló de la actitud que tuvieron ante el gobernador. Aclaró que nunca llegaban a pedirle solución a sus problemas, sino más

bien apoyos para resolverlos, e hizo hincapié en la importancia de que sus solicitudes no resultaran inoportunas. Improvisó una dramatización de esos momentos:

Señor, mire, tenemos este problema, pero creemos que con esto se puede resolver. Queremos que nos ayude, nosotros no queremos que nos regale nada, no queremos que nos ponga usted nada en bandeja, lo que queremos es que nos ayude a trabajar. No venimos a pedir limosna, señor gobernador.

Más que un retrato fiel del encuentro con el gobernador, Pedro puso al descubierto el ejercicio de subordinación que él y otros líderes de la Unión ponían en práctica para acceder a los recursos gubernamentales. Debía complacerse al gobernante, y esto implicaba evitarle problemas y molestias. Daban por hecho que la entrega de recursos públicos era más producto de la arbitrariedad y capricho del gobernante, que de un conjunto claro de normas. Las pruebas estaban a la vista, Juan Sabines era conocido por llevar en sus giras un maletín lleno de dinero y repartir fajos de billetes a quienes le suplicaban, adulaban o incluso incordiaban. Hecho que, sin rubor alguno, consignó el propio gobierno del estado en un folleto titulado «Don Juan Sabines. Su tiempo y su obra».⁴

Los esfuerzos de la Unión tuvieron recompensa. O, en palabras de Pedro Corro: «Nosotros en el sexenio ese tuvimos, pues como dice el argot político, nosotros éramos visitantes de picaporte». Tras unos segundos remedió a dos voces la situación que experimentaban a su llegada al palacio de gobierno:

- Señorita, buenas noches.
- ¿De la Unión de Ejidos Julio Sabines?
- Sí.
- Ahorita le avisamos al señor gobernador.

«Demorábamos un ratito y nos pasaban. Amanecíamos con el gobernador», relató Pedro, quien ilustró así la cercanía con Sabines. Y les

⁴ «Don Juan Sabines. Su tiempo y su obra», Gobierno del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 2007, p. 52 (AGE, Tuxtla Gutiérrez). En el texto no se habla del maletín, pero sí se ejemplifica el reparto arbitrario de los recursos públicos.

llovieron los apoyos. A pesar de la falta de caminos, en la carta de 1984 indican que el gobierno estatal les entregó tres camiones de volteo, un Caterpillar D-5, dos tractores agrícolas, un camión Ford 600 y una camioneta *pick up*. Del gobierno federal recibieron casi 31 millones de los viejos pesos para la siembra de cacao, fondos para construir dos bodegas, un millón de pesos en mercancías para establecer tiendas de alimentos, así como crédito de 68 millones y medio para ganadería, 13 millones y medio para sembrar maíz y frijol, y otro monto para la compra de cinco camiones Dodge F-600.

La Unión había cumplido su objetivo: obtener apoyos. De hecho, cuando pregunté a un ejidatario de La Victoria a qué se dedicaba la Unión, su respuesta fue inequívoca: «Esa organización se dedicaba a ligarse más al gobierno, al gobierno del estado, con el gobernador. Y ellos, su misión era de bajar proyectos con el gobierno». Cuando le pregunté a Pablo sobre la ideología de la Unión, respondió:

... la ideología de nosotros era llevar apoyos a los agremiados, a los campesinos. Nosotros no manifestábamos un lineamiento, ni tampoco entendíamos de eso. Nosotros lo que entendíamos era que la gente estaba necesitada y que necesitaban trabajar, necesitaban comer y necesitaban que el gobierno los apoyara.

Tan importantes eran los apoyos que, una vez constituida legalmente la Unión el 18 de octubre de 1981, eligieron de presidente a Tomás Hernández Canseco, del ejido Zamora Pico de Oro. Desplazaron sin muchos miramientos a Pedro Corro, instigador de la Unión, quien, enojado, se retiró de la organización por un tiempo, junto con el ejido Quiringüicharo. Los líderes de aquel entonces, que tenían bien internalizada la lógica de los apoyos, prefirieron a Tomás por su experiencia en la Unión de Ejidos Emiliano Zapata de Tapachula, así como por su amistad con gente del gobierno. Aunque Pedro consideraba que la organización no tenía lineamientos propios, pues no diferían de los gubernamentales, la Unión se movía con una lógica de subordinación estratégica que a la larga supondría la toma de una clara posición política.

*

«Señor Presidente», escribieron los líderes de la Unión de Ejidistas Julio Sabines en aquella carta de 1984, «hemos observado que en nuestras comunidades se está perdiendo el amor a los símbolos patrios». ⁵ Según ellos, existía el riesgo de que los habitantes de Marqués dejaran de ser mexicanos por la influencia centroamericana. Para evitarlo, solicitaron que el gobierno erigiera «bustos de nuestros próceres de la Independencia y la Revolución» en los ejidos de la Unión. Entre otros, solicitaron los de Pancho Villa, Benito Juárez, Miguel Hidalgo y Úrsulo Galván, líder agrarista veracruzano y militante del partido comunista. Pidieron, además, acceso a la señal de radio y televisión nacional, pues solo recibían la centroamericana que, en su opinión, incitaba al pueblo «contra el gobierno establecido».

El mensaje de esta misiva puede sonar disparatado, pero bebía de las propias ansias del Estado mexicano. En 1983, el presidente Miguel de la Madrid hizo del sureste prioridad para el desarrollo a través del Programa de Desarrollo Sur Sureste, uno de cuyos objetivos era fortalecer la soberanía nacional en la frontera sur. El Plan Chiapas —la expresión estatal de dicho programa— hacía hincapié en la necesidad de fomentar la «mexicanidad» de sus habitantes bajo el argumento de que «el aislamiento, marginación y lejanía con el centro del País los ha hecho vulnerables a otras manifestaciones culturales, ideológicas y sociales». ⁶ Al gobierno le preocupaban los lazos que unían a la población de Chiapas con Guatemala, dada su anexión tardía a México, y la falta de control sobre la frontera sur. Hábiles, los líderes de la Unión explotaron estas preocupaciones a su favor.

La cuestión de la soberanía nacional salió a relucir sin que yo preguntara al respecto. «Se creía», dijo, por ejemplo, Armando Solís, líder de los palmeros en Marqués, «que esta región estaba invadida por la guerrilla centroamericana. Los primeros que vinieron llegaron a salvaguardar la

⁵ Carta de la Unión de Ejidistas Julio Sabines Pérez al presidente Miguel de la Madrid, pp. 18-19 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

⁶ «Plan Chiapas», Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos y Gobierno Constitucional del Estado de Chiapas, 1983, p. 70 (Archivo General de la Nación [AGN], Archivos Presidenciales, Miguel de la Madrid Hurtado, Secretaría de Planeación y Presupuesto, caja 02, exp. 03, Ciudad de México).

soberanía nacional. No se sabía si era México o Centroamérica». Gilberto, quien me acompañaba en esa entrevista, no tenía dudas: «Es de México porque nos vinimos a partir el camote».

Varios ejidatarios dijeron cosas similares. Algunos relacionaron el problema de la soberanía con la llegada en 1982 de unos 12 000 campesinos guatemaltecos (De Vos 2015:302-302), en su mayoría indígenas, en busca de refugio, número que superaba con creces al de la población local. Huían de las masacres que el ejército guatemalteco perpetraba en contra de la población civil al otro lado de la frontera. Su presencia en la Selva generó tensiones y rechazo; otros aprovecharon su desesperación: les prestaban terrenos con montaña para que hicieran milpa que, tras cosechar, debían sembrar con pasto. Lograban deforestar, así, sin costo alguno. Rosario Hernández (2021) cuenta que hubo también quienes establecieron relaciones de cercanía con los refugiados que, en ocasiones, involucraron compadrazgos y matrimonios. Pero en ningún momento los ejidatarios se cuestionaron su propia nacionalidad.

Con la candidez que permite el paso del tiempo, Luis Hernández habló al respecto: «¿Por qué promovió el gobierno la colonización?, ¿por qué decreta esta zona para poblar? Es por la cuestión de proteger la frontera. Entonces, tenía la obligación el gobierno de, pues también de apoyarnos. Y ese era nuestro argumento fuerte». Luis, tesorero de la Unión en 1984, explicó así cómo convirtieron el asunto de la soberanía nacional en moneda de cambio.

El Plan Chiapas declaraba lo siguiente:

El federalismo ha sido la fórmula histórica que ha preservado la unidad dentro de la diversidad de las regiones del país, afirmando la identidad de la nación y ampliando la viabilidad de su desarrollo.

La presencia de las instituciones de la República en nuestros municipios fronterizos que colindan con Guatemala es considerada de vital importancia para garantizar la vigencia de la Constitución, de la identidad política de sus habitantes y de nuestra soberanía.⁷

⁷ «Plan Chiapas», p. 44 (AGN, Ciudad de México).

En su carta al presidente, los dirigentes de la Unión Julio Sabines copiaron el argumento punto por punto. Se refirieron al «peligro» de no afianzar el federalismo en Marqués de Comillas y a los problemas de «identidad política» que percibían en los habitantes, y solicitaban que, «por ser de una franja fronteriza», se les incorporara a los programas de diversas instituciones federales. La carta era, de hecho, un larguísimo listado de solicitudes de apoyo que presentaban como encuadradas en la política nacional. En su cierre, los dirigentes mencionaban el orgullo que sentían de vivir «en esta zona donde principia México» y hacían la siguiente promesa: «afianzaremos más el pacto federal que tenemos con la República Mexicana».⁸ La Unión prometía gobernabilidad a cambio de apoyos, y lo hacía legitimando las políticas del gobierno, hecho que sería una constante en su relación con gobernantes y funcionarios.

En agosto de 1993, los dirigentes de la Unión escribieron: «Señor Secretario, nuestra organización se solidariza al esfuerzo de consolidar el camino andado en estos cinco años y le hacemos patente que seguimos en la línea de nuestro partido, el Revolucionario Institucional, como siempre».⁹ La carta estaba dirigida a Luis Donaldo Colosio, secretario de Desarrollo Social, a meses de ser nombrado candidato presidencial. En su último párrafo la Unión concluía con esta promesa: «en los tiempos próximos de contiendas electorales, nuestra organización estará a la vanguardia para cuidar y velar la estabilidad política de la zona, en coordinación con el municipio y la capital del Estado». Eran tiempos políticos turbulentos, la continuidad del Partido Revolucionario Institucional (PRI), en el poder desde 1929, estaba en entredicho. Nuevamente, la Unión solicitaba apoyos a cambio de gobernabilidad, entendida como la continuidad del PRI en Marqués.

La adhesión de la Unión Julio Sabines al PRI es, sin embargo, engañosa. La carta anterior fue escrita por un líder con aspiraciones políticas, cuya posición no compartía el resto de la organización. Luis Hernández

⁸ Carta de la Unión de Ejidos Julio Sabines Pérez al presidente Miguel de la Madrid, p. 27 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

⁹ Carta de la Unión de Ejidos Julio Sabines Pérez a Luis Donaldo Colosio, secretario de Desarrollo Social, Palenque, agosto de 1993, p. 3 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

habló, por ejemplo, de la elección de Tomás Hernández Canseco como primer presidente de la Unión, dados sus vínculos con el gobierno: «Pero con la condicionante de que él, Tomás Canseco, podía ser priísta y amigo de los priístas, pero la organización no iba a alinearse con ningún partido». Pedro Corro expuso una perspectiva similar: «A nosotros no nos interesaba si eran verdes o eran rojos o eran amarillos. No, no, no, lo que nos interesaba es que hubiera prosperidad en todos los ejidos agremiados». «Entonces», añadió, «nunca a nadie se le dijo: vas a votar por fulano o vas a votar por mengano, o por color». Al igual que para la organización de los palmeros, el compromiso de la Unión era con el pragmatismo y su ideología, como explicó Pedro, el acceso a los recursos, lo que implicaba aliarse con el gobierno en turno sin importar el color (partido), e incluso presionar si convenía.

Un año después se produjo el levantamiento zapatista. Hubo algunos conatos de movilización en Marqués y se estableció un municipio autónomo de corta vida en el cruce del ejido Quetzalcóatl, pero el EZLN no contaba con una base social en la región. Según recordó Luis, la Julio Sabines no desaprovechó la ocasión. «Entonces, ya presionamos», dijo, quien habló de compromisos incumplidos por parte del gobierno en el momento del levantamiento y de cómo llegaron incluso a dar un ultimátum a los funcionarios de gobierno: «Les damos tantos días y que no venga una respuesta de...». Dejó la amenaza en el aire. «¿Y si no qué?», pregunté con curiosidad. «Pues nosotros nos integramos también al movimiento zapatista», respondió. Un farol en toda regla, aunque no tan descabellado, a mediados de 1994 muchas organizaciones, algunas muy lejos de la izquierda, aprovecharon el momento para tomar tierras e impulsar sus demandas, estrategia que la Unión quiso explotar. «El gobierno tenía el temor de que todo esto se cundiera», observó Luis, «entonces sí, a los 20 días nos dieron respuesta con 100 kilómetros de carretera».

El tono de Luis en las entrevistas siempre fue de cierta beligerancia, fruto quizás de su pasado guerrillero en el comando Oaxaca de la Liga Comunista 23 de Septiembre y que, tras su arresto y negociación con las fuerzas del orden, resultó en su exilio en Marqués. No obstante, su postura tenía poco que ver con la de la carta que la Unión envió a Miguel de la

Madrid, en la que los líderes se mostraban complacientes y hasta zalameiros. Es cuestionable, además, considerar la construcción de la carretera como un logro de la Unión, era una necesidad estratégica para el Estado mexicano. Lo interesante del episodio no es tanto su precisión histórica, sino el hecho de que los líderes de la Unión intentaran, una vez más, instrumentalizar la coyuntura para lograr acceso a recursos de gobierno, sin por ello, a diferencia de los zapatistas, cuestionar la legitimidad del Estado mexicano. Esta estrategia acabaría teniendo sus costos.

*

Desde que Pedro Corro puso un pie en la Selva Lacandona, gobernantes y funcionarios hablaban de la necesidad de preservar los bosques y las selvas de Chiapas. «Cada vez es más grave», dejó escrito el gobierno de Velasco Suárez en 1972, «la tala inmoderada de los árboles, el abandono temporal de las tierras abiertas y por tanto la erosión de los suelos. [...] Es indispensable conservar la tierra, el bosque y detener al hombre en el campo».¹⁰ En 1977 el gobernador Jorge de la Vega Domínguez destacó el interés de su gobierno por «preservar» lo que quedaba de la Selva Lacandona.¹¹ El foco en la conservación de la región habría solo de aumentar con los años, algo que pronto los dirigentes de la Julio Sabines debieron tener en cuenta.

En 1981, el gobierno federal destinó, con la participación del gobierno estatal, recursos para la siembra de 1711 hectáreas de cacao en Marqués de Comillas. Según dijo Juan Sabines el mismo año, ese plan vendría «a beneficiar, la economía de Lacandones y Tzeltales y a proteger la riqueza ecológica de la selva, ya que el árbol del cacao como es sabido requiere de la sombra de los grandes árboles para subsistir».¹² El proyecto marcó el inicio de una larga década de fomento a la producción de cultivos agroforestales en Marqués de Comillas —donde, por cierto, no había población

¹⁰ «Segundo Informe de Gobierno», Manuel Velasco Suárez, Tuxtla Gutiérrez, 1º de noviembre de 1972, p. 83 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

¹¹ «Primer Informe de Gobierno del Estado de Chiapas», Jorge de la Vega Domínguez, Tuxtla Gutiérrez, 1º de noviembre de 1977, p. 34 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

¹² «II Informe de Gobierno del C. Juan Sabines Gutiérrez», Gobierno Constitucional del estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 1981, p. 45 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

lacandona— que prometía hacer compatibles conservación y desarrollo, y en la que la Unión de Ejidos jugó un papel destacado.

Los proyectos fueron de dos tipos. Por un lado, se incentivó la siembra de cultivos de sombra —como el cacao, la vainilla o el cardamomo— bajo el dosel selvático, y por otro, las plantaciones forestales, en particular de hule, pero que también incluyó un primer intento de siembra de palma africana en el ejido Quiringüicharo a mediados de la década de 1980 que nunca se llevó a cabo. Se interrumpieron, además, los apoyos a la ganadería, considerada junto con la roza, tumba y quema como responsable de la deforestación en la región. Esto podría explicar el retiro en 1984 de nueve millones y medio de pesos aprobados a la Unión para la producción ganadera, algo de lo que se quejaron en su carta a Miguel de la Madrid.

La política de gobierno chocaba de manera frontal con las aspiraciones de buena parte de los ejidatarios de la Unión. «O sea, yo me voy para allá porque me están regalando 50 hectáreas», dijo Pedro Corro sobre su traslado a Marqués, «aquí [en referencia a Oaxaca], ¿yo cuándo las voy a tener? Y yo esas 50 hectáreas, tú te haces a la idea, si eres de por allá, si conoces por allá, te haces a la idea de los ranchos que ves por allá». Habló con admiración de los ranchazos ganaderos de Oaxaca y Veracruz, y agregó: «Pero tú tienes esa idea de que algún día yo voy a poder hacer eso». Como para Pedro, el sueño de muchos era tener un potrero hasta donde alcanzara la vista.

José Baldobinos también platicó del tema. Sentados en la sala de su casa, una estancia amueblada en vidrio y caoba, y protegida del exterior por una cortina blanca con encaje, dijo: «Todos los que venían de Veracruz, de Guerrero, de todas partes, su idea era la ganadería. Era su finalidad». Contó que algunos llegaron con «una, dos, tres vaquitas» que trajeron en lancha o las compraron a precio de remate cuando estalló el conflicto armado del lado guatemalteco. Se refería a los colonos de otros estados, quienes tenían poco interés en la agricultura y ninguno en la agroforestería.

La Unión, siempre pragmática, se adaptó a las circunstancias y fomentó el cultivo de cacao entre sus agremiados, para lo cual repartió semillas y pagó jornales, e incluso llegó a tener por emblema una semilla de cacao

junto a una planta de maíz, ambas enmarcadas en una tuerca, muy a tono con la estética de las centrales y los sindicatos de la época. Solo en 1981, indican en su carta de 1984, recibieron casi 31 millones de viejos pesos para la siembra de cacao. Este fue, según Daniel Domínguez, entonces delegado de la Julio Sabines en Quiringüicharo, «el primer fogonazo que vino», quien equiparó ese dinero con una suerte de cañonazo. «No había fuente de trabajo, no había quien te pagara un jornal, no había nada aquí», comentó de aquellos años. A decir de Daniel, el pago de jornales les permitió comprar productos de primera necesidad como sal, azúcar o aceite.

En cualquier caso, los líderes de la Unión trataron de obtener apoyos para la ganadería. En su carta de 1984 escribieron: «hacemos mención que para proteger la selva, queremos dejar de ser ganaderos extensivos para transformarnos en ganaderos intensivos; y así poder preservar nuestros bosques». ¹³ Este argumento venía acompañado de la solicitud de una larga lista de apoyos que incluían desde aguajes y baños garrapaticidas, hasta caminos, pastos mejorados y ganado de alta productividad. En 1984, presentaron una solicitud al general Absalón Castellanos, gobernador de Chiapas de 1982 a 1988, en un lenguaje similar: «En vista de que la forestal no autoriza abrir más tierras para establecer potreros pedimos apoyo para pasar de ganaderos extensivos a intensivos». ¹⁴ Poco después añadieron:

Queremos el apoyo decidido del sector agropecuario para que mediante estudios completos se elaboren los proyectos productivos y de apoyo y así tener una infraestructura correcta para dar solución al deterioro de la selva y aprovechar al máximo nuestros recursos en beneficio de nuestras comunidades, del Estado y de México.

Como era habitual, la Unión se acomodaba a los objetivos del gobierno, ofrecía solución a los problemas de este y pedía apoyos para ello. En este caso, lo hizo apelando al modelo de producción ganadera «intensiva» que el gobierno había establecido como prioritario por medio del

¹³ Carta de la Unión de Ejidos Julio Sabines Pérez al presidente Miguel de la Madrid, p. 14 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

¹⁴ «Ponencia al sector agropecuario», Unión de Ejidos Julio Sabines Pérez, Zamora Pico de Oro, 1984, pp. 5-7 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

Programa de Desarrollo Sur Sureste de Miguel de la Madrid, en el que se indicaba que en «las zonas afectadas [deforestadas] se promoverá la ganadería intensiva y el cambio en el uso del suelo hacia cultivos perennes».¹⁵ El objetivo era incrementar el número de becerros de engorda por hectárea para evitar que la ganadería se extendiera en superficie y ocasionara mayor deforestación. En este caso, la novedad fue el uso del discurso de conservación por parte de la Unión como moneda de cambio. Al igual que lo hizo Emilio Hernández muchos años después —aquel líder que fomentara la siembra de *Jatropha* en Marqués—, la Unión contrapuso sus objetivos (el «beneficio de nuestras comunidades» en materia agropecuaria) a los del gobierno («proteger la selva» y evitar el «deterioro» de recursos de importancia para el estado y el país).

Fue en vano. El 16 de octubre de 1986, la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE) del gobierno federal hizo pública una declaratoria para la protección de la Selva Lacandona. Esta fue producto de la segunda reunión de la Comisión Intersecretarial para la Protección de la Selva Lacandona, creada ese mismo año en el Día Mundial del Medioambiente, y en la que participaban personajes notables de diversas instituciones como José Sarukhán (a cargo del Instituto de Biología de la UNAM), Gabriel Quadri (un ingeniero conocido por su labor conservacionista), la antropóloga Gertrude Duby Blom (famosa por su defensa pública de los lacandones) y Miguel Álvarez del Toro (director del Instituto de Historia Natural de Chiapas). La declaratoria refrendaba la política implementada hasta el momento:

Se mantiene la firme decisión de suspender los apoyos a la ganadería extensiva y de generar proyectos productivos alternativos que permitan, paulatinamente, aprovechar potreros ya existentes con cultivos

¹⁵ «Programa de Desarrollo de la Región Sur Sureste», Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos y Gobiernos Constitucionales de los Estados de Campeche, Chiapas, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz y Yucatán, 1983, p. 18 (AGN, Archivos Presidenciales, Miguel de la Madrid Hurtado, Secretaría de Programación y Presupuesto, caja 02, exp. 07, Ciudad de México).

tropicales, de más alta generación de empleo y con el establecimiento de agroindustrias.¹⁶

Para el gobierno, los cultivos agroforestales eran el camino a seguir en la conservación de la selva.

«Estaba prohibida la ganadería», dijo Pedro sobre la política de aquellos años, «porque para hacerse ganaderos había que desmontar la selva completamente». Daniel Domínguez también habló del tema:

Aquí hubo un tope duro. Pero no daba la solución el gobierno, pues, su solución fue, o su sistema fue de sembrar cacao, el cardamomo, la vainilla, el hule, así todo desordenado. Entonces la gente duro y duro y duro que romper el cerco [freno] para la ganadería.

Daniel, quien se identificaba como ambientalista, veía viable intensificar la producción de ganado y combinarla con la conservación medioambiental, pero advertía que los proyectos agroforestales estaban plagados de problemas, lo que motivó aún más a los ejidatarios a dedicarse a la ganadería.

A decir de los ejidatarios, los proyectos de aquellos años estuvieron marcados por un sinfín de errores y problemas. Muchos me hablaron del cacao, el cultivo que contó con mayor inversión, aunque pronto fue evidente para muchos que el cacao traído de la costa de Chiapas no estaba adaptado a la sombra de la selva tropical, por lo que producía poco y sufría constantemente de plagas. «Fueron los primeros que envenenaron la selva», dijo Daniel de los funcionarios encargados del programa; «trajeron camionazos, lanchadas [...]: cupra, viva, laifor, lambo, latón, todo para el cacao, pues». A pesar de la distribución de agroquímicos, las plagas persistían. Muchos de los involucrados mencionaron también la falta de selección de suelos adecuados y la nula experiencia de los ingenieros encargados de la asistencia técnica, de la que aún se burlan en la región. Además, la inflación, producto de la crisis económica de 1982, hizo de los créditos

¹⁶ «Protección de la Selva Lacandona», Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), 16 de octubre de 1986, p. 1 (AGN, Archivos Presidenciales, Miguel de la Madrid Hurtado, Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, caja 03, exp. 4, Ciudad de México).

papel mojado. Tampoco había manera de transportar la cosecha ni quien lo comprara, y cuando hubo fue a precios demasiado bajos.

Irónicamente, uno de los efectos colaterales del fracaso de los proyectos fue la expansión de la ganadería. «Ellos sembraron cacao», afirmó Daniel de un ejido en concreto, «no les funcionó el cacao, vamos pa abajo, y con ese mismo apoyito de cacao, abrieron para la ganadería. Aquí comprobaron para cacao, pero aquí hicieron su ganadería, y así». En el caso de la palma, Pedro recordó que el gobierno dio permiso para tumbar, pero la planta nunca llegó: «Y la gente dijo: Señor, bendito seas, no viene la palma, pero, pues yo quería mis vacas». Los fracasos y errores permitieron a los ejidatarios ir rompiendo el cerco gubernamental a la ganadería y propiciaron la deforestación. «La gente es vivaracha», dijo Pedro divertido.

El mal funcionamiento de los proyectos generó tensiones entre la Unión y el gobierno. En su carta al general Absalón Castellanos, la directiva de la Unión escribió sobre el cacao: «es nuestra obligación señalar las fallas técnicas y administrativas que adolece actualmente el programa».¹⁷ El tono de la carta era frío. Informaron sobre el incumplimiento de compromisos por parte de un ingeniero y la entrega de semillas de mala calidad. Los problemas del proyecto eran bien conocidos por el gobierno de la época; un informe interno de 1982, elaborado por técnicos de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, mencionaba la existencia de plagas, la elección de variedades genéticas inadecuadas, sombra excesiva, mal manejo por parte de los agrónomos, trasplantes inadecuados por haberse realizado en la estación seca y falta de mercados.¹⁸ Parecía un calco de lo que habría de suceder muchos años después con la *Jatropha*.

«Nos encontrábamos en una situación muy delicada», dijo uno de los ingenieros encargados de elaborar ese informe mientras comíamos en el restaurante Mayab, en Palenque, «entraba un proyecto que se tenía que establecer, si no, te decían: estás en contra del gobernador. Lo técnico no tenía ninguna importancia». Recordó cómo funcionarios y gobernadores

¹⁷ «Ponencia al sector agropecuario...», pp. 4-5 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

¹⁸ «Informe técnico de Pico de Oro», Representación Estatal de la Subsecretaría Forestal de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Tuxtla Gutiérrez, 1982 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

decidían desde el aire dónde se sembraría. La prueba de que un cultivo u otro funcionaría eran los reportes de plantas que crecían en estado silvestre, lo que según algunos técnicos era un indicador natural. Y añadió: «Pero había que suavizarlo, hacerlo menos brusco, porque finalmente uno se queda en la región y se queda el nombre de uno allá, incluso por años». Ante el pobre diseño de los proyectos, y en un intento por salvaguardar su reputación en la región, este ingeniero consideraba necesario flexibilizar su postura ante los ejidatarios, cuyo interés era la ganadería.

Once años después otro documento interno enumeraba los mismos problemas en los proyectos de cacao y vainilla, aunque este criticaba, además, a la Unión:

A nivel de la organización social de segundo nivel se detectaron factores limitantes en cuanto al carácter de la organización la cual no es productiva sino únicamente de presión política por lo que no cuenta con mecanismos de control y seguimiento de los proyectos de su base social.¹⁹

La «estructura orgánica de tipo vertical» de la Julio Sabinés era ahora impedimento para un correcto seguimiento técnico de los proyectos. A pesar de todo, tanto los gobiernos estatales como los federales siguieron impulsando proyectos que sabían bien que no estaban funcionando. El gobierno estatal llegó incluso a otorgar en 1996 el Premio Chiapas, en su modalidad Ciencias Naturales, al ingeniero encargado de los proyectos agroforestales en la región. Ante la deforestación, los gobernadores optaron por criticar a los colonos. En 1985, en su tercer informe de gobierno, Absalón Castellanos calificó la deforestación en la Lacandona como un «hecho criminal» y mencionó la necesidad de defender la «generosa naturaleza puesta en manos chiapanecas». ²⁰ Frente a los problemas con los proyectos, el gobierno optó por incrementar la presión sobre los ejidatarios.

¹⁹ «Resultados de la evaluación del P.O.A. 92», Grupo Técnico de apoyo al Subcomité Especial del COPLADE para la Selva Lacandona, Programa de Desarrollo y Conservación de la Selva Lacandona, Tuxtla Gutiérrez, mayo de 1993 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

²⁰ «Tercer Informe de Gobierno», General Absalón Castellanos Domínguez, Tuxtla Gutiérrez, 1985, p. 17 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

*

«Lo duro, lo duro, fue cuando Patrocinio, en el gobierno de Patrocinio González Garrido», dijo José Baldobinos, tesorero de la Julio Sabinos a finales de los ochenta, «fue de la chingada, hablando con todas las letras». «¿Por qué? ¿Qué quería ese señor?», le pregunté. Su respuesta fue bastante gráfica: «Que iba a meter en la cárcel a todo el que tumbara una hectárea». La llegada de Patrocinio marcó un antes y un después en la cuestión ambiental.

En 1989, Patrocinio González declaró en su primer informe de gobierno lo siguiente: «La Selva ha sido destruída [sic] en un 60 % y si no se pone un alto y se revierte la tendencia, desaparecerá en el siglo xx».²¹ Se refería a la Selva Lacandona, que líneas antes describía como: «la más importante reserva ecológica [d]el trópico húmedo que existe en el país». Si bien este tipo de afirmaciones podían ser de rutina, no lo fue la política que Patrocinio González implementó en la zona. El 4 de octubre de 1989, decretó una veda forestal mediante la cual prohibía la explotación de madera y fauna en toda la Selva.²² Un año después impuso restricciones a los cambios de uso de suelo y modificó el Código Penal: «se hizo una adición que declara a la motosierra como arma prohibida, ya que constituye el instrumento en la comisión de delitos que atentan y ponen en riesgo el patrimonio ecológico de la entidad».²³ La modificación suponía que los ejidatarios debían solicitar permiso para usar una motosierra, política que todavía recuerdan en Marqués. Si no solicitaban el permiso enfrentaban penas de cárcel; si lo solicitaban, difícilmente se les otorgaba para desmontar terrenos.

²¹ «Primer Informe de Gobierno», Patrocinio González B. Garrido, Gobernador Constitucional, Tuxtla Gutiérrez, 1989, p. 30 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

²² «Acuerdo declaratorio de áreas restringidas a los aprovechamientos forestales y faunísticos en las zonas de amortiguamiento de las zonas núcleo en la Reserva Integral de la Biósfera de Montes Azules, de los municipios de Ocosingo y Margaritas, Chiapas», *Periódico Oficial*, Órgano de Difusión del Gobierno Constitucional del Estado Libre y Soberano de Chiapas, tomo XCIX, núm. 42, Tuxtla Gutiérrez, miércoles 4 de octubre de 1989 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

²³ «Segundo Informe de Gobierno», Patrocinio González B. Garrido, Gobernador Constitucional, Tuxtla Gutiérrez, 1990, p. 78 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

Con esta política, Patrocinio González rompió los acuerdos que la Comisión Intersecretarial para la Protección de la Selva Lacandona había alcanzado con la Unión de Ejidos Julio Sabinés. En octubre de 1986, esta Comisión declaró el fin de la colonización de Marqués de Comillas, mantenía la suspensión de los apoyos a la ganadería extensiva, refrendaba su compromiso con los cultivos agroforestales, e inauguraba la posibilidad de otorgar permisos de aprovechamiento forestal a los ejidos, explotación que hasta entonces había estado en manos estatales.²⁴ En 1987, la Comisión inició, además, una serie de diálogos con las uniones de ejidos de la Selva que culminó con la creación del Programa de Protección y Desarrollo de la Selva Lacandona,²⁵ en el que se establecía como objetivo la formación de una zona núcleo de conservación en el corazón de Marqués de Comillas.

Lo cierto es que para cuando llegó Patrocinio al poder en 1988, la política de la Comisión Intersecretarial era un fracaso. A pesar del fomento a los cultivos agroforestales, la tala continuaba. En cuanto a la suspensión de la colonización, se declaró cuando ya se habían decretado 23 de los 33 ejidos que componen Marqués hoy en día, cinco de los cuales estaban ubicados en la que debía ser la zona núcleo de conservación. De los 10 ejidos no decretados, seis ya habían sido aprobados por el gobernador Absalón Castellanos, quien además autorizó otros dos tras la declaratoria del fin de la colonización, ambos ubicados en la que debía ser la zona núcleo de Marqués. En cuanto a los permisos de aprovechamiento forestal otorgados a los ejidos en 1987 y 1988, un documento interno de gobierno reportaba que los ejidatarios no habían respetado las restricciones de aprovechamiento que limitaban el corte de «madera verde»²⁶ (árboles vivos). El

²⁴ «Protección de la Selva Lacandona», Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), 16 de octubre de 1986 (AGN, Archivos Presidenciales, Miguel de la Madrid Hurtado, Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, caja 03, exp. 04, Ciudad de México).

²⁵ «Programa de Protección y Desarrollo de la Selva Lacandona», Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), marzo de 1987, pp. 8, 12 (AGN, Archivos Presidenciales, Miguel de la Madrid Hurtado, Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología, caja 03, exp.41, Ciudad de México).

²⁶ «Informe de anomalías de aprovechamientos forestales en la zona Marqués de Comillas», Delegación Estatal de Chiapas de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (PROFEPA), Tuxtla Gutiérrez, 5 de agosto de 1994 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

sucesor de Absalón Castellanos, Patrocinio González, fue muy crítico de esta situación.

A finales de 1989, la administración del gobernador Patrocinio lanzaba la siguiente advertencia:

Continuaremos teniendo la oposición de quienes no quieren trabajar, quienes sólo quieren cortar la madera, hacerse ricos y regresar a sus estados de origen; o la de los narcotraficantes que alientan todo lo que divide y enfrenta, para ocultar su actividad, que crece de manera preocupante.²⁷

La referencia a Marqués era inconfundible. Hablaba de narcotráfico y de colonos venidos de otros estados, quienes, según él, solo pretendían depredar las riquezas de la zona e irse. Un año después volvió a referirse al problema de la explotación forestal: «hemos iniciado en Chiapas el final del espejismo de la abundancia y exhuberancia de nuestra selva tropical».²⁸ El gobernador declaraba el fin del uso de la Selva tanto para la resolución de problemas agrarios como para la explotación forestal, a la cual caracterizó como un «saqueo» que no beneficiaba a los pobladores, sino a «muchos vivales y falsos líderes».

A diferencia de sus predecesores, Patrocinio González consideraba que no había condiciones para llevar a cabo una explotación adecuada de la riqueza forestal de la Selva Lacandona. Su gobierno dejó escrito lo siguiente en su cuarto informe: «Reiteramos que en las Selvas del Trópico Húmedo no hay experiencia validada de explotación racional y que su falaz argumentación solo encubre un nuevo anhelo de saqueo».²⁹ Por explotación racional se refería, como tantos otros funcionarios, a una forma de aprovechamiento forestal que —en contraposición a la destrucción «irracional» de la selva por parte de los campesinos— conservara el recurso y generara desarrollo a las comunidades y a la entidad. Si bien según

²⁷ «Primer Informe de Gobierno» Patrocinio González B. Garrido, p. 31 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

²⁸ «Segundo Informe de Gobierno», Patrocinio González B. Garrido, p. 81 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

²⁹ «4 años de gobierno», Patrocinio González B. Garrido, Tuxtla Gutiérrez, 1992, p. 22 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

su política la selva debía permanecer intacta, el gobernador se posicionó lejos del ambientalismo global. En 1992, su administración hizo la siguiente afirmación: «Rechazamos el planteamiento de los conservacionistas que demandan que el árbol viva, aunque el indio muera».³⁰ Para el gobernador, la conservación era antidesarrollismo.

Cabe advertir que esta última posición no era exclusiva de Patrocinio, los llamados de sus antecesores y parte de sus sucesores a «preservar» los recursos de la Selva no constituían una invitación a dejarlos intactos. Más bien se trataba de evitar su «desperdicio» y de fomentar una explotación que generase desarrollo para Chiapas y el país. Ya desde 1972, Manuel Velasco Suárez afirmaba que la Selva Lacandona podría surtir «a la República de muebles finos, chapa, triplay y producir pulpa de papel».³¹ A diferencia de Velasco Suárez, Patrocinio no consideraba que el aprovechamiento forestal fuera una opción viable ni que debía seguirse poblando la Selva, lo que dejaba a los ejidatarios entre la espada y la pared: no podían desmontar para ganadería ni extraer madera, de modo que debían dedicarse a la siembra de cultivos de sombra y perennes que eran un fracaso. La situación resultaba particularmente difícil para los recién llegados y para quienes la promesa de la tierra no era tal sin desmonte. La Unión se movilizó en un intento por mejorar las condiciones de sus agremiados.

En 1990, la Unión organizó dos «encuentros campesinos» en los ejidos Zamora Pico de Oro y Flor de Cacao con el apoyo de funcionarios afines de la SEDUE y del Instituto Nacional Indigenista. Participó también la Unión de Ejidos Fronteriza del Sur, conformada en 1986 (De Vos 2015:41), que tenía su base social en los ejidos ubicados a lo largo de la frontera con Guatemala, en la llamada zona fronteriza, e incluía algunos ejidos de la zona centro o interior. Luis Hernández, entonces presidente de la Julio Sabines, calificó los encuentros como una «contrapropuesta» a la política ambiental de Patrocinio.

De estos encuentros surgieron dos declaratorias. En la primera, publicada en el periódico *Ámbar Semanal* de Tuxtla Gutiérrez, las uniones de

³⁰ «4 años de gobierno», p. 21 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

³¹ «Segundo Informe de Gobierno», Manuel Velasco Suárez, p. 101 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

ejidos culpaban al gobierno del «empobrecimiento de las comunidades y la destrucción de la selva». ³² Tras un diagnóstico del problema, hicieron una declaración de 13 puntos entre los que se contaba el siguiente:

13. Que en un lapso de 15 días se autorice el permiso de cambio de uso de suelo a los ejidatarios que carecen de terrenos abiertos al cultivo, en una superficie que les permita satisfacer sus necesidades básicas; en caso contrario, en ese mismo lapso se haga llegar víveres que les garanticen la supervivencia en la zona, en tanto se realiza el estudio integral de los recursos.

La Unión exigía cambios, aunque su posición política variaba poco. La declaratoria era una larga lista de demandas para el desarrollo a cambio de la conservación; solicitaban, además, una mejora en la «planificación» del gobierno, una mayor «participación» de los campesinos y enfatizaban la necesidad de considerar la «vocación» de los suelos y de realizar «estudios integrales», todos elementos de la política gubernamental del momento.

La propia conceptualización del problema (que la política gubernamental había causado el empobrecimiento de las comunidades y la destrucción de la selva) no era más que la inversión del discurso oficial, que aludía a la necesidad de establecer políticas dirigidas a permitir un aprovechamiento adecuado de la selva que redundara en su conservación y en el desarrollo de sus habitantes. No por casualidad llamaron al encuentro en Zamora Pico de Oro «Primer encuentro campesino sobre la conservación y desarrollo de la Selva Lacandona». La Unión aceptaba así la política como legítima, pero la usaba en contra de las propias autoridades al demandar que las instituciones cumplieran con los objetivos que decían tener, lo que incluía generar desarrollo en las comunidades.

La presión surtió efecto. En 1990, el gobernador Patrocinio invitó a ambas uniones a un evento en Palenque con el resto de las organizaciones de la Selva Lacandona. Luis rememoró su intervención ante el gobernador:

³² «Primer encuentro campesino sobre la conservación y el desarrollo de la Selva Lacandona. Declaratoria», *Ámbar Semanal*, Tuxtla Gutiérrez, 7 de mayo de 1990, p. 1. Tuvo lugar el 6 de abril. Agradezco a Ingreet Cano por compartirme el documento.

Mire usted, señor gobernador, no es necedad de los campesinos de Marqués de Comillas. No es oposición al gobierno. No es una cuestión de rebeldía. Pero sí, sí hay algo que se necesita darle solución, porque mis compañeros mandaron un mensaje, que yo le diga a usted que al hambre no lo detienen las balas.

Hablaba Luis de los ejidatarios imposibilitados de sembrar por las restricciones a los cambios en el uso del suelo. Sus recuerdos ilustran la manera en que los líderes, después de subordinarse al gobierno, exigían cambios y cómo, tras estas afirmaciones, volvían a encuadrarse en la política gubernamental. Tras su advertencia, Luis se refirió a la necesidad de realizar estudios y mecanizar los terrenos, y a la voluntad de los ejidatarios de usar «pequeñas áreas». Según Luis, Patrocinio se levantó de la mesa furioso.

A diferencia de la relación con Juan Sabines, el entendimiento con Patrocinio fue mucho más accidentado. Luis recordó cómo la jornada trascurrió en un estira y afloja, en parte tras bambalinas, y de cómo llegó incluso a considerar su renuncia a la Unión. Por diseño, la organización no podía prescindir de una buena relación con el gobernador. Explicó que fruto de la intermediación de terceros y del acercamiento al gobernador con un lenguaje mucho más mesurado, el asunto llegó finalmente a buen puerto. Dijo Luis: «De ahí me hice amigo de Patrocinio». La Unión se ofreció a apoyar al gobernador en la siembra de hule. Luis recurrió a estrategias que habían funcionado bien en el pasado: encuadrarse en la política de gobierno, así como negociar y construir amistades y compadrazgos políticos con gobernantes y funcionarios, sin por ello dejar de ejercer presión en momentos puntuales.

Desde su llegada a la gubernatura, Patrocinio decidió enrocarse en su posición y presionar para que la materialidad y los ejidatarios se cuadraran a sus deseos, pero ni una ni otros respondieron como hubiera querido. Los proyectos seguían sin funcionar y la deforestación avanzaba. Tal y como hicieron los campesinos rusos ante el todopoderoso zar, de los que habla James Scott en su libro *Los dominados y el arte de la resistencia* (2003), la Unión usó en público la política gubernamental de conservación y desarrollo en contra de las propias instituciones, a la vez que exigía al gobierno

que cumpliera con su papel de buen patrón. Dicha estrategia rindió algunos frutos, pero posiblemente resultado de un informe fotográfico de junio de 1991 dirigido al gobernador y que aportaba evidencia de quemas y desmontes en la mayor parte de los ejidos de Marqués (fotografía 2),³³ además de la existencia maderas aserradas en algunas localidades con todo y veda forestal, Patrocinio decidió tomar medidas drásticas.

Fotografía 2. Desmante en el ejido López Portillo



Fuente: Archivo General del Estado.

*

El 6 de julio de 1991 un convoy de camiones llegó a Marqués de Comillas. Una parte tomó el camino a Zamora Pico de Oro, y el resto, compuesto por cinco unidades, siguió su trayecto sobre la carretera fronteriza. En este último grupo viajaban 28 policías, 24 cargadores y algunos funcionarios del gobierno del estado enviados por Patrocinio. Hernán Cortés,

³³ «Informe de fotoidentificación Marqués de Comillas», Gobierno del Estado de Chiapas y Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (SEDUE), Tuxtla Gutiérrez, mayo-junio 1991 (AGE, Fototeca, Tuxtla Gutiérrez).

quien jugó un papel protagónico en el conflicto que estaba por suscitarse, recordó el comienzo en una entrevista frente a su casa: «El día 6 de julio a mí me tocó salir de aquí [Nuevo Paraíso] a Nuevo Chihuahua en la tarde a comprar lo necesario». A su llegada al ejido vio cómo el personal de los camiones decomisaba madera rodeado por policías en posición de tiro. En Nuevo Chihuahua se encontró con Ismael Jiménez Pablo: «Bueno, fíjese que en eso estábamos ya discutiendo con él, ya los tráileres estaban parados, cuando sale un [camión] torto que era de la Fronteriza del Sur, ya con un aparato de sonido y declaró el bloqueo de la carretera». El llamado al bloqueo de la Fronteriza del Sur, organización que había contado con permisos de aprovechamiento forestal, precipitó una serie de eventos lejos de su control.

Los ejidatarios respondieron prestos al llamado, cerraron el paso al convoy y retuvieron a los policías y los cargadores de madera. En la confusión, algunos funcionarios lograron escapar. Se alertó entonces del decomiso a los ejidos vecinos. Hernán rememoró el ambiente: «Cuando vino a ser, quizá las 12 de la noche, había como 500, 800 campesinos, y se multiplicó para el día 7 de julio. Ya en el día, ya más que una protesta, era una fiesta». Esa misma noche se constituyó un comité del que él acabó formando parte.

Para Hernán el gobierno no significaba solo represión, sino también simulación: «el gobierno ha sido, más bien, que en la pantalla, la televisión, en la radio, se avientan la babosada más grande». Y agregó: «En las campañas políticas vienen y a la gente despreciable, vienen y hasta la abrazan, la besan. Pero mientras están en campaña. Ya cuando pasó el momento de campaña... este perro que ni se presente, este mendigo, aquí no hay lugar para él». Tras esto expuso su postura política: «Entonces, mire, fíjese que todo eso fue creciendo en mí, por decir, un sentimiento de resistencia y desprecio al sistema de gobierno, porque siendo México tan rico, y en las comunidades haber gente tan pobre, olvidados». No hablaba Hernán solo de apoyos y desarrollo, sino también de justicia social, elemento ausente en la política de las uniones de ejidos en Marqués. Esa diferencia explica el devenir de los eventos del 6 de julio.

«Las comunidades afectadas», escribió Hernán como representante de los ejidatarios en una carta del 22 de julio dirigida al presidente Carlos Salinas de Gortari, «decidimos que los camiones cargados de madera aserrada, no saldrían del ejido hasta que no se nos indemnizara conforme al acuerdo de Gobierno».³⁴ El decomiso era para ellos un robo y le aclararon al presidente que no hicieron denuncia alguna, dada la participación de agentes del ministerio público en el decomiso y por su desconfianza en las autoridades estatales. Los ejidatarios reunidos en Nuevo Chihuahua tomaron la declaración a policías y cargadores. A los cargadores, campesinos oriundos de Palenque, se les dejó en libertad, pues dijeron que habían llegado engañados, mientras que decidieron retener a los policías hasta que se les pagara la madera. En la carta pidieron, además, la destitución de Patrocinio.

El gobierno federal envió dos comisiones, relata Hernán Cortés en la carta, una encabezada por Petróleos Mexicanos (PEMEX) el 8 de julio y otra de la Comisión Intersecretarial el día 11 de julio. Los ejidatarios rechazaron a la primera por carecer de potestad en el asunto y a la segunda por quedarse en el ejido Benemérito de las Américas, lejos de Nuevo Chihuahua. Para entonces ya se había constituido una nueva organización en representación de los inconformes con el decomiso de madera: el Movimiento Campesino Regional Independiente (MOCRI). El nombre era toda una declaración de intenciones.

Al optar por el apelativo político de movimiento, se distanciaban de las uniones, hecho sobre el cual Hernán fue explícito: «Nuestro principio era defender, por así decir, a los campesinos más bien de las garras de la Fronteriza del Sur y de la Julio Sábines. Ese fue nuestro objetivo». Minutos antes había caracterizado a ambas uniones de la siguiente manera: «la gente que siempre hablaba por nosotros, la gente que siempre se beneficiaba a nombre de los campesinos de Marqués de Comillas». Optaron, además, por usar el término independiente, que en la época aludía a la relación que se tenía con el gobierno y, en particular, con el régimen del PRI. A

³⁴ Carta del Movimiento Campesino Regional Independiente (MOCRI) al presidente Carlos Salinas de Gortari, Ciudad de México, 22 de julio de 1991, p. 2 (archivo personal de Hernán Cortés).

diferencia de la Unión, el posicionamiento del MOCRI se aproximaba a los llamados del momento por la autonomía de los movimientos sociales.

Al frente de esta organización quedaron Hernán Cortés y los hermanos Ismael y Francisco Jiménez Pablo. Llegado a la Selva en 1987, Francisco había sido hasta ese momento secretario de la Fronteriza del Sur.³⁵ Para Hernán, la creación del MOCRI fue un proceso orgánico forjado al calor del conflicto por la madera. Tras advertirme que lo que estaba por afirmar no implicaba desprestigiar a otros compañeros, dijo: «El líder, lo que tiene que saber es conducir una causa, y de eso me siento agradecido, primeramente Dios, por la capacidad que me ha dado». Mencionó esto tras explicar cómo se constituyó el comité que dio origen al MOCRI:

Se formó, más bien podríamos decir, un comité, mas no se hizo una elección, sino un comité que coordinara [...] que tuviera vida, pues. Porque es difícil, por decir, que ahorita, en este momento, hubiéramos llamado a los compañeros aquí, y si no saben el tema que estamos tratando, pues uno lo ve bien, el otro lo ve mal, y pues a lo mejor pide la palabra hasta sin saber a qué cosa queremos llegar.

Para Hernán, los líderes salían a relucir en los momentos de lucha, no a partir de los votos. Esto supuso la creación de un movimiento en el que Hernán y los hermanos Jiménez Pablo quedaron como líderes permanentes. Se decidió entonces realizar una marcha a la capital del país.

«El 12 de julio», se lee en la carta del MOCRI a la Presidencia, «salieron del ejido Nuevo Chihuahua 340 campesinos en 7 vehículos, 4 camiones de los ejidatarios, dos de propiedad de PEMEX y uno de la línea comercial 'Monte Bello'».³⁶ La comitiva nunca llegó a su destino: «El 13 de julio a las 11 de la mañana 700 elementos de la policía judicial y de seguridad pública reprimieron a nuestros compañeros golpeándolos». El gobierno recibió al MOCRI en Palenque con una demostración de fuerza que dejó numerosos heridos y 303 arrestados, quienes fueron trasladados a un cuartel en Tuxtla Gutiérrez, sin la mediación de abogado alguno y tras haber sido

³⁵ «No todos los MOCRI son iguales: Francisco Jiménez Pablo», periódico *Chiapas Paralelo*, 25 de marzo de 2019.

³⁶ Carta del Movimiento... p. 3 (archivo personal de Hernán Cortés).

despojados de sus pertenencias. Entre estos estaba Francisco Jiménez Pablo, además de 18 mujeres y ocho niños. El 14 de julio el ejército mexicano cercó Nuevo Chihuahua. Tuvo lugar entonces una tensa negociación en la que se acordó el intercambio de prisioneros. El 15 de julio llegaron a Nuevo Chihuahua los ejidatarios encarcelados en Tuxtla, quienes fueron liberados a cambio de los policías retenidos desde el 6 de julio. El informe sobre anomalías en el aprovechamiento forestal indica que el gobierno estatal pagó por la madera decomisada.

El MOCRI había escrito un nuevo guion político para la región que involucraba bloqueos carreteros, retención de funcionarios, marchas y denuncias públicas. Por otra parte, la estrategia del gobierno estaba lejos de ser nueva: entregaba apoyos a quienes se alineaban con sus políticas y recurría al uso de la fuerza, combinada con la negociación, con quienes se rebelaban. A pesar de los costos de su estrategia, el MOCRI sumó numerosos adeptos a su causa, en particular en los ejidos ubicados en las zonas fronteriza y centro de Marqués. Creció a partir de toda una serie de agravios que muchos de los pobladores de estas zonas consideraban haber sufrido a manos del Estado y de la Julio Sabinés.

La Unión de Ejidos Julio Sabinés sirvió de hilo conductor para implementar una política de conservación que involucraba la entrega de apoyos a cambio de reducir la deforestación. Muchos pobladores consideraban que la mayor parte de los apoyos habían quedado en manos de los líderes de la Unión, así como en los ejidos que la fundaron, todos ubicados en la zona ribereña. El rechazo del MOCRI a la política ambiental era algo que solo podía generar simpatías. En su carta del 22 de julio a la presidencia demandaban: «que nos dejen trabajar libremente el parcelero y manejar adecuadamente nuestros recursos forestales para poder subsistir y que nuestras familias tengan una vida digna».³⁷ En general, los líderes del MOCRI antepusieron desarrollo a conservación. «Lo triste», observó Hernán al respecto, «es que vimos que la selva tenía un precio y que la vida humana no tenía ningún precio, y que para poder vivir, para poder conservar, primeramente tiene uno que ver cómo se va a conservar la raza

³⁷ Carta del Movimiento... p. 2 (archivo personal de Hernán Cortés).

humana». Esta postura resonaba con las aspiraciones tanto de quienes habían llegado a la región con capital y cuya finalidad era la ganadería, como de personas con menos recursos que enfrentaban serias dificultades para salir adelante, dadas las restricciones a los cambios en el uso de suelo implementadas por Patrocinio.

La Julio Sábines se alineó, además, con la política gubernamental que pretendía el fin de la colonización en Marqués y que suponía para muchos que se les cerrara la última puerta que tenían para obtener tierra. Tal y como se consigna en un libro sobre la deforestación en la Selva Lacandona, el que era líder de la Julio Sábines en ese momento afirmó: «La Unión no quiere ni un asentamiento más, ni un ejido más» (Arizpe, Paz y Velázquez 1993:156). Esta postura los antagonizó con quienes llegaron tarde a Marqués, entre los que se contaba Hernán Cortés.

«Cuando llegamos aquí», dijo Hernán de su llegada a Marqués en 1984, «veníamos con la intención de trabajar para prosperar, como cualquier persona lo desea». Nacido en 1957 en un rancho en Ixtapangajoyá, en el norte de Chiapas, su familia se mudó a Malpaso cuando él tenía seis años, donde conocería de vista a los hermanos Jiménez Pablo. Acabó trabajando de obrero en PEMEX, pero su familia perdió la tierra con el establecimiento de la presa Netzahualcóyotl. Fue entonces cuando decidieron trasladarse a la Selva, un proceso que no fue nada fácil: «Durante un año nosotros estuvimos buscando la tierra porque a mi papá solamente le dieron en Tuxtla un croquis. Imagínese, venir con un croquis aquí, a la selva. Hay mucha mala fe».

Hernán, como muchas personas que llegaron a la Selva a mediados de la década de 1980, tuvo que establecerse en lo que quedaba por poblar, lejos de ríos, caminos y carreteras, y con frecuencia en los peores suelos. Muchos de estos pobladores eran indígenas y la mayoría chiapanecos. «Y a mí lo que más me ofendía, lo que nos decían», recordó Hernán que le comentaban los funcionarios de la época, «si ustedes nunca se adhieren a alguna de las dos uniones, ya sea la Fronteriza o la Julio Sábines, Paraíso nunca va a dejar de ser ‘Nuevo Paraíso, el ejido de los rezagados’, el ‘ejido olvidado’». Con una indignación que aún le agudizaba la voz expresó : «Yo decía entre mí, ¿cómo es posible cuando una comunidad, desde el momento que

es fundada, desde el momento que tiene su resolución presidencial, tiene capacidad jurídica?». En contraste con la perspectiva de los líderes de la Unión, para él los apoyos no eran un privilegio, sino un derecho.

Pero el MOCRI dejó al descubierto divisiones sociales más profundas. Los chiapanecos refirieron el desprecio del que fueron objeto por parte de ejidatarios de otros estados. Emilio Hernández, por ejemplo, recordó dolido el maltrato que sufrió a manos de sus compañeros de escuela por ser chiapaneco y mencionó perplejo cómo algunos lo insultaban llamándolo *oaxaco* (insulto del centro del país reservado a los migrantes del sur). Varios miembros de la Unión, en su mayoría foráneos, marcarían sus distancias con los chiapanecos y, en particular, con los ejidos de la zona centro. Algunos caracterizaron a los chiapanecos de poco trabajadores; otros presentaron a los ejidos de la zona centro como poblaciones consentidas por los gobernadores y afirmaron que habían contado con todas las facilidades para establecerse en Marqués; y hubo quienes calificaron a «los indígenas» como faltos de razón y sin capacidad de emprendimiento (un palmero y ganadero de Quiringüicharo afirmó que los indígenas no entendían el movimiento, es decir, la lógica del provecho y la ganancia). El nacimiento del MOCRI hizo que a estos estereotipos se le sumaran otros; algunos todavía los tildan de rebeldes, de criminales o de dejarse llevar por ciertos líderes; incapaces, en suma, de tomar sus propias decisiones o carentes de razones para movilizarse.

Los campesinos de Marqués se adaptaron a la política de conservación dado que ofrecía algunas ventajas, pero el decomiso de la madera supuso una expropiación de su trabajo y de sus recursos que muchos no estuvieron dispuestos a aceptar. Respondieron con insubordinación ante lo que consideraban un exceso de Patrocinio. La aparición del MOCRI transformó el paisaje político en Marqués. Esta organización generó una disputa entre dos formas de hacer política: entre quienes se alineaban con el gobierno a cambio de los apoyos, y quienes los consideraban un derecho. Esta disputa la resolvieron los funcionarios dedicados a la conservación.

«¿Cómo se le van a enfrentar al gobierno?», se preguntó Beto sobre el MOCRI, «¿qué ganaron?, ¿qué ganaron? A ver». Dijo esto tras haber hecho la siguiente afirmación: «Se ponen contra gobierno, oye. Gobierno es gobierno. Yo se los he dicho, es que el gobierno es el gobierno, tiene todo». La cuestión para este líder no tenía que ver con la legitimidad en términos de autoridad, sino con la imposibilidad material de enfrentarlo, visión que compartían varios exlíderes de las uniones de ejidos.

«Eran de esos que agarran leña y se van a tapar carreteras», dijo Baldobinos del MOCRI, y poco después agregó:

Así lo resuelve todo el indígena. Es que, realmente, lo ha tenido mal fundado el indígena. Y ellos no saben más. Como tenemos un gobierno reaccionario, es de la forma que le hacen caso a ellos. Tienen razón, porque uno si lo están jode y jode, los enfadan, y a veces los apoyan, pero a ellos no, porque al indígena lo ven así, como el indígena. Ellos no tienen más que... no tienen la facilidad de conseguir las cosas, solamente así lo hacen.

Baldobinos no tenía dudas sobre el carácter reaccionario y racista del gobierno mexicano, y como todos los líderes de la Unión que entrevisté, consideraba justificado el levantamiento zapatista. Pero al tiempo que era solidario con los indígenas, los concebía como el «otro», como personas que, incapaces de conseguir apoyos del gobierno, debían obtenerlos a la fuerza, una estrategia que él y otros líderes de la Unión no consideraban adecuada. En este sentido, la posición de Luis Hernández es ilustrativa: «Es una organización muy radical, ellos tienen como concepto que el gobierno es masoquista y solamente a chingadazos sueltan algo, te hacen caso: paros, secuestros, retención de funcionarios...». No dudaba de que el gobierno fuera represor, lo había sufrido en carne propia, pero no concordaba con la estrategia.

Tomás Meza, presidente de la Fronteriza del Sur a finales de la década de 1990, hizo la siguiente lectura del MOCRI: «Se crea precisamente por las necesidades que había de los recursos gubernamentales aquí en la zona». De Hernán Cortés dijo que su lucha era para que «bajaran recursos», y añadió: «Sí que bloqueaban carreteras, que hacían desmadre y medio, que pedían dinero. Bueno, es que todo movimiento requiere centavos. Sin

centavos, ¿qué hacen? Nada». Como otros líderes tradicionales, no aprobaba las estrategias de la organización a la que perteneció Hernán Cortes, pero consideraba justificados los fines, que concebía como la búsqueda de recursos.

La perspectiva del MOCRI que tenían los exlíderes de las uniones parece retratarlos más a ellos que a sus adversarios. Concebían los apoyos como la razón de ser para organizarse y al gobierno como una autoridad que no podía desafiarse. Esta lectura, hecha *a posteriori*, posiblemente tiene relación con la lección política que el propio gobierno impartió a los pobladores de Marqués.

A raíz del levantamiento zapatista de 1994, el gobierno dio marcha atrás en su política de conservación ambiental y, tras más de una década de suspensión, volvieron los programas de apoyo a la ganadería. Entre 1995 y 1999 —indican Villafuerte Solís y García Aguilar (2005)— el gobierno federal entregó casi 13 millones de pesos en crédito para la ganadería, de los cuales la Julio Sabinés recibió casi tres y el MOCRI algo más de cinco. Se otorgaron, además, permisos de aprovechamiento forestal. El 7 julio de 1994, el gobierno concedió al ejido Roberto Barrios un permiso de contingencia para extraer «arbolado muerto en pie y derribado por el viento»,³⁸ al que se sumaron permisos a 17 ejidos más, tanto de la Julio Sabinés como del MOCRI. Julia Carabias, responsable de las cuestiones forestales desde diciembre de 1994 —en virtud de su nombramiento al frente de la recién creada Secretaría de Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca (SEMARNAP)—, argumentó en una entrevista a Santiago Izquierdo (2018:98) que los permisos se otorgaron «para evitar el descontento campesino». Es decir, las razones políticas pesaron en el rediseño de la política ambiental. La evidencia sugiere que también se dio prioridad a los objetivos políticos sobre los ambientales en la gestión de los permisos forestales.

El 5 de agosto de 1994, el delegado estatal de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (PROFEPA), que había informado sobre las anomalías en el aprovechamiento forestal de Marqués, alertaba sobre la tala de una gran cantidad de «árboles verdes» en el ejido Roberto Barrios

³⁸ «Informe de anomalías...» (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

y advertía sobre el ingreso en Marqués de numerosas motosierras. En su informe adjuntaba una nota del 12 de agosto del periódico *La Voz* en la que se hacía eco de los hechos. La nota, titulada «Continúa la tala inmoderada en Ocosingo, ante la nula vigilancia de las autoridades forestales», recogía denuncias de la Unión de Ejidos Fronteriza del Sur sobre las irregularidades en el aprovechamiento forestal.

A pesar de las advertencias de la Fronteriza del Sur, los permisos siguieron vigentes hasta el 31 de diciembre de 1994, fecha en que expiraron. En 1995, ya con la SEMARNAP al frente de la cuestión forestal, esta institución multó a los 18 ejidos involucrados. Pero el problema apenas comenzaba, pues quedó en los ejidos un gran volumen de «puntas y ramas» que estos querían comercializar. Neil Harvey (1998) narra cómo esto generó posturas encontradas en el seno del propio gobierno.

Por un lado, la Subprocuraduría de Recursos Naturales de la PROFEPA abogaba por la comercialización de las puntas y ramas para evitar incendios. Los funcionarios de dicha institución consideraban que buena parte del problema radicaba en los escasos beneficios que la venta de madera generaba a los ejidatarios, quienes la vendían sin aserrar, y que los conflictos por el aprovechamiento se debían «a la falta de legitimidad institucional y a la corrupción de los dirigentes de la UE Julio Sábines» (Harvey 1998:304). Según la PROFEPA, instaurar nuevas prohibiciones con relación a la explotación de madera constituiría «actos arbitrarios y nos llevarían a un enfrentamiento y descontrol por parte de los ejidos de Marqués de Comillas». Por otro lado, la delegación estatal de la SEMARNAP reportó la existencia de amenazas por parte de los ejidatarios, entre los que se incluía al MOCRI: «si no se autoriza la salida de esa madera, la sacarán a como dé lugar» (Harvey 1998:306). Para esta institución, las irregularidades en el aprovechamiento eran «un severo cuestionamiento a la autoridad».

En este contexto la SEMARNAP implementó el Plan Piloto Forestal (1995-1999), con el que fomentó un nuevo modelo organizacional que sirvió para desplazar a la UE Julio Sábines y debilitar al MOCRI. En concreto, esta institución aprovechó la existencia de grupos de productores constituidos desde 1993 en Sociedades de Solidaridad Social (mejor conocidas como triples S). Este fue un arreglo impulsado por el presidente Carlos

Salinas de Gortari (1988-1994) y base de una nueva política que buscaba sustituir a las organizaciones de corte político (las uniones de ejidos) por organizaciones orientadas al mercado (las uniones de sociedades). Así, por ejemplo, según indican Villafuerte Solís y García Aguilar (2005), entre 1995 y 1998 los ejidatarios organizados en las triples S recibieron 23 % del total de créditos a la ganadería. A pesar de lo reducido de la cifra, era un hecho inédito en la región que grupos de ejidatarios recibieran recursos sin la intermediación de las uniones de ejidos. La SEMARNAP aprovechó la presencia de dichos grupos para incentivar la creación en 1996 del Consejo Consultivo para el Desarrollo de la Selva de Marqués de Comillas (CODESSMAC).

Publicaciones previas afirman que el CODESSMAC fue creado por la SEMARNAP y que esta organización estaba constituida por grupos independientes de la Julio Sabines. Ninguna de estas dos afirmaciones parece del todo precisa. Daniel Domínguez Paz, quien fue presidente del CODESSMAC, indicó que más bien funcionarios de diferentes dependencias les sugirieron que se constituyeran como organización. Refirió, por ejemplo, cómo Diocundo Acopa, responsable del Plan Piloto en Marqués, les dijo: «hagan un grupo de más ejidos» y «regístrense mejor». Esta organización surgió, además, a raíz de viejos y nuevos liderazgos forjados en el seno de la propia Unión. Varios exmiembros de la directiva de la Julio Sabines participaron en las triples S y el propio Daniel formaba parte de la directiva de la Unión en el momento en que se constituyó el CODESSMAC, aunque era un líder menor y estaba ubicado fuera de lo que él llamaba el «círculo» de los poderosos de la Julio Sabines. Con la constitución del CODESSMAC, se convirtió en líder disidente de la Unión.

En dos larguísimas entrevistas en Quiringüicharo, Daniel me habló de la historia política de la región y de su papel en esta. «Yo no sabía nada de organización, de política, de nada», dijo de cuando llegó a Marqués en 1981, «yo sabía nomás de mi machete y montar mi caballo, ordeñar vaca... no sabía nada». Sentado con las piernas cruzadas, solía suavizar sus declaraciones más duras con el movimiento grácil de sus manos. Sobre la Unión, insistió en que manejaron proyectos de todo tipo e hizo la siguiente puntualización: «Pero no cualquiera lo manejó. Lo manejó nomás el

círculo, esta región, estos ejidos». Caracterizó a los líderes de la Unión, a los ejidos de la ribereña y a ciertos grupos al interior de estos ejidos como privilegiados. A los líderes también los llamó caciques.

«Don Tomás Canseco», dijo sobre el líder de la Julio Sabinés, «nos llevaba allá en Palenque, en el hotel Bonampak, en el restaurant Bonampak. En ese tiempo se pagaban 500, 600 pesos de una comida, nomás la comida... Ellos abarcaban así». Esta y otras historias que escuché de Daniel y de otros entrevistados —como la de otro líder que, según presumió, pasó todas las noches de un año en un *table dance* de Palenque— hablan de cómo los líderes gestionaban el dinero a su antojo. En una segunda ocasión, Daniel recordó así su participación en la Unión: «Yo anduve atrás de toda esa gente, supuestamente cerebros, que para gestionar». Y evaluó aquellos años de la siguiente manera: «Me daban mi pasaje, mi comida, pero no podía prosperar, pues, nada». Daniel no formaba parte del círculo.

«Llegué a ser el de transporte de la Unión de Ejidos», afirmó Daniel, quien equiparó este puesto con el de tesorero en la presidencia municipal, un cargo ambicionado por el poder que otorga la gestión del presupuesto y por las posibilidades de obtener ganancias materiales. «Pero», agregó, «yo ya fui de los últimos, cuando estaba todo acabado». Para entonces, la flota que tenía la Unión en Palenque estaba arruinada: los camiones estaban averiados, muchos no tenían llantas. Según Daniel consiguió el puesto por «argüendero»: cuestionaba a los líderes en las asambleas, y en un gesto tácito, muy propio de la política nacional, le dieron un puesto para silenciarlo.

Fue en el seno de la Unión donde Daniel se dedicó a fomentar la constitución de triples S y del CODESSMAC. Observó: «dicen que yo la desbaraté, la Unión». Tras una pausa añadió: «En cierto sentido, tal vez, pero yo formé porque yo quise también beneficiarme, pues, con los programas». Daniel dijo que lo acusaron de traicionar a la Unión, punto de vista que uno de los viejos líderes sostuvo sin tapujos. Sin embargo, a diferencia del MOCRI, que había nacido en el seno de la Unión Fronteriza del Sur, la disidencia de Daniel no era política, sino personal. Aunque rechazaba la corrupción, la lógica política en el CODESSMAC era muy similar a la de la Julio Sabinés. Una vez constituidos, les llovieron los apoyos.

Daniel habló al respecto: «Nos dio camiones la SEMARNAP, tres carros nos dieron, nuevecitos, a resguardo, y uno de tres toneladas. Y andábamos en carro, pues, luciendo, según. Y los otros miraban, pues». Orgulloso, platicó de los cheques de tres millones de pesos que tuvo en su mano. Tras años de ver los cheques pasar, Daniel llegó a la cima. En la entrevista platicó de cómo organizaron un gran evento en Quiringüicharo al que llegaron funcionarios de varias instituciones, incluyendo a «doña Julia», secretaria de la SEMARNAP. Su llegada en helicóptero al ejido generó reacciones muy similares a las que, muchos años después, provocó la visita del gobernador Juan Sabines Guerrero a los productores de palma de la ARIC en La Victoria. «Estaban bravísimos», dijo de los viejos líderes de la Unión. Al igual que los palmeros, Daniel interpretaba la llegada de un funcionario de alto nivel como un espaldarazo político por las implicaciones que esto tenía ante sus pares en cuanto al acceso a recursos gubernamentales.

Sobre el momento político, Daniel habló de una guerra civil entre el MOCRI y la Unión, en la que ellos participaron inconscientemente: «Nosotros éramos de la vía pacífica, pues. No hacíamos paros, no hacíamos pleitos. Era gestión, gestión, gestión... Porque a nosotros la SEMARNAP nos dio carros para movernos, nos dio camiones, nos dio apoyos». A decir de Daniel, esta guerra enfrentó a liberales contra revolucionarios, aunque en su opinión, la SEMARNAP también buscó contrarrestar al MOCRI mediante la creación del Consejo Consultivo Regional en agosto de 1997. El consejo aglutinaba delegados de cada uno de los ejidos de Marqués y funcionarios de los gobiernos federal y estatal. En este espacio de concertación para el reparto de proyectos y apoyos en la región, el MOCRI jugaba un papel minoritario y quedaba, por lo tanto, debilitado.

«Las demandas del MOCRI», observó Hernán Cortés, «fueron primeramente créditos y servicios». Hernán contaba con un historial previo de gestión en la construcción de caminos y otros servicios en su ejido. Una vez constituido el MOCRI, logró establecer relaciones de confianza, e incluso de amistad, con algunos funcionarios de la Secretaría de Desarrollo Social, lo que explica la distancia que el MOCRI mantuvo con el EZLN. Francisco Jiménez Pablo lo puso en estos términos: «ellos pedían 'resistencia miliciana' y, como organización social, no le podíamos exigir

a nuestra gente que no cobrara Procampo y otros apoyos sociales». ³⁹ No obstante, la búsqueda de apoyos no pasaba por la subordinación. «Yo no nací para servir al Estado», afirmó Hernán en otra ocasión, «no nací para tener jefe, no nací para tener patrón». Era este tipo de cuestionamientos a la autoridad que algunos funcionarios de la SEMARNAP parecían considerar inaceptable.

El MOCRI fue incluido como beneficiario en el Plan Piloto Forestal, pero en condiciones adversas, pues buena parte de los apoyos se canalizaron al CODESSMAC. Además, se estableció un esquema de participación que debilitaba al MOCRI. Hernán pudo navegar esta situación gracias a una casualidad. Fue contactado por Carpicientro, una empresa interesada en la compra de madera que le ofrecía condiciones de comercialización hasta cierto punto ventajosas. De esta manera, sustituyó al Estado por el capital en un intento por ofrecer ganancias a sus agremiados. Sin embargo, este acuerdo tuvo lugar en un contexto de cada vez mayores tensiones internas. Desde un inicio, el MOCRI se integró a la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA) y a su expresión estatal, la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ), en su búsqueda por fortalecerse. El 11 de julio, solo cinco días después del inicio del conflicto en Nuevo Chihuahua, Hernán partió a la Ciudad de México en busca de apoyo, y fue después sustituido por Francisco Jiménez Pablo, quien había llegado a Marqués en 1987 y abandonó la región a principios de los años noventa.

Hernán comentó: «más bien, mi intención era hacer fuerte a Marqués de Comillas, a tal grado que fuera capaz de reventar cualquier cosa, entonces ahí fue una de las broncas que hubo». Explicó las diferencias de parecer que surgieron con Francisco: «Porque él quería, más bien, ya no ser una organización social como nacimos, sino como una fuerza política». Hernán tenía como objetivo lograr mejoras para Marqués y consideraba que las aspiraciones de Francisco estaban puestas fuera de la región. Además, Francisco intentó sustituir a Carpicientro por una empresa californiana. Hernán me mostró una carta fechada el 14 de octubre de 1996, con copia a la SEDUE, en la que este líder ofrecía a la Calafia Trading Company 10

³⁹ «No todos los MOCRI son iguales...», *Chiapas Paralelo*, 25 de marzo de 2019.

millones de pies cúbicos de puntas y ramas; muy arriba, por cierto, de los 51 714 metros cúbicos de madera que Harvey (1998) reporta que fueron autorizados en 1994 para todo Marqués. Estas diferencias acabaron por generar un conflicto que dividió al MOCRI en dos facciones: el MOCRI-CNPA, bajo el liderazgo de Francisco, y la Sociedad Cooperativa de Marqués de Comillas, con Hernán Cortés a la cabeza. El MOCRI-CNPA crecería en otras regiones del estado, pero se debilitó en Marqués, mientras que la Sociedad Cooperativa tuvo poco éxito.

El Plan Piloto Forestal terminó en 1999. Para entonces el MOCRI había quedado reducido a lo que Daniel llamó una organización de membrete: tenía siglas, un emblema, un líder conocido, pero al no contar con apoyos perdió su base social. El Plan Piloto cosechó un importante éxito político, el desplazamiento de la Julio Sabines y el debilitamiento del MOCRI, pero a costa de la conservación. «Teníamos derecho a tomarnos medio vaso de agua», dijo Daniel de la extracción de madera por parte del CODESSMAC, «nos tomamos tres en un mismo año y se acabó el permiso». Al igual que en el pasado, las irregularidades fueron la norma. A diferencia de la Julio Sabines, el CODESSMAC era una organización descentralizada en la que cada triple S manejaba sus propios recursos para evitar la corrupción, hecho que no evitó los excesos, ya que, como en el pasado, las instituciones encargadas no establecieron mecanismos adecuados de control. La respuesta estatal fue tardía y consistió en culpar a los ejidatarios y suspender los permisos. Si bien no revirtió la tendencia de la deforestación, el Plan Piloto Forestal dejó una marca política indeleble en la región.

*

El gobierno impartió una lección difícil de olvidar a los habitantes de Marqués a través de la derrota al MOCRI, evidente incluso en la forma de vida de quienes habían sido líderes de la región. Cuando lo entrevisté por primera vez, Hernán Cortés se encontraba en una situación precaria. Vivía rodeado por sus hijos en una pequeña casa de material sin pintar. El fogón estaba, a la manera tradicional, guardado aparte, en una pequeña construcción de tabla y lámina. En ese momento, Hernán no contaba con

dinero para recargar su celular. En contraste, los exdirigentes de la Unión residían en amplias viviendas, amuebladas en caoba, dotadas de cocinas a gas, televisores y aparatos de sonido, y donde, antes de que pudiera decir palabra alguna, ya tenía ante mí un vaso con agua de frutas. Hernán y yo nos sentamos afuera de su casa, en un par de sillas de plástico, a merced de los zancudos del atardecer.

En una conversación sobre política, Emilio Hernández, quien lideró la siembra de *Jatropha* en Marqués muchos años después, hizo la siguiente valoración: «El tiempo de los plantones ha terminado. Con el gobierno solo hay de dos: hacerles la barba o amenazarles. No me gusta hacerles la barba, pero no veo otra manera». Su tono era de resignación. Explicó cómo, en su búsqueda de apoyos para los agremiados a su organización, recibía a los funcionarios con una hielera llena de piguas (langostas de río) y cerveza. Hacer la barba a los funcionarios parecía la única forma de obtener algo del gobierno. Algo que los líderes de la Julio Sabines, algunos militantes de izquierda en sus lugares de origen, parecían haber aprendido incluso antes de llegar a la Selva.

La lección fue clara también para el propio Hernán, quien, tras calificar la política de falsa democracia, dijo: «No se busca al mejor, sino el más manejable». La excepción la constituyó Francisco Jiménez Pablo, quien puso en práctica una vía alternativa: apostó por generar una organización fuerte a nivel estatal para mantener una agenda radical. Sin embargo, no dejó esta lección a los habitantes de Marqués. Impulsado lejos por sus ambiciones, su presencia en la región fue pasajera y de él recuerdan principalmente que acabó en la cárcel. Este hecho apuntala aún más la lógica corporativa a la que se suscriben muchos habitantes de Marqués.

Tal y como se refleja en la cita que abre este capítulo, para Gramsci la autonomía y la emancipación de las clases subalternas solo es posible si estas son capaces de superar sus intereses gremiales (el «círculo corporativo»), e incorporar los de otras clases subordinadas. Con el surgimiento del MOCRI hubo un momento en que esto pudo haber sido posible en Marqués de Comillas. Esta organización, con todos sus defectos, buscaba hacer de los apoyos un derecho y no un privilegio, y en cierta forma aspiraba a establecer una relación con el gobierno que no fuera de subordinación.

Sin embargo, gobernantes y funcionarios hicieron todo lo posible para mantener a líderes y ejidatarios dentro del círculo corporativo. Más que un círculo, el corporativismo se antoja un cerco bien vigilado por quienes están en el poder. Los funcionarios ambientales contribuyeron a fortalecer dicho cerco, dada la posición del MOCRI con respecto a la conservación. Estrategia que, por cierto, acabaría minando su legitimidad y la consecución de sus objetivos a largo plazo, además de otorgar un carácter muy particular al corporativismo que se ha desarrollado en la Selva.

En Marqués, la conservación medioambiental y los apoyos se han constituido en moneda de cambio. Así, los ejidatarios de Marqués suelen adscribirse a los discursos ambientales que emanan del Estado para lograr sus propios objetivos, los cuales suelen estar centrados en la modernización agrícola, los apoyos y el ingreso. Por su parte, el Estado justifica sus intervenciones apelando a valores ambientales, a los que pocos se oponen, pues no involucran cambios radicales en la forma en que se vive y se produce, distribuyendo los recursos públicos más por interés que por principios.

Otros dos elementos destacan en la configuración del corporativismo. Por un lado, los líderes de la región han aprendido la importancia de no adscribirse a proyecto ideológico y partidista alguno, sino al régimen en el poder para obtener un mínimo de ventajas materiales. Pedro Corro dijo: «Nosotros sabemos de campo, nosotros sabemos de sembrar maíz, de sembrar frijol. Nosotros sabemos de pedir apoyos para que nos permitan trabajar y los problemas entre políticos no los conocemos». Para Pedro, quien debió abandonar la región tras un problema de salud de su hija, campesino es el que siembra y pide apoyos. Por otro lado, los proyectos políticos en Marqués han procedido sin que esto involucre la democratización de la vida pública. Los ejidatarios valoran la efectividad organizacional, cuya expresión es el logro de recursos, y, dada la historia de Marqués, son pocos quienes se ponen por objetivo generar un cambio político. Por su parte, los funcionarios han fomentado la construcción de un tipo de relación con las clases rurales en la que la democracia suele brillar por su ausencia.

El corporativismo en la Selva ha sufrido cambios a lo largo del tiempo. El más notable fue resultado de la división de Marqués en dos municipios, lo que supuso cierta modificación en los arreglos políticos. Según un exlíder de la Julio Sabinés, «cualquier pendejo puede ser presidente municipal». Los números son los que mandan ahora: los políticos en ciernes aprovechan la presencia de avecindados para consolidarse políticamente mediante la entrega de dádivas, láminas o despensas, y evitan adquirir compromisos con los ejidatarios y sus organizaciones. Este nuevo corporativismo ha alcanzado su mayor expresión en la reciente política federal de apoyos directos que, si bien elude el caciquismo de los viejos líderes, no involucra democratización y sigue intentando generar lealtades políticas a partir de la distribución de apoyos.

En su cierre a la carta al presidente Miguel de la Madrid, la directiva de la Julio Sabinés concluyó con la firma «Tierra y Libertad». En boca de otros, este podía ser un lema revolucionario, pero para la Julio Sabinés y el gobierno mexicano era una simple fórmula de rigor. Que esta organización solicitara el busto de Pancho Villa o de un militante del Partido Comunista tampoco podía escandalizar a nadie en el gobierno, que nunca ha tenido problemas con los héroes que viven en el panteón. Además, en la última página de la carta se incluía una oración que solo podía tranquilizar al presidente: «Por este medio, reciba un saludo de nuestras esposas y nuestros hijos que risueños y alegres esperan de Usted un México más grande, más libre, más mejor». Este México más mejor sigue estando construido con base en subordinación y apoyos, aunque, como veremos más adelante, no siempre de consenso.

Don Aníbal y doña Regina

Sentado en una silla Acapulco en la sala de su casa, Aníbal dijo: «Si usted hubiera venido en el 89, 90, cuando se sembró por primera vez...». No hizo falta mucha introducción de mi parte para que este ejidatario de Las Murallas se arrancara a hablar de la palma de aceite y, en general, de las dificultades que habían vivido. «En este ejido», agregó, «no había ninguna casita de piedra, ni de lámina». Se descalzó de sus huaraches de plástico y posó con delicadeza los pies desnudos sobre el piso de cemento pulido: «Ni esta casa estaba, no había nada. Únicamente sobrevivíamos porque mi papá era socio de la cooperativa de palma. Esa era la única entrada». Las primeras palmas, explicó, databan de 1990 y 1991; para muchos fueron las mejores que llegaron a recibir, por ello, a pesar de su edad y su altura, se resistían a tirarlas.

Para entonces ya había terminado mi participación en un proyecto destinado a estudiar la presencia de la palma africana como especie exótica en los humedales de la Reserva de la Biosfera La Encrucijada, que dirigió mi pareja, también presente en la entrevista. Sin embargo, sentía que aún debía conocer mucho más de lo que pasaba en las zonas inundables, y dado lo dicho por algunas personas y por lo que pude observar en las imágenes satelitales, Las Murallas —un ejido tardío ubicado en Acapetahua— debía sufrir especialmente por exceso de agua. De camino al ejido encontramos a un joven en carreta, quien resultó ser el hijo de Aníbal, el comisariado de Las Murallas, como suele llamarse indistintamente al órgano legal que representa a los ejidos y a quien lo preside. Indicó dónde

quedaba su casa. Nos recibieron Aníbal y su mujer Regina, ambos de unos 40 años; él con la corpulencia característica de quien ha pasado la vida trabajando en el campo, ella de huesos largos y pómulos marcados. Fueron todo amabilidad y atenciones desde que llegamos.

«Tengo tres hectáreas», dijo Aníbal sobre su palma, «doy empleo a los vecindados. De eso se trata, que nuestra gente mejore». Antes de llegar no sabía que el comisariado tenía palma. Resultó ser, además, hijo de un socio de la Beneficiadora de Palma del Soconusco, mejor conocida por sus siglas, BEPASSA, organización de ejidatarios que contaba con su propia extractora desde 1994, la segunda en manos de ejidatarios de la región. La primera fue El Arenal, entregada en usufructo al ejido Luis Espinosa en 1985,¹ aunque no duró muchos años debido a las malas gestiones. Llegarían después las extractoras de Zitihuatl y La Primavera, alcanzándose así en la Costa un total de cuatro extractoras de aceite de palma propiedad de ejidatarios, tres de las cuales seguían en funcionamiento.

«Ahora sí, que todo empieza desde más abajo, con sufrimiento», reflexiona Aníbal. «Luchando», añade su esposa, quien no dudó en sentarse junto a nosotros e intervenir. «No puedo decir que la palma no sirve», dice su marido. «El gobierno nada, nos tiene completamente olvidados, marginados», afirma Regina, quien entonces habla del pasado: «Era de entrar a carreta y caballo desde Santa Elena, con el agua hasta la cintura». Su marido vuelve a hablar de la palma: «No tenemos gran cosa, pero tenemos de comer». Parecían deseosos de contarnos su vida.

«Mire», dice Aníbal, «en una reunión lo decíamos, la palma, así haya sequía, agua, viento, frío, es muy agradecida». Regina agrega: «Aquí no va a haber naranja, limón, yaca, no porque no se dé, sino porque el gobierno no apoya, porque vivimos en medio del agua tres, cuatro meses al año». Nacida en Chicomuselo, de familia jalisciense, su historia parecía girar alrededor del agua. Cuenta que su papá supo de la Costa por una señora que vendía pescado en Chicomuselo, quien le dijo que allá, al otro lado de la Sierra Madre, el maíz daba dos veces al año por la humedad. Regina llegó a la Costa con 10 años, cuando su papá compró el derecho (su ingreso) en

¹ «Contrato de donación de la planta extractora de aceite de palma africana», Gobierno del Estado de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, 28 de mayo de 1992 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

un ejido. «Pero el río no se salía en ese tiempo», aclara. Su familia llegó buscando agua y ahora era demasiada. Para colmo de males, sufría de los bronquios.

Por su parte, Aníbal debió luchar por la tierra: «No tenía yo los 17 años. En esos tiempos secuestraban y mataban para quedarse con los terrenos, los ricos. Dormíamos en el día para no dormir en la noche». «Nos cuidábamos», dijo sobre las precauciones que debieron tomar para lograr fundar el ejido Las Murallas. Todavía es común escuchar historias de la violencia que vivieron los campesinos aquellos años, parte de la cual ha adquirido un carácter casi mitológico. En una ocasión, por ejemplo, unos ejidatarios me hablaron de una casa con las paredes manchadas de sangre, donde un par de propietarias, sin duda poseídas por el demonio, torturaban y asesinaban de noche a los campesinos que luchaban por la tierra. Las historias de este tipo solo parecían confirmar lo que muchos ya sabían, que los propietarios eran seres violentos, aunque su violencia no fuera evidente a plena luz del día. En el caso de Aníbal y de sus compañeros de Las Murallas, obtuvieron la tierra en 1999, tras 25 años de conflictos con los propietarios e infinitos trámites con las autoridades agrarias, muchos de ellos fallidos, pero la lucha no había terminado.

Interviene Regina: «Los maestros vienen de fuera. En tiempo de agua no querían venir. El centro de salud está sin ningún medicamento». «El programa Prospera», comenta de un programa de ayudas sociales que había en 2018, «lo tenemos, me cuento yo, pero los vecindados no lo tienen. Las luchas son también por ellos». Platica que en el ejido ya no viven los ejidatarios, se han ido a zonas más altas, incluso «hasta en Tuxtla», que solo 10 familias de ejidatarios siguen habitando en Las Murallas y que el resto son vecindados: «Por suerte los ejidatarios dan trabajo. Si no, no sé qué se haría». Ella es presidenta de la escuela y ha sido vocal en programas sociales, él es comisariado y ha ocupado cargos en el ejido nueve años seguidos.

Regina habla, indignada, de cómo hace poco intentaron cerrar la escuela del ejido: «Dijeron que porque solo había cinco alumnos de Murallas». «Sí, de Murallas», admite, «pero estaban los de Quince de Abril, de Limoncito, de Santa Elena. Somos sede de siete comunidades». Les dieron

tres días para cumplir los requisitos. «Tres días, imagínese, doñita», le dice a mi pareja, «ya había derramado el vaso del coraje». Los funcionarios de la Secretaría de Educación Pública (SEP) les dijeron que ni le movieran, porque el cierre de la escuela era inevitable. A pesar de todo, Regina decidió dar la lucha: «Yo sé dónde era mi camino».

«Desde que tengo uso de razón», afirma Regina, «le he servido a mi comunidad». De profesión mecanógrafa, resolvía cualquier impedimento a base de voluntad. Habló de sus idas y venidas, de los oficios que preparaba y llevaba, y del trato del que fue objeto: si llegaba, la ignoraban, si quería hablar, la callaban. «Pero dije: me van a humillar lo más que puedan, pero a mí no me importaba, lo importante era la escuela». Evitó su cierre, lo que no sorprende dado el tesón y el carácter que muestra. Y agrega: «De tan ignorantes que somos, por esto estamos buscando la civilización con la escuela».

Interviene su marido: «Lo voy a decir. Nos miran, ahora sí... Para ellos no servimos, no valemos nada». Se refiere al trato de los funcionarios. Regina no tenía dudas, el trato que recibieron fue por ser gente de campo y por vivir, además, «refundidos», lejos de las ciudades y sus calles asfaltadas. «Yo no sé de estudios», dijo, «pero yo vi que era importante que no se pierda el semestre». Contó cómo en las oficinas de la SEP de la capital del estado les dijeron que sabían que había muy pocos niños porque «lo veían por satelital». Aníbal habla de ello enojado: «Yo conozco mi país, lo conozco desde el Suchiate hasta el Bravo. Lo conozco punto por punto, y cuando me dijo eso, le dije: ¿usted cree que no tengo cerebro?».

Aníbal nos cuenta que primero estuvo en Tijuana y después en Estados Unidos, donde trabajó de *roofie* (construyendo techos) para un ejidatario de Marqués del que ya había oído hablar. Era una suerte de celebridad local en la Selva porque estaba casado con una «gringa», tenía papeles y, por lo tanto, podía viajar de regreso a México, donde invertía en ganado, además de ser conocido por apoyar a sus paisanos allá en el norte. Incluso un día llegó a Las Murallas a visitar a Aníbal. Muy al principio de la conversación, Aníbal dijo: «Tuve que migrar para tener esto». Señaló el piso de la casa, enfático, con la palma de ambas manos. La casa, construida

sobre palafitos, era indispensable para que la familia, y muy en particular su mujer, no pasara el invierno (la época de lluvias) «entre el agua».

«Año con año va Aníbal, y no solucionan nada», dice Regina sobre las idas de su marido a las oficinas de la Comisión Nacional del Agua (CONAGUA) en su intento por resolver las inundaciones que aquejan a la comunidad. Contó entonces de una ocasión en la que estaban con el agua hasta la cintura y Amílcar «se encabronó». Intentó remediar el problema por otra vía: pidió a BEPASSA y a La Primavera, de la que es socio, que los apoyaran con dos camiones de volteo para rellenar una salida de agua del río con material. «Y para mi sorpresa», relata Aníbal, «llega el sindicato y dicen: no pueden trabajar». Se refería a la asociación de usuarios, figura legal encargada de hacer parte de los trabajos de la CONAGUA tras la llegada de las políticas neoliberales. «Ni nos dejan trabajar ni trabajan», dice el comisariado, y explica que el sindicato les impidió intervenir por ser su responsabilidad, al tiempo que adujeron que carecían de los recursos para el arreglo. Y añade: «Lo que más nos perjudica son los ríos». Su consuelo era que a la palma le convenía el agua.

«La producción es mucha», había dicho el comisariado al inicio de la entrevista, «estamos en zona baja, somos los número uno en producción». En su opinión, esto tenía que ver con la abundancia de agua, lo que supone ventajas tanto para los ejidatarios (quienes producen más) como para los avecindados (quienes pueden ganar más con una cosecha abundante). Sobre la llegada de la palma afirma: «El que se muera de hambre en este tiempo es que de plano no quiere trabajar». Su visión con respecto a la palma es positiva en todo momento: ofrece ganancias tanto a ejidatarios como para los avecindados. Además, para Aníbal, los avecindados, quienes viven del jornal, podían elegir ahora qué trabajo hacer («El jornalero, para que vaya a trabajar en el machete, ya no hay»), e incluso negociar («Los jornaleros ya tienen su ley. Si me pagas tanto sí, si no, no»). Esta perspectiva tenía mucho que ver con su propia historia, pues de joven sufrió la falta de empleo y muy a su pesar tuvo que dejar sola a su mujer con los hijos pequeños y encaminarse al norte. Pero ejidatarios y jornaleros no son los únicos en la Costa que han visto oportunidades en la palma.

«El que entra a comprar, se le lee la cartilla», dice Aníbal de quienes llegan al ejido buscando tierra. Habla de las advertencias que han de hacer a quienes están interesados en comprar tierra ejidal para convertirla en propiedad privada y sembrar palma, a quienes han impedido el ingreso a Las Murallas. Aunque, según Aníbal, esta mentalidad no es exclusiva de quienes vienen de fuera, también involucra a los hijos de los ejidatarios:

Un ingenierito que es de aquí quiso comprar, pero ya lo conocemos y no se le permitió. Aquí no hemos permitido que sea propiedad, porque siendo pequeña propiedad se deslinda el gobierno, mucho menos te va a ayudar [...], menos a los avecindados.

Regina ofrece una imagen más matizada de los beneficios de la palma, muy posiblemente porque sus hijos se dedican a jornalear. Sobre los ejidatarios comenta: «Hay unos justos, pero también hay otros injustos». Habla también de la experiencia de las mujeres que se dedican a recoger «bolita», el fruto que queda regado en el piso tras la cosecha: «Es duro, es duro. Son 30 pesos la costalilla, pero es duro, duelen las piernas. Me decía una señora que empezó a recoger: no me podía sentar para ir al baño». Al final de la plática, Regina habla también de los cambios que habían vivido. «Nosotros de jóvenes andábamos en chanclita, en el agua, en el lodo», muestra su pie, «nuestros hijos, por fortuna, ya tienen tenis, hasta moto». Atribuye esta mejora en parte a la palma, pero sobre todo a la lucha, una lucha que no es solo individual. Tras observar, no sin pesar, que sus hijos no quisieron estudiar, termina diciendo: «Hemos estado luchando por nosotros, pero hay que luchar por los nietos, los sobrinos, los avecindados».

El agua

Es evidente que para la filosofía de la praxis la «materia» no debe ser entendida [...] en el significado que se desprende de las ciencias naturales [...] La materia, pues, no debe ser considerada como tal, sino como social e históricamente organizada para la producción.

GRAMSCI (1986:297)

Ovidio Sánchez, habitante del cantón El Escobo y miembro de la directiva de Zitihuatl, me habló de sus primeros años en la Costa: «Yo cuando vine aquí era fácil vivir, porque aquí eran puras montañas, no gastabas dinero para mantenerte». Señaló un punto seco de su parcela con palma de aceite: «Ahí había pescado». Dio unos pasos y me mostró un poste, último vestigio de un ranchito que tuvo en el lugar. Relató también las conversaciones que solía tener con su esposa sobre el almuerzo, que si comerían mojarra, zambuco o jilín, o que si aburridos del pescado, irían por casquito, cuestión solo de agarrar unos animalitos y ponerlos a cocer. Recordó: «No gastabas, el maíz lo sembrabas, daba frijol, arroz, todo lo sembrabas y todo se producía». Estas tierras, afirmó Ovidio, eran de oro.

Ovidio hablaba de la zona baja de la Costa, donde por décadas los ganaderos vivieron de los pastizales naturales y que, poco a poco, se fue poblando de quienes buscaban vivir de la pesca o de las siembras de temporada. La zona baja era entonces un espacio de abundancia por explotar. Algunos, como un par de hermanos de los que me habló Primitivo Camacho del ejido Xochicalco Nuevo, se evitaban, en la medida de lo posible, la molestia de trabajar. Habitaron por muchos años en una champa de

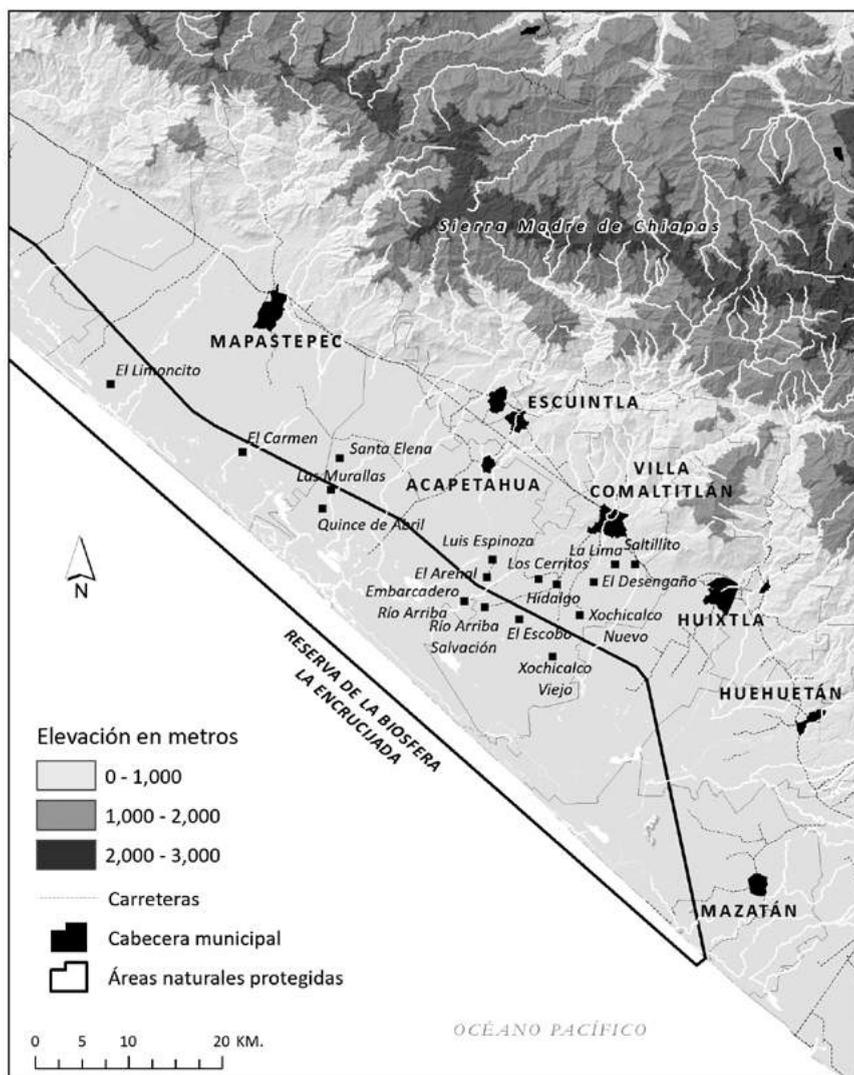
carrizo junto a un dren, cerca del cual tenían una milpa y, por ahí escondida —dijo Primitivo sonriendo— su más valiosa posesión: una siembra de marihuana. Solo salían a jornalear de querer una borrachera de aguardiente en Pueblo Nuevo, hoy Villa Comaltitlán. Pero no todos los que circulaban en la zona baja eran tan inofensivos.

El propio Primitivo habló de un encuentro ocurrido cuando vivían ocupando la isla de Maragato. Una noche oyeron agua moverse. «Muchachos, listos, viene gente», recuerda que les advirtió Belisario, el líder del grupo. «Unos se esparcieron, otros hicieron un fogatón» contó Primitivo. Se trataba de un par de conocidos, uno de ellos apodado el Charro Negro, y que, según dijeron, andaban en busca de tortuga y mapache. «Decían que eran maleantes, robaban ganado», afirmó Primitivo. Contó que los mataron a los ocho días y que fueron los ricos. Empleó así la fórmula habitual con que los ejidatarios de la Costa se refieren a los propietarios y los ganaderos. La zona baja no solo era un espacio de abundancia, sino también de peligros, algunos naturales y otros sobrenaturales.

El sobrenombre de Charro Negro no es casual. Eran pocos quienes se aventuraban a recorrer de noche la zona de pampas, pozas, pantanos y esteros de Acapetahua, Villa Comaltitlán o Huixtla (mapa 3). Abundaban los tigres (jaguares) y los lagartos (cocodrilos), además de los peligros de la propia lucha agraria; ser campesino y encontrarse a un grupo de propietarios, o viceversa, podía acabar muy mal. Además, se decía que quienes recorrían los aguajales de noche debían tener poderes sobrenaturales como los del Charro Negro, también conocido como el Sombrerón, capaz de aparecer y desaparecer de las pampas, e incluso de extraviar a sus enemigos. El naturalista Miguel Álvarez del Toro escribió sobre ello en su libro *¡Así era Chiapas!*:

... según decían, toda persona que entrara a esa región jamás regresaba; se comentaba que la poblaban espíritus malignos que extraviaban a los intrusos, causándoles la muerte. Todo mundo decía que fulano, que zutano, que el compadre mengano, jamás había retornado de una cacería por esos lugares. Se hablaba también de pescadores que se habían atrevido a entrar a esta zona, no habiendo vuelto jamás (Álvarez del Toro, 1990:297).

Mapa 3. La Costa



Fuente: Rafael García González.

Según los pobladores de la zona baja, los mortales podían emplear algunos trucos contra el Sombrerón, aunque sin garantía de éxito. De intuir

su presencia —cuenta Alejandro Morales (2015) en su tesis sobre saberes ambientales en la Costa— debías desnudarte y vestirme con la ropa al revés para despistarlo, o cargar un varejón de piñón para atizarlo si se acercaba demasiado. Aunque las cosas han cambiado y de manera drástica. De ser una zona de pampas y ríos caudalosos, en la que se vivía de pescar, cazar y sembrar de manera estacional, se ha constituido en una región productora de cultivos agroindustriales, entre ellos la palma de aceite.

¿Qué explica esta tremenda transformación? ¿Cómo se ha llegado a producir palma en zonas que hasta hace pocas décadas permanecían inundadas durante buena parte del año? ¿Y cómo este espacio de periferia social y riqueza natural se ha convertido en el área de producción de palma más importante en el país, donde ya casi no se habla del Sombrerón, sino de crédito, rendimiento y productividad? Algunos pobladores culpan al cultivo del secado de la región, pero una mirada de más largo plazo revela una situación más compleja. El Estado convirtió los humedales en una zona de producción agrícola y, más que motor de cambio, la palma se antoja consecuencia y continuidad de una estrategia de desarrollo que ha exacerbado la degradación ambiental y que ha forzado a los pobladores a modificar su forma de vida. Sin embargo y en contraste con el optimismo de los planes gubernamentales, la naturaleza no ha resultado ser tan manejable. La materialidad explica en buena medida tanto la siembra de palma como los nuevos problemas ambientales de la zona, muchos relacionados con la transformación que impulsó el Estado en la región desde la década de 1980, y de los que, irónicamente, se responsabiliza a quienes más los sufren, a los propios pobladores.

*

Sentado en un tronco al borde de su parcela, Primitivo, fundador del ejido Xochicalco Nuevo, evaluó la decisión que tomaron a principios de la década de 1990 de sembrar palma africana: «En ese momento nosotros estábamos viendo en nuestro ejido qué nos podía servir. Consideramos las diferentes posibilidades y juzgamos que esa era nuestra mejor opción». Un

aire caliente (calientísimo) jugueteaba los pumpos que colgaban del techo de palma de su cabaña. «Y no nos equivocamos», afirmó convencido.

Conocí a Primitivo Camacho Hidalgo a través de Daniel Domínguez Paz, ejidatario de la Selva Lacandona. Cuando le conté que comenzaría a hacer trabajo de campo en la Costa, Daniel se ofreció a acompañarme y a presentarme a amigos y familiares. Supe después que Daniel era hijo de Belisario, compañero de luchas agrarias de Primitivo; tras años de pelear por la tierra sin éxito, ambos decidieron ir a la Selva a probar suerte. Primitivo aún recordaba el «griterío» de los animales de la selva, pero, según me explicó, su primera esposa no aguantó los rigores de la vida del Marqués de aquel tiempo, así que se regresaron a la Costa a seguir luchando por un pedazo de tierra.

«¡Inge!», solía exclamar Primitivo al verme llegar. Si estaba en su casa, frente a la cancha de futbol del ejido, su esposa mandaba a alguno de sus nietos a comprar un jumbo de refresco (una botella de dos o tres litros) y unas galletas. Si se encontraba en su parcela, a media cuadra de su casa, me ofrecía agua o pozol de cacao en una jícara de plástico. A pesar de mis explicaciones, siempre pensó que era ingeniero agrónomo, y es que los ingenieros han sido los fuereños por excelencia en la Costa. Fueron ellos quienes llegaron a repartir tierras y después apoyos, y son ellos quienes aún recorren la región en camioneta, ya sea porque venden agroquímicos o trabajan como técnicos en palma o caña de azúcar.

De baja estatura, calva bronceada y entonces con 71 años, Primitivo comenzó a hablar de su decisión de sembrar palma. Lo hizo un día que lo encontré en su parcela, después de que le referí las críticas al cultivo, pero su lectura de la cuestión ambiental me tomó por sorpresa:

Desde el punto de vista ecológico, la palma no tiene competencia en las zonas bajas. El ganado peligra, y los bananeros también sufrieron muchas pérdidas. Cuando el [huracán] Stan, los que tenían palma no tuvieron problema, y el plátano se calzó [quedó enterrado en sedimento]. La palma es superior en adaptación a esta región en comparación con otros cultivos.

Según Primitivo, el cultivo destacaba por su adaptación ecológica a la Costa y, en concreto, por su capacidad para sobrevivir a los huracanes.

Fue a raíz de esta conversación que comencé a preguntar a los ejidatarios de la región sobre las inundaciones y su relación con la palma de aceite. Entré, así, en contacto con todo un vocabulario que me tomó tiempo comprender, y bastante más poder leerlo en el paisaje que tenía frente a mí. Me hablarían de pampas, pantanos, lagunas, pozas, islas, calzaduras, desbalagues, regadiales, canales, drenes, zanjones, tarquinas, dragados, bordos, bordos camino, ventanas y desbordes. Todos estos términos tenían relación con el almacenamiento o el tránsito, a veces devastador, del agua en la zona baja, aquella ubicada cerca del área de manglares, zapotonales y esteros. Al preguntar sobre las inundaciones, los ejidatarios me hablaron de las dificultades de la agricultura en el pasado.

«Del 72 al 90 sembramos maíz y melón», recordó Primo, nombre con el que lo conocían familiares y amigos, «en el 91, 92 entramos 50 palmicultores que nos metimos en la palma. Arranca la historia del ejido». Recibieron la dotación en 1988, pero consideraba que el ejido comenzó a «levantar» con la siembra de palma. Explicó que desde el momento en que se posesionaron en Maragato hasta poco después de que resolvieron su situación agraria, se dedicaron a producir maíz para el autoconsumo, además de melón y sandía para la venta. Durante el invierno, esta producción se veía limitada a las partes altas, áreas no inundables a las que llamaban islas («irlas», en boca de Primitivo); solo hasta el verano, cuando las lluvias amainaban, ampliaban la producción hacia parte de los terrenos bajos. Pero esta forma de producir se fue dificultando con los años.

Para Ovidio, flaco y recio, los tiempos de abundancia habían terminado. En nuestra conversación comparó aquel pasado, en que todo se producía, con la situación actual: «Ahorita es un problema producir arroz, frijol... a todo hay que echarle líquido». Se refería a los plaguicidas, necesarios para mantener a raya a hongos e insectos, habituales en un lugar tanto húmedo y caliente como lo es la Costa de Chiapas. Por su parte, Aníbal, el comisariado del ejido Las Murallas, me habló de la sandía, un cultivo que consideraba de lujo porque necesitaba «harto líquido». Para Primitivo, estos cultivos ya no daban, más cuando los apoyos que recibieron del gobierno en las décadas de 1980 y 1990 se habían terminado.

«Antes», observó Ovidio, «sembrabas y no andabas... nada más lo limpiabas, que no lo invadiera la maleza y ya cosechabas». Explicó cómo cambiaban de lugar de siembra año con año; se trataba de un esquema de producción itinerante que les permitía evitar las plagas y obtener buenas cosechas con una inversión mínima. Pregunté sobre el motivo de los cambios: «Porque lo acabó la gente. Llegó mucha gente. Antes no había mucha, estaba ralito». El propio Ovidio, originario de Tuxtla Chico, llegó a esta zona después de haber vivido en muchos lugares de la Costa, un poco por necesidad y otro por sentido de la aventura. Llegado a principios de la década de 1980, fue testigo de importantes cambios en la región.

Según datos oficiales, hasta 1970 había ocho ejidos que se encontraban dentro o colindaban con la zona baja de la Costa, pero desde mediados de 1980 y hasta 2001, el gobierno dotó de tierras en esta zona a seis nuevos ejidos y amplió otros cuatro. Entregó unas 14 000 hectáreas a 779 ejidatarios y sus familias. El poblamiento de la zona baja no solo acabó con la caza y la pesca, también dificultó la producción itinerante, importante para evitar tanto las plagas como las inundaciones.

En un viaje de Villa Comaltitlán a Huixtla sobre la carretera costera, Daniel de Quiringüicharo habló del movimiento del agua. Tuvo que elevar su voz para que no la ahogara el zumbido del motor de mi bocho: «Los ríos se mueven cada 10 años y dejan terrenos inundados. Incluso ejidatarios de Xochicalco han tenido parcelas inundadas por 10 años. Donde tiene la palma Primo era un pantano». Explicó que el arrastre de sedimentos por los ríos y su depósito en determinados meandros acababa obstaculizándolos, con lo que se desbordaban en otra dirección, cambiaban de curso y generaban nuevos regadiales. Surgía, así, todo un nuevo rosario de terrenos inundados en donde el agua fluía, primero rápidamente y después con lentitud, hacia las partes más bajas —aquellas por debajo del nivel del mar— donde quedaba estancada. Esto podía suponer para los ejidatarios de la zona baja que sus parcelas, antes terrenos secos, quedarán inundadas por años.

A medida que el poblamiento fue dificultando la producción itinerante, los campesinos se las tuvieron que ver con el agua. Regina habló de ello: «La milpa no se da. Bueno, sí da, pero si entra el agua, la acaba. Lo mismo

con el plátano. Solo el mango da y el chico». Las inundaciones no solo suponían perder la milpa, también limitaban la producción de cultivos comerciales como la sandía, el melón, el ajonjolí o el chile, dominantes en la década de 1980, o de aquellos que adquirieron relevancia a partir de la década de 1990, como la caña, el mango o el plátano.

A diferencia de los ejidatarios, históricamente los propietarios sortearon estas dificultades arreando el ganado a lo largo y ancho de la Costa, evitando las inundaciones y aprovechando la rica vegetación de humedal como alimento para sus animales. Lo que no excluía, como explicó Primitivo, que el ganado peligrara: una inundación repentina barría con las vacas, algunas de las cuales acababan flotando, hinchadas y pestilentes, en pantanos y esteros. Pero los ejidatarios contaban con menos movilidad y debían hacer frente al agua clavados en sus pedazos de tierra. Fue en estas circunstancias que la palma emergió como alternativa.

Sentados a la puerta de su casa en Embarcadero Río Arriba, padre e hijo hablaron de la relación entre las inundaciones y la palma. «De principio», contó el padre, «nosotros empezamos a sembrar milpa, pepino, de toda la frutita que se crece. De ahí empezamos a ver que la palma sí era bueno para sembrar». Intervino el hijo: «La cosa es que la palma no se muere, aunque le entre el agua, y el plátano sí. Y la palma da más si está entre el agua». Y apostilló el padre: «Ya se vio que a la palma, como dice él, no le afecta el agua aunque esté entre el agua, por eso la gente de acá se tiró más a la palma». Ha sido por la capacidad de este cultivo para sobrevivir inundaciones que estos y otros pobladores explican la conversión a palma de aceite, perspectiva que incluso los técnicos comparten.

En su oficina en la Costa, una sala con mobiliario de madera que había visto mejores días, un ingeniero de la Comisión Nacional del Agua (CONAGUA) dijo: «La palma da más, cuantimás agua, hasta hay partes que llega uno en época de lluvias y hasta cosechan en canoíta». De hecho, en ejidos como Quince de Abril y Las Murallas, la cosecha en cayuco es común en invierno. Si bien para este ingeniero, los cultivos de referencia eran el mango o el plátano de exportación, en la zona habían optado por la palma por su capacidad para resistir las inundaciones. De ahí que uno de los pobladores de Embarcadero Río Arriba, Aníbal, Primitivo o

un miembro de la cooperativa de La Primavera de Acapetahua dijeran, respectivamente, «la gente de acá se tiró más a la palma», «todo el mundo está con la palma», «por lo general ahora todo es palma» y «es el caballito de batalla ahorita, si no, ya lo hubiéramos cambiado a otro cultivo, pues». Pero la palma representaba más que una alternativa productiva.

Le pregunté a Primitivo qué hacían en invierno, cuando no podían producir por el agua: «Trabajando en lo ajeno, con los ricos. Cuando vino la palma nos sacamos la esclavitud del jornal, ya somos patroncitos». Y agregó:

Ganábamos 40, 50 pesos, por chaporreo de potreros, rondeos, algunos trabajos que tenían los ricos, otros salían [migraban]. Cuando vino la palma, ya no. De eso vino a hacer cambio la palma. La verdad, le vino superando a todo. Estas tierras son las mejores ahorita. Aunque se inunde, no le hace nada si la agarra grande. Es de pobre la palma. Eso es lo que ha servido mucho en estos terrenos bajos.

Con tres hectáreas de palma vieja, para Primitivo la clave no fue dejar de sembrar maíz, sino dejar de ser jornalero para ser «patroncito». Por ello consideraba que la palma era «de pobre». Para otros el cambio fue incluso mayor.

El comisariado del ejido Las Murallas, Aníbal, rememoró las dificultades que vivió de joven: «No había nada. Estábamos arruinados, no había nada, no había ni dónde ir a ganar». Explicó que no había suficiente trabajo ni en el ganado ni en los ranchos, cuyos dueños traían trabajadores de Guatemala para pagar menos. «Yo ansiaba entrar como trabajador en la bananera, en la papayera», dijo con sentimiento. Como afirmara la economista inglesa Joan Robinson (1964), la miseria de ser explotado por los capitalistas no es nada comparada con la miseria de no ser explotado en absoluto. La palma, añadió Aníbal, fue la solución: le permitió evitar la migración. Aunque este no era solo un hecho meramente económico, tenía que ver con las revoluciones del agua y sus efectos.

La noche del 8 de septiembre de 1998, una descarga de agua y lodo del río Novillero sorprendió a los habitantes de Valdivia. Quienes despertaron a tiempo pudieron escapar, los que no, murieron en la tromba. El desastre es todavía evidente en el lugar. Si lo visitas, podrás ver parte de las casas sepultadas, algunas reducidas a promontorios cubiertos de maleza. No sorprende, entonces, que, desde mi primer recorrido en la Costa acompañado por Gilberto Ovando, los pobladores hablaran de forma espontánea de la tormenta tropical Mitch de 1998 y, sobre todo, del huracán Stan de 2005. Pero además de los comentarios, estos temporales han dejado muchos rastros físicos de su paso.

Recuerdo en particular la entrevista a don Abel, viejo caporal de la finca La Lima. Sentados junto a su casa, a la sombra de unos arbustos y rodeados de una jauría de chuchos que no paraban de jadear, Abel tuvo que señalar lo evidente para que pudiera verlo: «mire cuánto tiene sepultado la casa; esta casa tiene sepultado un metro 70 centímetros». No había reparado en la construcción. Solo era visible la mitad superior de la ventana, que servía de puerta; adentro, en la penumbra caliente, yacían las toneladas de material que el Stan dejó en su interior. «Pero aguantó la casa, mire», comentó con orgullo, «le tiró una pared de aquí. Ahí está tirada la pared de atrás, pero aguantó. Nomás que lo que teníamos nosotros, todo se acabó...».

Según las cifras oficiales, el huracán Stan se llevó la vida de 86 personas, dañó 32 514 viviendas y causó afectaciones en 208 064 hectáreas de tierras agrícolas (CENAPRED 2006). El depósito de grava, barro y arena en la costa, producto de las lluvias torrenciales sobre la vecina Sierra Madre, que suele tomar años y décadas, sucedió en cuestión de horas y minutos. Abel abundó en los daños que sufrió La Lima con su voz afónica: el temporal se llevó bardas, galeras y algunas construcciones, y dejó inservible la extractora de aceite de palma instalada en 1958. «El patrón estimaba un árbol de guanacaste. Tenía como unos cinco metros de diámetro, así», dijo abrazando un enorme árbol invisible, «le servía para sombra, pues. ¿Y ese árbol, dónde está? [preguntó el patrón] No lo encontramos, ya lo fuimos a buscar». Incrédulo, contó también que el río Despoblado se llevó un puente colgante de hierro que quedaba cerca de La Lima: «Dos veces fuimos a

buscar ese puente hasta las pampas, había unas trincheras allá de unos 30 metros de alto y allá llegó todo, pero el puente no lo miramos». Y repitió: «No lo miramos el puente».

En 2018, Abel me platicó de los 10 días que pasó en el techo de su casa tras el huracán. Rodeado de agua, se quedó vigilando la propiedad, armado con una escopeta. Fue entonces cuando vio los muertos bajar en la corriente, a pesar de que los dichos oficiales ubicaban a la mayoría de los fallecidos en Tapachula. Contó cómo no tardaron en llegar en lanchas a robar («luego luego»). Le dijeron que eran de Xochicalco, ubicado río abajo, y que estaban buscando sus vacas. Pero las vacas, replicó, deben estar abajo, se las llevó el agua. «Ni modos que subieran», dijo con sarcasmo.

En Embarcadero Río Arriba, padre e hijo también hablaron del huracán: «Cuando el Stan, Río Arriba, decían, se va a acabar. Pero por el Arenal, por Luis Espinosa, el río llevó piedras, destruyó casas y hubo hasta muertos. Aquí ahondó y ahondó, pero no hubo tanto perjudicado». La ventaja para estos pobladores fue que el desborde del río trajo un aumento del nivel del agua, pero no las peligrosas trombas de piedra y lodo. Tantos años después, los rastros del huracán eran todavía evidentes. La casa de esta familia estaba dividida en dos partes, ambas cubiertas con techo de lámina. Para entrar a la parte vieja, pintada de celeste y protegida del exterior con malla, se debía bajar un escalón. Para entrar a la parte nueva, pintada de color verde y rojo, y que incluía una tienda de abarrotes, se debía subir dos escalones.

En otra ocasión, antes de salir a la parcela con Ovidio, y confundido por su manera de hablar, le pregunté a su mujer si era de la Ciudad de México. «¿Cuál?», reaccionó Ovidio tras las carcajadas de ambos. «Nació y se crio aquí, en el mero aguajal». Ya en su parcela observó: «Estamos acostumbrados a andar dentro del agua. Aquí no se espanta la gente que le llega el agua al pecho». Habló entonces del Stan y de cómo se desmayaban las mujeres en Hidalgo, aguas arriba, mientras que en su comunidad la gente se limitó a salir con el agua a la cintura y sin mayor preocupación. Puso de ejemplo a los niños, capaces de nadar desde muy pequeños. Estos comentarios reflejan una larga convivencia con el agua, aunque no por ello menos catastrófica. En 1931, cuenta Alejandro Morales (2015), durante

la llegada de un huracán, pobladores de Embarcadero Río Arriba buscaron refugio en partes más altas y establecieron Río Arriba Salvación, así apodado en alusión a su supervivencia ante el temporal. Este y otros huracanes han dejado importantes aprendizajes en la región.

En un breve recorrido por su propiedad, Juan Yamasaki, entonces esposo de la dueña de la finca La Lima, me mostró la casa que perdieron por el Stan. Semienterrada y con los vidrios rotos, era una construcción alargada, comida por el monte y con rastros en el techo del impermeabilizante rojo. Se dio la vuelta y apuntó a la entrada de La Lima: «Acabó con todos los árboles, tenía árboles de todo el mundo». Comenzó a enumerar especies de las que solo alcancé a registrar dos: la manzana malaya y el cacao de Pakistán. Hombre de mundo, Juan Yamasaki tenía especies que había conseguido en sus numerosos viajes o de su amplia red de contactos en el exterior. «Yo salí con el agua hasta aquí», se señaló una marca invisible en el pecho que parecían llevar todos los habitantes de la Costa, «y me fui a parte alta». Se volteó y observó el predio enmontado donde estaba su antigua residencia: «Cuando volví esto era un pantano que se movía. Pero la palma aguantó. Bajó su producción, se resintió, disminuyó el fruto, pero se recuperó».

Escéptico sobre la supuesta capacidad de este cultivo para resistir inundaciones, Gilberto, quien me acompañó en mi primer recorrido en la Costa, le preguntó a Abel: «Y la palma, ¿no la arrancó ni una?». «Ah, sí», señaló unas parcelas baldías frente a su casa, «aquí no quedó palmera. Mira, todo eso que ves sin palma, eso lo llevó el río, todo. Si aquí era un desierto ya cuando pasó la lluvia». A pesar de las pérdidas, para gran parte de la población la palma mostró su valía ante los huracanes.

En Embarcadero Río Arriba, el señor que entrevisté junto a su hijo recordó las afectaciones que tuvo en su parcela: «A mí me la mató el Stan. La cosa es que la palma, si queda afuera [del agua], como la que tiene 30 años, no pasa nada, pero si la cubre el agua, la mata». Muchos pobladores hicieron afirmaciones similares. Lo importante, argumentaron, es que la palma tenga altura suficiente para no quedar cubierta de agua. Manuel Padilla, encargado de un centro de acopio de una empresa procesadora de palma en la región y ejidatario de Xochicalco Nuevo, comentó:

Viene el Stan, se llena de agua. Baja el agua y entre el agua uno está cortando y cosechando. ¿Qué producto hace eso? No hay producto que se compare a la palma. Y por muy caro, por muy duro que esté la cosecha, que paga usted más [por hacerse en cayuco], deja [dinero] la palma.

Como muchos otros, Manuel consideraba que la mayor virtud de este cultivo era su capacidad para resistir las inundaciones, incluso aquellas catastróficas. Pero, a decir de varios productores, la ventaja de la palma no solo radicaba en su capacidad para resistir las trombas de agua, sino también lo que estas dejaban tras de sí.

Primitivo me platicó de lo que encontró en su parcela una vez que se secó el agua: «Con el Stan tuve un metro 30 [centímetros] de calzadura, mucha arena». Contó que el paso del huracán dejó su parcela hecha un desierto, en referencia a las toneladas de sedimento que las inundaciones depositaron en su terreno, que, en su caso, Abel llamó relleno, pero que los ejidatarios suelen llamar calzadura.

Juan Yamasaki recordó los meses posteriores al paso del huracán: «Todo se llenó de hormigas». Contó cómo su hermano, impaciente, quería hacer algo con el sedimento, pero él le dijo que dejara que la naturaleza trabajase: «Las hormigas tienen su nido bajo tierra y no le entra el agua». Para Juan, simplemente había que esperar a que las hormigas comenzaran a salir para roturar el suelo y sacar las semillas de monte que tuvieran guardadas. «Si mal no recuerdo, a los cuatro años ya salió el monte», observó complacido. En La Lima tuvieron suerte, la calzadura contenía una buena proporción de barro y arcilla, todavía evidente en el color café y rojizo de los terrenos, pero en algunos ejidos de la zona baja, como Xochicalco Viejo, el depósito fue de arena.

«Lo malo es que después de eso el maíz no da nada», observó Primitivo de la arena que el Stan dejó en las parcelas, «a mis vecinos, se los secó de una vez». Los ejidatarios distinguieron entre diferentes tipos de calzadura y sus efectos: hay de barro o limo, que traen nutrientes y humedad, y otras como la arena, que dificultan la producción por meses e incluso años. «Si es pura arena, sí afecta, la mata», dijeron de la palma en Embarcadero Río Arriba. La arena aprieta las raíces y calienta el suelo, lo que seca la palma,

o cualquier otro cultivo. Aun así, hubo quien, como Aníbal, afirmó que aunque la palma se pusiera amarilla, resultado del estrés, podía sobrevivir. Además de las afectaciones por la calzadura, algunos productores refirieron que, gracias al sedimento, el piso «quedó alto» o la palma «quedó más chaparra», lo que facilita el corte e incluso extiende la cosecha por algunos años.

Una encuesta que realicé a ejidatarios con la ayuda de dos asistentes en los municipios de Huixtla y Villa Comaltitlán reveló la incidencia de las calzaduras en las parcelas. Encuestamos a 125 productores con 251 parcelas de palma, quienes reportaron tener calzadura en 157 de ellas. El depósito de sedimentos fue, en promedio, de 50 centímetros, aunque en algunas parcelas el material alcanzó los dos metros. Según los encuestados, buena parte de las calzaduras fueron de barro (42 %) y arena (29 %), el resto eran combinaciones de material y hubo incluso algunos afortunados que recibieron depósitos de yucuela (tierra negra).

Sentado en una silla de madera, jugando con los pies la arena que abundaba frente a su casa, el poblador de Embarcadero Río Arriba habló de los cambios sucedidos en los últimos años. «De principio, el trabajo es la pesca», señaló entonces una pequeña plantación de palma que quedaba al otro lado del río, «aunque ya tenemos algunos pedacitos de agricultura, ya tenemos parcelita, pero la pesca es de siempre». Si bien se habían posesionado de los terrenos, de los cuales no tenían título legal, eran pescadores, muchos de ellos miembros de la Cooperativa Pesquera Embarcadero Río Arriba. Pero el Stan llegó a cambiar las cosas: «Nosotros estamos en estas tierras que no eran laborables, eran puras partes bajas, inundables. Después del Stan se calzaron. Se calzaron hasta lagunas que tenían cinco, seis metros de profundidad. Toda esta parte se calzó». El hijo intervino: «Ahorita en Las Palmas, con mucho aquí llega el agua [pone su mano a medio pecho], pero no están profundas». El papá explicó entonces que quienes vivían de la pesca estaban «tronados», mientras que 25 años atrás, las pozas eran como viveros de pescado y camarón. La pesca dejó de ser una opción.

Primitivo hizo afirmaciones similares sobre los cambios en la zona baja: «Las pampas se vinieron calzando. Ahora no tienen pampas ni el

[río] Despoblado, ni el Mashishipa... La pampa La Cantileña, El Corralón, Agua Azul, acabaron. Había pozas donde irse a bañar, a pescar. Ahora el agua está caliente». La calzadura no solo redujo el nivel de los cuerpos de agua, también incrementó su temperatura, lo que, según indican pescadores e investigaciones como las de Cristian Tovilla (2005), Selene Carbajal (2014) o Mauricio Gálvez (2017), afecta la reproducción de camarones y peces.

Le pregunté a Primitivo sobre la diferencia entre pampa y pantano. «La pampa tiene agua limpia, como los esteros, y sirve para la pesca, para bañarse», explicó con su habitual paciencia, «y el pantano se forma de aguichal, con piso de tierra. Tiene bejuco, languavaca, carrizal, lirio, y de animales, lagarto, armadillo...» (fotografía 3). Algunos hablan de pampa y pantano como sinónimos, mientras que para otros, como Primitivo, las pampas, que algunos llaman pozas, son cuerpos de agua dulce donde se puede pescar, comparables por su extensión con los esteros ubicados en la zona de manglares. Aunque, como bien saben los ejidatarios, los esteros, que muchos llaman lagunas, se distinguen de las pampas por tener agua dulce y salada, además de por su profundidad.

Para Primitivo la distinción entre pampa y pantano era importante, pues reflejaba bien la transformación que estaban teniendo lugar en la zona baja:

La pampa se transforma en pantano, y esa es tierra productiva donde se da la palma, el maíz, la mejor. Se está convirtiendo en tierra firme. En la pampa del Corralón yo trabajé, tenía canoa. La pampa tenía dos kilómetros de largo y uno de ancho. Y unos cinco metros de profundidad. Ahí ya se sembró palma, maíz, caña...

Primitivo, que de joven había sido pescador en la zona, como otros campesinos de Xochicalco, era ahora productor de palma en esos mismos suelos, considerados los mejores, aunque bajo riesgo de inundación.

Había apenas terminado la entrevista a Diego, un joven que se desempeñaba como jornalero en palma de aceite y como voluntario para la Reserva de la Biosfera La Encrucijada. Estábamos en el patio de su casa, en una de las últimas parcelas habitadas del cantón San Fernando. Le pregunté entonces al papá sobre la «liquidación del suelo», a la que se refirió mientras entrevistaba a su hijo, y si esto tenía que ver con el suelo o con el agua. «Con el agua», afirmó convencido. Explicó que el suelo se endurece y se raja en verano, algo que no pasaba antes, y atribuyó esto a la palma, capaz tanto de levantar las nubes y espantar la lluvia como de tragarse el metro y medio de agua que anegaba una parcela.

Fotografía 3. La pampa del Maragato



Fuente: Daniel Domínguez Paz.

El padre de Diego contó cómo antes la humedad que tenía el suelo les permitía una segunda y hasta una tercera siembra de maíz. «Pero ya no,

ahora el maíz saca un molcatito, y ahí se queda», aseguró al tiempo que insinuaba un elote diminuto con la punta callosa de sus dedos. Nuevamente culpó a la palma, dotada de una fuerza tal que era capaz de absorber toda el agua a tres, cuatro kilómetros a la redonda, y de dejar la tierra como bagazo (inservible). Para él, solo una «orden desde arriba» que obligara a tumbar el cultivo solucionaría el problema.

«Eso es puro cuento», replicó Ovidio, impaciente, cuando le pregunté sobre el secado de la región por la siembra de palma. «Antes había unas pozas ahí, hasta ahí», señaló el borde de su traspatio, «en puro verano, ahí estaban esas pozas, no se secaban. Y de ahí para adelante se secaron. Ahorita, este año que no llovió, esas pozas que no se secaban no agarraron agua. ¿Por qué? Porque no llovió». Coincidió con el papá de Diego en que llovía menos, pero no en que la palma era la causa; más bien sufría por la falta de agua, evidente en sus hojas caídas. «No creas que es falta de nutrición», observó, «es falta de agua».

Días después, ya en su parcela, Ovidio volvió a hablar del secado de la región. Según él, se debió a la llegada de la gente, a la formación de ejidos y a la deforestación, proceso del que se consideraba responsable. Señaló un punto en su parcela: «Ahí, para aclarar, ahí boté 300 pimientos [un tipo de árbol]. Ahí no se iba el agua. Ahí había agua todo el tiempo y ahora ya no hay agua». Resumió los cambios en la zona: «Pero aquí era una montaña, ya te digo, y para abajo... una gran arboleda grande, pero se fueron destruyendo los árboles. Se fueron yendo los pescados, se fueron yendo todos los animales. Se acabaron». La abundancia natural que vivió cuando llegó a esta zona de la Costa parecía que no tendría fin y ahora se le antojaba irrecuperable.

Algunos ejidatarios de Xochicalco Nuevo aportaron una perspectiva diferente. En 2013, el comisariado del ejido interrumpió la plática sobre los problemas de la agricultura en la zona que estábamos teniendo en su traspatio, un terreno en pendiente repleto de palos, cubetas y tiliches. «Le voy a contar una historia», dijo de repente:

Hace algunos años los cañeros decían que la caña no era muy gruesa. Venían las lluvias y encharcaban los cañales, quedaba esa agua lluviosa. Eso

afectaba a la caña. Entonces comenzaron a hacer cunetas con esas máquinas... Al cunetear, las cañas se fortalecieron, el agua ya no queda. Las cunetas le echan entonces el agua al vecino. Aquí cayó el agua y *fiíííí*, se va. El agua se va rápido, pero la humedad ya está haciendo falta.

El comisariado se refería al establecimiento de drenes en la zona inundable y de cómo esa transformación permitió la producción, pues evitaba que las parcelas se anegaran, aunque tuvo como costo que después faltara la humedad. «Si no hubiera sequedad, no habría palma», afirmó Primitivo por su parte, para quien la palma no era la causa, sino la consecuencia de los cambios en la zona baja.

Curiosamente pocos ejidatarios hablaron de manera espontánea de las transformaciones emprendidas por el gobierno en la zona baja. Muchos no podían precisar el momento en que comenzaron, otros no recordaban los detalles, y la mayoría no le daba mucha importancia. El comisariado de Xochicalco me hizo ver el paisaje: los ríos no eran ríos, sino canales, y sin meandros el agua avanzaba rápidamente hacia el mar; muchos canales tenían bordos, es decir, taludes de tierra y grava que debían evitar las inundaciones, pero que se derrumbaban con facilidad y generaban ventanas, puntos por donde el agua salía o estaba a punto de hacerlo. Comentó también cómo batallaban con las autoridades del municipio para que cerrasen las ventanas y no se les viniese el agua encima.

Poco a poco comencé a observar la presencia de drenes para desaguar en la zona cañera, y reparé en que en donde se les había dejado mayor amplitud a los ríos, los cauces estaban completamente sembrados de palma, caña o maíz. Observé también cómo algunos ríos no solo tenían bordos, sino terracerías amplias llamadas bordos caminos por donde circulaban vehículos. En ciertos casos, como en El Carmen, el río estaba bastante por encima de la propia comunidad. Con una diferencia de altura de unos 10 metros entre el río (arriba) y la comunidad (abajo), era fácil imaginar las consecuencias que tendría una inundación. En Acapetahua pude ver cómo, junto a algunas caseríos y poblados, se habían abierto zanjas transitables mediante pequeños puentes de metal para evitar que se inundaran. Lo que tenía ante mí y que me tomó tiempo registrar fue la enorme

transformación de este paisaje costero, parte de la cual databa de finales de la década de 1970.

Desde 1978 y hasta 1994, los gobiernos estatales y federales modificaron la costa de Chiapas con financiamiento del Banco Mundial. Comenzaron con el Proyecto Piloto Acapetahua y, tras considerarlo exitoso, extendieron su intervención a toda la Costa de Chiapas, desde el río Pijijiapan hasta el Suchiate, en la frontera con Guatemala, a través del Proyecto de Desarrollo Rural Integrado del Trópico Húmedo (PRODERITH). Según un documento de la Comisión Nacional del Agua, este proyecto tenía por objetivos «aumentar la producción y productividad agrícola, pecuaria y forestal; mejorar el nivel de vida de las familias rurales involucradas, y propiciar un uso eficaz y racional de los recursos naturales de la zona» (CNA 1994:29). Para ello se debía liberar de inundaciones a las llanuras costeras y convertirlas en áreas agrícolas orientadas tanto a la producción de granos básicos como de materias primas para el mercado nacional. Se trataba de un proyecto de gran envergadura que involucró nueve cuencas del golfo y el sureste de México, y que tuvo una de sus expresiones más ambiciosas en la costa de Chiapas.

Según el ingeniero de la CONAGUA que entrevisté, la intervención gubernamental supuso la construcción de una densa red de caminos de terracería donde no había más que caminos de carreta, intransitables cuando llovía, o meras veredas. Habló, además, de las obras que se implementaron a lo largo y ancho de la Costa: se «rectificaron» y canalizaron los ríos, se hicieron drenes y se construyeron bordos a ambos lados de muchos ríos. El agua debía transitar lo más rápido posible hacia el mar, sin generar inundaciones. Luego de escribir algunas instrucciones en su computadora, giró el monitor y me mostró un plano que abarcaba parte de la región: de fondo blanco, estaba repleto de trazos y símbolos, algunos en color azul y rojo, que denotaban la infraestructura a cargo de la CONAGUA. Asimismo, documentos de la época refieren la remoción de vegetación, hecho que recordaban algunos ejidatarios, quienes me hablaron de los Caterpillar amarillos que llegaron a limpiar de selva algunas de sus parcelas, en ocasiones para sembrar palma. Según el ingeniero, se «recuperaron» unas 45 000 hectáreas que se anegaban y que fueron convertidas en áreas agrícolas.

Para los funcionarios del PRODERITH los problemas de la zona baja no solo tenían que ver con su carácter inundable, sino también con sus pobladores:

La intervención del hombre, no siempre afortunada, ha ocasionado serios problemas de deterioro ecológico, que potencian la ineficiencia de la agricultura tradicional. No solo la industria ha tenido responsabilidad en ello, sino también ciertas prácticas agrícolas inadecuadas para la región, que contribuyeron a deteriorar el medio ambiente (CNA 1994:14).

Desde la perspectiva gubernamental, la agricultura tradicional era inadecuada, e incluso dañina, para la conservación de los recursos en un contexto de crecimiento poblacional. La Comisión Nacional del Agua llegó al extremo de responsabilizar a las prácticas agrícolas tradicionales del estancamiento del agua en la zona baja (véase CNA 1994:16). Esto sirvió de justificación para que el proyecto se propusiera modernizar la agricultura y a quienes la llevaban a cabo. Se repartieron créditos e insumos, se impartieron talleres de transferencia tecnológica, de gestión económica y de desarrollo familiar; se favoreció la organización de los ejidatarios en uniones, primero, y en sociedades productivas, después; y se estableció un sistema de comunicación rural y participación orientado a «favorecer la discusión y los cuestionamientos necesarios para alcanzar un consenso verdadero y no aparente» (CNA 1994:81). Aunque, posiblemente, el legado más visible de esta intervención radique en las modificaciones hidrológicas.

Primitivo lo puso en estos términos: «Todos los inviernos los ríos se salían, el agua se regaba en los sistemas de pozas, pampas. Cuando los ríos se canalizaron perdieron potencia, ya no le dieron vida a las pampas». La canalización de los ríos impidió la formación de regadiales y, por lo tanto, la llegada de agua a terrenos que quedaban anegados durante buena parte del año. «Pues era bueno», observó Ovidio en su parcela sobre las modificaciones, «de todas maneras era bueno, porque ahí no producía yo, pues. No, porque había mucha agua. Mucha agua, no cabíamos». Para él, como para muchos pobladores, los cambios fueron positivos, les permitieron sembrar en donde antes no podían, y quizás lo más importante fue que dejaron de vivir «entre el agua».

«No le voy a decir que vivíamos en un lecho de rosas, ¿para qué le digo? Estábamos amolados, era pobreza extrema», dijo Aníbal sobre la vida antes de la canalización. Habló de la vergüenza que sentía de ver a su familia en época de lluvia, cuando el agua podía subir hasta la cintura, incluso dentro de la casa. Fue entonces cuando tomó la decisión de irse a trabajar a Estados Unidos. Cuenta que, resignado, le dijo a su mujer: «Si no me voy, no vas a levantar la casa, todo el tiempo en el agua». No tenían el dinero necesario para construir una vivienda, y menos sobre palafitos. Recordó la llegada de la canalización: «En ese tiempo estábamos felices, todavía no bajaba la arena». Los ejidatarios con los que hablé coincidieron en que la canalización fue positiva, aunque también mencionaron los nuevos problemas que se generaron y que, a la postre, los llevarían a sembrar palma de aceite.

*

El señor que entrevisté en Embarcadero Río Arriba ofreció el diagnóstico de la nueva situación: «Los ríos antes tenían vueltas y los enderezaron. Ese es el problema, aumentó la calzadura. Donde quiera se ve eso, se sale [el río]». Como él, muchos vinculaban la «rectificación» de los ríos —como se la llamaba en el PRODERITH— con el incremento de sedimentos en la zona baja. Y a eso había que sumar el aumento de la velocidad de la corriente. Dijo:

La calzadura viene de volada, pues baja derecho. Dos horas es la bajada de creciente. Antes tardaba y ahora no, de volada. Por eso se viene derecho. Si en la tarde llovía, en la madrugada se sentía que subía el río un poco, pero ahorita parece que agarra una autopista.

El agua de las lluvias sobre la Sierra Madre, que antes tomaba casi un día en alcanzar la zona baja, llegaba en pocas horas. «Este río era hondísimo», dijo también este poblador de Embarcadero Río Arriba, «pero ahora casi se ve el nivel del bordo. Antes era hondísimo». Me señaló el río Vado Ancho, que sin que hubiese llovido estaba casi al límite: las aguas mansas

del río estaban apenas a un metro del bordo. Sin meandros y, por lo tanto, sin posibilidad de descargar los sedimentos arrastrados por el agua, el río estaba lleno de arena y el agua se desplazaba a mayor velocidad, con los riesgos que esto involucraba.

Si bien la canalización de los ríos, además de la construcción de numerosos drenes y bordos, impidieron que el agua anegara la zona baja, estas modificaciones trajeron un nuevo fenómeno: los desbordes, en ocasiones de gran violencia y algunos catastróficos como los ocurridos durante el huracán Stan. Primitivo fue muy gráfico: «El [río] Despoblado anda repleto [de arena] y revienta. Estamos en su camino. El río se lleva lo que la gente tenga y, si es posible, a la gente también».

Un análisis de imágenes satelitales disponibles para el periodo 2010-2022 confirma lo dicho por los entrevistados: 165 desbordes en la zona baja, algunos de gran extensión y la mayoría en tramos donde los ríos habían sido modificados. Si bien antes los terrenos permanecían inundados buena parte del año, los desbordes eran ahora la norma en la zona baja. Estos últimos son fenómenos nuevos producidos por las lluvias torrenciales en la vecina Sierra Madre, el aumento en la velocidad de la corriente, la acumulación de sedimentos en el cauce y el deterioro de los bordos. Estos factores, buena parte de los cuales son resultado de la intervención hidrológica, explican la pérdida frecuente de los cultivos en la zona baja y contribuyeron a las muertes ocurridas por el huracán Stan. Además, la transformación hidrológica tuvo graves consecuencias ecológicas.

«Hasta el año 76 todavía eran naturales», dijo Primitivo de las pampas, «la decadencia total vino del año 88 para acá, se empezaron a secar, a perder potencia los ríos. A partir de esa fecha todos los ríos empezaron a secarse en verano. De balde han valido las mejorías». Por mejorías, pues así las presentó el gobierno, Primitivo se refería a la canalización de los ríos y al establecimiento de drenes. A diferencia de Ovidio, consideraba que el deterioro de la zona baja no se debía solo a la disminución de las lluvias, sino también a la modificación de los ríos. El depósito de sedimentos en la zona baja, resultado de los desbordes, fue secando las pampas y permitiendo que se convirtieran en terrenos aptos para la agricultura.

El análisis de viejas fotografías aéreas y nuevas imágenes satelitales indica que para el periodo 1978-2019, y solo en el área comprendida entre Mapastepec y Mazatán, se perdieron 6 962 hectáreas de humedales. Cambios que, como explicó Primitivo, no fueron únicamente producto de la calzadura:

El Despoblado mantenía como pampa al Corralón hasta 1980, hasta ese año llegó. Cuando le hicieron desviaciones al Despoblado, la pampa dejó de existir. El Mashishapa ya no tiene pampa, ya no da vida, no tiene fuerza, se muere en el pantano. Por consiguiente, le puedo decir que así está el río Huixtla y el río Mazatán.

La pérdida de los humedales no solo tuvo que ver con la rectificación de los ríos, sino también con la modificación de su trazo, el cual, en algunos casos, involucró su desconexión de las pampas.

Los pobladores de Embarcadero Río Arriba hablaron sobre las desviaciones. «Es que son dos ríos que se cruzan allá abajo», observó el joven, señalando hacia la Reserva de la Biosfera La Encrucijada, «pero como este tiene más fuerza, regresa el agua del otro». Padre e hijo me hablaban de los ríos Vado Ancho y San Juan El Chino, conocido oficialmente como Cintalapa. Estos ríos no tenían contacto en el pasado, pero durante el PRODERITH los canalizaron y los fundieron en uno solo en la zona baja. A decir de estos pobladores, dado que el río Vado Ancho tiene más fuerza, dificulta el avance del San Juan El Chino, lo que durante el huracán Stan generó desbordes río arriba, en lugares como Luis Espinosa, que resultó en destrozos y fallecidos.

«Por donde mi parcela pasaba yo en canoa», insistió Primitivo, «algunos lo recuerdan, los que no lo vieron no lo creen». Y, efectivamente, es difícil de creer cuando lo que tiene uno ante sí son terrenos dedicados a la agricultura, secos gran parte del año. Me habló de la pampa Azul, en la que por muchos años se desdibujaban los ríos Huixtla, Huehuetán y Mashishapa, y que permitía viajar grandes distancias. Pero, como observó Primitivo, esa y otras pampas se fueron haciendo pantano y secando. A principios de la década de 1990, María Graciela Alcalá Moya (1999:31) registró la indignación de un pescador de las pampas ante las políticas de

secado de la región para favorecer la agricultura: «Nosotros como que no somos nadie, como si no hiciéramos nada aquí en la costa, que también es mero Soconusco. Porque lo que se conoce es el café, el guineo, el ganado, lo de los ricos, pues...».

La reducción de las pampas supuso para muchos el fin de una forma de vida. Los cayucos que se usaban para pescar se emplean ahora para cosechar en las parcelas de palma durante los meses de septiembre y octubre. Las inundaciones siguen ocurriendo, pero en los ejidos ya no son vistas como un problema natural, sino institucional.

«Lo que pasa», explicó el joven de Embarcadero Río Arriba, «es que el gobierno tiene años que ya no invierte, no se desazolva y el río se desborda». «Tenemos que estar insistiendo», dijo su padre sobre las solicitudes para evitar las inundaciones, «nos accontentan un rato, pero de ahí no pasa». Doña Regina también habló del asunto: «Dijeron, cuando hicieron lo de los ríos, que iban a estar desazolviendo año con año, pero hasta ahora nada».

Tanto Regina y su esposo como los pobladores de Embarcadero Río Arriba consideraban que la intervención del gobierno era, más que nada, paliativa. Estos últimos dijeron lo siguiente: «Solicitamos una máquina y nos dicen ahí: mañana llega. Y bueno, tapa una salida de agua, una aquí y otra allá, para proteger tantito». Explicaron cómo, tras una larga negociación que involucra que los comisariados de varios ejidos se pongan de acuerdo, vayan a la presidencia municipal y logren reunir varias instituciones, la intervención acaba por consistir en tapar una ventana o levantar un bordo, algo que para muchos no es más que un arreglo temporal. Les pregunté cuál consideraban que era la solución ante un problema tan complejo. El señor de Embarcadero Arriba no dudó en responder: «La solución es un desazolve de arriba abajo». Y dijo sobre el Vado Ancho: «Ese río tiene material para llenar todo esto». Para estos pescadores la solución era el dragado de los sedimentos en todo el cauce del río y su depósito en las parcelas, que así se volverían tierra alta de manera definitiva.

Los funcionarios que entrevisté mantuvieron una actitud algo defensiva con respecto a los problemas creados por la canalización de los ríos. Una exfuncionaria del PRODERITH, originaria de la Ciudad de México y

residente en la Costa, afirmó que los desbordes en la zona baja eran inevitables: «Allá, aunque hubieras construido... lo que hubieras construido, o no hubieras hecho nada, quizás hubiera sido menos, pero de todas maneras hubieran salido de más de los cauces». Por su parte, el ingeniero de la CONAGUA admitió que hubo problemas ecológicos, pero que las modificaciones eran necesarias por cuestiones de productividad y economía. Coincidió con los pobladores de Embarcadero Río Arriba en que la velocidad de la corriente había aumentado, aunque no en sus causas. Culpó del problema a los campesinos por deforestar la Sierra Madre para sembrar maíz, una perspectiva compartida por muchos técnicos y funcionarios gubernamentales. Sin embargo, a diferencia de quienes solo responsabilizaban a la agricultura campesina, este ingeniero se refirió también a los propietarios dedicados al café. Habló con desaprobación del cambio de variedades de café de sombra a variedades de sol, que no requieren cobertura forestal, producto de la llegada de la roya, y concluyó sobre los cafetaleros: «A costa del dinero se están acabando la naturaleza».

Este ingeniero explicó, además, que él debía cumplir con toda una serie de regulaciones ambientales por ser Reserva, lo que hacía el trabajo más difícil, y concluyó: «Se vuelven presiones sociales contra nosotros, presiones institucionales entre nosotros. Cuando urge una obra, pues finalmente se acepta, pero algo mínimo. Es muy caro porque al año se vuelve igual, y Hacienda hace cuentas y dice: No, desazolves no». El Estado desarrollista que transformó la Costa de Chiapas había desaparecido, pero dejó tras de sí una obra hecha a su medida que, ante la ausencia de inversión pública está generando una espiral de problemas de difícil solución.

*

En 2016 y por recomendación de un consultor que me conocía, la Reserva de la Biosfera La Encrucijada me invitó a participar en una convocatoria de la Comisión Natural de Áreas Naturales Protegidas (CONANP) para estudiar la dispersión de palma africana (así la denominaron) como especie exótica en el interior de La Encrucijada. Mi primera reacción fue de incredulidad, ningún ejidatario de la zona baja me había hablado de la

existencia de plantas de palma en ecosistemas naturales, pero el personal de la Reserva insistía. En sus recorridos de campo, tanto los vigilantes comunitarios como el propio personal de la Reserva registraron la presencia de plantas de palma que, de alguna manera, habían llegado al interior de la Reserva y crecían en condiciones silvestres. Me mostraron mapas con puntos en los que habían encontrado palma y algunas fotos. Aunque escéptico sobre la gravedad del problema, decidí participar. Acabé haciéndolo como asesor sin honorarios. Fue mi pareja, bióloga con experiencia de trabajo en la Costa, quien se decidió a participar en la convocatoria del Programa de Conservación de Especies en Riesgo. Su proyecto fue seleccionado y lo llevó a cabo con la ayuda de un veterinario con experiencia en palma, que se encontraba en Malasia, y un grupo de monitores comunitarios del cantón San Fernando, quienes se hacían llamar «El llanto de la naturaleza».

El trabajo involucró recorridos del grupo de monitores desde la parte media de la llanura costera hasta la zona de los esteros en busca de plantas de palma. Los funcionarios de la Reserva solicitaron, además, que se hicieran talleres en los que se concientizara a la población sobre las afectaciones de la palma africana. Se realizaron, aunque diseñamos los talleres más como un espacio de diálogo que de convencimiento sobre los peligros del cultivo. Los recorridos confirmaron las sospechas del personal de La Encrucijada.

El grupo de monitores ubicó 158 sitios con palma, que se sumaron a los 43 puntos que una organización ambientalista, Pronatura Sur, localizó en 2014 y los 60 puntos que la propia Reserva identificó en 2019. Se registró, así, un total de 261 puntos con palma africana que crecía en la Reserva, la mitad ubicados en los ecosistemas protegidos de la zona núcleo, aquella área que según el plan de manejo de La Encrucijada debía permanecer intacta. En la mayoría de los casos se trataba de plantas jóvenes que aún debían producir fruto, aunque también había algunas plantas adultas que estaban produciendo semillas. Además, este trabajo reveló la existencia de 54 parcelas en el interior de la zona núcleo donde se cultivaba palma.

Lo más sorprendente del estudio fue la ubicación de las plantas de palma. La mayor parte (74 %) se localizaba en selvas inundables de zapotón

y en asociaciones de mangle y zapotón (fotografía 4), lugares atestados de agua, zancudos y vegetación, algo que para algunos biólogos de la región era lógico: es ahí donde, a pesar de la salinidad de algunos suelos, hay agua dulce, lo que posiblemente explica el éxito de estas semillas. En consonancia con la perspectiva de los propios ejidatarios, la palma demostraba ser un cultivo resistente a condiciones más que adversas, capaz de competir con otras especies incluso en ecosistemas de humedal. Pero ¿cómo llegaron esas semillas a la Reserva?

Fotografía 4. Palma en una selva inundable



Fuente: Naturaleza y Redes.

Tanto algunos pobladores como parte de los vigilantes comunitarios de la Reserva identificaron al zopilote como un posible vector de dispersión de las semillas. En ocasiones, esta ave carroñera se alimenta del fruto de la palma, rico en grasas, y excreta las semillas allá donde vaya. Los monitores también registraron huellas de tejón en algunos de los sitios, pero el agua fue nuevamente la protagonista.

Casi todas las plantas de palma africana estaban en áreas inundables (95 %), la mitad a menos de 10 metros de un cuerpo de agua y solo 7 % a más de 100 metros de distancia. Indagué sobre ello en Embarcadero Río Arriba. «Con las lluvias, sí», observaron, «porque hay árboles [de palma] pegados al río. Ahí donde está, revienta y crece, y como ese donde quiera pega, pero como están en el manglar, ahí pega». Estos pobladores no tenían muchas dudas, que la palma se encontrara junto al río era evidencia de que había llegado con el agua; además, atribuían a la palma una gran capacidad para competir con otras especies vegetales. Aunque, una vez más, ejidatarios y funcionarios no se pondrían de acuerdo sobre las causas del problema.

En mayo de 2017, organizamos un foro en un hotel de Escuintla para discutir el problema de la dispersión en el que participaron funcionarios, ejidatarios, empresas, investigadores y personal de organizaciones ambientalistas. Durante el evento, el director de la Reserva levantó la mano. Lo hizo tras escuchar el comentario del representante de una organización de ejidatarios para quien el mayor problema no era la presencia de la palma en la Reserva, sino los ataques de los cocodrilos a la población. El director, alto y moreno, se levantó para hablar con su habitual estilo pausado. Consideraba que el problema con los cocodrilos tenía que ver con la presencia de comunidades en la zona baja, que había generado cambios en la conducta de estos animales: «Antes no había, este... población, prácticamente ahora tenemos invadidos todos los territorios que son territorios de vida silvestre».

En su alocución, el director comparó el cocodrilo y la palma: «En el caso del cocodrilo, no es una especie exótica. El cocodrilo ha existido desde hace muchos años. En el caso de la palma africana, todos los cultivos de acá son exóticos porque nada es natural». Acto seguido habló de la presencia de palma en los humedales, en las selvas inundables y hasta en las dunas de la costa. Esta intervención sirvió de interludio a un llamado a colaborar y a resolver el problema en conjunto, pero antes el director fue enfático en los riesgos que suponía la palma: «Al rato no vamos a tener manglar, vamos a tener pura palma africana allá abajo». Para el director de la Reserva, el problema no radicaba tanto en las inundaciones como en la presencia de

comunidades y de cultivos exóticos por donde pasaba el agua. En concreto, habló de la siembra de la palma en los cauces y los drenes, lo que generaba la «migración» de semillas hacia la parte baja. El personal de la Reserva tenía, además, ciertas ideas sobre lo que debería estar haciendo la población de la zona.

En el desayuno previo al foro, una funcionaria de la Reserva afirmó que la palma generaba ingresos, pero no comida. Más allá de las afectaciones al agua y los suelos, producto de las raíces de la palma, de las que habló, consideraba que el cultivo no convenía, pues las comunidades estaban perdiendo su seguridad alimentaria. Ese comentario engarzaba bien con algo que la había oído decir semanas antes: «la gente ya no tiene espacios para sembrar maíz, ya no tiene espacios para el ganado. Se está perdiendo todo, toda esa biodiversidad, desde que está ese auge de la palma». El director de la Reserva compartía este punto de vista; de ese modo, durante el desayuno habló con pesar y preocupación de la pérdida de la diversidad agrícola. Hizo también la siguiente observación: «La gente no entiende por qué hay una reserva».

Pronatura Sur reprodujo un posicionamiento similar durante el primer proyecto de estudio y control de la dispersión de la palma en La Encrucijada. Como parte del trabajo, elaboraron un cartel que vi colgado en algunos puntos de La Encrucijada y en las oficinas de la Reserva en Acapetahua. El cartel estaba dividido en dos partes. El lado derecho estaba compuesto por un colaje de fotografías de palma en color ocre. Eran tres imágenes: dos de plantaciones y una de una planta creciendo en condiciones silvestres. Sobre las imágenes aparecía el rótulo «Palma africana», bajo el cual ubicaron la siguiente pregunta: «¿AQUÍ QUÉ COMES?» El lado izquierdo del cartel estaba compuesto por un colaje en colores verdes y amarillos que incluía imágenes de los manglares, de una milpa y de la pesca. Sobre estas fotografías colocaron el rótulo «Manglar y sus servicios», debajo del cual escribieron: «AQUÍ COMES». Ubicaron entre ambas composiciones el siguiente mensaje: «TÚ DECIDES ¿QUÉ FUTURO PREFIERES?». Para esta organización, la palma no solo representaba impactos al medio ambiente, significaba, además, la pérdida de formas de producción tradicionales y compatibles con la conservación.

Las perspectivas ambientalistas casaban mal con la visión de los ejidatarios, para quienes, como ya conté, ni el maíz ni la pesca eran posibles dados los desbordes y el depósito de sedimentos en la zona baja. En el foro, un ejidatario de Xochicalco Viejo volvió a hablar de ello. Se refirió al pasado, cuando vivían del maíz y del melón, de la imposibilidad de sembrar en tiempo de agua, y de la capacidad de la palma para resistir el viento, el agua y hasta el fuego. Y comentó: «La gente tenía que llegar a otros lugares [migrar], buscar con los ricos los pocos trabajos que tenían. Llegó la palma y todos, ahora sí, todos manejando nuestras tierras, gracias a Dios». Nuevamente, se dijo, la alternativa a la palma en la zona baja no era el maíz, la producción de autoconsumo o la pesca, sino migrar o jornalear para los ricos.

Al igual que Ovidio, hubo en el foro quien se reconoció responsable de los cambios ambientales. Por ejemplo, un ejidatario de unos 60 años, originario de Los Cerritos, recordó las especies que solían abundar en la zona, desde casquitos y mapaches hasta pululos (caimanes). Observó entonces: «La palma ha beneficiado mucho, muchísimo a la región, ha mejorado la calidad de vida, pero sí se está dañando los ecosistemas y eso es responsabilidad de todos».

No solo hubo admisiones de responsabilidad, también se hicieron señalamientos. Uno de los ejidatarios parodió a los ingenieros encargados de la Reconversión Productiva: «Siémbrale, siémbrale, que allá entre el manglar cabe, échale». Otro relacionó la presencia de palma en la Reserva con las modificaciones hidrológicas emprendidas por el gobierno, y recordó lo que dijeron los funcionarios de la época: «Vamos a canalizar para que ya no pase el río por la parcela, para que puedas sembrar tu cultivo». Y añadió: «Pero vienen otra vez las inundaciones y pasa por ahí el río. Hay parcelas en la parte de abajo con palma y llega [al manglar], pero, ¿por qué? Porque no se hizo un buen manejo en esas famosas canalizaciones». Este comentario se debió, posiblemente, a una presentación que hicimos durante el foro sobre el PRODERITH y sus consecuencias. Nos pareció importante que se discutiera sobre esta intervención dada una experiencia previa que tuvo lugar a principios de año.

En enero de 2017 solicité permiso para participar en la asamblea de Zitihuatl. Se trataba de la segunda vez que hacía una presentación ante la

directiva y los socios de esta organización, esta vez en un salón prefabricado desde cuyas ventanas, cubiertas por mosquiteros, podía observar la extractora de aceite que les pertenecía. En este caso, hablé de la dispersión de la palma hacia los humedales y la respuesta no se hizo esperar. La sala se llenó de murmullos. Pasé, quizás, de ser alguien cercano a sus preocupaciones y puntos de vista a ser un posible aliado de los ambientalistas y, por lo tanto, contrario a ellos. El primero en hablar fue un ejidatario que había sido transportista para el ingenio azucarero ubicado en Huixtla. Molesto, indicó que la causa del problema eran los drenes, y adujo que siempre los acusaban a ellos, mientras que al ingenio «nadie le dice nada». Otro ejidatario culpó del problema al huracán Stan y a otros desastres naturales, que llevaron todas esas semillas a La Encrucijada. Varios acusaron al propio gobierno de repartir plantas sin consideración ambiental alguna. Seguiría entonces una retahíla de comentarios defensivos por parte de los ejidatarios sobre el papel que había tenido la palma en su desarrollo: un ejidatario habló del hambre que pasaron antes de tener palma, y otro de cómo este cultivo le permitió mandar a su hijo a la universidad. Un tercero comparó la palma con el maíz: «Veinte años trabajé el maíz, pero sin resultado».

Los socios de La Primavera, otra cooperativa de ejidatarios que contaba con su propia extractora, pusieron sobre la mesa un ángulo diferente del problema. Fue en un taller que hicimos un mediodía de diciembre en un cuarto en obra negra, húmedo y caliente, que era parte de sus instalaciones. Ubicado en una construcción de block con piso de tierra, tenía una única ventana sin vidrio por la que no llegaba ni pizca de aire. Comenzamos preguntando sobre el maíz, y en cierta forma sobre la soberanía alimentaria. «No, mire», dijo uno de los presentes, «yo le diría que para comer sí, para comer tengo que sembrar maíz. Porque no tiene caso, si somos del campo, o yo vivo en el rancho, y no siembro maíz, entonces me dicen, ranchero sin milpa o sin maíz». «¡Compra maíz!», exclamó otro de los participantes, lo que ocasionó las risas de sus compañeros. «Me daría pena», continuó el señor, «ir con mi morralito a comprar maíz al pueblo y traerlo, y venir cargando huevo. Siento que ahí podemos echarle ganas». Mi pareja, encargada de la realización del taller, preguntó entonces si era común sembrar maíz. «Es común», intervino uno. «El que sea campesino», aclaró otro.

Los participantes dejaron en claro la importancia que tenía el maíz, tanto para ahorrarse el costo de comprar comida como para acceder a ciertos alimentos tradicionales como son las tortillas hechas a mano, el picte (tamal de elote), el pozol y el atol. Aunque no todos estuvieron de acuerdo, uno de los presentes replicó que el asunto era económico y que prefería comprar tortillas de Maseca (harina industrial de maíz), pues sembrar milpa no era negocio. «Quiero opinar», dijo poco después otro de los socios con la mano levantada, «quiero opinar». Este ejidatario explicó la importancia que tenía el maíz para alimentar a pollos, marranos y guajolotes. Y agregó: «Ora, si tiene la tierra, que la cultive, para eso es, para los que la trabajan». Varios asintieron ante lo que era una clara referencia agrarista.

Muchos de los presentes en el taller vivían en la zona media, lejos del área inundable, pero hubo quien habló de la situación de la zona baja y de las causas de la dispersión. Fue un habitante del ejido 15 de Abril: «Cuando el ejido fue entregado, el gobierno, la Reforma Agraria, entregó [tierras], agarrando, ahora sí, hasta manglares, allá metió las parcelas. La Reserva vino mucho después». El ejido fue dotado de tierras el 26 de agosto de 1987¹ y la Reserva decretada el 6 de junio de 1995.² Sobre el gobierno, este ejidatario dijo:

Él nos entregó el terreno. Después vino a formar la Reserva ecológica, después nos trae el cultivo de palma. El gobierno ha sido todo eso que... ha querido, tal vez un beneficio, tal vez, para nosotros, pero entre todo ese beneficio la ha venido regando también [risas].

Lo dicho por este ejidatario encuentra respaldo en documentos oficiales. Un estudio de 2014 indica que la Secretaría de la Reforma Agraria dotó de 6 801 hectáreas a 15 ejidos en lo que después habría de ser la zona

¹ «RESOLUCIÓN sobre dotación de tierras, solicitada por vecinos del poblado denominado 15 de Abril, Municipio de Acapetagua, Chis.», *Diario Oficial de la Federación*, 26 de agosto de 1987.

² «DECRETO por el que se declara área natural protegida con el carácter de reserva de la biosfera, la zona conocida como La Encrucijada, ubicada en los municipios de Mazatán, Huixtla, Villa Comaltitlán, Acapetagua, Mapastepec y Pijijiapan, Chis., con una superficie de 144 868-15-87,5 hectáreas», *Diario Oficial de la Federación*, 6 de junio de 1995.

núcleo de La Encrucijada.³ Es por ello que la Reserva inició el proceso administrativo para modificar la zona núcleo en 2015;⁴ se buscaba armonizar la delimitación de La Reserva con la realidad agraria preexistente. Tras su comentario, el ejidatario lanzó la siguiente advertencia: «ahí tenemos un tope, nosotros y ellos [la Reserva]. Y ahí, a ver quién va a poder más».

A los funcionarios tampoco se les escapaban las contradicciones que se dieron en las políticas que se implementaron en la zona baja. Aquella ingeniera de la Ciudad de México que trabajó como técnica en el PRODERITH habló de las dotaciones de tierra en la zona baja. Lo hizo en la oficina de su casa, en Escuintla. Explicó que la Secretaría de la Reforma Agraria entregó tierra incluso más allá de la cota cinco. Se refería a la línea que indica dónde comienzan los terrenos que están a menos de cinco metros sobre el nivel del mar: «Ahí metieron a la población, ahora los quieren sacar y no quieren salir». Por su parte, el ingeniero de la CONAGUA recordó que les advirtieron que no debían hacer obras más allá de dicha cota por ser zonas particularmente inundables, advertencia que desoyeron en un principio. «Pero», dijo, «la Reforma Agraria repartió terrenos, luz eléctrica, caminos... uno no se da cuenta cuándo llega a la zona de amortiguamiento [de la Reserva]». Y añadió: «La cota cinco es un mito».

En 2018, el personal de la Reserva se encontraba en un callejón sin salida. Desconfiaban de las empresas productoras de palma y habían evitado asociarse tanto con el sector palmero como con sus esquemas de certificación. Recalaron que su preocupación no tenía que ver con la sustentabilidad del sector, sino con la conservación de La Encrucijada, y que temían, además, las críticas de las organizaciones ambientalistas, con las que tampoco comulgaban. «Podemos tirar garrotazos [a la palma], pero no va a caer», afirmó el director de la Reserva, quien ya no tenía dudas

³ «Estudio sobre la Tenencia de la Tierra en la Reserva de la Biosfera La Encrucijada», Roger Heli Díaz Guillén, Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, 2014. Agradezco a personal de la Reserva de la Biosfera La Encrucijada por haberme facilitado este documento.

⁴ «Estudio previo justificativo para la modificación de la declaratoria de la Reserva de la Biosfera La Encrucijada», Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, 2015, en <<https://iefectividad.conanp.gob.mx/i-efectividad/doc19591620170829130320.pdf>>, [consulta: 11/10/2022].

sobre la fortaleza económica del cultivo y el ingreso que generaba en las comunidades, lo que hacía el problema todavía más complejo. Añadió que era importante dar la oportunidad a los pequeños productores de «remediar» sus impactos. ¿Cómo? No estaba del todo claro.

La Reserva no contaba con presupuesto suficiente para hacer recorridos y mucho menos para erradicar las plantas de palma; tampoco disponían del apoyo de otras instituciones. A pesar de su creación en 1995, tanto la Secretaría de Agricultura como el gobierno estatal habían repartido palma en el interior de La Encrucijada, incluso en la zona núcleo, sin tener en cuenta el plan de manejo de la Reserva. En una reunión, escuché a un trabajador de la Reserva hacer la siguiente afirmación: «El gobierno del estado todo lo que ve plano, lo ve con potencial para sembrarlo de palma». Se refería en este caso a la Reconversión Productiva, programa que, según su padrón de beneficiarios, repartió 912 hectáreas de palma en ejidos de la zona núcleo. De hecho, esto es algo que pude constatar durante el trabajo de campo.

En 2011 visité el ejido El Palmarcito. Llegué un día después de que se presentara un técnico de la Reconversión Productiva para verificar la siembra de palma. Un joven me señaló la rivera opuesta del río, cubierta de manglares: «Supuestamente ahí está el manglar. Y en medio está la isla. Ahí en medio se siembra». Con el término isla no se refería a áreas que, por su altitud, permanecían secas en época de lluvias, sino a verdaderos islotes ubicados en los esteros y que muchos ejidatarios emplean para la siembra de maíz y la cría de ganado. Él y su padre habían desmontado el manglar para sembrar palma. El técnico verificó la existencia de dicha plantación pasando por alto que deforestaron parte del manglar, un cambio de uso suelo ilegal a todas luces. A decir del personal de la Reserva, este tipo de siembras podía ser objeto de denuncia ante la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente (PROFEPA), pero las denuncias rara vez daban resultado. «Nosotros estamos cansados, cansados, cansados de denunciar», dijo con desánimo uno de los funcionarios de La Encrucijada al respecto.

Ante este panorama, el personal de la Reserva comenzó a considerar la certificación de la Mesa Redonda para el Aceite de Palma Sustentable

(RSPO, por sus siglas en inglés) como su única salida. La RSPO es un mecanismo que otorga un sello de sustentabilidad a los productores que cumplen con ciertas normas, como son el respeto de la legislación ambiental y, en particular, la conservación de los ecosistemas protegidos. De hecho, en reuniones con la Reserva, escuché a representantes de empresas y cooperativas afirmar que dejarían de comprar fruta a los ejidatarios que estuvieran en la zona núcleo y no cumplieran con la regulación de La Encrucijada. No querían poner en riesgo su certificación.

En enero de 2018, The Forest Trust —organización no gubernamental dedicada a verificar la sustentabilidad de diferentes cadenas de valor de productos tropicales— hizo una primera visita a la Costa. Fue contratada por la Nestlé para evaluar la sustentabilidad de una de sus empresas proveedoras de aceite de palma. Un año después, ya rebautizada como Earthworm Foundation y con personal en la Costa, publicó un video sobre el problema de la dispersión en La Encrucijada. Muy en sintonía con la perspectiva de la Reserva y de algunos ambientalistas, en el video se hablaba de la necesidad de concientizar a los pequeños productores sobre los estándares medioambientales y el cuidado del entorno. Al igual que las empresas y cooperativas que prometieran dejar de comprar fruto a los ejidatarios, esta organización consideraba que el problema tenía que ver con los pequeños productores. Obviaban de esta manera el papel que la propia empresa que evaluaron había jugado en generar el problema de la dispersión.

En 2013, un funcionario de la Reserva me mostró varias fotos. En algunas, aparecía un Caterpillar estableciendo drenes en pleno humedal; en otras se veían hileras de palma recién sembradas en un humedal de tular y popal. Las fotos, fechadas el 4 de febrero de 2011, daban cuenta del establecimiento de una plantación de palma de 260 hectáreas por parte de una empresa de capital nacional. Se trataba de un predio titulado como propiedad privada ubicado cerca del ejido Xochicalco Viejo, en la extinta pampa del Maragato, a dos kilómetros de la zona núcleo. Dada su ubicación y la presencia del humedal, el predio no podía ser reconvertido a palma de aceite. La Reserva procedió con una denuncia ante la PROFEPA, lo que, según un funcionario de La Encrucijada, derivó en una simple «advertencia» a la empresa.

La empresa detuvo la plantación, aunque no por la denuncia hecha por la Reserva ante la PROFEPA, sino porque, según dijo un trabajador de la propia compañía, las inundaciones hicieron imposible la producción. La empresa dejó 260 hectáreas de palma abandonadas en zona de humedales, lo que se constituyó en un importante foco de dispersión de semillas a la zona baja. Esta plantación no aparece en las declaraciones que la empresa hizo a la RSPO y no está, por lo tanto, sujeta a evaluación. Si bien muchos ambientalistas insisten en el papel que juegan los ejidatarios y las comunidades en la dispersión, y en la importancia de concientizarlos, pocos se refieren a la función que desempeñan los propietarios y las empresas.

La importancia de los propietarios en la dispersión de la palma hacia los humedales es evidente si tenemos en cuenta la superficie de este cultivo según la tenencia de la tierra. El 46 % de la palma en la Costa se encuentra bajo propiedad privada, porción donde se ubicaron 62 % de los desbordes identificados, los cuales contribuyen a la dispersión de la semilla de palma. A esto hay que sumar los datos de un estudio sobre tenencia de la tierra en La Encrucijada: 39 predios titulados como propiedad privada en la zona núcleo, que suman un total de 988 hectáreas. Es posible que varios de estos predios tengan palma de aceite.⁵ El documento reporta, además, la presencia de 5 034 hectáreas ocupadas de forma irregular en el interior de la zona núcleo. Se trata de «invasiones», como suelen llamarlas los funcionarios, muchas de ellas por parte de campesinos, pero también hay propietarios privados involucrados.

En 2019, la CONANP nombró a un nuevo director para La Encrucijada. Algunos de los funcionarios de la Reserva me comentaron entonces que la nueva dirección no veía con buenos ojos el diálogo con los palmeros. Además, una de las primeras acciones que emprendió el nuevo director fue participar en el desalojo de Los Patos y 14 de Diciembre, dos comunidades irregulares ubicadas en el interior de la Reserva, una de las cuales contaba con palma. En el comunicado de prensa en que se reportaba el desalojo se acusaba a las comunidades involucradas de «graves afectaciones a la actividad pesquera de la región a causa de la introducción de especies

⁵ «Estudio sobre la Tenencia de la Tierra en la Reserva de la Biosfera La Encrucijada», Roger Heli Díaz Guillén, Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, 2014.

exóticas, rellenos y remoción de vegetación».⁶ El problema seguía siendo, al fin y al cabo, que los campesinos y los ejidatarios, así como sus cultivos, estaban donde no debían.

*

Un mapa de la Comisión Nacional de Irrigación muestra los primeros planes para modificar la zona baja. Data de junio de 1942.⁷ Los ríos Despoblado y Huixtla aparecen canalizados y el siguiente rótulo se sobrepone a parte de los humedales: ZONA QUE SE INUNDA EN ESTACIÓN LLUVIOSA SUSCEPTIBLE DE APROVECHARSE. En su informe de 1971, el gobernador Manuel Velasco hizo la siguiente afirmación: «Se está ya impulsando el desarrollo económico de pueblos ribereños que incrédulos han visto surgir la infraestructura de las comunicaciones y la oportunidad de incorporarse a medios superiores de vida».⁸ Y agregó: «Por eso no se escatiman esfuerzos para luchar contra la naturaleza e ir, de lleno, al rescate de quienes consideraron vivir por siempre en un medio social infrahumano». Según tanto el mapa de la Comisión Nacional de Irrigación como el gobernador Manuel Velasco, la Costa debía ser transformada en aras de la modernidad y el desarrollo, y a expensas de los humedales. Una de las pocas voces discordantes fue la del naturalista Miguel Álvarez del Toro, quien consideraba que la intervención era un «verdadero disparate», e hizo la siguiente observación: «Siempre la testarudez y falta de visión de los políticos lado a lado con la ambición de los agricultores y la ignorancia de los campesinos» (Álvarez del Toro 1990:321). Los funcionarios en la actualidad recuerdan

⁶ «Se recuperan 911 hectáreas invadidas en la Reserva de la Biosfera La Encrucijada, Chiapas», Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas, 20 de enero de 2020, en <<https://www.gob.mx/conanp/se-recuperan-911-hectareas-invadidas-en-la-reserva-de-la-biosfera-la-encrucijada-chiapas-23222294>>, [consulta: 11/10/2022].

⁷ «Plano de terrenos nacionales frente a Huixtla», Comisión Nacional de Irrigación, junio de 1942 (Mapoteca Orozco y Berra, Colección Archivo Técnico General (1877-1960), Código clasificador CGF.CHIS.M2V6, Ciudad de México). Agradezco a Sara Barrasa por darme a conocer este mapa.

⁸ «Primer Informe de Gobierno», Manuel Velasco Suárez, Tuxtla Gutiérrez, noviembre 1 de 1971, p. 70 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

bien la última parte de esta oración, pero parecen reacios a considerar la primera parte.

Más que causa de la degradación de la zona baja, resultado de la falta de conciencia de sus pobladores, la palma pareciera ser la conclusión de un proceso histórico de más largo alcance que ha involucrado una transformación drástica del paisaje hidrológico con profundas implicaciones sociales y ambientales. Las propias cualidades de la planta han jugado un papel importante en dicho proceso; su capacidad para sobrevivir las inundaciones, además del éxito en la región de las lógicas modernizadoras impulsadas desde el Estado, han favorecido la expansión de este cultivo. Desde este punto de vista, la materialidad es un ingrediente clave para explicar el éxito que ha tenido la palma en determinadas regiones del estado de Chiapas; hecho, además, que está lejos de ser transparente.

Gramsci nunca puso en duda la existencia de un mundo externo, aunque no dio por hecho que nuestro conocimiento al respecto estuviera libre de equívocos. Así, a partir de una frase de Bertrand Russell, exponente del positivismo, discute en el séptimo de sus cuadernos de la cárcel sobre los términos Este y Oeste: «estas referencias son reales, corresponden a hechos reales, permiten viajar por tierra y mar y llegar exactamente adonde se había planeado llegar, prever el futuro, ‘objetivar la realidad’, comprender la ‘objetividad real del mundo externo’» (Gramsci 1984:164). Pero de Este y Oeste advertía lo siguiente:

... no dejan de ser «objetivamente reales», si bien en el análisis demuestran no ser más que una «construcción convencional» o sea «histórico-cultural» [...] construcciones convencionales e históricas no del hombre en general, sino de las clases culturales europeas, que a través de su hegemonía las han hecho aceptar en todo el mundo (Gramsci 1984:163).

Desde este punto de vista, la objetividad está sujeta al influjo tanto de las necesidades prácticas como de las relaciones de poder. Lo que supone la palma en la zona baja para ejidatarios como don Primitivo poco tiene que ver con la postura de los ambientalistas, quienes tienen sus propias necesidades prácticas. Pero, además, este conocimiento tiene una dimensión política: se rige por la necesidad de pensar, ordenar y transformar el

mundo de una cierta manera. Los funcionarios en Chiapas suelen presentar un relato de los problemas de la zona baja que los exime de responsabilidad y que tiende a culpar a los propios habitantes del lugar. Esta lógica encuentra, quizás, su mejor expresión en la acusación a la comunidad irregular de Los Patos que, curiosamente, constituía un muy buen resumen de todos los problemas generados por la propia intervención estatal. Al tiempo que anunciaba los problemas, la denuncia de la CONANP contribuía a ocultar sus causas históricas, y dejaba en el aire uno de los elementos más importantes: ¿por qué hay campesinos en las áreas inundables? Esta pregunta tiene que ver con la historia agraria de la costa de Chiapas, sin la cual no puede comprenderse la presencia de los ejidatarios y de la palma en el camino del agua.

Don Abel

Abel señala la palma africana que Gilberto y yo podemos ver a la distancia y observa: «Tiene más de 50 años». La palma se encuentra pasado el camino de ingreso a la finca y tras un lote baldío repleto de monte de hoja ancha, signo de humedad. Para entonces ya había leído que en esta propiedad se produjo plátano antes de que hubiera palma. «Sí, aquí tren había», confirma Abel, «cuando se sacaba todo el producto del banano, el tren lo sacaba. Había trenecillos pequeños para conducirlo al grande, pero en eso cambió de dueño el terreno y compró Juan Bernstorff». Utiliza el término centroamericano para referirse a este cultivo: «banano» en lugar de «plátano», de uso común en la Costa, y menciona por su nombre al migrante alemán que compró La Lima e hizo la primera siembra de palma en Chiapas. Abel, quien fue por muchos años caporal de la finca, recuerda el momento: «Nosotros fuimos a sembrar las palmeras que vino». Según sus palabras, llegaron «en nuez», es decir, en semilla. «Aquí», dice poco después, «todo lo que se hizo para producir palma, nosotros lo hicimos. Vinieron ingenieros de otras naciones a prepararnos y nos quedamos a hacerlo nosotros». Con siete décadas de vida a sus espaldas, la historia de Abel es en cierta forma la historia de la palma y de la finca La Lima.

Habla de las primeras plantas que sembraron y cuenta que cuando crecía la mata se le debían quitar las flores, parecidas, en una planta adulta, a un manojo de elotes. Y agrega: «Por eso muchas palmeras se han perdido aquí, no tienen vida». Argumenta que si no se castran, las plantas son menos productivas, pero puntualiza: «Las primeras flores que vienen se sacan solo y cuando la palmita viene pequeñita. No le toque usted una penca,

es su follaje, es su cuerpo de la palma». Los ingenieros que los asesoraron equipararon la palma con un cuerpo humano, y por su delicadeza, la palma de vivero con el cuerpo de una mujer, y en concreto, con la esposa de aquellos trabajadores. «Entonces», dice, «ahí principia la enseñanza de la palma».

Abel platica de la palma con amor por los detalles y explica que la planta sin flores no gasta energía y se robustece. Si se podan las hojas cuando está pequeña, en lugar de ganar peso se eleva y ya no da fruto, aunque aclara que una vez que ha crecido hay que podarla tras la cosecha: «Si usted le deja la penca vieja, después de sacar el racimo, esa penca vieja está agarrando el alimento de la mata». Abel advierte que de no podarse cuando la planta es productiva, «flaquece la fruta».

«Nosotros», prosigue, «cuando producimos ya la fruta, procesamos fruta que fue de cinco kilos». Ese fue el peso de los primeros frutos que cosecharon, hirvieron y exprimieron para obtener el aceite crudo de palma, cuyo color rojo es inconfundible y que en México rara vez puede verse, pues suele ser solo un ingrediente más en los alimentos industriales. Añade: «Ahorita, o sea, llegamos a cosechar fruta de hasta 85 kilos». Cuenta que no se recoge buena parte de la fruta por la edad de las palmeras, cuando antes había cuadrillas de laceros capaces de cosechar a la altura que fuese, aunque estos, se lamenta, ya no están; se fueron a la Ciudad de México y a Estados Unidos. Explica de los laceros que unos subían con escalera y otros con sogas, y una vez encaramados arriba cortaban el fruto a machete. Ahora la cosecha se hace desde el piso y a cuchilla empleando el palo malayo, una hoz a la que se le puede unir una o dos pértigas de aluminio. El límite de la cosecha se encuentra alrededor de los 12 metros de altura. Si bien la palma puede vivir hasta 100 años y no deja de producir, el problema es que tras 25 años alcanza una altura tal que la cosecha es imposible, además de que disminuye su productividad. Es entonces cuando se suelen secar las palmas a base de inyecciones de Furadán u otro insecticida, lo que confiere a las plantaciones un aspecto extraño. Caídas las hojas secas, queda un bosque de fustes sin copas que, poco a poco, se desmorona y en medio del cual crece la palma nueva.

«Pues ahorita», observa Abel, «no hay muchos trabajadores». Explica que el patrón está pensando hacer una casa grande y traer «gente internacional» (trabajadores centroamericanos) para que trabajen en la finca, aunque nos advierte que se les debe enseñar a cortar y levantar la fruta «porque esta es pura espina, pues». Es claro que la finca ha visto mejores días. El camino de ingreso, una galería de amates y palmas reales con piso de terracería y piedras de río, transitada por tractores y camiones de volteo, da paso a un claro bordeado de zacate y palma sobre el que cuelgan los cables de alta tensión que proveen de electricidad a La Lima. Al llegar al portón de ingreso, una enorme plancha de fierro sobre rieles, solo un grupo de perros responde a nuestros gritos de saludo. Desde la entrada podemos observar los vehículos viejos que pueblan un patio desierto, momento en el cual Abel sale de entre unos arbustos. Su casa, oculta entre la vegetación, está ubicada cerca de las bardas que rodean la residencia donde viven los dueños. Desde donde estamos podemos ver parte de la plantación, enmontada. Pregunto al respecto. «Porque no hay gente», responde Abel, quien explica que en la finca trabajan unas 10 personas, dos o tres veces por semana, aunque observa sobre los ingresos, «pero sí deja, la palmera deja».

«Ya vamos a sembrar», dice de los planes para el futuro, «porque aquí había ganado, pero ya se sacó el ganado porque se va a sembrar palmera nueva todo». Resulta difícil creer tales afirmaciones, incluso que alguien trabaje en La Lima: es miércoles y el lugar está desierto. Pero más que del futuro, Abel habla del pasado: «yo desempeñé cuatro carreras, yo le trabajo a usted el hule, de injerto [...]; le trabajo en café, e injertación también, y le trabajo en banano y le trabajo usted la palma». Originario de Tenejapa, una comunidad tseltal de los Altos de Chiapas, su papá lo dejó trabajando como jornalero en el banano a la edad de ocho años, y después ya no quiso regresar con su familia.

«Era de oro, don Juan», dice Abel. A más de 30 años de su muerte, habla de él con admiración y hasta idolatría. Explica que trajo mucho conocimiento y teoría de otras naciones, y que trabajó mano a mano con los jornaleros y los caporales. «Que ese hombre viviera», dice con nostalgia, «ya qué tiempo tiene que hubiera arreglado esto». Según Abel hizo todo

en La Lima en un abrir y cerrar de ojos. Fue dueño, además, de varias propiedades, la mayoría ubicadas en la vecina Sierra Madre y dedicadas a la producción de café. «Finconas», añade con admiración, refiriéndose a estas más que por su superficie, por el estado productivo en que se encontraban.

«Yo conozco todo», dice Abel de las propiedades que fueron de Juan Bernstorff. Relata cómo, bajo su guía, aprendió del café y otros cultivos, y que incluso lo envió a capacitaciones a Centroamérica con todos los gastos pagados. «Él me preparó a mí» y «él me dio todo», llegó a decir de su patrón, aún lleno de agradecimiento. Y no solo viajaba, trabajaba también en la propiedad que hiciese falta, pero su entrega tuvo importantes costos personales. De las visitas a su casa, dice: «A veces iba yo al mes, a los dos meses, solamente a dejar billete y de una vez me venía en el carro que me dejaba». Cuenta que trabajaba día y noche, pues se encariñó del sueldo, al punto que su esposa lo dejó. «La mujer», observó, «tuvo mucha razón». Se divorciaron y «la ley» le quitó los hijos a la mujer por abandono del hogar y se los entregó a él, una niña y dos varones pequeñitos, a quienes les dio estudios y los enseñó a trabajar. Sus hijos son mecánicos en la Ciudad de México, donde tienen su propio taller; su hija es modista en la misma Costa. Habla de ellos con orgullo.

Volví a encontrar a don Abel pasados siete años, en mayo de 2018, cuando fui a La Lima porque estaba organizando la visita de un grupo de estudiantes de la UNAM que llegarían del centro del país. A mi salida del casco de la finca, lo encontré platicando con mi pareja, quien esperaba en el vehículo. Estaban hablando de los árboles frutales que había sembrado frente a su casa, pero mi pareja no comprendía si era su tierra o no. «Es propiedad», dijo aquel, en referencia a que era propiedad privada y pertenecía a la nieta de Juan Bernstorff. El contraste con mi primera visita era notable. Aún había vehículos arrumbados —tengo, por ejemplo, la fotografía de un vieja Van oxidada, comida por el monte, en cuyo costado se podía ver un anuncio de sopa instantánea de marca Maruchan—, pero el patio lucía más ordenado y había máquinas trabajando. Se oía el eco de martillazos, soldaduras y motores. Llegaban trabajadores con fruta y se vendían pértigas y cuchillas. Además, le estaban construyendo una casa nueva a don Abel, en sustitución de aquella semienterrada por el huracán

Stan. Sus frutales le ofrecían otro aspecto al predio; la casa ya no quedaba oculta tras una maraña de arbustos y monte. No creí que el futuro del que me había hablado en aquella primera ocasión fuera a hacerse realidad.

Le hablé de mi primera visita, pero tengo la impresión, quizás equivocada, de que me confundía con alguien más. Me llamó inge y se alegró de mi regreso. «En este trabajo hacen falta hombres de suficiencia», afirmó entonces sobre la plantación. Hace falta, se explicó ante mi confusión, gente que sea trabajadora y honesta. En esta segunda ocasión, volvió a hablar del pasado y de sus capacitaciones «en cuatro cultivos», pero se explayó sobre la cuestión laboral. Platicó de los trabajadores indígenas de los Altos de Chiapas que recibía en las fincas de café, y de los que dijo que «no eran buenas gentes». Tras tantos años en la Costa, nada parecía ya ligarlo a aquel mundo. Le pregunté sobre los trabajadores de la palma: «Aquí están acostumbrados a trabajar. Ellos saben lo que tienen que hacer y están acostumbrados a ganar dinero. Uno nada más va a revisarles el trabajo al final del día». Contó que manejó hasta 1 500 gentes.

Pero a pesar de lo dicho, se refirió también a los problemas que solían presentarse en La Lima. «A mí me invitaban refresco, comida... pero igual, no me fiaba», dijo de los trabajadores, alguno de los cuales llegó a amenazarlo («De aquí vas a salir muerto»). Recordó en particular las quejas de una señora dedicada a regar fertilizante: «Usted no es hombre. Un hombre cuida a la mujer y usted no». Explicó que la señora quería apoyo, pero a costa del patrón, algo inaceptable desde su punto vista. Repitió entonces lo que solía decirles a los jornaleros: «En este trabajo se respeta la legalidad. Esto es lo que hay, y si no quieren, no lo hagan, no hay trabajo para ustedes». Recordaba bien a la señora, quien, en sus palabras, era buena para trabajar a pesar de los brincos que daba, y agregó: «Lo que hace falta para este trabajo es gente de rigor».

Abel habló entonces de la noche en que, al borde de un camino de terracería de los muchos que recorren la planicie costera, encontró a un finquero con el carro descompuesto: «Se le chispó la dirección». Se ofreció a velar el vehículo en lo que el finquero iba por una pieza de repuesto, un proceso que debió tomar algunas horas. Una vez que trajo la pieza fue el propio Abel quien hizo el arreglo. «Se fue feliz», recordó, satisfecho, y

siguió su camino a pie. No dijo más, pero esta anécdota habla del trato deferencial que brindaba a los propietarios y finqueros, y que contrastaba con su actitud cautelosa y exigente hacia los trabajadores. Parecía sentirse más identificado con los primeros que con los segundos.

Como en la ocasión anterior, Abel volvió a hablar del pasado. Hubo quien me dijo, en La Lima, que se le iba «el avión». Quizás fuese cierto, pero no parecía incoherente, sino más que nada, vivir en el pasado, un tiempo que añoraba y que ya no existía. En buena medida, fincas y finqueros habían desaparecido, y quizás Abel consideraba que con ello se había perdido el respeto y la legalidad, e incluso la gente de rigor.

La tierra

Aquí la lucha de clases vive con toda su ruda grandeza, no es una ficción retórica, no es una ampliación de los conceptos científicos como anticipación de fenómenos sociales todavía en germen y en maduración.

GRAMSCI (2013:47)

Los campesinos de Xochicalco Nuevo estaban en dificultades. Habían lbarajado la posibilidad de sembrar picante (chile), marañón o caña de azúcar, pero parte de sus terrenos eran de montaña y el resto bajiales. En los primeros, abundaban árboles como el amate y el totoposte, que podían alcanzar los 30 metros de altura y que aun así eran superados por las ceibas y los guanacastes. Reclamar estos terrenos a la vegetación no era nada fácil, suponía un esfuerzo físico muy considerable o un dinero, que no tenían, para contratar ayudantes. La alternativa no era halagüeña. Los bajiales o terrenos bajos estaban inundados buena parte del año, y muchos se ubicaban cerca del río Despoblado, que se desbordaba en tiempo de lluvias. Tenían tierra, pero no la forma de hacerla producir. Fue entonces, a principios de la década de 1990, cuando los funcionarios del gobierno los animaron a sembrar palma africana. Cerca de ahí, al otro lado del río y en el mismo municipio de Villa Comaltitlán, estaba la finca La Lima, donde llevaban décadas produciendo ese cultivo. Decidieron visitarla.

Primitivo Camacho Hidalgo, quien formó parte de la comitiva que fue a La Lima, recuerda que los recibió «el alemán». Se trataba de Everardo Bernstorff Pérez, mexicano de padre alemán y madre tojolabal, y dueño

de la mitad de la finca. Para entonces ya habían ido a Luis Espinosa, el primer ejido en producir palma en la Costa y probablemente en todo México, cuya siembra databa de finales de la década de 1970. Aunque querían cerciorarse, conocían el cultivo; varios habían sido jornaleros en La Lima, tanto para el papá de Everardo (Juan Bernstorff) como para el propio Everardo, para su hermano Bertoldo o para la hija de este último, Liliam Bernstorff Ramos, y su esposo, de ascendencia japonesa, Juan Yamasaki Maza. «Que era muy bueno, que sí nos convenía, que la palma nos convenía», recordó Primitivo que les dijo Everardo sobre el cultivo. Fue así como un grupo de ejidatarios de Xochicalco Nuevo se hicieron palmeros.

El encuentro entre los campesinos de Xochicalco y uno de los dueños de La Lima puede parecer hoy una simple reunión entre productores, pero los rescoldos de una larga lucha agraria que había enfrentado a finqueros o propietarios, como Everardo, con campesinos, como Primitivo, estaban aún calientes. Esta lucha, que comenzó a gestarse con las políticas de reforma agraria del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940), transformó la región para siempre; de ser una zona de fincas, ranchos y terrenos nacionales o baldíos a principios de siglo, contenía ahora numerosos ejidos.

La lucha agraria estuvo más que presente en la reunión de Everardo con los campesinos de Xochicalco. El año en que se reunieron, La Lima aún estaba envuelta en un juicio agrario que podía costarle la propiedad a la familia Bernstorff y se estaban recuperando de una invasión de vecinos de la colonia Saltillito. Los pobladores de Xochicalco Nuevo, que comenzaron a buscar tierra en 1968, seguían enfrascados en un pleito con un puñado de ganaderos. Pero, además, quienes se reunieron ese día no solían reconocerse como productores. Para los propietarios muchos de los campesinos eran «bandidos», pues querían tener lo que no era suyo, mientras que para los campesinos los propietarios eran «los ricos» y cuestionaban su derecho a tener tierra en México por ser de sangre extranjera.

Relato a continuación la historia de la finca La Lima, propiedad pionera en la producción de palma en México, cuyo devenir refleja desafíos productivos, y muy particularmente agrarios. En conversación con Juan Yamasaki, residente en La Lima desde 1986 y durante más de tres décadas, este dijo, con su ímpetu habitual: «Una batalla de tres generaciones y

estamos llegando a la quinta». Entre estas generaciones destaca la de Juan Bernstorff, el fundador de La Lima. Pero no solo los propietarios dieron la batalla, también cuento la historia de Xochicalco Nuevo, ejido productor de palma, para ilustrar el otro lado de la moneda: la lucha de los campesinos por dejar de ser jornaleros y convertirse en productores de pleno derecho, y que, en palabras de Primitivo, fue por «la necesidad que teníamos de un patrimonio, pues. Y empezamos a luchar. Mire, a luchar, a luchar». Tres veces dijo la palabra luchar, tratando quizás de reflejar los mil y un obstáculos que enfrentaron para hacerse de un pedazo de tierra. Así, ser palmero en la Costa está íntimamente vinculado con la historia de la lucha por la tierra, ya sea por tenerla o por defender su posesión.

Antes de comenzar, quisiera hacer notar que buena parte de lo escrito sobre los conflictos agrarios en el Soconusco —aquella porción de la Costa y la Sierra colindante con Guatemala— se centra en la zona cafetalera, ubicada en la Sierra Madre, durante las décadas de 1930 y 1940. Ahí es donde pone especialmente atención María Eugenia Reyes Ramos en su libro *Conflicto agrario en Chiapas* (2002) o Dolores París Pombo en su artículo titulado «Sindicalismo agrario e indigenismo laboral en el Soconusco, Chiapas» (2006). Sabemos menos de las luchas que tuvieron lugar en las décadas de 1970 y 1980 en las llanuras costeras. La historia de La Lima y Xochicalco arroja luz sobre lo sucedido en la Costa, historia cuyo legado sigue configurando la expansión de la palma en México.

*

Según la nieta de Juan Bernstorff, su abuelo adquirió el primer predio de la que sería la finca La Lima en 1946 o 1948. A pesar de los años transcurridos, la información proporcionada por Liliam Bernstorff era bastante precisa. La escritura pública indica que la compra de La Lima Fracción 1 data del 21 de mayo de 1947.¹ Otro documento de la época, un certificado que impedía que el predio fuera afectado (entregado a campesinos) por cumplir con los requisitos del Código Agrario, revela su contenido. En

¹ Escritura del predio La Lima Fracción I, registro 48, sección primera, Huixtla, 9 de octubre de 1957 (Registro Público de la Propiedad, Huixtla).

1948, La Lima tenía 111 hectáreas, 50 de las cuales correspondían a «plantaciones ordenadas de plátano».² El predio se ubicaba en el área de producción bananera que, si bien se concentraba en Acapetahua, se extendía a lo largo de las vías del Ferrocarril Panamericano desde Mapastepec hasta la frontera con Guatemala sobre el río Suchiate. Es poco claro si cuando Juan Bernstorff compró La Lima contaba con plátano o no, pero para principios de la década de 1950 decidió deshacerse de este cultivo. El sector estaba en crisis, producto de la llegada de dos hongos que, dada la reforma agraria y el estallido de la segunda guerra mundial, resultaron devastadores. Esta crisis, entrelazada con la historia de Juan y su hermano Cristian, marcó el nacimiento de La Lima.

En la sala de su casa, ubicada junto a una nave industrial repleta de maquinaria, Liliam me dio a conocer el nombre completo de su abuelo: Johann Hartwig von Bernstorff. De cabello entrecano hasta el mentón y erguida sobre su asiento, tuvo que deletrear parte del nombre para que pudiera anotarlo en mi cuaderno. Nombre en mano, me dediqué a rastrear su origen familiar. Encontré algo de información en los archivos alemanes en línea: su apellido aparecía en viejas actas de nacimiento. Di también con información sobre un medio hermano suyo, Georg Ernst Graf von Bernstorff, quien fue servidor público y político de un partido regional, y que perdió todos sus cargos con la llegada de Adolf Hitler al poder. Pero no pude saber más sobre el abuelo de Liliam sino hasta que encontré una página web elaborada por la familia Von Bernstorff.³

Johann fue el penúltimo de los seis hijos que tuvieron Alma von Wangenheim y Berthold von Bernstorff, ambos provenientes de familias aristocráticas dedicadas a la política. Su padre, Berthold, ingeniero forestal y terrateniente, se casó con Alma luego de enviudar de su primera mujer. Johann nació en 1902 y llegó a México en 1921,⁴ con 19 años. Cuenta la

² «ACUERDO sobre inafectabilidad del lote número 1 de La Lima, en Pueblo Nuevo, Comaltitlán, Chis.», *Diario Oficial de la Federación*, 27 de diciembre de 1950, p. 11.

³ Árbol genealógico de la familia Bernstorff, en <<https://vonbernstorff.net>> [consulta: 11/06/2019].

⁴ Carta de Juan Bernstorff al secretario de Gobernación, Tapachula, 7 de enero de 1943 (AGN, Secretaría de Gobernación Siglo xx, caja 0342, exp. 003, Ciudad de México).

épica familiar que arribó al puerto de Veracruz con tan solo «un baúl y una escopeta» y que había dejado Alemania en busca de oportunidades, pues, de acuerdo con la tradición del mayorazgo, el padre había dejado todos sus bienes al primogénito, Ernst. Llegó en busca de un hermano mayor, Christian Andreas, entonces de 32 años, quien vivía en el Soconusco desde 1909 y había llegado a México con la suma de 20 000 pesos.⁵

Christian, quien habría de perder la hache de su nombre al nacionalizarse mexicano, fue, quizás, un alemán atípico. Como la mayor parte de sus compatriotas, se dedicó en un principio a la producción de café en la Sierra Madre, negocio vinculado con casas comerciales alemanas, las cuales ofrecían crédito a cambio de fruta. Comenzó trabajando en la finca San Antonio Chicharras y en 1914 compró en Huixtla una pequeña finca de café llamada El Fuerte de Guadalupe,⁶ pero acabó apostándole a la agricultura en la llanura costera. El jefe de la oficina de Hacienda de Tapachula escribió de Cristian Bernstorff que «en 1929 se consagró enteramente al cultivo de plátano, actividad que continúa hasta la fecha».⁷ Fue en ese año cuando Cristian compró El Alcázar,⁸ propiedad ubicada en Acapetahua. A diferencia del café, que contaba ya con tradición como cultivo comercial en la zona, el plátano era reciente, pero estaba resultando prometedor. Así, Cristian cambió el fresco de la Sierra por el intensísimo calor de la Costa.

Según consta en un informe elaborado por un par de agrónomos del Departamento de Agricultura de Estados Unidos, Fred A. Motz y Lester D. Mallory (1944), la producción de banano no era una empresa fácil. Los predios debían ser deforestados y la lucha contra el monte era una constante. Los caminos eran de herradura (estrechos, sin pavimentar) o de brecha (trazos en el lodo, resultado del paso de personas y ganado), muchos

⁵ Informe del presidente municipal de Huixtla dirigido al secretario de Gobernación, Tiburcio Paz, Huixtla, 19 de agosto de 1929 (AGN, Dirección General de Gobierno, caja 39, exp. 51, Ciudad de México). Agradezco a Justus Fenner por proporcionarme el documento.

⁶ Constancia de buena conducta, Tránsito B. Zamora, Huixtla, 17 de abril de 1943 (AGN, Secretaría de Gobernación Siglo xx, caja 0342, exp. 001, Ciudad de México).

⁷ Constancia de buena conducta, Ing. Luis G. Garfias, Tapachula, 21 de mayo de 1943 (AGN, Secretaría de Gobernación Siglo xx, caja 0342, exp. 001, Ciudad de México).

⁸ Carta de Cristian Bernstorff al secretario de Gobernación, Tapachula, 30 de abril de 1943 (AGN, Secretaría de Gobernación Siglo xx, caja 0342, exp. 001, Ciudad de México).

intransitables en época de lluvias. Sin caminos asfaltados, la dependencia del ferrocarril era absoluta, al punto que los predios ubicados lejos de las vías del tren no podían ser explotados. Ya en la estación, el plátano se embarcaba rumbo a la capital del país para su venta en el mercado de la Merced o se cargaba en vagones frigoríficos destinados al puerto de Coatzacoalcos, en el Golfo de México, para su embarque a Estados Unidos.

Además de caminos, faltaba el agua. Aunque la temporada de secas era breve, pues corría de principios de diciembre a mediados de abril, el informe estadounidense indica que el banano sufría por falta de agua, de modo que muchos productores solicitaban permisos a la Federación para regar sus cultivos con agua de río. De hecho, en 1936, el gobierno mexicano otorgó a la Sociedad Hermanos Bernstorff la posibilidad de desviar parte de las «aguas mansas» del río Nancinapa hacia El Alcázar.⁹ El documento revela que Cristian y Juan trabajaban juntos en la producción de plátano. En el permiso de riego se indica, además, que El Alcázar tenía 50 hectáreas y estaba situado a poco más de un kilómetro de las vías del ferrocarril. Ese mismo año comenzaron los problemas para el plátano.

A mediados de la década de 1930 se detectaron en Chiapas dos de los males que, tras acabar con la competencia, habían permitido a la industria mexicana del plátano ocupar una posición significativa en el mercado de Estados Unidos. En 1936, Moisés de la Peña (1951) indica que se registró la presencia del Mal de Panamá en el centro del estado de Chiapas y poco después en tres fincas de la Costa. Se trataba de una enfermedad producida por un hongo inofensivo que se volvía particularmente virulento en contacto con las plantaciones de roatán, la única variedad comercial de plátano de la época. Poco después, en 1938 o 1939 según la fuente, llegó la sigatoka amarilla. El Mal de Panamá, producido por el hongo *Fusarium Oxysporum f.sp. cubense*, era incurable; la sigatoka, producida por el hongo *Mycosphaerella*, conocida en la zona como chamusco por el aspecto quemado que adquirían las hojas, no lo era, aunque reducía la producción de forma significativa.

⁹ «SOLICITUD de la Sociedad Civil Bernstorff Hermanos para utilizar aguas del río Nancinapa, en el Estado de Chiapas», *Diario Oficial de la Federación*, 17 de noviembre de 1936, p. 2.

El clima político no jugó a favor de los productores, en su mayoría propietarios. La llegada de Lázaro Cárdenas a la Presidencia de México en diciembre de 1934 transformó las prioridades políticas del gobierno. Al igual que sus antecesores, este gobierno tenía por objetivo modernizar al campo mexicano, pero su propuesta de cómo lograrlo difería radicalmente de quienes lo precedieron. En su campaña electoral, Cárdenas plasmó su visión en un puñado de oraciones:

En contra de la decadente unidad económica de la hacienda, debemos construir el ejido; en contra de la unión espiritual del fanatismo, debe erigirse la escuela moderna; y en contra de la sociedad capitalista, llena hasta la saciedad de egoísmo, y en bancarrota ante el mundo todo, deben establecerse las cooperativas de obreros (Escárcega 1990:27).

Cárdenas consideraba las haciendas, y por lo tanto el latifundismo, como el gran obstáculo para la modernización rural. De este último dijo que se basaba «en la explotación del esfuerzo, más que en el aprovechamiento de los campos» (Escobar 1990:192). La modernización de la agricultura mexicana pasaba, entonces, por la transformación de la estructura agraria; las haciendas debían convertirse en ejidos, al tiempo que se respetaba la pequeña propiedad privada, pero siempre y cuando fuera productiva. Actuó en consecuencia.

Entre 1935 y 1937, el Departamento Agrario se abocó a ejecutar resoluciones agrarias pendientes en la Costa. Según información del Padrón e Historial de Núcleos Agrarios del Registro Agrario Nacional, fueron 25 y supusieron el reparto de 20 903 hectáreas a campesinos solicitantes. En 1938 comenzaron las afectaciones agrarias de aquellas propiedades que superaban los límites de superficie impuestos por el Código Agrario de 1934 (150 hectáreas bajo riego y 300 bajo temporal). El presidente firmó 53 dotaciones de ejidos y 10 ampliaciones, y se repartieron 71 445 hectáreas.

El reparto incluyó siete grandes propiedades con plátano, casi todas ubicadas en Acapetahua, entre las que destacaba la Zacualpa con sus 11 718 hectáreas de propiedad, de las cuales 990 hectáreas estaban dedicadas a este cultivo. Los repartos favorecieron a vecinos que trabajaban de manera eventual en las plantaciones, pero también, como en el caso de la

Zacualpa, a peones acasillados, es decir, a trabajadores que residían en las propiedades por algunos meses, o incluso años, y que solían tener un pedazo de tierra para su propio cultivo. Lejos del acasillado indígena de regiones como Chilón o Simojovel —retratados por Aaron Bobrow-Strain (2015) en *Enemigos íntimos* o Sonia Toledo Tello (2002) en *Fincas, cultura y poder en Simojovel, Chiapas*— se trataba de trabajadores con mayor capacidad de movimiento, muchos de ellos sindicalizados.

El estallido de la segunda guerra mundial en 1939 sumó nuevas dificultades para los productores de plátano. Quedó interrumpido el comercio marítimo y con ello la posibilidad de exportar a Estados Unidos desde el puerto de Coatzacoalcos. El banano, cuentan los agrónomos estadounidenses, debía transportarse entonces hasta Texas en vagones refrigerados, que llegaban vacíos a la costa de Chiapas con un costo considerable. Además, no había vagones suficientes. Por ejemplo, en 1944 un semanario de Estados Unidos reportó la pérdida de 80 % de la producción de plátano del Soconusco debido a la falta de medios de transporte.¹⁰ La guerra también impidió a los productores importar los químicos y el equipo necesarios para controlar la sigatoka. Además, por ser alemanes la guerra tuvo importantes implicaciones para los hermanos Bernstorff, en particular para Cristian.

El 13 de mayo de 1942, un submarino alemán torpedeó e hizo naufragar al buque petrolero mexicano Potrero del Llano en el Golfo de México. Murieron 14 marinos. Alemania trataba de impedir la venta de petróleo mexicano a Estados Unidos. Hundió un total de siete buques, todos ellos incautados previamente por el gobierno mexicano a países del eje en puertos nacionales, en su mayoría italianos. A raíz de los primeros ataques, México le declaró la guerra a Alemania el 22 de mayo¹¹ para, pocos días después, decretar a los ciudadanos alemanes, japoneses e italianos residentes en el país como enemigos e incautar, en algunos casos,

¹⁰ «Mexico. Economic conditions», *Foreign Commerce Weekly*, vol. XIX, núm. 11, 11 de marzo de 1944 (Universidad de Michigan, obtenido vía HathiTrust Digital Library).

¹¹ «DECRETO que autoriza al Ejecutivo Federal para declarar el estado de guerra entre México y Alemania, Italia y Japón», *Diario Oficial de la Federación*, 2 de junio de 1942.

sus propiedades.¹² En la costa de Chiapas las expropiaciones se centraron, sobre todo, en los alemanes, incluidos aquellos naturalizados mexicanos o mexicanos de padres alemanes. Según un documento de la época, esta política tenía por objetivo: «desarraigar la influencia política y económica del núcleo germánico que existía en la zona fronteriza del Estado de Chiapas, constituyendo un peligro para la seguridad nacional».¹³

No hay documento alguno que refleje cómo experimentaron estos hechos los hermanos Bernstorff. ¿Acaso vivían alarmados por lo que pasaba? ¿Se desvelaron más de una noche dándole vueltas a la situación del momento? Quizás lo que vivían, más que nada, era incertidumbre, pero debió de haber eventos que los tocaran más de cerca. Me parece que uno de ellos se registró el 31 de marzo de 1943, día en que se publicó una nueva lista de expropiaciones, en la que figuraban varias fincas cafetaleras de la Sierra Madre y que concluía de esta manera: «11.- Finca planera «El Alcázar», ubicada en el municipio de Acapetahua, Chis., propiedad de Cristian G. Bernstorff.».¹⁴ A pesar de los errores ortográficos, era claro de quién se trataba.

El 17 de agosto de 1943, la Secretaría de Gobernación otorgó el permiso a Cristian Bernstorff para continuar residiendo en El Alcázar. Previamente, Cristian había entregado un oficio solicitando su permanencia en la finca y el formulario de solicitud correspondiente, además de 15 constancias de buena conducta que le expidieron, entre otras instancias, la Organización Platanera de Chiapas, la Sociedad Platanera de Acapetahua, la Sociedad Cooperativa Ejidal de Pequeños Productores y Exportadores de Plátano de Pueblo Nuevo Comaltitlán, e incluso el sindicato al que pertenecían sus trabajadores. Aunque la propiedad ya no era suya, se

¹² «LEY relativa a propiedades y negocios del enemigo», *Diario Oficial de la Federación*, 13 de junio de 1942.

¹³ «ACUERDO que revoca el dictado por la Junta Intersecretarial relativa a Propiedades y Negocios del Enemigo y ordena que la señora Hildegard Keller de Kahle podrá disponer del precio en que sea vendida la finca cafetera Hannover, ubicada en el Estado de Chiapas», *Diario Oficial de la Federación*, 23 de diciembre de 1952, p. 3.

¹⁴ «ACUERDO que adiciona la lista de personas comprendidas en la Ley relativa a Propiedades y Negocios del Enemigo», *Diario Oficial de la Federación*, 31 de marzo de 1943, p. 3.

le permitió seguir residiendo en su propiedad, lo que hace suponer que nadie llegó a expropiarla físicamente.

Continuó la comunicación con la Secretaría de Gobernación hasta que el 7 de mayo de 1944 se obligó a Cristian a dejar la región. Los habitantes de La Lima recuerdan su traslado al Perote, estación migratoria ubicada en Veracruz que compararon con un campo de concentración, posiblemente porque estos campos son uno de los referentes más indelebles de la segunda guerra mundial, y otro tanto porque el gobierno hablaba de la necesidad de «concentrar» a los alemanes lejos de las fronteras y las costas. En realidad, Cristian no fue trasladado al Perote. Tal y como indica Inclán Fuentes (2013) en su libro sobre el tema, a pesar de los recuerdos en la región, no hubo en el Perote alemán alguno llegado del Soconusco. Cristian debió trasladarse a la Ciudad de México.

Desde su residencia en el hotel Canadá, ubicado en el centro histórico de la capital del país, Cristian escribió varias cartas al gobierno solicitando permiso para regresar a Acapetahua. En sus cartas aludía al pobre estado de salud de su esposa, quien, dijo, se encontraba «cardíaca», a la imposibilidad de sufragar los gastos de residencia en la ciudad y a lo muy nocivo que resultaba para su salud vivir en esa ciudad. Tras meses de insistencia, el primero de noviembre de 1944 el gobierno de México le permitió regresar a Chiapas.¹⁵ Pocos años después, tres para ser exactos, Juan Bernstorff compró el primer predio de La Lima, cuando era evidente que el plátano no era negocio. A decir de su nieta, Liliam, la adquisición tuvo más que ver con el bajo costo de los terrenos que con la intención de dedicarse a este cultivo. La prueba del fracaso del plátano la tenía Juan en su propio hermano.

Cristian debió esperar hasta el 5 de enero de 1953 para que el gobierno mexicano le restituyera la propiedad legal de El Alcázar.¹⁶ Tenía 64 años y a su edad, tras los estragos del Mal de Panamá, la guerra y la sigatoka, poco

¹⁵ Oficio del Departamento de Investigaciones Sociales y Políticas de la Secretaría de Gobernación dirigido a Cristian Bernstorff, Licenciado Eduardo Ampudia V., 1 de noviembre de 1944, Ciudad de México (AGN, Secretaría de Gobernación Siglo xx, caja 0342, exp. 001, Ciudad de México).

¹⁶ «ACUERDO que revoca el dictado por la Junta Intersecretarial relativa a Propiedades y Negocios del Enemigo y decreta la desintervención de la finca El Alcázar, ubicada en Acapetahua, Chis», *Diario Oficial de la Federación*, 5 de enero de 1953.

podía hacer con su terreno. El plátano no fue la mejor de las apuestas, aunque no por ello Cristian perdió su exuberancia, conocido como era por las parrandas que solía disfrutar junto con su mujer, ya fuese en Tapachula o en El Alcázar. Juan corrió con mejor suerte, no sufrió expropiaciones durante la guerra, pues no tenía propiedades; debió trasladarse a la Ciudad de México, pero a diferencia de su hermano, pronto se le otorgó el permiso para regresar a Chiapas, y aunque sufrió pérdidas en el cultivo del plátano, esta no era su única actividad. También le quedó clara la lección de la guerra; escrituró el primer predio de La Lima a nombre de su suegra y haría lo propio con sus hijos y su esposa en compras posteriores. Además, se dedicó principalmente al café, lo que, un poco por azar y otro poco por coyuntura, le deparó mejores frutos y finalmente lo llevó a sembrar palma africana en la finca La Lima.

*

Para cuando Juan llegó al Soconusco, el tiempo de los deslindes y del reparto de propiedades había terminado. La Compañía Mexicana de Terrenos y Colonización, de capital inglés, se dedicaba entonces a producir café reconvertida en la Hidalgo Plantation Commercial Company. Atrás habían quedado los años en que una caballería de terreno (42 hectáreas) costara 10 pesos (Ortiz y Toraya 1985), o en que europeos o norteamericanos llegaran en barco desde San Francisco (California) o por tierra desde Cobán (Guatemala), y contarán con todas las facilidades del gobierno de Porfirio Díaz para establecer en pocos meses plantaciones de café de algunos cientos de hectáreas (Seargent 1980; Fenner 2015). Después de la Primera Guerra Mundial, esta era una zona productora de café relativamente consolidada.

«El hermano menor», contó su nieta sobre Juan Bernstorff, «lo viene buscando [a Cristian] porque en Alemania no había nada, ¿no? Y se va con él al café, y él empieza en el café, pero desde abajo». Aunque comenzó trabajando con su hermano, dada la mala relación que tuvo con uno de sus socios, Juan decidió trabajar por su cuenta. Sin capital para hacerse de una propiedad, comenzó laborando como caporal en las fincas de café. Se dedicaba a supervisar la limpia y la cosecha que realizaban las cuadrillas

de trabajadores, muchos de ellos indígenas de los Altos de Chiapas. Estaba entre trabajadores y entre trabajadores comenzó su vida familiar. En la finca Mexiquito conoció a Carmen Pérez Hernández, hija de la lavandera de la finca, con quien se casó en 1924, cuando él tenía 22 años y ella 16. Tuvieron siete hijos, tres hombres y cuatro mujeres. A decir de su nieta, su abuela Carmen era una joven tojolabal del municipio de Las Margaritas que compartía con Juan una intensa devoción religiosa; si bien ella era adventista y él luterano, ambos eran profundamente creyentes. El hecho de que Juan se casara con Carmen nos habla de las diferencias que había entre los alemanes que llegaron al Soconusco.

A pesar de su origen aristocrático, Juan Bernstorff parecía no tener la actitud de otros migrantes dedicados al negocio del café. Formaba parte de una ola migratoria de alemanes salidos de una república en ruinas por la primera guerra mundial, en busca de oportunidades de trabajo. Dicha experiencia tenía poco que ver con la de aquellos alemanes que migraron a finales del siglo XIX, salidos de un imperio en auge, muchos con capital y convencidos de su superioridad racial (Berth 2018). Una fotografía oficial de la época muestra, de hecho, a un hombre joven de aspecto pacífico y algo desgarbado, vestido de camisa blanca, de piel bronceada, con una nariz aguileña bajo la cual se dibuja una boca de labios delgados que desciende ligeramente en sus extremos. Familia, vecinos y expeones recordaban a Juan Bernstorff como alguien que destacaba, más que por su capital, por su carácter trabajador.

Frente a su casa, una cabaña de madera con techo de lámina oxidada, un ejidatario de Xochicalco Nuevo, quien fue jornalero para «don Juan» en la década de 1970, habló con admiración del estado en que tenía La Lima: «Tenía el surco roto y parecía un espejo [sin malezas]. Si crecía tantito la hierba, entonces mandaba que se limpiase». Dijo esto señalando el terreno frente a su casa, una vereda encrespada de lodo seco. Aunque el apelativo «don» acompañaba el nombre de muchos finqueros, en el caso de Juan su uso denotaba cierto respeto, aún tantos años después. No es el caso de otros propietarios a quienes los expeones llaman don para acto seguido tildarlos de haraganes o decir, con desprecio, que están podridos en dinero.

Su dedicación al trabajo, además de su origen europeo, explica posiblemente cómo pudo ir ascendiendo en el mundo del café y llegar a ser administrador de varias fincas. Un fólder de bordes deshechos, almacenado en el Archivo General de la Nación, contiene algunos detalles sobre su vida en aquellos años. En su interior, una carta de Juan Bernstorff, escrita a máquina y fechada el 9 de mayo de 1944, incluye la siguiente información:

II.- En el mes de enero de 1943 solicité a esta H. Secretaría autorización para permanecer en Tapachula, como encargado de las fincas «Guanajuato», «Acapulco», «Hidalgo», «Esmeralda» y «Anexo a Esmeralda», que entonces eran de la propiedad del señor Erik N. Hedin.¹⁷

Y se agrega:

Las fincas cafeteras que pertenecían al señor Erik N. Hedin fueron vendidas al señor Salvador Siqueiros, quien a su vez vendió cuatro de ellas a los señores Agustín Espinosa de los Monteros y María Hornedo de González de la Vega.

Para principios de la década de 1940, Juan Bernstorff se encargaba de cinco fincas de café, entre las que se contaba la finca Guanajuato, donde residía. Las fincas eran propiedad de Erik Niels Hedin, un ciudadano danés que había dejado el Soconusco para residir en los Estados Unidos.

El 10 de mayo de 1944, Juan Bernstorff solicitó a la Secretaría de Gobernación permiso para viajar dos días a Puebla, donde estudiaban cuatro de sus siete hijos (el resto estaba junto con su mujer en San Cristóbal de Las Casas). Firmaba su solicitud desde la Ciudad de México, pues en abril se le había ordenado trasladarse a la capital. Gobernación le otorgó el permiso para visitar a sus hijos y para regresar a Chiapas el 13 de junio. A diferencia de su hermano, quien permaneció seis meses en la capital, Juan Bernstorff pudo regresar a la Costa tras poco más de un mes en la Ciudad de México y continuar con su trabajo como administrador en las fincas

¹⁷ Carta dirigida de Juan Bernstorff al secretario de Gobernación, 9 de mayo de 1944, México, D. F. (AGN, Secretaría de Gobernación Siglo XX, caja 0342, exp. 003, Ciudad de México).

de café. Según sus descendientes, esto se debió a que trabajaba para una empresa estadounidense.

A medida que su posición en las fincas de café mejoró, también debió de hacerlo su salario, con lo que Juan pudo invertir en la compra del predio La Lima, aunque su inversión no tuvo un comienzo fácil. Su hijo Everardo dijo lo siguiente: «En ese tiempo la ganadería era lo que había que hacer». Muchas de las propiedades tenían, además de plátano, terrenos de agostadero, temporal y monte, por lo que era factible, con una inversión mínima, convertirlos en pastizal y de ese modo sacarles provecho sin un gran esfuerzo. Pero, según recuerda Everardo, su papá se negó porque, «en cada potrero tengo que tener unos tiradores y eso no va conmigo». A diferencia de lo que sucedía en el banano, la bajísima demanda de jornales en el ganado ofrecía pocas alternativas a la población local que, desesperada, llegaba a dedicarse al abigeato. En estas circunstancias muchos ganaderos consideraban necesario estar armados. «Nunca quiso ser ganadero mi papá», observó Everardo, todavía en desacuerdo. Un contacto fortuito le ofreció una alternativa inusual.

A decir de sus familiares, Juan Bernstorff tenía contactos con el gobierno del presidente Miguel Alemán (1946-1952), en concreto con Jesús Patiño Navarrete, subsecretario de Agricultura y Ganadería, quien en 1951 o 1952 le ofreció apoyo para que sembrara palma africana. El gobierno contaba entonces con un lote de semillas de palma enviado en julio de 1951 por la United Fruit Company desde Honduras (Castellanos Navarrete 2023). Se trataba del tercer lote que había recibido el gobierno mexicano de parte de esta empresa. El primero fue enviado durante la administración de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y explica la existencia, en 1943, de un pequeño ensayo de palma africana en Acapulco. El segundo lote, de mayo de 1949, fue sembrado en la finca Sayula, propiedad de Miguel Alemán en Veracruz, quizás como especie ornamental. El interés de Juan por la palma pudo tener que ver con un intento previo que hizo por sembrarla. Según parte de la familia Bernstorff, Cristian, quien entonces trabajaba para su hermano, viajó a Centroamérica en 1948 en busca de semillas, aunque el material que trajo resultó inadecuado para establecer una plantación. Para ese segundo

intento contó, en opinión de algunas fuentes,¹⁸ con el apoyo gubernamental en forma de semillas y tuvo éxito.

Juan encargó la siembra de palma a su hijo Roberto, quien no pudo completar el trabajo. Padecía de epilepsia y murió en la propia finca el 18 de marzo de 1952, lo que sugiere que el comienzo de la siembra tuvo lugar a principios de ese mismo año, o quizás desde 1951. En ese periodo, el gobierno había establecido una plantación similar en Santiago Tuxtla (Veracruz), pero la siembra de 200 hectáreas de palma de la costa de Chiapas sería la única plantación de la época que perviviría. La palma africana emergió en La Lima como alternativa tanto al banano como al ganado. La plantación tardaría años en generar rédito; aunque una concatenación de eventos permitió a Juan hacerse de un importante capital y seguir invirtiendo en el cultivo.

Un documento judicial indica que el magnate hawaiano del azúcar, Robert Hind, adquirió en 1918 las plantaciones de la Hidalgo Plantation Commercial Company, a través de una serie de préstamos y maniobras cuestionables.¹⁹ Valoradas en más de un millón de dólares, estas incluían las fincas que después administraría Juan Bernstorff. Es poco claro si Erik N. Hedin fue agente de Hind o si él mismo adquirió estas propiedades, lo que sí puede saberse es que para mayo de 1944 las fincas que administraba Juan Bernstorff habían pasado a ser propiedad de varios particulares. A pesar del cambio de manos, este continuó como administrador de las fincas hasta que, por motivos poco claros, le vendieron las propiedades a crédito. Ocurrió en algún momento de la década de 1950 y fue un tremendo golpe de suerte para Juan, quien conocía bien las fincas y las adquirió, además, en un momento en que el precio del café estaba a la alza.

Las décadas de 1930 y 1940 fueron años de incertidumbre y de recesión económica. La espectacular caída de los valores bursátiles de la bolsa de Nueva York del 29 de octubre de 1929, conocida como el Martes Negro,

¹⁸ «La palma africana; una alternativa para el trópico húmedo», Instituto Nacional de Investigaciones Agropecuarias, Acapetahua, 1991 (AGN, Archivos Presidenciales, Carlos Salinas de Gortari, caja 03, exp. 13, Ciudad de México).

¹⁹ Sentencia del juicio de Hawi Mill and plantation Co. Vs. Finn, Corte de Apelaciones de California, 9 de abril de 1927, en <<https://casetext.com/case/hawi-mill-etc-co-ltd-v-finn>> [consulta: 02/04/2019].

marcó el inicio de un periodo de crisis económica global que afectó al sector cafetalero. El estallido de la segunda guerra mundial limitó, además, la demanda europea del producto. No obstante, en 1949 el precio del café estaba aumentando y para 1954, a juzgar por el cuadro que Clarence-Smith y Steven Topik (2023) incluyeron en su libro sobre la historia económica del café, alcanzó un máximo histórico: su precio más elevado en los últimos 130 años. Juan tuvo toda la suerte que le faltó a Cristian; la coyuntura económica le permitió saldar sus deudas, capitalizarse y hacerse de un importante número de propiedades.

Juan Bernstorff llegó a ser dueño de al menos seis fincas cafetaleras, casi todas ubicadas en el municipio de Tapachula y que en total sumaban 1562 hectáreas dedicadas a la producción de café de exportación. No solo producía café, también lo procesaba por medio de la empresa Beneficios Rústicos que había fundado con su mujer. En 1985, un sociólogo alemán, Volker Langner (1985:139), afirmó en su tesis de maestría que para «finales de los años 70, los Bernstorff fueron, sin duda, los refinadores de café más importantes de Chiapas, junto con la Finca ‘Custepec’ de los Pohlenz y la compañía Kahle».

Cuando murió su hijo Roberto, Juan Bernstorff ya poseía tres de los siete predios que conformarían la finca La Lima y que alcanzaban un total de 313 hectáreas. «Ahí», dijo Liliam en referencia a la muerte de su tío, «es cuando se toma cariño a la propiedad». La crisis del plátano y la negativa de Juan a involucrarse con el ganado dejaban pocas opciones de aprovechamiento para la propiedad; no solo no era redituable, tampoco se consideraba un buen lugar de residencia. En palabras de Juan Yamasaki: «Era una zona muy difícil de vivir acá. Había demasiados insectos. El calor era, como es, insoportable. Era, digamos, el patito feo de todas las propiedades, ¿no?». Pero quizás La Lima ya no podía ser vista solo como un negocio; para Juan era también el lugar donde yacía su hijo, lo que podría explicar por qué invirtió en un cultivo sin mercado.

«La palma, negocio nunca fue, apenas ahora», dijo Liliam con respecto a las primeras inversiones en La Lima. Tanto ella como su esposo indicaron que el café sostuvo durante muchos años la inversión en palma. «Obviamente no era un negocio rentable», observó por su parte Juan

Yamasaki, «pero ganaba don Juan tantísimo dinero en el café que mantuvo la finca La Lima durante muchos años, solo por el gusto de poderlo hacer. Fue nada más por el gusto de poderlo hacer». Ese gusto, según Yamasaki, no tenía que ver con la ostentación, sino con la posibilidad de hacer algo nuevo, y quizás de dejar a sus hijos un negocio que generara dinero. Posiblemente, ese mismo espíritu emprendedor llevó a Juan a establecer la primera extractora de aceite de palma en México.

La familia Bernstorff me compartió un plano fechado el 7 de noviembre de 1957, elaborado por una empresa holandesa de nombre Stork-Werkspoor. En el plano se especifica cómo debían construirse los cimientos sobre los que había de establecerse una extractora de aceite de palma con capacidad para procesar una tonelada de fruto por hora. En un correo electrónico, un empleado de la empresa confirmó el envío a México de una extractora «en torno a esas fechas». No tenían registros de la época, pero algunos trabajadores jubilados recordaban el envío. Fue entonces cuando Everardo, quien apenas había terminado sus estudios, se hizo cargo de la instalación de la extractora, que quedó completada en 1958 con la llegada del material y de un equipo de ingenieros de la empresa. Aunque la siembra de palma más allá de La Lima habría de esperar casi 20 años.

En 1976, la Presidencia de la República refirió la implementación por parte de la Comisión Nacional de Fruticultura (CONAFRUT) del «Programa de la Palma Africana del aceite» en la costa de Chiapas.²⁰ La presencia de la plantación de La Lima serviría de justificación para incentivar la siembra de palma africana en la región. Como muchos de los programas que le siguieron, este consistió en el establecimiento de viveros y el reparto de semillas sin costo alguno a los productores interesados, pero sin extractoras para procesar la fruta ni un mercado establecido no hubo quien se interesara por el cultivo. A decir de un técnico de la época entrevistado por un columnista de un periódico local,²¹ buena parte de las plántulas acabaron del otro lado de la frontera, vendidas a guatemaltecos

²⁰ «El Gobierno mexicano, Temas 68-69». Dirección General de Información y Relaciones Públicas (DGIRP), Ciudad de México, 1976, p. 157.

²¹ «Palma africana: otra estrategia al campo», *El Orbe*, 29 de agosto de 2012.

interesados en ensayar esta siembra. La familia Bernstorff fue de las pocas que aprovecharon el reparto de plántulas traídas, en este caso, de Costa de Marfil.

Al concluir el programa, la familia Bernstorff contrató a uno de los ingenieros de la CONAFRUT, un colombiano educado en Francia, especialista en palma africana, que completó la siembra de La Lima con semillas de palma provenientes de Malasia. Una fotografía aérea de 1977 revela la existencia de 730 hectáreas de palma, además de un entramado de caminos saca cosecha y una extractora ubicada en el predio La Lima 1 (fotografía 5). Cuadrillas de trabajadores, en su mayoría pobladores locales, trabajaban entonces como jornaleros para mantener el monte a raya, ya fuera con sus machetes o a través de la siembra de kudzú (*Pueraria spp.*), cultivo de cobertura que servía de fuente de nitrógeno e impedía el nacimiento de las malezas. La cosecha se realizaba con escalera y cuerda, una labor que, a decir de los expeones, requería una buena dosis de equilibrio.

Fotografía 5. La Lima desde el aire, 1977



Fuente: Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI).

El comienzo del cultivo no fue fácil. Los Bernstorff tuvieron que lidiar con una plantación muy disímil a nivel genético, contaban con variedades de tres continentes. En el trayecto debieron aprender la diferencia entre las variedades *duras* y *teneras*, las primeras más resistentes a las plagas y a la falta de fertilidad, pero menos productivas en cantidad de fruto y contenido en aceite que las segundas. No existía, además, mercado. Gracias a los contactos de Juan Bernstorff con el gobierno, pudieron vender sus primeros lotes de aceite a Altos Hornos de México como lubricante industrial en la década de 1960, pero esto suponía vender el aceite por sus capacidades físicas ignorando sus propiedades químicas y, por lo tanto, su potencial como ingrediente alimenticio. En los años setenta lograron vender aceite a la empresa Corona para elaborar, en palabras de Juan Yamasaki, «jabones, detergentes y todo eso». La Corona compraba, sin embargo, el aceite de palma a precio de sebo, la grasa de menor costo en el mercado. El negocio estaba aún lejos de ser rentable.

No fue sino hasta la década de 1980 cuando la familia Bernstorff pudo entrar al lucrativo negocio del aceite vegetal. En la extractora de La Lima, de los frutos se obtenía aceite crudo y se vendía a la empresa Oleofinos de Guadalajara, que lo refinaba en aceite vegetal para usos alimenticios. Juan Bernstorff no llegó a conocer este mercado, fallecido el 5 de abril de 1978, descansaba en la finca La Esmeralda. Aunque no fue testigo, no había errado al considerar que la palma africana tenía potencial comercial. Sin embargo, la década de 1970 traería nuevas turbulencias políticas que, otra vez, harían de la tierra objeto de disputa.

*

El 19 de marzo de 1972, un grupo de unos 30 campesinos liderados por Chus y Belisario salieron del rancho Bethel, ubicado en Huixtla, para dirigirse a la zona baja. «Puro varón», dijo Primitivo, quien iba con ellos y recordaba, tras más de 40 años, fechas y nombres como si hubiese sido ayer. El trayecto les tomó más de un día. El 20 de marzo llegaron a una isla de dos cuerdas de ancho (unos 50 metros) y tres kilómetros de largo, ubicada en plena zona de pantanos, cerca de la pampa del Maragato. A juzgar por

viejas fotografías aéreas y aquellas tomadas por Primitivo y compañía, la isla estaba cubierta de selva y palmares, con su característico sotobosque de bejucales y helechos, y rodeada de zonas inundables en donde predominaban especies herbáceas de menor altura. Eran terrenos poco trabajados, pero con dueño: los hermanos Matanzo. Habían llegado a tomar la isla, requisito indispensable para solicitar la tierra ante la Secretaría de la Reforma Agraria.

Los setenta en México fueron años de turbulencias políticas que en la Costa serían, sobre todo, agrarias, y que durarían hasta bien entrada la década de 1980. Los tiempos de la reforma agraria dirigida desde el Estado, en que ingenieros y maestros que trabajaban para el gobierno incitaban a jornaleros o pobladores locales a solicitar la tierra (Lewis 2002), habían terminado. Tras la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), las sucesivas administraciones buscaban reducir las afectaciones a la propiedad privada, y para ello favorecieron el reparto de terrenos nacionales en zonas despobladas. Insistían también en la importancia de aumentar la productividad de la tierra repartida. Con o sin Estado, muchos campesinos de la Costa optaron por luchar por la tierra, y fue así como, entre 1970 y 1988, se movilizaron 49 grupos de campesinos, quienes lograrían obtener 39 797 hectáreas.

A diferencia de lo que sucedía en otras zonas de Chiapas, donde los campesinos habían constituido la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ) o se habían integrado en la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), las movilizaciones agrarias en la Costa tenían un carácter más espontáneo y solían carecer de cuadros, alianzas políticas o vanguardias intelectuales. Se lanzaban por necesidad y hacían uso de cuanto aliado encontraban en el camino. Así, por ejemplo, el grupo de Xochicalco no formaba parte de organización alguna, pero contaba con la ayuda de un licenciado afín a su causa, Arturo Mendoza Alegría. Se trataba en realidad de un cantinero de Huixtla, amigo de Belisario, y que, a diferencia de ellos, tenía estudios. Estos campesinos carecían de formación política, pero tenían bien presentes las políticas de Cárdenas que habían hecho del reparto un fin realizable en la región.

El Código Agrario entonces vigente, publicado en 1971, preveía la entrega de tierras a quienes no tuvieran, pero «siempre que los poblados existan cuando menos con seis meses de anterioridad a la fecha de la solicitud respectiva».²² Para quienes llegaron a Maragato, esto suponía que antes de solicitar la tierra debían permanecer en la isla en condiciones más que adversas. Primitivo habló sobre ello:

... puro, puro hombre estábamos, porque ahí no podíamos meter nuestras familias, había muchísimo zancudo [...] no había caminos, pues, todo era pantano. Teníamos que salir con el agua al pecho o el agua a la cintura, por la necesidad que teníamos por un patrimonio, pues.

Gracias a su altura, la isla de Maragato se mantenía seca en época de lluvias, cuando las pampas circundantes se henchían de agua. Según relató Primitivo, las pampas les proveían de caza y pesca: había casquitos, iguanas, tepezcuintles e incluso venados. Aunque también eran sinónimo de dificultades y peligros: además de los tábanos, chaquistes y zancudos a los que trataban de mantener a raya a punta de humo, abundaban las culebras, los pululos (caimanes), o peor aún los lagartos; cocodrilos de hasta siete metros de longitud que llegaban a ser agresivos. Conocían bien la zona, la habían recorrido en sus salidas a pescar o a iguanear, pero no la consideraban apta para vivir.

Las dificultades de la posesión no solo tenían que ver con una naturaleza poco manejable. Construyeron una galera de palo y techo de palma donde colgar las hamacas y equipada con lo básico (fotografía 6), e hicieron milpas, pero había poco terreno seco y necesitaban, además, ingresos. Primitivo contó que decidieron dividirse en dos grupos que se rotarían cada 15 días: el primero saldría a jornalear y a estar con sus familias, y el segundo sostendría la posesión de la isla. Establecieron, así, una suerte de rutina, aunque no se dejaban engañar, sabían que su lucha por conseguir un patrimonio los enfrentaba a los ganaderos que controlaban la zona baja.

²² «LEY Federal de Reforma Agraria», *Diario Oficial de la Federación*, 16 de abril de 1971, p. 14.

Primitivo y otro ejidatario de la colonia Hidalgo me hablaron de los excesos de los ganaderos, en particular de unos de apellido García conocidos por tener unos grandes «ganadales» en la pampa del Maragato. «¿Cuándo cuesta la cantina? No, pues que tanto, y la cerraban por tres días», contó, admirado, el ejidatario de la colonia Hidalgo. Primitivo, más circunspecto, agregó: «Se prendían los cigarros con billetes de a cien en aquellos años». Pero según el ejidatario de Hidalgo, tres días no eran parranda suficiente para los García, «y se la seguían en Villa». Cerrar una cantina y emborracharse una semana era una demostración de poder con enormes implicaciones en una región donde muchos vivían al día; poder que ciertos ganaderos demostraban también siendo mujeriegos, algo que más allá de la capacidad de «conquistar» a numerosas mujeres (una habilidad prestigiada en el ámbito masculino de la región), muchos ejidatarios consideraban un lujo. Aunque no excluía el abandono, la conquista implicaba ciertas obligaciones económicas fuera del alcance de la mayoría.

Fotografía 6. La toma de Maragato



Fuente: Daniel Domínguez Paz.

Para algunos, las demostraciones de derroche tenían un origen sobrenatural. Primitivo consideraba que ganaderos como los Salinas, los Ishimura, los Matanzo o los García debían haber hecho un pacto con el diablo «porque empezaron sin nada y se hicieron de mucho dinero». Tanto para él como para otros campesinos, su riqueza era incomprensible, pues se habían dedicado a la ganadería en la zona de pampas, en donde los jaguares o las inundaciones repentinas podían acabar con la vida de sus animales. Atribuían a estos ganaderos poderes sobrenaturales, capaces de aparecer y desaparecer de las pampas, así como de trasladar su ganado en plena noche sin esfuerzo.

Daniel, hijo de Belisario, el que fuera líder de quienes se posesionaron en Maragato, consideraba más bien que su riqueza era producto de la apropiación de los pastizales naturales. Si bien las pampas podían ser lugares peligrosos para el ganado, también permitían a los ganaderos que sus animales tuvieran alimento todo el año sin inversión alguna. Dijo Daniel: «Eran ganados bravos por la falta de manejo». Lejos de la gente, el ganado cebú se vuelve arisco y embiste como si fuera un toro en cuanto se siente acorralado. Se trataba, en suma, de una ganadería rústica en la que los animales pastaban por su cuenta y, si bien algunos morían por enfermedad o inundación, otros crecían sin gran capital y a costa de las pasturas naturales. Cuando se los lazaba, era para venderlos y sacrificarlos.

Las afectaciones agrarias develaron este proceso de acumulación primitiva. En varios juicios agrarios de la época salió a la luz cómo parte de los ganaderos involucrados no tenían la propiedad legal de la tierra, se habían apropiado de los terrenos nacionales que dedicaban a la ganadería extensiva. Propietarios o no, defendían sus ranchos con vigor, e incluso con lujo de violencia. En un viaje que hicimos en mi bocho en busca de un trapiche de madera, Primitivo, Daniel y un amigo de ellos, Rodrigo, comenzaron a hablar del asunto, mientras recorríamos las terracerías de Huixtla, dejando una nube de polvo a nuestro paso. «A un señor lo levantaron y le cortaron orejas y lengua, y violaron a su hija y a su mujer», relató Primitivo, quien, además, se refirió a los propietarios como gente salvaje. Intervino entonces don Rodrigo:

—A uno le llegaron a su casa y le ofrecieron dinero, se lo enseñaron, o matarlo, y le enseñaron una pistola.

—¿Y qué hizo?— le pregunté.

—¿Pues qué va a hacer? [exasperado] Aceptó el dinero. Nada más que ese amigo le avisó a su gente. Entregó el dinero y explicó que si no lo hubiera hecho, ya estaría muerto.

Las estrategias de los ganaderos iban del soborno al uso espectacular de la violencia, que servía de advertencia a los campesinos en pugna agraria y que muchos consideraban que era organizada.

Los tres atribuían la violencia a la Mano Negra, una organización de pistoleros pagada por los terratenientes que se dedicaba a extorsionar, torturar y matar a los líderes campesinos que luchaban por la tierra. «Gente de billete de Tapachula», dijo Primitivo de quienes los financiaban. Un propietario productor de palma reconoció la existencia de dicha organización, aunque la presentó en términos más favorables: «Nos organizábamos para defendernos. Contratamos pistoleros para asustar a los ejidatarios, pero no matamos a nadie. El gobierno se quedaba con las manos cruzadas. Nunca hemos tenido un gobierno correcto, solo una bola de bandidos».

Este, como otros propietarios, consideraba que el gobierno no estaba de su lado y justificaba el uso de la violencia como su única estrategia de defensa. Los campesinos sabían bien de los riesgos de la lucha agraria, pese a ello, y dadas las victorias de algunos de sus vecinos, decidían arriesgarse. En julio de 1973 campesinos y ganaderos midieron sus fuerzas en Maragato.

El viernes 20 de julio el grupo encargado de mantener la posesión de Maragato debió salir, pues no llegaba el relevo y se les había acabado el bastimento. De regreso, al día siguiente, hicieron la parada de rigor en una isla cercana en donde se quitaban la ropa y cargaban todo a mecapal (o a puro lomo, como dijo Primitivo) para que nada se mojara. Llevaban un bote para transportar sus alimentos y una cámara fotográfica. Pero ese día vieron algo inusual: una columna de humo que salía de Maragato. Primitivo recuerda que se preguntaron: «¿Cómo? ¿Quién? Pues sí, los ricos habían mandado a quemar». Combatir la posesión era una estrategia clave para quienes querían evitar la afectación. Sin un poblado, los campesinos no podían solicitar la tierra.

En ese momento, Belisario y Chus decidieron que el grupo, que ese día era de 20 campesinos, se dividiera en dos; una parte, en la que estaba Primitivo, iría por el camino habitual, y la otra cubriría una posible vía de escape. La quema era reciente y esperaban dar con los responsables. Primitivo recuerda el momento: «Por fin, llegando a la palma íbamos nosotros cuando escuchamos los ruidos del agua que ya venían de allá para acá, pues eran los que habían [quemado]... Mire, que ahí nos quedamos». Enojados, esperaron a la entrada de un palmar al responsable de la quema. Así narró el encuentro:

—Cierto, allí venía el señor. El señor ya lo conocíamos, tenía un predio más atrás que nosotros, como uno o dos kilómetros, en una loma grande [...]. Entonces, él fue a quemar. Venía entrusado [en ropa interior] porque el agua le llegaba hasta arriba de su caballo. Traía dos caballos, uno que venía montando y otro que traía jalando...

—¿Solito?

—Solito él. Se llama Otilio Mata Gómez, es del estado de Guerrero. Pues él era, pues. N' hombre, el hombre temblaba de miedo. Pensó que lo íbamos a matar.

Primitivo aclaró que no tenían intención de afectarlo, que ellos lo estaban «respetando», aunque cabía la posibilidad de que Otilio perdiera su terreno. Su propiedad tenía una isla de «como tres hectáreas, grande, bonita» llamada Sal Si Puedes y estaba dentro del radio legal de siete kilómetros de propiedades afectables según la Ley Agraria. Pero las cosas habían cambiado.

Primitivo recordó lo que Otilio Mata llevaba en el caballo: «unos baldes, unas ollas, unos, este, atarrayas, que teníamos allí». Eran sus insumos para la alimentación y la pesca, cuya pérdida, junto con la quema de las casas, suponía quedar en la desgracia. Y añadió: «Sí, para haberlo querido matar, allí lo matamos y lo dejamos en ese pantano». No hubiera sido ni el primero ni el último. El mismo propietario que había justificado la creación de la Mano Negra expresó también el miedo que sentía de los campesinos: «Si uno se ponía de enemigo de los ejidatarios, en cualquier momento lo venadeaban a uno. Así pasó al hijo de un alemán». Se refería a la posibilidad de que lo mataran como a un venado, es decir, de un

tiro por haberlo encontrado en el campo. Primitivo recordó, sin embargo, cómo los líderes les pidieron tranquilidad: «No lo molesten, nomás tómenle fotografía y que se vaya». Belisario y Chus consideraron mejor actuar por la vía legal y enfriaron los ánimos del momento.

La quema del campamento supuso un importante revés para el grupo posesionado, aunque les ofreció una oportunidad inesperada. Usaron la fotografía para demandar a Otilio y este huyó a su tierra para evitar que le fuera aplicada algún tipo de sanción. «Bueno, señores, don Otilio no está, la isla la dejó», les dijo Belisario, «ahora nos vamos a meter allí». El 14 de noviembre emprendieron camino a Sal Si Puedes, a un kilómetro de su ubicación. Primitivo lo recordó así:

Y esa era una isla grande, y allí nos dispusimos meternos. Llegamos, empezamos, ahí sí, a hacer casas formales, a vivir formalmente. [...], pues ya empezamos a llevar familia. Yo también fui uno de los primeros que llevé mi familia. Y empezamos a formar allí lugar para poder trabajar, luchando con los ricos, pero ya había más cómo sobrevivir.

A diferencia de Maragato, la extensión de Sal Si Puedes les permitía sembrar más superficie de milpa, tener algunos animales y sufrir un poco menos las condiciones adversas de vivir en un lugar anegado. Fue entonces cuando decidieron enviar una carta a la Secretaría de la Reforma Agraria para solicitar la tierra, pero para ello debían nombrar a su poblado. Encontraron el nombre en un libro de secundaria, un lugar en Michoacán denominado Xochicalco y que, según los recuerdos de Primitivo, significaba «Flor en el pantano».

*

El 20 de febrero de 1974, el gobierno del estado de Chiapas publicó la carta que enviaron los campesinos del grupo de Xochicalco al gobierno de Manuel Velasco Suárez.²³ En ella manifestaban su carencia «en absoluto de

²³ «Solicitud de tierras ejidales del poblado Xochicalco», *Periódico Oficial*, Gobierno Constitucional y Libre del Estado de Chiapas, miércoles 20 de febrero de 1974 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

tierras indispensables para trabajar y de ellas sacar el sustento diario para nuestras familias y la educación de nuestros hijos». La carta, fechada el 20 de diciembre de 1973, daba inicio al proceso agrario y servía de notificación a los propietarios que podían ser afectados. El dictamen del gobierno estatal fue, sin embargo, negativo. Los funcionarios involucrados concluyeron que los pobladores de Xochicalco no tenían derecho a la tierra que reclamaban. No eran los únicos en problemas.

Las décadas de 1970 y 1980 fueron años en que los campesinos solicitaron tanto la dotación de nuevos ejidos como la ampliación de otros debido al aumento poblacional en la zona. Los descendientes de Juan Bernstorff y Carmen Pérez se vieron involucrados en cinco juicios agrarios, tres de ellos de ampliación, que involucraron casi todas sus propiedades. La Lima, la única ubicada en las llanuras costeras, no fue la excepción. Quedó enfrascada en uno de los juicios más largos, resultado de la solicitud de ampliación del ejido Lázaro Cárdenas. Comenzó en 1977 y concluyó en 2001. En ese periodo, la gestión de la finca sufrió cambios importantes.

En 1975, dos hijos de Juan Bernstorff se hicieron cargo de La Lima. Bertoldo se encargó de los predios La Lima 1, La Lima 2, Los Tocayos y el Porvenir, y su hermano Everardo de los predios El Desengaño, Las Delicias y Las Jacarandas. Con el tiempo, esta división sería definitiva dando lugar a dos propiedades conocidas, respectivamente, como La Lima y El Desengaño. Según Volker Langner (1985), los hermanos Bertoldo y Everardo trabajaron juntos hasta 1980. En entrevista, Liliam y Juan Yamasaki indicaron que la división definitiva de la Lima se produjo en 1986. Fue entonces cuando la producción comenzó a trabajarse de manera separada, aunque compartieron la extracción de aceite hasta 1991. En ese año Everardo compró su propia extractora al otro lado de la frontera, en Coatepeque (fotografía 7). Fueron los hijos y los nietos de Juan Bernstorff quienes vivieron ese nuevo periodo de tensiones agrarias.

«Porque el bandido viene de abajo, de otro estrato social», afirmó aquel propietario productor de palma involucrado con la Mano Negra sobre los campesinos que luchaban por la tierra. Para él, la lucha por la tierra no era una cuestión de justicia social, sino un acto criminal propio de las clases populares. Este, como otros propietarios, habló de líderes campesinos que

lucraban con la lucha agraria, loteaban y vendían terrenos invadidos a familias necesitadas o abandonaban los que recibían por no querer trabajar, en busca de nuevos negocios. Aún tantos años después, este y otros propietarios cuestionaban la reforma agraria, dada la corrupción imperante y la falta de respeto por la propiedad privada.

Fotografía 7. El Desengaño



Fuente: autor.

Este punto de vista encontró eco entre los gobernadores del estado. Así, por ejemplo, Reyes Ramos ofrece el siguiente extracto de lo que dijera Jorge de la Vega Domínguez (1976-1977) en un mitin:

Amigos de Villa Flores; repruebo enérgicamente todos los actos al margen de la ley; ¡las invasiones son actos al margen de la ley! [...] O estamos con la ley o estamos en contra de la ley; aquellos que estén y actúen en contra de ley, que se atengan a las consecuencias (Reyes Ramos 1992:106).

Si bien la toma de tierras era un requisito indispensable para solicitar la dotación de ejidos, para el que sería gobernador en 1976 se trataba de actos criminales. Reyes Ramos pone también de ejemplo a Salomón González Blanco, gobernador de 1977 a 1979, quien en uno de sus informes de gobierno plasmó las siguientes palabras: «no habremos de permitir, que durante esta Administración se viole la ley con invasiones» (Reyes Ramos 1992:109). Aunque los funcionarios federales tenían la última palabra en materia agraria, las administraciones estatales no perdían la oportunidad de deslegitimar las políticas de reparto agrario, algo que los propios campesinos percibían con claridad.

«Tuxtla estaba a favor de los ricos», dijo Primitivo sin dudar, quien consideraba que, si las decisiones sobre la tierra se tomaban en la capital del estado, saldrían derrotados, pues los funcionarios estatales avisaban a los ricos, quienes entorpecían el proceso a base de «lana», en ocasiones al punto de lograr que los campesinos abandonasen la lucha. El hecho parece ilustrado en el dictamen de 1974 en el que funcionarios municipales y estatales alegaban, contra toda evidencia, que Xochicalco no existía como poblado. Los campesinos recurrirían, entonces, a argumentaciones imbuidas de nacionalismo para defender su acceso a la tierra.

Todavía hoy muchos campesinos tildan a los propietarios de gringos o alemanes, y argumentan que no tienen derecho a la tierra por ser extranjeros. «Mucha de esa gente ni siquiera vive en Chiapas, viven en [Ciudad de] México o en Estados Unidos», afirmó Primitivo. Aun siendo mexicanos, en muchos casos se concibe a los propietarios como extranjeros depredadores de las riquezas de la nación, hecho que se refleja en que «ni siquiera» viven en sus propiedades, lo que hace suponer que residen en lugares lejanos a donde se llevan la riqueza obtenida en el estado. Armando Solís, líder de la organización de productores de palma en la Selva, originario de la Costa, justificó la lucha agraria en términos similares:

Había un español que vivía por ese rumbo, tenía algodonerías. Ahí veíamos que pasaba don Pepe en su avioneta. Entonces la gente comenzó a decir: Pero ese es español, como los que nos chingaron, esas tierras son nacionales. Era el Rancho Guarumbo. E invadimos.

Armando presentó a Pepe como una persona distante que ni siquiera recorría la región a pie. Para él y sus compañeros de lucha, la batalla, no era solo por la tierra, era porque esta se otorgase a quienes legítimamente les pertenecía, a los mexicanos.

Lejos de negar su ascendencia extranjera, algunos propietarios del Soconusco la valoraban o incluso la magnificaban; en conversaciones y entrevistas, aludieron a la ética laboral de los alemanes, al ingenio técnico de los japoneses o incluso, en algunos casos más extremos, a supuestas mayores capacidades intelectuales de los extranjeros sobre los mexicanos. Reproducían, así, viejos discursos porfiristas que sirvieron de justificación para el deslinde de tierra a favor de migrantes, particularmente de Europa, de quienes eran descendientes. En contraposición, las políticas de Lázaro Cárdenas dieron pie a concepciones sobre el derecho a la tierra de orden nacionalista, cambio político que generó reacciones encontradas. Para los campesinos, el nacionalismo revolucionario, fortalecido durante la presidencia de Cárdenas, justificaba sus luchas por la tierra, mientras que para los propietarios el Estado, particularmente a nivel federal, había traicionado la producción por consideraciones sociales.

Pregunté a Liliam Bernstorff y a Juan Yamasaki sobre el porqué del apoyo del gobierno al sector ejidal. Como era habitual, Yamasaki respondió primero: «Porque siempre fue la visión de estado en apoyar el sector social, ¿no? Siempre fue un poquito de izquierda, siempre ha sido apoyar a los sectores...». Su esposa agregó con tacto: «Menos protegidos, los más desprotegidos». Everardo Bernstorff, con su desparpajo y acidez habitual, fue más crítico:

Usted no puede tener 1000 hectáreas [...]. Por eso no crece la agricultura. La traición de Cárdenas. No crece la agricultura por eso. 200 hectáreas es lo que usted puede tener. [...] En Guatemala usted puede comprar todo el país si tiene dinero y echarlo a andar. [...] La Ley Agraria te impide ser grande en el campo, porque con 200 hectáreas, ¿qué hace usted? Nada.

Everardo se refirió al reparto agrario como «la traición de Cárdenas», aunque lo dijo más en tono de chiste que como una aseveración definitiva. Pese a ello, su perspectiva en cuanto a la posesión de la tierra fue clara y

se quedó sorprendido cuando hablé de grandes propiedades en el Soconusco. Él consideraba que propiedades de 200 o 300 hectáreas estaban lejos de ser grandes. Tanto Everardo como Liliam y su esposo atribuían al gobierno federal un papel protagónico en el reparto agrario aun después de Cárdenas, hecho evidente en el juicio que involucró a La Lima.

En su solicitud de ampliación de 1977, los ejidatarios de Lázaro Cárdenas refirieron la existencia de terrenos afectables al norte, sur y este, e incluían los nombres de sus propietarios. A pesar de la cercanía, excluyeron a La Lima. Así quedó asentado en el historial presentado en la sentencia del juicio agrario 264/95, publicada en el *Diario Oficial de la Federación* en 2001. El documento revela que fue el propio ingeniero federal, Agripino Solís Rojas, quien en 1986 sugirió la afectación de la finca. Observó la falta de separación entre predios, la existencia de un único caserío y de un único «beneficio» de semillas (la extractora de aceite de palma). En la sentencia se pueden leer sus argumentos: «tomando en cuenta la calidad del terreno y la extensión superficial sí existe acumulación de bienes por la propietaria [Liliam Bernstorff] de dicho predio».²⁴ El ingeniero calificaba el fraccionamiento de simulado y recomendaba lo siguiente: «Para satisfacer las necesidades agrarias de los 124 campesinos [...] sin parcelas es mi opinión, salvo el mejor criterio de esa Superioridad, que debe afectarse las fracciones de Las Limas I».²⁵

Según el Artículo 195 de la Ley Agraria vigente, publicada en el *Diario Oficial de la Federación* el 16 de abril de 1971, el fraccionamiento se consideraba simulado de no haber deslinde entre los predios y cuando hubiera acumulación de beneficios. Un propietario y productor de palma habló de ello:

Crecer contra la ley esa, la ley agraria, cuesta mucho, es muy difícil. Yo estoy fuera de eso. Sé que estoy en un peligro, ¿verdad? Pero como lo tengo dividido en nombres pasa, pero también es problema interno también, ¿no? Ya no es tan fácil manejar...

²⁴ «SENTENCIA pronunciada en el juicio agrario número 264/95, relativo a la ampliación de ejido, promovido por campesinos del poblado Lázaro Cárdenas, Municipio de Villa Comaltitlán, Chis.», *Diario Oficial de la Federación*, 8 de agosto de 2001, p. 31.

²⁵ «SENTENCIA pronunciada en el juicio agrario número 264/95...»... p. 32.

En este caso, el entrevistado recurrió al uso de prestanombres como estrategia para mantener la posesión de una superficie mayor a la permitida por ley, aunque mencionó que involucrar a otras personas tenía sus propios riesgos, podían reclamar la tierra como propia, aun cuando fueran familia. Ante las acusaciones de acumulación de beneficios, en 1987 el representante de La Lima argumentó que la división era inviable dado el costo que supondría que cada fracción de la finca contara con su propia extractora. Además, según este representante, La Lima estaba repartida en varias manos. Un año después de los señalamientos del primer ingeniero, otro, de la Secretaría de la Reforma Agraria, declaró haber identificado la presencia de linderos y mojoneras de concreto que marcaban los límites entre los predios.

A pesar de no haber incluido a La Lima en la lista de posibles propiedades afectables, el representante de Lázaro Cárdenas no perdió la oportunidad que se les presentó. En un «recadito» sin fecha a un tal licenciado Fernando, que consta en el expediente relativo a la ampliación del ejido,²⁶ el representante de los ejidatarios dijo de los Bernstorff que eran «extranjeros que ocupan nuestras tierras mexicanas». En otra carta de 1988, los tilda de «latifundistas y capitalistas que están cargados de dinero». No fueron los únicos campesinos que pusieron a La Lima en dificultades.

En 1985, un grupo de pobladores de Saltillito, una localidad vecina ubicada junto a las vías del tren, ingresó en la finca y tomó una parte de los terrenos. Abel, caporal de la finca, recordó el momento:

Entraron 800 habitantes, se posesionaron, hicieron un caserío y ya no dejaron trabajar a la gente, y ellos no trabajaban porque no era de ellos, nada más perjudicaron porque no era de ellos. [...] Ellos no venían a producir palma, venían a aprovechar a sembrar otras clases de siembra: maíz, frijol y otras cosas.

En consonancia con la lógica de muchos propietarios, Abel consideraba que los campesinos que se posesionaron en La Lima no trabajaban, pues no producían cultivos con valor de mercado, sino de autoconsumo.

²⁶ Ampliación del ejido Lázaro Cárdenas, Villa Comaltitlán, Chiapas, 1994 (Archivo General Agrario, Sección Ejidal, exp. 22/22835, Ciudad de México).

«Afortunadamente en aquella época estaba Absalón Castellanos de gobernador y como era amigo de la familia nuestra, nos apoyó directamente», recordó Juan Yamasaki. Absalón, conocido por ser contrario al reparto agrario, concebía solo dos soluciones: la compra de predios a favor de los campesinos o el desalojo de los invasores. En este caso optó por el desalojo. Tuvo lugar el 26 de marzo de 1988, tres años después de iniciada la invasión.

«Ya no pensaron que los iban a sacar», dijo un poblador de Xochicalco que había sido jornalero en La Lima y quien ese día se encontraba cerca de la finca, trabajando el tabaco en su parcela. Relató cómo llegó una gran «plebe» compuesta por elementos del ejército y la judicial. «A ver, tú», recuerda que le dijeron, «poné cadena a la máquina». Por andar mirando, lo obligaron a participar en el desalojo y debió preparar la máquina que derribó una tienda que formaba parte del asentamiento. Tuvo también que recoger parte de los envases de refresco que La Lima envió a la fuerza pública. Como era costumbre en los operativos de desalojo, los policías y militares hacían uso de cuanto campesino encontraban en el lugar. Aprovechó un momento de distracción para tomar su bicicleta y salir huyendo. No pudo ver el desenlace.

«El fuego lo destruyó todo», dijo Abel de aquel momento. Y un poco a la manera de los pobladores de Xochicalco cuando fueron atacados en Maragato, el caporal habló, aunque sin mucha empatía, de la pérdida de patrimonio de esas familias: «Sí, dejaron tirado vacas, caballos, marranos, gallinas, jolotes, distintas clases de animales quedaron entre el monte». Los tiempos estaban cambiando y quedarían sellados con la modificación a la Ley Agraria del 6 de enero 1992, promulgada por el presidente Carlos Salinas de Gortari, la cual dio la reforma agraria por terminada.

En 1988, en plena invasión de la Lima, la sentencia del juicio agrario indica que la familia Bernstorff reportó ingresos por 112 millones de pesos. Un año después, realizado el desalojo, los ingresos se incrementaron a 300 millones de pesos. Tras una larga espera, la venta de aceite crudo de palma era un negocio redituable. De manera sorprendente, la familia Bernstorff salió indemne de las turbulencias agrarias. En el caso de La Lima, se libraron de la invasión de los vecinos de Saltillito y en el juicio agrario con

el ejido Lázaro Cárdenas probaron que la finca estaba repartida en varias manos. Contaban con mojones entre los predios y con una sociedad que reportaba ganancias por separado a cada una de las familias dueñas de La Lima, todas descendientes de Juan Bernstorff y Carmen Pérez. Esta sociedad se dividiría en dos a partir del establecimiento de la extractora de El Desengaño en 1991.

Concluía así la lucha de tres generaciones de la que habló Juan Yamasaki, y durante la cual habían sido testigos de la transformación agraria de la región. En ese periodo vieron caer a numerosos propietarios, amigos y vecinos:

—Y todos esos propietarios, ¿a dónde fueron?, ¿qué hicieron?
—pregunté.

—Pues son familias que se desvanecieron, se extinguieron... —dijo Juan.

—O se fueron a otras ciudades —puntualizó Liliam.

Y Juan observó:

—Se fueron a las ciudades, se dedicaban a otros negocios, acababan siendo pobres. Otros volvían a comprar propiedades ya como ejidatarios... Se acomodaron de alguna manera.

—Pero, ¿abandonaron el campo? — les pregunté.

—Muchos sí, muchos, muchos —respondió Juan.

Aún se escuchan historias sobre este o aquel propietario que, por ejemplo, terminó sus días como chofer de combi (transporte colectivo). Sin embargo, el reparto agrario también supuso el acceso a la tierra para un importante número de familias que vivían como jornaleros en condiciones de gran dificultad y vendían su trabajo a cambio de poco o casi nada. Tal fue el caso de Xochicalco.

*

El 15 de agosto de 1988 se publicó la dotación a favor de Xochicalco en el *Diario Oficial de la Federación*. Habían pasado 16 años desde que sus habitantes comenzaran su lucha por la tierra. En septiembre de 1988, el ingeniero Camerino Rescalvo llegó a Villa Comaltitlán para hacer la entrega

oficial de tierras a los campesinos de Xochicalco. Primitivo recordaba vivamente las palabras que el ingeniero de la Secretaría de la Reforma Agraria les dijo un día antes del evento, el 4 de septiembre:

Miren, señores, mañana a las 12 del día yo voy a hacer la ejecución. Les voy a dar su patrimonio, les voy a dar lo que tanto han sufrido. Piensen esta noche que va a ser su matrimonio, como una boda. Lo que ustedes van a recibir va a ser una tierra, una madre.

Primitivo habló del momento con emoción: «Todos nos sentimos felices, 16 años de pleito, ingeniero, con tanta batalla... pues da tristeza, pero también da gozo». Habían sufrido tantas dificultades que algunos debieron trabajar por años como jornaleros para sostenerse mientras que otros, como Belisario, optaron por marcharse a la Selva. Tras el abandono de varios de ellos, hubo pleitos entre nuevos y viejos solicitantes, lo que explica la existencia de dos Xochicalcos (el Viejo y el Nuevo). Pero por fin aquello que habían soñado el día que se establecieron en Maragato, cuando llamaron a su poblado «Flor en el pantano», estaba por materializarse.

Primitivo recordó la advertencia que les hizo el ingeniero: «Pero si antes de las 12, una media hora antes, o unos minutos antes de las 12, cae un amparo, yo no hago la resolución y ustedes quedan todavía en lucha». Un amparo de los propietarios afectados no solo impediría la resolución, retrasaría el proceso por años, en un momento, además, en que las leyes agrarias estaban por cambiar y no a favor de los campesinos. «Esa tarde», recordó Primitivo, «a las cinco de la tarde nos despedimos y cada quien nos fuimos a nuestras casitas, pero ya con esa pendencia, pues». La noche que pasaron no solo fue de tristeza y gozo, sino también de preocupación.

La ejecución tuvo lugar el día 5 de septiembre, a tres días de que el huracán Gilberto golpeará las costas de México. Era un día lluvioso y lleno de expectativas para los pobladores de Xochicalco. Los terrenos estaban inundados, pero aun así pudieron llegar al predio llamado La Sucesión, donde se establecería la zona urbana del ejido. Primitivo continuó con su relato: «A las ocho de la mañana nos venimos. Allí esa gente que tenemos de vecinos lo admiraban, decían: ¿Pero qué...?, ¿ya...?». Sus vecinos

ejidatarios sabían bien la alegría que suponía conseguir tierra, otros, quienes no la tenían, anhelaban lograr algo similar. El ingeniero llegó en un jeep y sobre el mismo cofre comenzó a hacer el papeleo. Primitivo relató el momento con intensidad:

Y nosotros esperando. [...] Decíamos, donde aparezca un rico o dos ricos, ¡ay! Estábamos temblando y pidiéndole a Dios, y viendo el reloj, viendo el reloj como en año nuevo. El reloj fue marcando las 11, las 11 y media, hasta que llegaron las 12.

El ingeniero tocó entonces el cofre y dijo: «Bueno, señores, ahora sí, han ganado». La celebración fue instantánea. Tal y como reza el acta de ejecución,²⁷ el ingeniero hizo la siguiente lectura:

Primero. Se revoca el mandamiento del gobernador del Estado, de fecha 22 de agosto de 1974. Segundo. Es procedente la acción de dotación de tierras promovidas por campesinos del poblado denominado «Xochicalco», municipio de Pueblo Nuevo Comaltitlán, Estado de Chiapas. Tercero. Se concede al poblado de referencia por concepto de dotación definitiva de tierra una superficie total de mil doscientas setenta hectáreas, setenta y dos áreas, cincuenta y dos centiáreas...

Se revertía, así, la decisión del gobierno de estado que negó la existencia del poblado de Xochicalco. Primitivo recordó cómo ese momento de gran alegría por poco queda trunco: «Acabábamos de firmar todos los documentos cuando oímos ruido: *buaaaaa*». Era el sonido de los vehículos atravesando a toda velocidad los terrenos anegados. Se trataba de Oscar Francisco Cosío, copropietario del predio El Garzal, y Otilio Mata, quien quemó sus pertenencias en Maragato y que peleaba por que se le reconociera la propiedad de Sal Si Puedes que había sido declarada terreno nacional el primero de agosto de 1979 en el *Diario Oficial de la Federación*. Ambos llegaron con sus amparos en el que sería su último intento por impedir la dotación de Xochicalco. Según recordó Primitivo, el ingeniero fue tajante: «Aquí no hay nada con los amparos, está ejecutado. Váyanse con Reforma

²⁷ Expediente de dotación del ejido Xochicalco Nuevo, 1988 (Archivo del Registro Agrario Nacional, Tuxtla Gutiérrez).

Agraria». No pudieron detener el proceso y Primitivo habló de su reacción: «Lloraron esos hombres de sensación». El júbilo de unos era necesariamente el pesar de otros.

«Los ejidos nacen de propiedades», observó Juan Yamasaki sobre la historia agraria de la Costa. Y agregó: «La gente pelea por la tierra cuando lo importante es el trabajo. La riqueza viene del trabajo, nosotros damos trabajo». Este viejo silogismo servía para justificar la posesión de la tierra por parte de propietarios y finqueros, quienes supuestamente beneficiarían a los campesinos a través de la disponibilidad de empleo, un posicionamiento que las empresas retomarían después. Sin embargo, esta era una batalla que daban por perdida, quizás por eso los descendientes de Juan Bernstorff mencionaron los beneficios que tuvo la reforma agraria para las clases populares. Al respecto, Everardo, reconocido por varios ejidatarios por el apoyo que les otorgó para dedicarse a producir y procesar palma, dijo: «La gente pobre bueno, de ejidatario, por un lado, por lo menos tienen un pedacito para medio comer de eso». Aunque acto seguido dijo: «Algo les ayuda, pero no les permite desarrollarse». Para él, como para otros propietarios, la reforma agraria era pan para hoy y hambre para mañana. Es decir, un paliativo para los problemas de la pobreza, pero una estrategia mediante la cual se sacrificó la posibilidad de generar un sector económicamente competitivo y dinámico. Para Juan Yamasaki, aun con todo, la palma ofrecía ciertas opciones a los campesinos:

Mucha gente muy pobre que tenían, no sé, dos o tres hectáreas y que sembraron palma, dicen que están viviendo bien con ello. Por lo menos están viviendo mejor que antes, cuando no tenían nada. [...] Y bueno, con la fortaleza de la tierra y la calidad que tiene este clima y todo, ha permitido que el cultivo aquí, en esos volúmenes, sea rentable en esas superficies.

Perdida la batalla, propietarios como él otorgaban cierta legitimidad a la dimensión social del reparto, y en el momento de las entrevistas consideraban necesario superar viejos antagonismos y, como productores de palma, alcanzar nuevos acuerdos por el bien del sector.

*

En la Costa, la palma africana nació al calor de la lucha agraria entre los propietarios que defendían el orden establecido y los campesinos que buscaban un cambio en sus vidas. Como toda lucha, tuvo sus momentos de violencia. Aunque, quizás, su expresión más evidente radique en las posiciones encontradas que aún se tienen en torno a la propiedad de la tierra. Por un lado, hay quienes defienden que la propiedad privada es fuente de riqueza gracias al trabajo que genera, argumento que, en ocasiones, continúa presentando al emprendedurismo de las personas venidas de lejos como clave para generar desarrollo en el país. En este caso, el valor supremo es la producción. Por otro lado, hay quienes afirman que la tierra debe ser para los mexicanos, postura según la cual su posesión no es un mero hecho económico, involucra también cuestiones de legitimidad, soberanía y justicia. Aquí, el valor fundamental reside en la posibilidad de vivir de la tierra y evitar tanto la migración como el trabajo al jornal.

La lucha entre propietarios y ejidatarios puede considerarse terminada, así me lo expresaron ambos bandos y los datos parecen confirmarlo. La modificación a la Ley Agraria del gobierno de Salinas de Gortari, que dictó el fin de la reforma agraria a favor de las clases campesinas, marcó el principio del fin. A raíz del levantamiento zapatista de 1994 hubo en la Costa quienes aprovecharon el momento para tratar de obtener tierra, pero según datos del Padrón e Historial de Núcleos Agrarios, se trató de una movilización limitada: 334 familias obtuvieron 761 hectáreas. Hay quienes todavía se posesionan de terrenos ajenos, pero suelen ser federales. Así, por ejemplo, supe que Rodrigo, quien me habló de la Mano Negra, era líder de un asentamiento irregular en el interior de La Encrucijada llamado Altamira, y cuyos habitantes sembraron palma en un intento por asegurar la posesión de la tierra. Pero no solo los campesinos toman terrenos ajenos, también lo hacen los propietarios. A decir de un estudio sobre la tenencia de la tierra en la misma Reserva, uno de los hermanos Matanzo seguía ocupando un pedazo de Maragato. Se trata, sin embargo, de conflictos entre campesinos o propietarios y la Reserva, mientras que los antagonismos entre ricos y

campesinos son, según dijeron varios ejidatarios, cosa del pasado. Escuché cosas similares de los propietarios o de quienes trabajaban para ellos.

Un ingeniero responsable de varios ranchos de palma de la Costa me dijo: «Armando es socio, amigo». Se refería al líder de los palmeros en la Selva. Y no lo decía cualquier ingeniero, sino el encargado de las propiedades de Pepe, el español cuya tierra invadió el propio Armando junto con un grupo de campesinos. Divertido, habló de ello: «Tendría 17 años cuando entró con una bandera [de México] y dijo que iban a invadir». A raíz de los ruegos y las presiones de los funcionarios, Armando se acabaría yendo a la Selva donde el Estado le entregó tierras. A decir del ingeniero de la Costa, con el tiempo Armando sería socio y amigo de aquellos a quienes invadió. En esa misma conversación refirió, además, otro hecho que apuntalaba la idea de que la lucha agraria había terminado. Este ingeniero tuvo una discusión con el líder de una organización de ejidatarios, quien argumentaba que los apoyos para la palma debían ser para los pobres y, por lo tanto, debía excluirse a los ricos. El ingeniero respondió: «Aquí no hay ricos ni pobres, solo productores de palma». Y agregó: «Maestro, la constitución dice soy mexicano y tengo derecho».

Me sentí por mucho tiempo escéptico sobre las afirmaciones de ambos bandos que concebían las luchas agrarias como cosa del pasado. Por ejemplo, observé cómo en ciertas comunidades de la Selva los ejidatarios reaccionaban ante la llegada de inversionistas y empresarios: los llamaban acaparadores y les cerraban el paso. En la Costa, varias de las cooperativas de ejidatarios impedían el ingreso de los propietarios, a quienes se referían como los ricos, y, dado el pasado sin tierra que habían experimentado muchos de ellos, consideré que esta no era más que la reedición de viejos conflictos. Ahora creo que estaba equivocado. Los propietarios, quienes fueron los dueños de la tierra, han perdido en buena medida su lugar en el escenario agrario, aunque algunos, como el fallecido Pepe, se reinventaran como empresarios locales. En la actualidad son las grandes empresas, algunas nacionales y otras de capital trasnacional, las que están al frente de la que fuera la causa propietaria y que podríamos resumir con la siguiente oración: «La riqueza viene del trabajo, nosotros damos trabajo». Pero las empresas no son simples herederas de los ideales finqueros; muchas han

llegado a Chiapas hace relativamente poco y recurren a estrategias de control novedosas. Al igual que el ingeniero que trabajó para Pepe, tratan, además, de reinventar el lenguaje nacionalista a su favor, tal y como hicieron durante el Primer Congreso Palmero Mexicano.

Don Ulises

Ulises viste camisa blanca, pantalones de tela beige y botas de hule cortas, de aquellas que llegan al tobillo, testimonio de su habilidad para caminar en el lodo sin mancharse la ropa. Me platica de las circunstancias que lo llevaron a la Selva: «Pues la mera verdad, sí tenía dos esposas y tenemos varios niños. No me alcanzaba para mantener». Estamos en su parcela y nos acompañan algunos de sus hijos, todos hombres jóvenes de entre 20 y 30 años, uno de los cuales, machete en mano, limpia de vez en cuando la maleza mientras nos escucha. Ulises cuenta que llegó a la Selva a principios o mediados de la década de 1990, un decenio y pico después de la repartición de la tierra. Nacido en Tabasco, trabajaba en una tortillería y tenía un terrenito que le dejó su madre, pero con 17 años, Ulises ya tenía dos esposas y nueve hijos, y no lograba cubrir los gastos escolares, aunque su mayor preocupación era dejarles algo como herencia. O, en sus palabras, «comprar un terreno para que estos chamacos cuando crezcan se los pueda dedicar».

La oportunidad para cumplir su anhelo se dio cuando supo por su hermano de la existencia de tierras en la Selva. Se dirigieron a Marqués para ver qué posibilidades había de establecerse en el lugar. A decir de Ulises, su hermano se comunicó con Dios, quien le dijo que debía quedarse en Tabasco y seguir luchando. Pero Ulises optó por trasladarse a la Selva junto con su familia. Vendieron todas sus pertenencias y decidieron viajar en transporte colectivo para poder comprar una vaquita a su llegada, una vaquita que sirviera de celebración. Pasaron años hasta que consiguió

un pedazo de tierra en el que tiempo después sembró palma de aceite, aunque esta, más que una solución, ha sido una retahíla de problemas y dificultades.

Ubiqué a Ulises a través de Daniel Domínguez Paz, a quien le pregunté si me podía sugerir a algún avecindado al que pudiera entrevistar. Usé posiblemente el término poblador, empleado en la Selva para designar a quienes viven en los ejidos, pero carecen de tierra. En concreto, buscaba a alguien que trabajara en palma y Daniel me recomendó hablar con Ulises, pues sabía que alguno de sus hijos trabajaba para don Jorge Zavala, aquel guerrerense de billete que se dedicaba a producir palma en grande. Seguí sus instrucciones para llegar al lugar: tomé un camino de tierra que descendía de la avenida principal del ejido hasta el punto en que yacía una quosería abandonada, fruto de un proyecto de la Comunidad Europea. La casa no estaba lejos de ahí, a medio camino de una terracería parcialmente deslavada y cubierta de maleza. En contraste con las viviendas de material y lámina de su vecindario, don Ulises vivía junto con sus hijos, algunas nueras y varios nietos, en dos pequeñas construcciones de adobe con techo de palma. Daniel ignoraba que Ulises tenía algo de tierra e incluso su propia parcela de palma.

«Como que en eso patalea uno mucho», dijo Ulises sobre su palma, «pero la verdad, nosotros no hemos podido bajar [apoyos] y mira cómo se pone». La plantación de cinco hectáreas está en claro mal estado: en lugar del verde habitual de las plantas bien nutridas, muchas hojas están amarillas, y más de la mitad de la siembra está «fallada». Además, el terreno se ubica en una zona baja y guachalosa (lodosa), con lo que el tractor que traía las plantas de palma jamás pudo llegar a la parcela: «No pudo llegar el primer tiempo y necesitamos que llegara». No fue el único de sus problemas. Señala un predio vecino y observa: «Yo he sufrido lumbre de allá, de esta parte y me la quemaron, ¿va usted a creer?». El fuego quemó parte de su palma y aunque la norma es que quien quema la parcela de un vecino debe pagar la pérdida, más si es hule o palma, no fue su caso. De repente dice: «Eso de los proyectos, a nosotros nunca nos han dado nada».

«No, no estábamos cortando porque pensamos, pues, que no eran dinero y, este, ya vimos que sí, porque no cosechaba así raquíticamente».

Desanimados por el mal estado de la plantación, don Ulises y sus hijos decidieron abandonar la palma. No debió tardar mucho en enmontarse: al momento de la siembra, el terreno era acahual y solo limpiaron una pequeña parte de la parcela; sembraron el resto de la palma en pleno monte, aún visible por partes. Es una maraña seca de arbustos, enredaderas, palos de corcho y mulatos que está lejos tanto del orden de una parcela como de la elegancia de la montaña. Vuelve a hablar de los problemas con el tractor y de las plantas que recibieron.

«Algunas ya venían sin pilón», dice Ulises, «y cuando las bajamos acá, las bajábamos con cuidado, pero se le salía su tierrita». En su opinión, el problema fue que una vez en el ejido los trabajadores amontonaron las plantas sin cuidado alguno en el remolque del tractor, por lo que perdieron la bolsa de plástico negra que protege su raíz y con ello el abono que evita que las plantas se sequen. Para colmo de males, el tractor las dejó lejos del terreno y del agua, por lo que no pudieron ni sembrarlas ni regarlas. Tuvieron que llevarlas al terreno, poco a poco, cargándolas cientos de metros, una a una. Recibieron 715 plantas de las que sobrevivieron «300 y feria». Esta cifra equivale a unas dos hectáreas de plantación. «No se pudo», dice sobre ponerle fertilizante, «no hay dinero. Nunca le hemos echado fertilizante».

«Sí, se murieron», comenta Ulises frente a una palma sin vida. Unas plantas murieron por falta de fertilizante y agua (llegaron en secas), otras incineradas por el fuego del vecino cuando apenas habían sembrado las matas. De las 300 y pico que sembraron en la parcela, sobrevivieron unas 100, hecho observable en los huecos que hay en la retícula que debería ser la plantación. Ulises explica que parte de las que sobrevivieron a la quema se quedaron chiquitas, y observó: «Aquí había un racimo. Este es un racimo entero, mira». Quedan todavía restos del que una vez fuera un fruto lleno de carnaza y aceite, y que cayó preso de las moscas y las hormigas. Aunque están cosechando, explica que la palma que tienen no produce lo suficiente y concluye: «Se necesita que te apoye una empresa».

Ulises insiste: «Yo quisiera antes de morirme dejarles algo». El terreno de 24 hectáreas que tiene es herencia para seis de sus nueve hijos, pues tres de ellos viven en la ciudad, pero la palma fue su apuesta por dejarles algo

que sí fuera negocio. «Yo soy mexicano», observa. Justifica de esta forma su derecho a los apoyos, más cuando afirma no tener deudas con nadie. Sin embargo, no sabe dónde obtenerlos. En un momento identifica a las empresas como la posible fuente de apoyos, en otro a los ingenieros que llegan al ejido, a quienes llama políticos y entre los que me incluye. A pesar de considerarme una posible fuente de ayuda, la solicitud que me hace es del todo indirecta: «Ya le digo, nosotros quisiéramos que de esas personas, por ejemplo, que [nos digan] en qué nos pueden beneficiar, o qué vamos a hacer. Que nos apoyen porque nosotros estamos pobres. No tenemos, no tenemos riqueza, pues».

«Nosotros la hacemos de burro», observa Ulises, quien con esta frase resume su forma de trabajo. Si bien un ejidatario de medios suele apilar la fruta cerca de donde se cosecha, y desde ahí se transporta en camioneta o remolque al centro de acopio, en el caso de la familia de Ulises introducen el fruto cortado en costales de fibra plástica que llevan al hombro hasta el borde de la parcela, pues carecen de caminos transitables en el interior del terreno. Si la lluvia y la economía lo permiten, pagan un flete para trasladar la cosecha al ejido. Sin embargo, la cosecha ha sido mínima, solo han sacado una tonelada de fruta desde que sembraron, cantidad que un ejidatario en mejores condiciones supera en un solo corte.

Ulises emplea la palabra sufrimiento para calificar lo que este trabajo les supone a nivel físico. «Y este terreno», observa, «no nos lo dio el ejido tampoco. Nosotros nos lo ganamos por trabajar, logramos así el dinero, jornalando». La parcela que tienen les costó años de trabajar terrenos ajenos, en particular para quienes Ulises llama «los ricos». En contraste con lo que se dice en la Costa, cuando habla de los ricos no se refiere a propietarios de recurso, inexistentes en la zona, sino a los propios ejidatarios, aquellos que recibieron tierra en la dotación inicial, o la heredaron, que tienen voz y voto en la asamblea comunitaria, especialmente si son de medios.

Para Ulises la palma es sinónimo de dificultades y problemas, pero pareciera que las alternativas son aun peores. Le pregunto sobre el ganado: «No, el ganado no produce muy bien, como es ganado de cría, pues». Como es costumbre en la Selva, no se produce carne o leche, sino que se engordan becerros que se venden a intermediarios, quienes los finalizan

en el centro y norte del país, y acaban de esta forma en las bandejas de carne que encuentras en los supermercados. Pocos tratan de hacer parir sus propios becerros, una labor muy arriesgada; la mayoría los prefiere comprar de Centroamérica y venderlos tras engordarlos unos cuantos meses. La peor pérdida que se puede tener en este negocio es la de un animal y el año pasado don Ulises perdió 11 de los 30 animales por una enfermedad que nunca pudo identificar. A los riesgos hay que sumar los gastos que involucran el pago de vacunas, antibióticos y desparasitantes. «Ya no queda para la comida, porque ya estamos en la medicina del ganado», observa Ulises, y agrega: «Ya estamos rajados con el ganado, queremos mejor la palma, por eso le vamos a poner cuidado a la palma». Le quedan aún 12 animales que quiere vender para «proponer» (reponer) varios tramos de palma que tiene fallados.

«Pensamos que en el maíz nos íbamos a alivianar», comenta Ulises, «pero no, el maíz no». Para entonces ya me había explicado que el maíz no se daba bien en su terreno, pues cuando llueve el suelo acumula demasiada agua y al secarse, se endurece y se vuelve imposible de trabajar. Es un típico suelo vertisol, rico en arcilla y muy difícil de trabajar sin maquinaria. Señala la milpa de un vecino: «Mire usted, pues, ahí, ¿qué tanto va a cosechar ese señor? Ni pa comer le va a dar. Mire cómo está de jodido». Sin ser maíz chaparro o híbrido, las plantas carecen de altura y ya están floreciendo. Ulises no tiene dudas: «No va a dar producto, no desarrolló, ahí se va a quedar».

«Nunca hemos fumigado aquí», dice sobre su parcela, «no hemos echado líquidos». Es evidente que el trabajo fue a machete por el tono de la maleza muerta, en lugar de los mechones secos que abundan en los suelos fumigados, el residuo está húmedo y es de color café oscuro, por partes casi negro, signo de pudrición. Ulises cuenta, además, cómo la lumbre acabó con una parte de la montaña que tenían y de la que podían haber obtenido algún apoyo: «Siempre pasa, es que a veces los compañeros no tienen guardarraya, y nosotros también quisiéramos eso, pero a veces no recibimos apoyo para eso de la guardarraya. Que dieran algo también». Las guardarrayas, brechas sin vegetación que hacen de cortafuegos, son vitales en caso de incendio y aunque hay algunos apoyos gubernamentales

para realizarlas, nunca los han recibido, así como tampoco apoyo alguno por conservar un pedazo de montaña, muy comunes en el ejido: «no sabemos cómo está ese jale, no sabemos cómo está, solamente que nos expliquen, pues».

Para Ulises la palma es dinero, pero sin apoyos no ve la forma de salir del «atascadero». Interviene uno de sus hijos: «Casi que si tú querías entrar a este programa, tenías que poner un poco de dinero». Se dirige entonces a su padre a quien llama, con cariño, papi: «Porque ¿verdad que nosotros pusimos una parte para entrarle también?». Ulises explica que vendieron unos animalitos para cubrir los 27 pesos por planta que costó el flete de desde Palenque, ubicado a 223 kilómetros del ejido. Se trataba de la primera planta de palma que llegó a la zona, aquella que trajo el presidente municipal en 2005. Al perder parte de la planta les quitaron parte del apoyo que les correspondía y que en este caso era a crédito.

Un chingo. Así resumió Ulises el trabajo que les costó sembrar la palma. Les tomó dos meses entre cargar las plantas y limpiar la parcela de monte, algo que solo podían hacer en las tardes, cuando los hijos habían terminado su trabajo al jornal. Agregó: «Si hubiera pegado, no hubiéramos pensado en el trabajo porque íbamos a pensar que ahí íbamos a aprovecharla. Como falló, se perdió el trabajo también». Esta no era una pérdida menor, Ulises hizo el cálculo: dadas las horas que invirtieron y el ingreso obtenido, salieron más o menos a una ganancia de 60 pesos por cabeza, mientras que el jornal estaba a 120 pesos. Fue este cálculo y la falta de dinero para producir lo que llevó a Ulises y a sus hijos a abandonar la palma y dedicarse al jornal, pero tras las pérdidas en el ganado se vieron orillados a tratar de recuperar el cultivo. El sueño de Ulises era sembrar las 24 hectáreas de palma.

«A veces había para comer», cuenta don Ulises de los primeros años, «y a veces no había. Ahí, con pura agua a secas. Nos llevaba la jodida». Los hijos asienten. Trabajaron desde su adolescencia picando potrero, tumbando montaña y barriendo acahual. Uno de ellos explica cómo no les pagaban lo que valía el trabajo, pero sin opciones, preferían ganar algo a no ganar nada («sale, lo hago, no importa»), pues estaban en juego sus necesidades más básicas, aunque siempre parecía que estaban perdiendo.

Y hasta eso se fue acabando: uno, por la deforestación, y dos, por la llegada de guatemaltecos al ejido, quienes cobran la mitad de la tarifa habitual. «Sí, por ejemplo, nosotros pedimos 1 200», dijo otro de los hijos de Ulises sobre la limpia de acahual, «ellos piden 600». La gente, explica este joven, valora el trabajo bien hecho, pero acaban yéndose por lo barato, y los guatemaltecos compensan las pérdidas reduciendo su inversión en trabajo. Explica que si es acahual no «mochan» la vegetación bien abajo. Habla de los jornaleros guatemaltecos sin malicia alguna, al contrario, se solidariza con ellos. «Sí, realmente sí», dijo otro de sus hijos al preguntarle si eran competencia, «porque ellos vienen y ellos agarran hasta que se los lleve la tristeza ahí, en un trabajo barato, barato. Como bien sufridos, pues». Emplea los términos habituales para referirse a las privaciones que viven los que menos tienen en los ejidos: sufrimiento y tristeza.

Pocos días después platicué con Josué, otro de los hijos de Ulises, un joven corpulento de unos 30 años, quien me platicó de la tumba de la montaña, trabajo que llegó a hacer en algunas ocasiones. «Pues es un poco duro, fíjese», observó, «para la tumbada es un poco duro». A decir de varios ejidatarios, el trabajo consistía en tumbar primero los árboles de mayor tamaño, algunos de 40 metros de altura, para que estos, al caer, derribaran los más pequeños. Para ello debían construir un andamio de palo que quedara encima de los contrafuertes del árbol y cortar entonces el tronco a dos manos (hacha) o a cuatro manos (sierra). Josué comparó el trabajo con echar colado (cemento) en una obra: «Por decir, no se puede uno bañar». Como en el trabajo de colado, manos y brazos se calientan a tal punto que, de mojarse con agua fría, se entiesan y no pueden moverse por horas. La motosierra vino a facilitar las cosas, aunque este trabajo tenía sus propios riesgos, además de que involucraba ciertos gastos como la compra de gasolina.

Ulises no tenía dudas de cómo habían logrado conseguir tierra: «El esfuerzo de nosotros y la ayuda que nos da nuestro Dios, el que nos da fuerza para vivir y para poder trabajar». Fue así como logró ser ejidatario, así se llamó a sí mismo, pues no se consideraba ya un poblador, sinónimo, en su caso, de la pobreza extrema del pasado. Ahora estaba un poco mejor, aunque no era ejidatario ni a ojos de la Ley Agraria ni de los funcionarios y los vecinos.

«Algunos no quieren», dice Ulises de la palma, «pero nosotros ya no nos dejamos engañar». Habla de las críticas que hubo en el ejido a la palma, y rememora lo que dijo un vecino suyo, quizás el que quemó parte de su parcela:

Oye, ¿para qué le metes palma a la tierra? Da más el becerro. Métele al becerro y vas a sacar más de 100 000 pesos. Esa madre no te va a sacar, no se come. Mira, al menos siembra zapote o coco porque eso sí se come. Esa madre no se come... A ver, mata una palma y cométela.

Para Ulises la crítica no tiene sentido y argumenta que la palma es como las vacas, cortar coyol (fruto) es como ordeñar una vaca. «Ya eso es dinero», observa. Tras afirmar que para algunos el ganado es una ilusión, como lo fue para ellos, concluye: «Nada más que ellos no lo han visto, pues. No lo han visto, no lo saben. No queremos mejor ganado. Mejor queremos la palma».

Ulises reitera que no han recibido apoyos de ningún tipo, ni productivos ni de conservación. «Nada», insiste. Desconoce cómo o de quién obtener apoyos; piensa que deben llegar de las empresas, pues de las instituciones nunca ha recibido nada. Ofrece, entonces, la siguiente valoración: «Ahora, los que se quedan con esos proyectos y todo eso deben ser los líderes. ¿Pero quién los investiga? Así es el poder». Uno de sus hijos habla del trato que reciben tanto de sus vecinos ejidatarios como de los técnicos y funcionarios cuando buscan apoyos: «hay siempre una frialdad, y eso es lo que desanima. Porque yo voy otra vez y ya de ahí no voy. No, digo, me están viendo la cara [burlándose]». Y afirma: «Mejor me voy a trabajar a la casa porque aquí aunque sea una carga de leña llevo en la tarde, aunque sea un racimo de plátano, algo que yo haga. Y si no, limpio una palma».

Mi plática con don Ulises data de 2012. Lo visité nuevamente en 2018, pasé a verlo aprovechando un viaje que hice con unos colegas a la Selva. Me sentía en deuda con él, me ofreció su tiempo a cambio de nada. ¿De qué podría servirle mi investigación? Le llevé una información sobre el precio del aceite de palma que me pidió tras mi primera visita, pero no veía la forma en que esta pudiera ayudarle y tampoco cómo retribuirlo

más que con atención y amabilidad. En esta última visita comentó que dejó perder la palma; que hubo quienes quisieron rentarle la cosecha, pero la palma estaba en tan mal estado que, al verla, desistían. O quizás, sugirió, les preocupaba que pediría la tierra de vuelta si mejoraban demasiado la parcela de palma. Llegó entonces una persona que le ofreció rentar su tierra, según dijo: «Metió maquinaria y la dejó bien arregladita». Lo que no rentaron, lo tienen ahora con ganadería, pues si bien él quería palma, sus hijos querían ganado y «prefirió escucharlos».

Sus hijos, contó, siguen trabajando para don Jorge, quien se dedica a producir palma en el ejido. Ulises dice que este guerrerense ya tiene 1 000 hectáreas de terreno en el ejido. Se trata, a todas luces, de una exageración; en realidad, esta cifra refleja la dimensión que para él tiene la riqueza de don Jorge. Aunque habla bien del señor, posiblemente porque le regaló a cada uno de sus trabajadores un cuarto de hectárea de tierra de río, el mejor de los suelos, para que hicieran su milpa.

Don Ulises tiene unos 50 años, aunque aparenta más edad, quizás por sus mechones de cabello cano o las arrugas que pueblan su rostro. En nuestra primera conversación, por momentos parecía querer pedir ayuda, algo que nunca hizo, y en otros parecía resignarse. Eran tiempos difíciles, no tenía mucho ganado ni las condiciones para sacar adelante su plantación. A pesar de las dificultades, logró hacer realidad el afán de aquel joven tabasqueño de 17 años: consiguió un terreno que podrá «dedicar» a sus chamacos cuando él ya no esté.

La unidad

Entonces el vínculo real ético-político entre gobernantes y gobernados era la persona del emperador o del rey [...], como más tarde el vínculo será no el concepto de libertad, sino el concepto de patria y de nación.

GRAMSCI (1986:136)

El video, proyectado en el interior del salón Tabasco del hotel Hilton, comenzó con un poema en quiché del guatemalteco Humberto Ak'abal. Tras el poema, aparecieron en la pantalla las imágenes de una plantación de palma aceitera tomada por un dron. Para entonces el sonido de la lluvia, que acompañó al poema, había dado paso a unos tambores y a la voz en *off* de una niña, quien comenzó su parlamento con la siguiente pregunta: «¿Qué es lo que llevo en el corazón?». Me encontraba en la apertura del Primer Congreso Palmero Mexicano. Del techo del salón Tabasco, un espacio de triple altura empleado normalmente para bodas de la alta sociedad, colgaban varias lámparas de araña que servían más de adorno que de iluminación. La niña se respondió: «En el corazón llevo a México». En la pantalla se sucedían las imágenes: un esquite, tortillas en el comal, cerros al atardecer, familias sonrientes, comunidades rurales y la bandera nacional ondeando al viento. Tras unas cuantas oraciones, la lectura llegó al punto álgido: «Aunque si cierro los ojos un poco, veo que mi corazón está en la palma, y que llevo la palma en mi corazón».

Las referencias nacionalistas en un video a favor de la palma aceitera podrían resultar sorprendentes, pero lo cierto es que, en México, el

nacionalismo se ha empleado una y otra vez para generar consenso en torno al proyecto de desarrollo en turno. Minutos antes, en este mismo salón, el presentador —un locutor de radio y de televisión salido del mundo de la farándula— nos invitó a levantarnos y cantar el himno nacional. De pie, ejidatarios, propietarios, técnicos, funcionarios, empresarios y personal de asociaciones civiles ambientales, casi todos hombres, parecían entrar en sintonía.

El congreso, el primero de su tipo en México, fue organizado por la Federación Mexicana de Palma de Aceite (FEMEXPALMA). Tuvo lugar el 8 de febrero de 2018 a las afueras de la ciudad de Villahermosa. No solo era la presentación en sociedad de la Federación, podía también ser leído como una demostración de fuerza. Conocí a uno de sus integrantes en 2016, cuando aún pocos sabían de su existencia y ni ellos mismos tenían claro dónde se ubicaban los ejidos productores de palma en Chiapas. Dos años después aglutinaban a buena parte del sector, aunque en el acto hubo algunas ausencias. No logré ubicar a personal de la empresa Propalma o a los representantes de varias organizaciones de ejidatarios de la Costa, pero sí llegaron ejidatarios de Marqués de Comillas y del norte de Chiapas, propietarios de Tabasco, así como personal de empresas como Uumbal y Oleopalma.

En la pantalla apareció un ingeniero que trabajaba en una de las tractoras de ejidatarios de la Costa de Chiapas. Se encontraba en una oficina, junto a dos cascos de construcción. Repitió la pregunta que le hicieron («¿Por qué unirse [a la Federación]?») y respondió: «Muy buena pregunta, porque... la unión hace la fuerza, como dice el dicho». El presidente de la Federación, un joven profesionista egresado de una universidad privada, también intervino, en su caso desde su despacho en Villahermosa, junto a una botella de un licor fino llena de aceite de palma: «FEMEXPALMA siempre se debe entender como un proyecto colectivo. Nace tan de la inquietud, tanto de productores mexicanos como tanto de empresarios dedicados a la industria de la palma. Busca la defensa de los intereses de nuestro sector». La Federación buscaba presentarse como abanderada del sector, aunque esa silla ya estaba ocupada.

El Sistema Producto Palma de Aceite era el mecanismo oficial que aglutinaba a productores e industriales dedicados a la palma de aceite. Se

trataba de un conjunto de asociaciones civiles, una por estado, que a nivel nacional conformaban el Consejo Mexicano para el Desarrollo de la Palma de Aceite (COMEXPALMA). Las referencias a la incompetencia, la irrelevancia y la corrupción son comunes cuando se habla del Sistema Producto. Por ejemplo, uno de sus representantes en la Costa me dijo en una ocasión: «El Sistema Producto no existe». A pesar de ser parte de la sociedad civil, este mecanismo fue creado por el gobierno federal. Todo parecía indicar que la Federación buscaba desplazar al Sistema Producto y modernizar el sector palmero mexicano a imagen y semejanza de la poderosa federación colombiana de cultivadores de palma de aceite, cuyo presidente, invitado de honor del congreso, observaba el panorama desde el presidium.

En la inauguración del evento, el secretario de Desarrollo Rural de Campeche, Armando Toledo Jamit, habló del asunto sin tapujos: «para los mexicanos que estamos iniciando en el tema de palma, crear FEMEXPALMA no fue una casualidad, no es una agrupación más como las que tenemos en este país para cumplir únicamente con un protocolo». Poco después agregó:

Esto, señores, que logramos es un éxito en este país, donde tenemos agrupaciones de productores en muchos sectores que no representan al gremio, a sus gremios. Tenemos líderes ganaderos que no son ganaderos, tenemos líderes de agricultores que no son agricultores. A mí me tocó armar el primer Sistema Producto Mango del país. Hoy en día nos queda claro que los Sistemas Producto no funcionan.

El Primer Congreso Palmero puede entenderse como un intento del capital por convertirse, en connivencia con la administración del presidente Enrique Peña Nieto (2012-2018), en líder del sector palmero y hacer del neoliberalismo la ideología dominante. Una parte del sector ambiental estaba más que dispuesto a subirse al barco («Nadie trabaja gratis», me dijo uno de ellos en el evento), aunque no todos estaban de acuerdo. No lo estaban varios ambientalistas que trabajaban en instituciones estatales y buena parte de los ejidatarios. Y mucho menos en el contexto de las elecciones presidenciales, en las que se estaban jugando el futuro entre profundizar el modelo neoliberal —inaugurado por Carlos Salinas de Gortari a finales de la década de 1980— o retomar el camino extraviado del nacionalismo

económico de la mano de López Obrador. Muestro a continuación cómo en el caso de la palma, la hegemonía—entendida como proyecto ético-político o ideológico de unidad política— ha orbitado en torno al Estado, dado el flujo de recursos de las arcas públicas, sus prácticas consuetudinarias y las batallas políticas que lo conforman, y en las que el ambientalismo se constituyó, una vez más, en un importante ingrediente de la fórmula del poder.

*

El tinte nacionalista del evento fue notable desde el comienzo. No solo se entonó el himno nacional y se dijo del país que era un lugar especial cuyo corazón estaba hecho de palma, sino que quienes intervinieron en la inauguración lo hicieron en clave nacionalista. Hablaron del «sector palmero mexicano», la «palmicultura mexicana», e incluso de la «palma de aceite mexicana». Hicieron énfasis en las bondades sociales y económicas del cultivo, y se argumentó que el fortalecimiento del sector redundaría en favor del desarrollo nacional. La Federación, dijeron, debía jugar un papel protagónico en dicho proceso, representando a todos y siendo neutral políticamente, pero sin por ello dejar de incidir en las políticas públicas. La unidad requiere, sin embargo, de algo más y la Federación lo tenía.

En la inauguración intervino el secretario de Desarrollo de Campeche: «Como productor soy una colección de lo que no se debe hacer en muchas actividades agropecuarias». Desde el presidium, este ingeniero agrónomo, nacido en una familia del norte de México con raíces libanesas, explicó que perdió casi unas 1 000 hectáreas de palma que sembró en la década de 1990 por no hacer bien las cosas. Pocos minutos después, dijo: «Si yo fuera un buen productor [...] no estuviera de secretario». Tras las risas del público vino una ronda de aplausos, que hasta ese momento habían sido solo de etiqueta.

En contraste con las presentaciones sobrias y técnicas de sus colegas de presidium, el secretario supo conectar con el público. Se ridiculizó por ser funcionario, algo que solo podía generar simpatía entre los ejidatarios y los propietarios presentes. Fue en ese mismo tono, muy propio del campo,

que habló de la importancia de la Federación: «Cuando nos plantearon el tema de poder juntar a los productores con ANIAME, yo le dije: José Luis, es como si quisieras meter un coyote a un corral de gallinas». José Luis era el presidente de la Federación y la ANIAME, la Asociación Industrial de Aceites y Mantecas Comestibles, conocida por publicar el precio de referencia del fruto de la palma de aceite. Tras hablar en términos muy coloquiales de los riesgos de aliarse con los industriales, el secretario presentó la Federación como el primer intento exitoso de conjuntar los intereses de productores de palma e industriales del aceite. Y aclaró: «Yo en la semana me pongo al corriente de mis cuotas. No habíamos pagado las cuotas porque debíamos de saber hacia dónde corría FEMEXPALMA». El comentario encajaba bien con la posición cautelosa de muchos ejidatarios. Tras unas cuantas risas del público, contrapuso la Federación, como modelo exitoso, con el Sistema Producto, del que destacó su falta de representatividad.

Para entonces, el secretario ya había advertido que hablaría de los ataques que sufría la palmicultura en el país. En la parte final de su alocución, afirmó: «La palma, a pesar de todos los detractores, llegó para quedarse. Y eso, por eso quise pedir la oportunidad [de hablar]». Explicó que había pedido el favor de intervenir en la inauguración y le fue concedido. Dijo: «Esto que yo veo hoy aquí ya no se va a parar. Con la participación, ahora sí me pongo la cachucha del funcionario, con la participación de los estados, de los municipios y la federación [gobierno federal], la palma no va a parar». Y agregó: «México es un país de gente brava, de gente echada para adelante...». Recordó entonces un poco de su historia con la palma, la cual corría paralela a los programas de gobierno.

El secretario afirmó: «Hace muchos años que hay palma en México. El único esfuerzo que no ha parado fue el del licenciado Labastida, que con altas y bajas ha venido caminando». Se refería a las primeras siembras de palma en Tabasco y Campeche bajo el programa Alianza para el Campo (1996-2000), cuando Labastida Ochoa —el primer candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en perder una elección presidencial— era secretario de Agricultura. Señaló entre los presentes al industrial que lo acompañó en su primera de siembra de palma y relató que invitaron a Francis Corrado, un ingeniero agrónomo a quien presentó como una

autoridad a nivel mundial en el cultivo. Recordó lo que les dijo: «Los felicito, siguen haciendo en México las cosas al revés». Tras las risas de los presentes, el secretario se explicó: para Corrado, quien trabajaba para un centro de cooperación y desarrollo francés, el problema fue que sembraron palma sin drenaje. «Después del fracaso», agregó el secretario, «yo juré que no me volvía a meter a palmicultor». Explicó que su regreso al cultivo fue resultado de una reunión que sostuvo con el ingeniero Pedro Ernesto del Castillo, quien se encontraba entre el público. El ingeniero estaba a cargo del proyecto Trópico Húmedo, el cual ofrecía subsidios para producir palma de aceite. El secretario dijo que salió de la reunión con el ingeniero Castillo convencido de que debía sembrar palma otra vez. Llegó entonces el plato fuerte.

«Yo traigo una guerra abierta contra los pseudoambientalistas», dijo el secretario, quien aclaró que su crítica no se refería a los ambientalistas serios y éticos. Tras esta advertencia, se lanzó a la carga: «A los que cuestiono, critico, y si pudiera crucificar, a los oportunistas y trepadores, a los que están en contra de todo y a favor de nada. Esos le han hecho un gran daño a muchas de las actividades productivas». Poco después, hizo su muy particular lectura de la deforestación en Campeche: «Dicen los ambientalistas y los mismos secretarios de Ecología que es gracias a la agricultura y ganadería». Tras identificar la tala de madera y la producción de carbón como las causas principales de la deforestación, añadió: «Es una cortina de humo echarle la culpa, como siempre, al sector agropecuario, pero tenemos más de 300 000 hectáreas de acahuales que las defienden, así, pero con todo, cuando puede ser más productivo».

Por acahuales, el secretario se refería a aquellas áreas con vegetación de sabana típicas del sur de Campeche que, en determinadas áreas, constituyen masas arboladas. Según el secretario, los acahuales, que equiparó con «potreros abandonados» debían convertirse en cultivos de palma, pues, en su opinión, este monocultivo capturaba más carbono que el acahual; cierto si se trata de una sabana con poca vegetación, pero falso cuando abarca formaciones forestales maduras (véase, por ejemplo, García-Ulloa et al. 2012; Quezada et al. 2019). En ese momento, hizo una observación que pocos se

hubieran atrevido a hacer en público: «Asia, sus razones tendría para tumbar selva y hacer palma». E insistió: «Sus razones tendría...».

Nadie en el congreso se atrevió a hablar del tema ambiental como lo hizo el secretario; prefirieron refugiarse en un lenguaje técnico y evitaron referirse a los problemas ambientales concretos que se vivían en México. Por ejemplo, no se hizo mención alguna de la presencia de plantas de palma en los humedales de la costa de Chiapas, pese a que varios de los presentes sabían del asunto y algunos incluso estaban involucrados. En lo que todos coincidieron fue en presentar la palma como víctima del ataque injusto de los ambientalistas. El representante de la Secretaría de Agricultura —entonces denominada Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA)— habló, por ejemplo, de la «estigmatización» que sufría el sector en México. El presidente de la Federación hizo lo propio:

... es vital defender y posicionar la imagen del sector ante las múltiples afirmaciones negativas que carecen de todo fundamento técnico ya que en México se tiene un gran potencial y tenemos en estos momentos la gran oportunidad de hacer de la palmicultura un gran generador de valor, y haciendo las cosas correctamente.

Identificaron con claridad un enemigo en común: un tipo de ambientalismo al que retrataron de poco serio y carente de fundamentos. Estas afirmaciones generaron murmullos de aprobación entre los ejidatarios presentes, quienes habían tenido sus propios conflictos con el sector ambiental. La Federación tenía un enemigo en común que podía servir para unir a un sector tan dispar como lo era el palmero, y que involucraba desde ejidatarios de bajos recursos económicos a los grandes industriales del aceite. Pero ¿qué proponía la Federación para enfrentar el problema?

*

En la apertura del evento, el presidente de la Federación afirmó: «No cabe duda que la palma produce y procesa éxito en el sureste mexicano, convirtiéndose en un catalizador incuestionable de desarrollo económico y

social en las regiones donde se ha establecido». Vestido de guayabera blanca con encajes de color vino y gafete al cuello, añadió: «Su gran capacidad para generar empleos ha traído consigo una activación trascendental en la economía de cientos de comunidades del sureste mexicano y se ha convertido en el sustento de más de 10 000 familias mexicanas». Por su parte, el representante de Uumbal, también en el presidium durante la inauguración, observó: «El cultivo genera una gran cantidad de empleos. Tan solo en el triángulo de los estados de Tabasco, Campeche y Chiapas en la actualidad se tiene una fuerza laboral en el orden de 4 500 empleos con todos sus beneficios». La generación de empleo y desarrollo fue, de hecho, uno de los asuntos centrales del congreso.

Según la Federación, la palma era sinónimo de empleo y desarrollo, un argumento que hasta entonces había sido moneda corriente en las comunicaciones de los gobiernos estatales sobre el cultivo. En 2018, por ejemplo, en una nota publicada en el portal del gobierno de Tabasco, el titular de la Secretaría de Economía y Turismo estatal asociaba el cultivo de la palma con «empleo» y «riqueza», y la presentaba incluso como «motor del desarrollo».¹ Aunque se trataba en gran medida de un argumento cuantitativo. Así, por ejemplo, y según un par de notas del gobierno de Campeche de marzo y abril de 2016,² la siembra de 100 000 hectáreas generaría seis millones y medio de jornales al año y 24 000 empleos directos e indirectos. En Chiapas los funcionarios estatales indicaron que las 40 000 hectáreas con palma que había en el estado generaban 11 000 empleos, y estimaban que cada hectárea sembrada con este cultivo creaba cinco empleos permanentes.³ Es posible

¹ «Realizarán Primer Congreso Palmero mexicano», Portal Tabasco, 6 de febrero de 2018, en <<https://tabasco.gob.mx/noticias/realizaran-primer-congreso-palmero-mexicano-o>> [consulta: 17/05/2022].

² «Campeche sientas las bases de su transformación: Gobernador AMC [Alejandro Moreno Cárdenas]», Gobierno del Estado de Campeche, 11 de marzo de 2016, en <<https://campeche.gob.mx/162-historial-noticias/1628-proyecto-palma-de-aceite>> [consulta: 17/5/2022]; «A fortalecer la integración en materia económica llama el gobernador AMC», Gobierno del Estado de Campeche, 22 de abril de 2016, en <<https://campeche.gob.mx/162-historial-noticias/1681-reunion-gersse>> [consulta: 17/05/2022].

³ «Entrega MVC [Manuel Velasco Coello] 100 mil plantas a palmicultores de Costa y Soconusco», Instituto de Comunicación Social del Estado de Chiapas (ICOSO), 11 de noviembre de 2013, en <<https://icoso.chiapas.gob.mx/2013/11/11/entrega-mvc-100-mil-plantas-a-palmicultores-de-la-costa-y-soconusco>> [consulta: 17/05/2022].

encontrar alusiones similares en documentos oficiales, aunque en ningún caso se ofrece información sobre el cálculo de tales estimaciones. Un funcionario del gobierno del estado de Chiapas me facilitó una presentación de uso interno en PowerPoint que me permitió dilucidar la lógica de funcionarios y gobernantes.⁴

A decir del documento del gobierno estatal de Juan Sabines (2006-2012), cada hectárea de palma requería 93 jornales, estimación a partir de la cual se calculaba que la expansión proyectada de palma aceitera generaría 837 000 jornales. Sin embargo, lo que comenzaba siendo estimaciones sobre los jornales, o días de trabajo, que la palma necesitaba por hectárea, se convertía en empleos estables o permanentes. El término empleo puede llevar a pensar que se habla de condiciones contractuales. No es así. El análisis de los documentos refleja que por empleo estable o permanente se referían a la superficie de palma que demanda jornales durante todo un año: si una hectárea genera 93 jornales, cuatro hectáreas requieren 365 jornales, equivalente, esto último, a un empleo permanente.

La consistencia no parece ser una preocupación para quienes ofrecen estimaciones sobre el trabajo creado a través del cultivo de la palma desde los sectores público o privado. Las cifras oscilan entre 365 días de jornales provistos por cada hectárea, a una cantidad de trabajo similar por cada 10 hectáreas de palma, siendo esta última cifra más cercana a la realidad (Castellanos Navarrete et al. 2019). Algunos documentos, como el Plan Rector del Sistema Producto Palma de Aceite de Tabasco 2004-2014, ofrecen cuatro cifras diferentes. Pese a ello, la estrategia es efectiva: los pronunciamientos sobre el número de empleos creados, tanto por parte de las empresas como de las instituciones de gobierno, y retomados sin atisbo de crítica en los medios de comunicación estatales, han servido para asociar la palma con la generación de trabajo. Ciertamente la palma ofrece más empleo que la ganadería, aunque la realidad está lejos de los niveles que la industria presume en muchas ocasiones. Pese a ello, varios de los ponentes en el congreso aprovecharon la oportunidad para arrojar más cifras a la pira de las estimaciones.

⁴ «Palma de aceite», Instituto para la Reconversión Productiva y la Agricultura Tropical, Gobierno del Estado de Chiapas, sin fecha.

Además de insistir sobre el empleo, el presidente de la Federación habló de la necesidad de «hacer las cosas correctamente». Se refería a la cuestión ambiental y en su discurso puso toda su esperanza en la certificación. En concreto, habló del esquema diseñado desde la Mesa Redonda de Aceite de Palma Sostenible (RSPO), un organismo privado internacional que había emitido una serie de estándares que, de ser verificados en el campo mediante auditorías independientes, valían la expedición de un certificado de producción de aceite de palma sustentable. Presentó dicho esquema como un mecanismo que garantizaba no solo la sustentabilidad del sector, sino también su competitividad. Tras hablar de las bondades ambientales de la palma y de la política de Cero Deforestación de la Secretaría de Agricultura, un alto cargo de esta institución, ubicado junto a una bandera mexicana y delante de un cartel con la leyenda AGRICULTURA Y DESARROLLO, hizo la siguiente afirmación:

... se está trabajando en la interpretación de la norma internacional Mesa Redonda de Aceite de Palma Sostenible, mejor conocida por sus siglas en inglés RSPO. [...] se requiere la participación, la unidad y el compromiso de todo el sector, sin importar la trinchera en la que se encuentren todos. Es un tema de relevancia para el país.

El representante de Uumbal enumeró, por su parte, los que debían ser los objetivos del sector: «Buscar, mediante una serie de prácticas conjuntas, incrementar la competitividad, productividad; implementar medidas culturales; y promover las certificaciones como RSPO». Aunque en último lugar, la certificación figuraba junto con preocupaciones empresariales claves, como la productividad y la competitividad. La importancia de lo dicho era evidente en las propias camisas que vestía el personal de Uumbal; junto a su nombre presumían el logo de la Rainforest Alliance, una organización no gubernamental estadounidense dedicada a certificar todo tipo de productos tropicales.

En sus intervenciones, los ponentes en la inauguración del Congreso Palmero dejaron claro que había dos países modelo en cuanto a la producción de palma: Colombia y Guatemala. El representante de la Secretaría de Agricultura indicó que debía impulsarse una certificación jurisdiccional

en beneficio de todas las regiones productoras de palma de aceite, «tomando como modelos bien ejecutados, y construir sobre el éxito, como el caso de Colombia». Esta fue una de las muchas referencias, siempre positivas, que se hicieron a ese país durante el congreso. Abundaron también los comentarios positivos sobre Guatemala; por ejemplo, en palabras del presidente de la Federación:

Nuestro país vecino es un país de referencia en cuestiones de productividad [...] solamente cruzando el río de la frontera tiene productividades de más del doble de lo que tenemos en nuestro país, y esto nos habla del gran reto y la gran oportunidad que tenemos como país [...].

Es llamativo que los ponentes del congreso presentaran a Guatemala y a Colombia como ejemplos a seguir. Ambos países destacan por sus altos niveles productivos y un elevado porcentaje de producción certificada, pero también constituyen la vía de expansión de la palma más excluyente del continente. En Colombia, solo 13 % de la superficie bajo palma está en manos de pequeños productores, mientras que en Guatemala los datos son incluso peores: solo 2 % de la superficie bajo palma corresponde a productores con menos de 50 hectáreas (Castellanos Navarrete et al. 2021). Es decir, en ambos países las empresas tienen un enorme control de la producción, lo que les permite alcanzar altos niveles productivos y, al no depender de los pequeños productores, pueden implementar las acciones necesarias para certificarse a sus anchas. Las oportunidades que el sector ofrece en estos países a las comunidades rurales suelen limitarse a incorporarlos como trabajadores, muchas veces de carácter temporal.

Quizás se comprenda mejor por qué escogieron dichos países como ejemplo a seguir si se toma en cuenta quiénes estaban hablando. El presidente de la Federación era también subdirector de Oleopalma, empresa que, según los informes y auditorías llevadas a cabo en el marco de su participación en RSPO, contaba con al menos 28 propiedades, 7 226 hectáreas bajo palma, cuatro extractoras de aceite crudo y una refinería en Jalisco bajo la figura de Oleofinos. Uumbal —propiedad de dos consorcios empresariales, uno de ellos dedicado a vender productos de limpieza en toda Norteamérica— contaba, por su parte, con 12 309 hectáreas de

su propiedad, 8 626 de las cuales contenían palma, en municipios colindantes de Chiapas, Tabasco y Campeche.⁵ Y, por último, el secretario de Desarrollo Rural de Campeche era dueño de la empresa Frutas Tropicales de Campeche (FRUTOKA), productora de mango y papaya, y poseía una plantación de palma de 2 500 hectáreas.

El nacionalismo de estos empresarios era muy peculiar, especialmente en el caso de Uumbal y Oleofinos. Aunque conformadas por capitales nacionales, se trataba de empresas dedicadas a producir insumos y productos para capitales transnacionales, ya fuera en mercados mexicanos o extranjeros. Compraban aceite de palma en mercados centroamericanos y sudamericanos, donde también contrataban ingenieros, y trataban de establecer puentes con federaciones de palma de países vecinos. Pero más allá de esto, que ambas empresas pusieran a Guatemala o a Colombia como ejemplo, o que insistieran en su papel como generadoras de empleo, estaba lejos de ser un simple asunto técnico; revela una cierta ideología agraria que saldría a relucir con más claridad durante las entrevistas a los empleados del sector privado.

*

El gerente de una extractora en Tabasco observó: «En cuestiones de producción, Campeche es productivo, pero menos comparado con otras zonas». Sentados alrededor de una mesa para juntas, acompañados de la encargada del área de Responsabilidad Social, este profesionalista de unos 40 años consideraba que Tabasco y el norte de Chiapas ofrecían mejores condiciones productivas que Campeche por cuestiones de clima y suelo. Habló entonces sobre la tenencia de la tierra:

La ventaja de Campeche es que tiene terrenos más consolidados, es más fácil comprar más tierras. Empresas de Guatemala, Costa Rica, capital colombiano se han ido a Campeche, pues es más viable una inversión amplia

⁵ «Aviso de consulta pública de auditoría de certificación», IBD Certificações, 3 de mayo de 2021, en <https://rspo.org/wp-content/uploads/Uumbal_Es_Anuncio_Auditoria_RSPO_13092017_V.pdf> [Consulta: 10/05/2022].

a pesar de la productividad más baja. En Chiapas y Tabasco la tierra está más pulverizada por la historia que conocemos.

El gerente consideraba que la gran fragmentación de la tenencia en algunos estados del sureste impedía la acumulación de grandes superficies, hecho que vinculó con los procesos de lucha y reparto agrario, a los que llamó «la historia que conocemos».

Poco después intervino la encargada de Responsabilidad Social: «Es increíble, cuando pones una extractora en Colombia hay tierras, tienes una plantación de 10 000 hectáreas y la ventaja es que la administración es más barata». De nacionalidad colombiana, se encontró en México con una situación radicalmente diferente a la de su país de origen. Observó cómo la producción se distribuía en pequeños ranchos, cada uno de los cuales debía tener su propio encargado, con las dificultades y costos que esto involucraba. Agregó: «En Colombia, un administrador se encarga de 3 000 hectáreas compactas y alcanza con facilidad buenas prácticas. Aquí uno jamás se podrá certificar por identidad preservada, solo por balance de masas». Esta especialista en auditorías no veía viable certificar el aceite de palma en su totalidad (por identidad preservada), sino bajo el esquema que permite emplear un cierto porcentaje de aceite de palma sin verificar (por balance de masas), dada la dependencia que tenían de los ejidatarios y la fragmentación de la propiedad.

Quise profundizar en las implicaciones que la cuestión de la tierra tenía para la certificación. La encargada del área de Responsabilidad Social respondió primero: «Con plantaciones propias tienes tus reglas, y o le entras a la fuerza o si no, te vas». De cabello corto y risa fácil, solía mirar a los ojos de su interlocutor cuando estaba por decir algo que podría resultar polémico. Habló entonces de la situación en México, donde la certificación dependía de la voluntad, convencimiento y capacidad económica de los ejidatarios dado el patrón de acceso a la tierra. «Desafortunadamente», observó, «el gobierno los tiene acostumbrados a que estiren la mano». Tras la referencia al paternalismo gubernamental, habitual en los círculos empresariales en México, indicó que la RSPO no tenía en cuenta

las particularidades del caso mexicano, y añadió: «Aquí el gobierno no se ha mantenido en RSPO. Dicen que sí, pero a la hora de la hora...».

Esta experta en la certificación RSPO no tenía muchas dudas, consideraba que la certificación en México era mucho más difícil que en países como Colombia, pues involucraba negociar con los ejidatarios, a quienes caracterizó como mal acostumbrados a recibir apoyos. Lo ideal era tener plantaciones propias, o al menos una población de productores más dócil. Tras escuchar a su empleada hablar del poco compromiso del gobierno mexicano con la certificación, el gerente, con la amabilidad y el tacto que lo caracterizaban, aludió a la falta de planificación en la siembra de palma por parte de la Secretaría de Agricultura, hecho que atribuyó a intereses políticos. Sin ser explícito, se refirió al interés gubernamental por repartir apoyos a los ejidatarios a costa de las cuestiones ambientales y productivas. Este es un elemento que saldría a relucir con mayor claridad en discusiones que presencié con posterioridad.

Antes de preguntar por la certificación, la encargada de Responsabilidad Social habló de la postura de la empresa sobre la cuestión de la tierra: «Lo que pasa es que, para el jefe, hay una parte social que es muy importante. La empresa no ha crecido con el ánimo de desplazar a terceros, de ir comprando tierras». Puso entonces su punto de vista sobre la mesa: «Yo personalmente no lo haría [así], yo sí lo veo como negocio. Yo hubiera crecido con más terrenos propios. Todo es más fácil así. En Colombia consigues 10 000, 14 000 hectáreas, no te peleas con terceros, no tienes huelga [de entrega de fruta]».

El gerente de otra extractora expresó un punto de vista similar en cuanto a la perspectiva que se tenía en el seno de la empresa. Identificó la «atomización» de la propiedad como uno de los grandes obstáculos para lograr altos niveles productivos. Consideraba que esto era problemático, aunque inevitable, y comparó la situación en México con la del país vecino. Tomó una hoja blanca para hablar del caso de Guatemala. Dibujó con el dedo un cuadrado que representaba una gran plantación de palma dotada de una extractora en su centro y dijo: «Ahí cortan por áreas, se recoge rápidamente y se envía a la procesadora. Pero aquí es distinto, aquí la empresa tiene un sentido social». Según este ingeniero, la diferencia

radicaba en que la empresa para la que trabajaba no priorizaba la compra de tierras, sino la compra de fruto a «los pequeños». Explicó que esto era resultado de ciertos acuerdos con el gobierno, al punto que instalaron la extractora sin tener fruta a su disposición.

En el congreso, los ponentes se cuidaron de hablar de cuestiones agrarias, aunque estas saldrían a relucir tanto a través de lo que dijeron como de lo que callaron. Sucedió, por ejemplo, cuando los representantes de las empresas hablaron de su papel como generadores de empleo, aunque en público se abstuvieran de hablar sobre propiedad agraria y los problemas causados por su atomización. Además, presentaron a Guatemala y a Colombia como modelos a seguir, refiriéndose a la necesidad de incrementar la producción y la competitividad del sector, pero obviando que en ambos países la concentración de la tierra en manos de las grandes empresas era la norma. Estos elementos develan una cierta ideología agraria, según la cual las empresas y la propiedad privada constituyen el modelo ideal para generar desarrollo en el campo mexicano. Estos comentarios no causaron reacción alguna entre los ejidatarios, tanto porque muchos desconocían la situación agraria de Guatemala y Colombia, como porque estaban quizás acostumbrados a este tipo de argumentaciones tras años de gobiernos neoliberales. Sin embargo, hubo quienes en el congreso hicieron críticas al candidato presidencial López Obrador. Fue entonces cuando se calentaron los ánimos.

*

Desde el presidium, el secretario de Desarrollo Rural de Campeche dijo: «Acabo de ver a Carlos Murga junior». Se refería al hijo del fundador de una empresa colombiana de palma que contaba con unas 30 000 hectáreas de este cultivo y que había llegado a ser ministro de Agricultura en ese país. Esto le hizo recordar un viaje que hizo a Sudamérica: «Cuando yo fui a ver palma la primera vez, como palmero, en el año 90, fui y vi palma en la zona del Orinoco, del Orinoco, pero dentro de la zona de San Fernando de Apure, en la zona de Venezuela». Hizo entonces un comentario que levantó una oleada de murmullos de desaprobación. Al mencionar a Venezuela agregó:

«país hermano en crisis, que ojalá no vayamos a replicar su historia». Fue una referencia velada al candidato presidencial López Obrador que no se le escapó a nadie, pues la oposición lo acusaba de querer replicar en México el modelo económico de la Venezuela bolivariana. No fue el único de los ponentes que aludió al candidato presidencial sin nombrarlo.

Tras la inauguración llegó el turno de las conferencias magistrales. Uno de los primeros en tomar el estrado fue Mario Correa, economista en jefe de un banco europeo en México y egresado del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), cuna del neoliberalismo en el país. Su ponencia tuvo todos los ingredientes del canon corporativo anglosajón. Conferencista dinámico y de actitud informal, nos introdujo en la complejidad de su tema a través de una historia personal. Hablaba con el típico acento capitalino que puede uno escuchar en las colonias acomodadas de la Ciudad de México y, muy a la usanza de esos ambientes, salpicó su alocución de términos en inglés.

Comenzó su exposición hablando de la compra que hizo en su juventud, acompañado por su novia, de un departamento al sur de la ciudad. La compra, dijo, fue con un crédito del 36 % a tasa variable que tras la crisis del 95 subió al 150 %. La historia sirvió de antesala al tema de su ponencia: las incertidumbres económicas ante la renegociación del libre comercio con Estados Unidos y las elecciones de 2018; habló de cifras, pero pronto incursionó en otras áreas. De repente, a media ponencia, dijo:

Y déjenme hacer aquí un poquito de historia. Hace algunos años, un presidente de los Estados Unidos, en el 87, dio un discurso muy importante en Alemania, frente al muro de Berlín, y le pedía al líder soviético de aquel entonces, al señor Gorbachov: míster Gorbachov, tire usted este muro. Dos años después cae el muro de Berlín.

La caída del muro marcó una nueva etapa que este economista resumió de la siguiente manera:

Es donde empieza la globalización, donde se expande más el comercio, y donde empieza a crecer el bienestar y el nivel de vida a nivel mundial en muchos países. Fijense cómo cambian las cosas, que hoy día el presidente

de Estados Unidos está hablando de levantar muros, y esto creo que es un peligro.

Advirtió que la humanidad se encontraba en una encrucijada, pues por un lado había «esquemas proteccionistas, populistas, que conducen a un montón de problemas», representados por la figura de Donald Trump, y, por el otro, «la globalización, la cooperación y el comercio, que es la única forma en poder generar mayor prosperidad a nivel mundial». Aunque no lo nombró, este último periodo comenzó con Ronald Reagan, mejor recordado en otros ámbitos por su anticomunismo. Dijo entonces sobre el populismo que eran «cosas que suenan bien, pero acaban produciendo resultados muy diferentes a los que se espera» y lo relacionó con «problemas muy serios».

Las referencias a López Obrador, a la cabeza de las encuestas y tachado en muchos medios de «populista», fueron también inconfundibles, y no pasaron inadvertidas entre el público. Los ejidatarios reaccionaron con frialdad. Llegada la ronda de preguntas, que debían entregarse por escrito, alguien quiso que este economista pusiera los puntos sobre las íes. El presentador del evento leyó la siguiente pregunta: «¿Crees que alguno de los candidatos a la presidencia no sería económicamente responsable?». El economista respondió: «Me da la impresión de que sí». Poco después, agregó con cautela: «desde luego, no les puedo decir quien es, pero yo creo que es algo que cada quien tiene que reflexionar». Volvió entonces a referirse a los problemas económicos de los años noventa: «Eso es importante que no nos vuelva a pasar en el país». Habló de la necesidad de que quien llegara a «la silla» se comportara con prudencia económica y que todos nosotros, como votantes, actuásemos de forma razonable.

Hubo quienes abandonaron el salón cuando el ponente comenzó a hablar de populismo, otros murmuraron con desaprobación. Un agente de ventas de una empresa de agroquímicos me comentó indignado del asunto cuando lo encontré al final de la jornada. La mayoría de los ejidatarios y muchos ingenieros de campo tenían su voto decidido a favor de López Obrador. La elección para ellos no era entre globalización y populismo, sino entre profundizar el régimen neoliberal del PRI u optar por un

modelo nacionalista que tenía como lema «Primero los pobres». Con ello, también estaba en juego de quién serían los apoyos.

*

En los recorridos de campo, varios ejidatarios dijeron estar de acuerdo con el reparto que el gobierno hizo de los apoyos para la palma. Hubo quien hizo algunas observaciones críticas, pero lo cierto es que no pude comprenderlas en su justa medida hasta que comencé a analizar, de forma casi accidental, los padrones de beneficiarios de los programas de incentivo a la palma. Varios entrevistados asociaron la Reconversión Productiva y otros programas de incentivo a la palma con el desvío de recursos públicos. A raíz de estos comentarios, me enfraqué en la búsqueda de la evidencia que sustentara o refutara dicha asociación, un esfuerzo plagado de dificultades.

Obligado por las leyes de transparencia, el gobierno federal debe publicar las listas de las personas beneficiarias de sus programas, pero los funcionarios cumplen muy a medias con esta obligación, y suelen poner todo tipo de trabas que hacen muy difícil dilucidar el reparto del recurso público. Por ejemplo, publican la información en numerosos formatos, lo que dificulta su comparación, y en muchas ocasiones optan por formatos que dificultan la extracción y el análisis de los datos. Además, los padrones varían en la información que ofrecen; algunos indican el régimen de tenencia bajo el cual se encuentran los beneficiarios, otros solo el municipio. A esto hemos de sumar las inconsistencias y contradicciones; es común que haya más de una versión de los padrones en línea, o que cada institución publique sus padrones en diferentes puntos de la web, en ocasiones en vínculos que dejan de funcionar sin que nadie haga algo al respecto. Algunas instituciones, como la Financiera Rural, no publicaron buena parte de sus padrones para el periodo 2012-2018 con respecto al programa de mi interés. Finalmente, muchos de estos documentos desaparecen con los cambios de administración.

La situación con los programas estatales es aún peor, pues el gobierno del estado de Chiapas rara vez publica los padrones. En el caso de la

Reconversión Productiva, obtuve el padrón por un golpe de suerte. Hice una visita a la Secretaría del Campo varios años después del fin del periodo del gobernador Juan Sabines, y cuando le pregunté a un funcionario sobre el padrón, dijo no tenerlo. Sin embargo, pasé el tiempo suficiente charlando con él en su despacho para que cambiara de idea; repentinamente recordó tener el padrón en su computadora y me lo entregó tras eliminar la información que correspondía a otros cultivos. A pesar de que esta información es pública por ley, algunos funcionarios la entregan a quien consideran digno de confianza. Asimismo, hay quienes, dentro y fuera del gobierno, atesoran esta información, e incluso la venden. En una ocasión, un conocido me hizo saber de una funcionaria federal que vendía paquetes de padrones ya preparados en hojas de cálculo, listos para ser analizados, en 10 000 pesos. Para algunos, la opacidad es oportunidad de negocio.

Aunque me tomó años, pude acceder a un número suficiente de padrones de beneficiarios de los programas de palma, unos obtenidos en línea y otros en los archivos de Tuxtla y de la Ciudad de México. Este trabajo me permitió alcanzar una comprensión de los programas de gobierno que no pude lograr en el campo; por ejemplo, me develó la larguísima trayectoria de los programas de palma en Chiapas. El primero de ellos databa de 1974 y fue implementado por la Comisión Nacional de Fruticultura. Este primer intento fue en gran medida un fracaso; solo la finca La Lima aprovechó parte de las plantas del vivero que el gobierno federal trajo de Costa de Marfil. No obstante, los funcionarios no cejarían en su empeño, y proyectos y programas de incentivo a la palma continuarían sin interrupciones hasta 2018. Los ejidatarios aún recuerdan las súplicas de los primeros técnicos que llegaron promocionando palma. A decir de algunos de los ingenieros involucrados, con el tiempo girarían las tornas y serían los ejidatarios quienes harían fila para obtener las plantas.

El trabajo de archivo me permitió dilucidar cómo cambió el reparto de los recursos a lo largo del tiempo. Desde el comienzo, a través de los programas de palma se ofrecieron apoyos tanto a ejidatarios como a pequeños propietarios, pero el reparto nunca fue equitativo y con el tiempo cambió de signo. En 1989, por ejemplo, el gobierno estatal, junto con instituciones federales, implementó un proyecto de siembra de palma en la costa de

Chiapas que, según un estudio de la época (véase Wolff 1999), entregó dos tercios de los apoyos a los ejidatarios. Una evaluación del proyecto realizada en 1991⁶ confirma los hallazgos del estudio. Un cálculo aproximado indica que, al menos hasta 1990, los ejidatarios recibieron 87 % de los apoyos, y los propietarios el resto, patrón que se sostendría también a finales de la década de 1990.

En 1996, el gobierno del presidente Ernesto Zedillo (1994-2000) se asoció con los gobiernos estatales para implementar el proyecto de incentivo a la palma de aceite más ambicioso hasta el momento: el Programa Palma de Aceite en el marco de la Alianza para el Campo (1997-2000). Este tenía como meta establecer 65 000 hectáreas de palma, y sirvió para expandir el cultivo por vez primera en Tabasco y Campeche, así como para que retornara, 40 años después, a Veracruz. En Chiapas el proyecto supuso la expansión del cultivo no solo en la Costa, sino también, por vez primera, en la zona norte del estado. En esta entidad, los ejidatarios recibieron 79 % del recurso del programa (plántulas gratuitas de palma y un subsidio de 150 pesos por hectárea), mientras que los propietarios, en su mayoría familias propietarias que sembraron pequeñas extensiones de palma (10 hectáreas en promedio), obtuvieron 21 % de los fondos. Aunque hubo apoyos para rancheros y algunas empresas que sembraron mayores superficies, no fueron numerosos. El patrón de reparto comenzó a cambiar con la llegada de la Reconversión Productiva (2007-2012), durante el gobierno de Juan Sabines.

El padrón de beneficiarios de la Reconversión Productiva indica que los ejidatarios recibieron 57 % de las plántulas que este programa entregó de manera gratuita, las cuales venían acompañadas de un subsidio de 1 000 pesos por cada hectárea sembrada; es decir, recibieron 22 % menos de lo que les entregaron en la década de 1990. Los pequeños propietarios, quienes sembraron en promedio 11 hectáreas con palma, obtuvieron un porcentaje similar al del pasado (25 %). En este caso, se trataba de familias de escasos recursos, rancheros con mayores superficies a su disposición e incluso familias campesinas que obtuvieron sus tierras tras el fin

⁶ «Informe de visita de asistencia técnica proyecto palma aceitera del gobierno del estado de Chiapas, México», ASD Costa Rica, octubre de 1991 (AGE, Tuxtla Gutiérrez).

del reparto agrario bajo esquemas de copropiedad. Aunque quizás lo más llamativo fue el avance que experimentaron las empresas: obtuvieron 16 % de los apoyos entregados, 10 % más de lo que habían recibido a través de la Alianza para el Campo. A decir del padrón, dos empresas de Tapachula obtuvieron la mitad del recurso entregado a este tipo de productores, pero el verdadero parteaguas llegaría con el presidente Peña Nieto.

En 2009, el gobierno federal inició el proyecto Trópico Húmedo, del que habló el secretario de Desarrollo Rural de Campeche durante el Primer Congreso Palmero. El programa cambió de nombre casi año con año: se convirtió en el componente Trópico Húmedo del Programa de Inducción y Desarrollo de Financiamiento al Medio Rural (2010), fue parte de Proyectos Transversales (2011) y Proyectos Estratégicos (2012 y 2013) y, a partir de 2014 y hasta 2019, se convirtió en el Componente Desarrollo Sur Sureste del Programa de Productividad y Competitividad Agroalimentaria. A través de este proyecto o componente, al que llamaré Trópico Húmedo, se entregaban subsidios a la producción a quienes tenían algún crédito aprobado. Las empresas fueron las grandes beneficiarias.

Entre 2009 y 2018, las empresas recibieron 64 % del presupuesto de Trópico Húmedo. Se trataba en su mayoría de capitales nacionales. Por ejemplo, la compañía mexicana en la que laboraba la encargada de Responsabilidad Social, que dijo de los ejidatarios que «el gobierno los tiene acostumbrados a que estiren la mano», recibió 22 millones de pesos. Aunque en menor medida, el programa también favoreció a algunas empresas de capital trasnacional, e incluso extranjeras. Así ocurrió, por ejemplo, con el Grupo HAME del magnate guatemalteco Hugo Molina, que recibió 22 millones de pesos del gobierno mexicano por sus plantaciones de palma en Campeche. En contraste con las empresas, los ejidatarios recibieron 30 % de los apoyos y 6 % los propietarios. Estos últimos eran en su mayoría rancheros bien capitalizados, algunos de los cuales contaban con sus propias figuras empresariales.

El análisis del reparto de recursos revela un patrón inconfundible. Los ejidatarios eran «hijos predilectos del régimen» aún en la década de 1990. Retomo aquí el título del libro de Arturo Warman (1988), quien usó esta expresión de manera irónica. Pero lo cierto es que en el caso de la palma

el régimen posrevolucionario hizo de los ejidatarios uno de sus sectores consentidos. Esto pudo suceder en parte como resultado de la herencia ideológica de la revolución agraria de principios de siglo, y en parte dada la estrategia estatal de fincar su estabilidad política en las concesiones a sectores populares numerosos, entre los cuales destacaron los campesinos. Aunque la posición de los ejidatarios se fue debilitando con la llegada de las políticas neoliberales, hubo quienes perdieron más que ellos.

Los grandes sacrificados fueron los propietarios. Estos perdieron la tierra ante los ejidatarios durante el régimen posrevolucionario y no recuperaron el apoyo del Estado con la llegada de las políticas neoliberales. Así, por ejemplo, la última vez que aparece la finca La Lima en los padrones de beneficiarios que obtuve fue en 1998. En contraste, las empresas fueron ganando terreno, en buena medida en tierras tituladas como propiedad privada, y lograron alcanzar una posición privilegiada durante la administración de Peña Nieto. Quizás esto explica la oposición a la palma que se dio por parte de los ganaderos, quienes veían con preocupación el avance de las empresas bajo la pequeña propiedad, además de las alianzas que otrora enemigos, como los ganaderos y los ejidatarios, establecieron una vez involucrados en la producción de palma. En la zona norte, por ejemplo, un propietario lideró, junto con varios ejidatarios, paros de entrega de fruta a las empresas extractoras para exigir mejores precios.

Aquí cabe una advertencia: el apoyo del Estado a las empresas no era nuevo, en realidad databa de la década de 1990. Según me indicó un funcionario de la Secretaría de Agricultura, fue entonces cuando el gobierno y los industriales del aceite acordaron un porcentaje de contenido de aceite en fruta de 12.5 %, cuyo valor real, de entregarse la fruta en su punto de madurez, ronda el 20 %. El porcentaje, uno de los más bajos en América Latina y con el que se calcula el pago de la fruta, ofreció al sector industrial un importante incentivo para participar en la extracción del aceite. Por cada fruto procesado, las empresas extractoras se apropiaban de hasta 7.5 % del contenido en aceite. Pero la administración de Peña Nieto fue más allá al otorgar facilidades de todo tipo a las empresas para que salieran de la fábrica y entraran en el campo. De hecho, su administración marcó el

comienzo del establecimiento de grandes plantaciones de palma en Palenque y, sobre todo, en la región de Los Ríos en Tabasco y Campeche.

Ambos sectores, ejidatarios y empresarios, se jugaban mucho en las elecciones de 2018. Para los primeros, López Obrador, con su lema «Primero los pobres», representaba el regreso del nacionalismo económico, y con él los apoyos. Para los segundos, las políticas neoliberales de Peña Nieto debían continuar; habían esperado 24 años para que llegara el neoliberalismo que había prometido el presidente Carlos Salinas de Gortari. A diferencia del nacionalismo económico, en el que el Estado juega un papel central en la economía, el nacionalismo neoliberal da primacía a los mercados globales y a los capitales transnacionales, aunque sin perder por ello la perspectiva sobre el papel que deben jugar las empresas del país en generar desarrollo nacional en alianza con el Estado. Se trataba, en suma, de dos posiciones encontradas en torno al modelo de desarrollo. Este estado de cosas se complicaría con la llegada de la RSPO a México.

*

Recuerdo bien que en los ejidos todo comenzó como un rumor. Era principios de 2017 y se anunciaba que el gobierno obligaría a los ejidatarios y a sus organizaciones a certificarse. No era la primera vez que los ejidatarios o sus líderes hablaban de certificación, aunque hasta entonces había sido un asunto que ubicaban en un futuro lejano. El rumor dictaba que las cosas habían cambiado. Aunque, por supuesto, impreciso, era informativo; reflejaba bien la aprehensión con que los ejidatarios veían la llegada de la certificación, entendida como un proceso que estaba lejos de ser voluntario, y en el que consideraban que el gobierno jugaría un papel importante.

El rumor no sorprende si tenemos en cuenta los eventos que comenzaron a suceder en ese periodo. Fue entonces cuando llegó Solidaridad a la Costa de Chiapas, una organización creada en los Países Bajos que se dedicaba a certificar a pequeños productores. A principios de 2017, la Federación anunció el comienzo del proceso de interpretación nacional de

la norma RSPO,⁷ procedimiento mediante el cual se adapta la norma a las condiciones particulares de cada país. Según el comunicado que difundió, la Federación lideraría el proceso junto con Proforest, organización no gubernamental británica dedicada a la certificación de *commodities* tropicales. La primera reunión para la interpretación nacional tuvo lugar en agosto de ese mismo año, aunque para entonces la Federación había sido desplazada. Finalmente fueron ANIAME y COMEXPALMA las que acabaron liderando el proceso a través de un grupo de consultores y abogados. A esto hemos de sumar la gira que hizo The Forest Trust (después Earthworm Foundation) en la costa de Chiapas en enero de 2018, el convenio que un mes después firmaron PepsiCo, Oleofinos, la Federación y Proforest para certificar a 157 pequeños productores en la RSPO,⁸ o la apertura en Chiapas de varios despachos dedicados a la certificación de palma de aceite, muchos de ellos sin experiencia y algunos claramente fraudulentos.

En este contexto, el 8 de marzo de 2018 recibí una invitación para participar en un evento organizado por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN, por sus siglas en inglés), financiado por el Banco Mundial y facilitado por Negocios Sostenibles ABC México y Pronatura Sur. La invitación indicaba que se trataba de una reunión de trabajo diseñada para discutir la «Definición de criterios para la identificación de áreas potenciales para plantaciones de palma de aceite en Chiapas». Consideré que podía constituir un importante momento de observación para mi proyecto de investigación. La reunión resultó ser del todo intrascendente, aunque muy ilustrativa.

El evento tuvo lugar el 20 de marzo en un hotel campestre ubicado en un área verde junto al río Sabinal, en plena capital del estado. Asistieron funcionarios, personal de organizaciones ambientalistas y representantes

⁷ «Comunicado oficial: Inicio de actividades de la Interpretación Nacional de la norma RSPO en México», FEMEXPALMA y ProForest, 25 de enero de 2017, en <<https://femexpalma.com.mx/noticias/comunicado-oficial-inicio-de-actividades-de-la-interpretacion-nacional-de-la-norma-rspo-en-mexico/>> [consulta: 18/05/2022].

⁸ «PepsiCo implementa un programa integral y sustentable de cultivo de aceite de palma en México», PepsiCo, 8 de febrero de 2018, en <<https://pepsico.com.mx/noticias/boletines-de-prensa/programa-sustentable-de-cultivo-de-aceite-de-palma/>> [consulta: 18/05/2022].

tanto de la Federación como de empresas productoras del sector. Anoté en mi diario de campo la forma en que se distribuyeron los invitados. En la primera mesa, ubicada junto al proyector, se sentaron quienes organizaban y facilitaban el evento, todos originarios de la Ciudad de México, además de los participantes de la Secretaría de Agricultura (federal) y de la Secretaría del Campo (estatal), así como el director de la Reserva de la Biosfera La Encrucijada. En la segunda mesa, colocada junto a una de las ventanas del aula donde tuvo lugar la reunión, se concentró el personal de las instituciones ambientales. Y en la tercera y última mesa, situada en el fondo del salón, se sentaron los representantes de dos empresas productoras de palma, además de la especialista colombiana en certificación de la que escribí anteriormente, un representante de la Federación Mexicana de Palma de Aceite y una delegada de la Comisión Nacional de Áreas Naturales Protegidas (CONANP) que llegó tarde y no encontró lugar junto a sus colegas. Me senté en esta última mesa.

El evento comenzó con dos presentaciones. La primera del «Plan Nacional Agrícola 2017-2030» por parte de un funcionario de la Secretaría de Agricultura y la segunda del proceso de interpretación nacional de la RSPo por parte del equipo consultor a cargo. Tras las presentaciones, se trató el tema para el que nos convocaron: discutir el mapa de áreas potenciales para la siembra de palma de aceite elaborado por el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (INIFAP) que regulaba la entrega de apoyos para la palma. Según dijeron los facilitadores, el mapa era agronómico y debía modificarse para que tuviera en cuenta criterios socioculturales, legales y ambientales.

Un representante de Negocios Sustentables ABC México presentó un primer análisis de aptitud que establecía áreas de potencial alto y medio para la siembra de palma por estado. Este reducía el área óptima para producir palma de 8 890 461 hectáreas a 1 810 362, e indicaba que en Chiapas solo había 1 416 hectáreas de alto potencial. Además, ubicaba a Veracruz, a pesar de los bajos niveles de precipitación, como el estado más adecuado para producir palma de aceite, seguido por Tabasco. El presentador hizo la siguiente observación: «No estamos sembrando en los sitios adecuados». Tras ello hizo un desglose de los posibles criterios que debían tenerse en cuenta para desarrollar un mapa nuevo.

A decir de los facilitadores, se debían excluir del mapa las áreas naturales protegidas, los corredores del tapir y el mono aullador y, por último, las tierras ejidales, esto último porque según los facilitadores ya se había demostrado en el sureste asiático que la palma desplaza a las comunidades indígenas y campesinas. Esta última propuesta tenía implicaciones prácticas muy concretas: suponía poner fin a los apoyos para el cultivo de palma en los ejidos y concentrarlos en la pequeña propiedad y, por ende, en el sector privado. Las reacciones no se hicieron esperar.

Buena parte de la discusión se centró en la cuestión ambiental. La Federación y las empresas se opusieron a la exclusión de los corredores del tapir y el mono aullador. El representante de la Federación, quien desestimó la propuesta, dijo: «Es un tema mediático». Ante las críticas, los facilitadores desplegaron un argumento ecológico; indicaron que tanto el tapir como el mono aullador son especies paraguas que constituyen indicadores de la salud de los ecosistemas. No hubo acuerdo alguno. Además, dados los cuestionamientos de parte de los asistentes, pronto quedó claro que el mapa no era vinculante; se trataba de un producto que la IUCN debían entregar como parte del proyecto que les financió el Banco Mundial. Es decir, debía hacerse la reunión y entregarse el mapa, aunque no hubiera garantía alguna de que este fuera a ser adoptado por el gobierno mexicano. Aun así, se dieron debates interesantes.

«Quisiera saber si estamos así de mal», dijo molesto el representante de la Secretaría de Agricultura, «primera vez que me toca ver una información tan disparatada». Se refería a la modificación del mapa que proponían las organizaciones responsables del evento. Poco antes había puesto sobre la mesa su punto de vista sobre el criterio que debería regir el establecimiento de áreas potenciales: «El interés económico está sobre todos los intereses. La fuerza de lo económico está muy por encima de todo lo demás». Este comentario no cayó muy bien entre los funcionarios de instituciones ambientales de la mesa vecina, quienes en general vieron con buenos ojos la propuesta de las organizaciones ambientales. El funcionario de la Secretaría de Agricultura dijo entonces: «Como siempre pasa con esto, los actores más importantes, como INIFAP, no están».

Para el representante de Agricultura, el asunto no era ambiental, sino económico y productivo. En nuestra mesa, el representante de la Federación nos dijo lo siguiente sobre la Secretaría de Agricultura: «SAGARPA no va a dejar de ser SAGARPA». Hizo esta afirmación tras una observación de la especialista colombiana en certificación, quien también en la intimidad de nuestra mesa había dicho que ni la Secretaría de Agricultura (SAGARPA) ni los Fideicomisos Instituidos en Relación con la Agricultura (FIRA), institución esta última encargada de ofrecer financiación al campo, tenían interés alguno en la cuestión ambiental. De hecho, esta era una crítica fundamentada. Más allá de las declaraciones en público, estas instituciones nunca incluyeron en sus reglas de operación restricción alguna a la deforestación. No solo eso, solicitaban en sus programas una densidad de siembra tal que la única forma de producir palma era como monocultivo.

Durante la discusión, pidió la palabra el representante de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales: «Yo quisiera hacer una observación sobre la fuerza del mercado. Desde hace mucho, no solo para la palma de aceite, el mercado es el que reina. Pero tenemos que pensar que el desarrollo sustentable es el equilibrio entre el desarrollo social, el ambiental y el económico». Tras ello, advirtió sobre los peligros de ir contra «el valor de la vida», y agregó: «No soy fan de la palma de aceite, pero tampoco un detractor». Este último comentario parecía ser una invitación al diálogo que el representante de Agricultura no se molestó en tener en cuenta.

Fue entonces cuando los facilitadores, interesados en que la discusión se centrara en los criterios, establecieron que las preguntas se hicieran por escrito, estrategia que no logró detener los cuestionamientos. Tras la lectura de algunas preguntas, intervino de viva voz la especialista colombiana: «Hace falta un programa muy grande de apoyo técnico a los productores. Se entregó la palma, pero no se hizo acompañamiento, y por eso el fracaso productivo». Este comentario adquiere sentido a la luz de intervenciones previas. Tras la presentación de la Secretaría de Agricultura, esta especialista preguntó sobre la superficie mínima que sería objeto de apoyo por parte del gobierno:

—Sí, recomendamos al productor que siembre más para que pueda vivir del cultivo. Si no tiene la superficie, entonces le recomendamos otra alternativa. La recomendación técnica es de tres hectáreas para arriba.

—Con 10 hectáreas no se vive, con siete, mínimo. Pero con tres no.

—Lo que sucede es que los productores se vislumbran [deslumbran] con lo que promete la palma. Llega una promoción a los oídos de los productores, y ven que hay oportunidad de crédito y financiación, y pues le quieren entrar. Cuando llegamos a campo nosotros, por ejemplo, les decimos que no es adecuado para el terreno, pero se molestan.

La respuesta del funcionario de Agricultura solo confirmó las sospechas de los presentes en mi mesa. El asunto, dijeron, era político, algo que en otra ocasión ya me había mencionado la especialista colombiana. En una visita a Tabasco, esta especialista asoció los programas de palma tanto con los intereses políticos como con la corrupción. El representante de la Federación en el evento compartía este punto de vista, y observó: «El problema es apoyar a los productores con superficies muy pequeñas cuando no es rentable». La especialista en certificación asintió y dijo: «Lo que sucede es que es menos riesgo ambiental invertir en el incremento de la productividad». A decir de estos representantes del sector privado, parte del problema de los programas tenía que ver con su énfasis en incrementar la superficie por motivos políticos y a costa de la productividad y el ambiente.

El director de la Reserva de la Biosfera La Encrucijada hizo una crítica muy similar durante el evento. Se levantó para tomar la palabra y desgranó su discurso con lentitud. Comenzó su intervención diciendo lo siguiente: «En la costa de Chiapas la certificación ofrece buenas oportunidades». Tras este guiño al mecanismo que consideraba esencial para regular la expansión, identificó la causa del problema en el propio gobierno: «En los últimos sexenios se ha producido un crecimiento de manera desordenada. Ha habido problemas con ingenieros no profesionales, y a veces una cuestión política, que resulta en desorden». Según el director, el problema radicaba en el énfasis de los programas en incrementar la superficie de palma, tras lo cual explicó cómo esta política tuvo como resultado la presencia de palma en numerosos puntos de la reserva bajo su cuidado.

No era la primera vez que escuchaba una crítica de este tipo por parte de funcionarios de las instituciones ambientales. En 2011, Arturo, el ingeniero encargado del Corredor Biológico dijo lo siguiente del programa de Reconversión Productiva: «El problema fue que, cuando empezaron a funcionar los viveros, se armó un programa de fomento de ventanilla, es decir, al que llegaba le daban palma sin condiciones». Su crítica iba dirigida tanto a la Secretaría de Agricultura como al gobierno estatal, y observó: «Se suponía que no podían pedir crédito, pero alcanzar la meta burocrática desborda cualquier planeación». Todos ellos consideraban que tanto la Secretaría de Agricultura como el gobierno estatal tenían interés en incrementar la superficie bajo palma. Para unos el asunto era clientelar (beneficiar al mayor número posible de productores, tanto en ejidos como bajo propiedad privada), mientras que para otros el problema también tenía que ver con alcanzar ciertas metas de siembra prefijadas. Estos funcionarios consideraban que la siembra de palma debía regirse por criterios como la rentabilidad, la productividad y la sostenibilidad.

«Yo no me preocuparía tanto», intervino un funcionario estatal. Dijo esto con una amplia sonrisa y mirando a sus colegas de la Secretaría del Campo, y con relación a la polémica suscitada por la propuesta de las organizaciones ambientales. Observó: «El mapa puede estar perfecto y no hacer nada el gobierno». Relató entonces su experiencia durante el programa de Alianza para el Campo: «Yo participé en la elaboración del primer mapa en el 95, que se le entregó al gobernador y dijo: pero yo tengo problema acá, y acá voy a poner palma». Esta afirmación solo confirmaba las peores sospechas del sector privado y del director de la Reserva de la Biosfera La Encrucijada: el factor político era determinante en la distribución de los apoyos.

Aunque varios de los participantes del sector privado y el ambiental pusieron en la misma bolsa a la Secretaría de Agricultura y a los gobiernos estatales me parece que hay diferencias importantes. El énfasis de la Secretaría de Agricultura suele ser económico, mientras que el énfasis estatal, al menos en el caso de Chiapas, ha sido más de orden político. Esto es evidente, por ejemplo, en el padrón de la Reconversión Productiva (2007-2012), en el que se observa que los grandes beneficiados del

programa fueron los líderes de las organizaciones de ejidatarios además de los empresarios locales, un reparto de lo más conveniente a nivel político, aunque alcanzar la meta burocrática tampoco es un asunto menor.

Un extécnico del Instituto de Reconversión Productiva y Bioenergéticos (IRBIO), la institución del gobierno estatal encargada de la Reconversión Productiva, me habló de este y otros asuntos en enero de 2020. La conversación tuvo lugar en un pequeño salón de paredes verdes ubicado en las oficinas que la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH) le prestaba a la Reserva de la Biósfera La Encrucijada en el segundo piso de su campus en Acapetahua. Tras una reunión sobre la presencia de palma en los humedales protegidos de la Reserva, en la que participó personal de dos empresas productoras de palma, uno de los ingenieros involucrados me confió que había sido técnico en un vivero del IRBIO y comenzó a platicar del programa de la Reconversión Productiva. Dijo de la palma: «Había que sacar la planta, estaba madurando en vivero y había que sacarla. No hubo siembra controlada. A lo que caiga». Aclaró que revisaron que la siembra no fuera en selva, pero que nunca consideraron si era Reserva o no. Para entonces no había nadie más en la sala. Indicó que el problema tuvo que ver con que «la Reserva no fue lo suficientemente dura».

Además de la presión por sembrar palma, habló de la corrupción, un tema que muchos trajeron a colación al hablar de la Reconversión Productiva. La prueba más evidente de la corrupción en los programas de palma fue el desfalco al Instituto del año 2012, aunque a decir de algunos de los entrevistados, el desvío también tuvo lugar en la compra de semilla. Por ejemplo, aquella trabajadora colombiana del sector privado se refirió al impago de semillas de palma a una empresa colombiana con participación francesa. Por su parte, el extécnico del Instituto indicó que el desvío de recursos se produjo sobre todo en los viveros: el costo de producción de una plántula de palma era de 36 pesos y lo facturaban a 80. Me advirtió que, si bien el desvío de recursos involucró la palma, se centró en otras especies en mayor medida.

Lo dicho por este ingeniero encuentra cierto sostén en la información oficial disponible. Los padrones de beneficiarios indican que tanto los gobiernos estatales como los federales entregaron plantas de palma de forma

sistemática a ejidatarios y propietarios ubicados en el interior de la Reserva. El reparto se hizo sin tener en cuenta el Plan de Manejo de la Reserva, el cual regula los cambios en el uso del suelo en su interior. En cuanto al desvío de recursos, la Cuenta de la Hacienda Pública Estatal indica que el costo promedio de producción de las plantas de palma de aceite en vivero fue de 94 pesos en 2009 y de 100 pesos en 2010. Sin embargo, estos valores contrastan con los promedios de los años 2007 (siete pesos) y 2008 (nueve pesos). Este programa también se caracterizó por un sobreejercicio del 470 % sobre el presupuesto aprobado, equivalente a más de mil millones de pesos, buena parte de los cuales provinieron de fondos de escasa o nula fiscalización.

El posible desvío de recursos públicos podría explicar el cambio de política que habría de darse durante el periodo de Manuel Velasco Coello (2012-2018). A decir de varios entrevistados, el gobierno estatal dejó de tener viveros propios. Un ingeniero de la Costa involucrado en Sistema Producto dijo: «Ahora está prohibido que el gobierno tenga viveros. Es muy caro». Aunque, a decir de algunos entrevistados, este hecho no impedía la corrupción. Por ejemplo, el encargado de un vivero de palma de la Selva me habló de cómo unos funcionarios le solicitaron que facturara las plantas a sobreprecio; además, como es costumbre, los datos oficiales no cuadraban.

Desde 1974 hasta 2018, el gobierno de Chiapas ha reportado la siembra de 84 242 hectáreas de palma de aceite, fruto de sus programas de incentivo. Este valor se obtiene de la suma de cifras de siembra incluidas en la Cuenta de la Hacienda Pública Estatal o, en su defecto, de los informes de gobierno. Sin embargo, las cifras agrícolas oficiales federales, publicadas por el Sistema de Información Alimentaria y Pesquera (SIAP), reportan la siembra de 45 319 hectáreas con palma en este mismo periodo. Es decir, solo una de cada dos hectáreas reportadas por los gobiernos estatales tiene sustento en las cifras oficiales federales. Estos datos podrían indicar el desvío de recursos públicos, la presión por inflar la estadística para alcanzar las metas establecidas (que para ese mismo periodo ascendieron a 193 000 hectáreas), la pérdida de planta sembrada, el subregistro de siembras por parte de la Secretaría de Agricultura, incompetencia... o, quizás, una combinación de todo esto.

El evento en Tuxtla y las discusiones que tuve con el que fuera técnico del Instituto de Reconversión Productiva arrojan luz sobre las lógicas que impulsaron los programas de palma del gobierno estatal. La conveniencia política, la presión por mostrar resultados, aun a costa de la sustentabilidad, y la oportunidad de desviar recursos fueron, posiblemente, motores de expansión de la palma. Con todos sus defectos, este esquema ofrecía ciertas ganancias a los ejidatarios, aunque tanto los ambientalistas como las empresas, si bien por motivos dispares, estaban tratando de transformarlo mediante la certificación. Los ejidatarios podrían haber expuesto otro punto de vista en la reunión sobre el reparto de los apoyos, pero no estuvieron presentes.

*

Don Guadalupe dijo lo siguiente sobre el apoyo que recibieron del programa de Reconversión Productiva: «Nos apoyaron con 1 000 pesos, un rempujón, bueno, buenísimo. De algo nos ayudó». Nos encontrábamos en una de sus parcelas de palma en la Selva. Él fue uno de los afortunados que recibieron el subsidio de la Reconversión Productiva, otros solo obtuvieron las plantas de palma gratuitas. Guadalupe también se refirió al Trópico Húmedo, el programa federal que entregaba subsidios a quienes contaban con crédito y que, en el caso de la organización a la que pertenecía, permitió pagar el crédito y la compra de fertilizante al mayoreo. Observó: «Nos dieron un bulto de abono por hectárea, ya en vez de comprar 100 bultos, pues ya nada más compro unos 70, 70 bultos, y ya lo ayuda a uno, lo apoya». Hizo entonces la siguiente valoración de la acción gubernamental:

Tengo hasta ahorita sembradas 23 000 plantas a 70 pesos. ¿Cuándo hijueputa las compro? Jamás, y con los apoyos de gobierno es que hemos avanzado y ha avanzado el campesino. No ha avanzado un empresario, campesinos. Eso hay que agradecerle tanto a los gobiernos estatal como federal.

Guadalupe contaba con 175 hectáreas de palma, 50 de las cuales le fueron entregadas por medio de la Reconversión Productiva.

Le pregunté si los empresarios se beneficiaron con los programas. «Sí», respondió sin dudar, «los han favorecido, pero con otras cosas, por lo menos con las máquinas que te dije, ahí te da la Secretaría [del Campo] un tractor, ahí te va un mes, dos meses y la chingada. Y el famoso Trópico que no le fallaba a esos pendejos». Guadalupe sabía bien de qué hablaba, tenía sus parcelas en el Mollejón, un área del ejido Benemérito de las Américas donde, dada la disponibilidad de tierras, llegaron varias empresas, inversionistas y hasta políticos chiapanecos a sembrar palma. Le pregunté si los empresarios constituían una amenaza:

Pues pensamos que no, pero sí, como quiera. En la fábrica sí nos van a joder porque nos pagan como ellos quieren. Que dicen que es precio internacional o que es de un país exótico, pero no hay competencia, y yo ya lo vi, que no se hagan. En una junta que hubo en Roberto [Barrios], [dije] no nos hagamos pendejos, compañeros, aquí el que tiene más va a agarrar más, me estoy dando cuenta.

En contraste con el discurso de la Federación Mexicana de Palma de Aceite, Guadalupe estaba lejos de considerar a los empresarios como simples aliados. Además, se refirió a un hecho clave de los programas de apoyo: estos se entregaban por hectárea. Así, como dijo Guadalupe, «el que tiene más va a agarrar más». Por diseño los programas de siembra de palma favorecieron a las personas con mayor extensión de tierra dentro y fuera de los ejidos.

Ejidatario con recurso, Guadalupe criticó esta política: «el que tiene, pues ya tiene, hay que darle un aventón, pero ya sería mínimo. Hay que levantar al pendejo que está en el suelo, que no se levanta». Prosiguió: «Si vieras tú, te has de dar cuenta de la zona. El que tiene para pasarla, pero hay quien no tiene nada y le lucha, pero no puede, no puede salir». Para él, la política de apoyos debía comenzar por ofrecer ayuda a los más desfavorecidos. Quizás era por este tipo de afirmaciones que Guadalupe, quien había ocupado puestos en el municipio y tenía fama de ser honesto, era respetado tanto en el ejido como en la región. Se refirió en concreto a aquellos productores de palma que debían trabajar para otros para poder salir adelante: «Pueden sostener unas tres, cuatro hectáreas, ponle cinco,

pero que se faje los pantalones, porque después de sembrar sus plantitas tiene que ir a ganar, pues, la papa». Y se comparó con ellos: «cuando empecé no fue nomás que de a cero empecé. Ya tenía una camioneta vieja, tenía un tractor, un fordcito viejo. Ahorita ya cargo uno nuevo, vendí dos fordchitos viejos que tenía y me compré uno nuevo».

Guadalupe habló de cómo la política de apoyos a la palma favoreció a los ejidatarios, pero también de cómo incentivó los procesos de diferenciación al entregar más al que más tenía, dentro y fuera de los ejidos. Según su punto de vista, los programas de apoyo debían favorecer a las personas con menos recurso, incluso con superficies muy pequeñas. De hecho, para él y para otros ejidatarios el mayor problema fue que no se estableció un tope de superficie por sembrar con palma. Esta perspectiva contrasta con la de varios de los presentes en el evento en Tuxtla, quienes, en nombre de la eficiencia, la productividad y la sustentabilidad, consideraban que se debían reducir los apoyos a quienes menos tenían, o incluso eliminarlos, pasando por alto cómo los programas han favorecido a quienes más tienen, incluyendo empresas muy bien capitalizadas. La presencia de un ejidatario como don Guadalupe habría complicado la discusión para bien, pero no estuvo presente. Y lo mismo sucedería durante la interpretación nacional de la norma RSPO.

*

En el Congreso Palmero encontré por primera vez al equipo encargado de la interpretación nacional de la norma RSPO. Se trataba de un grupo de hombres y mujeres jóvenes, que tenían entre los 20 y los 30 años, y quienes residían en la Ciudad de México donde trabajaban en consultorías y en despachos de abogados. Pronto me fue evidente su desconocimiento del sector. Su único contacto con el tema de la palma había sido a través de una breve capacitación que recibieron de Proforest, una organización no gubernamental dedicada a la certificación de cultivos de palma que tenía pocos meses de haber llegado al país. En el congreso me invitaron a participar en la interpretación nacional de la norma. Ya lo habían hecho por correo electrónico. En lugar de ello, les insistí que invitaran a los ejidatarios.

Les llegué a presentar incluso a parte de la directiva de la organización de los palmeros de la Selva, quienes se encontraban presentes en el evento. Uno de ellos había conseguido trabajo como obrero en una de las extractoras de la Selva y fue enviado al evento por parte de la empresa para la que trabajaba. Fue en vano.

El 24 de agosto de 2017 se reunió en la Ciudad de México el Grupo de Trabajo que habría de realizar la interpretación de la norma RSPO. Según el documento elaborado por el equipo consultor,⁹ asistieron al evento representantes de todas las grandes empresas productoras de palma, personal de organizaciones ambientales, varias compañías compradoras de aceite, algunas de ellas trasnacionales, y funcionarios de varias instituciones, además de representantes de la ANIAME y del Sistema Producto. Por parte de los ejidatarios, asistieron delegados de tres de las cuatro organizaciones que contaban con extractora propia. Sin embargo, estos representaban una porción mínima de las decenas de organizaciones de ejidatarios con palma del país.

En esa reunión se hizo un mapeo de quiénes debían integrarse al proceso. Se propuso profundizar la participación del capital trasnacional, del sector académico, de entidades gubernamentales y no gubernamentales, y muy en particular de organizaciones de la sociedad civil que trabajaran temas sociales. No se propuso la inclusión de ninguna otra organización de ejidatarios, y esta sería la tónica general. A pesar de que los ejidatarios en México tienen en sus manos una proporción muy significativa de la superficie bajo palma, no se contó con ellos en el proceso de adaptación de los criterios de la RSPO a la realidad nacional; se les incluyó en última instancia, y una vez elaborado el documento, en cuatro foros de consulta pública a los que podía asistir cualquier persona interesada. Esta situación representaba un patrón persistente.

Hechos similares sucedieron en la Costa, una vez que concluimos el proyecto que analizó la presencia de palma de aceite como especie exótica en el interior de la Reserva de la Biosfera La Encrucijada. Además del estudio de la dispersión, el proyecto involucró la realización de una serie de

⁹ «Reporte de la Primera Reunión del Grupo de Trabajo para la Interpretación Nacional de los Principios y Criterios RSPO en México», e3 Consultora y Vera & Asociados, 18 de diciembre de 2017, en <<https://inrspomexico.org>> [consulta: 19/05/2022].

talleres. Según el personal de la Reserva, los talleres debían centrarse en concientizar a los ejidatarios sobre los peligros del cultivo. En lugar de ello optamos por hacer una serie de reuniones de discusión con los productores, y muy en particular con las organizaciones de ejidatarios más importantes para reducir el problema de la dispersión. Fue un proceso tenso, en ocasiones, pero muy fructífero, y que concluyó con un foro al que se invitó a otras organizaciones e instituciones. Quienes participaron decidieron conformar un grupo de trabajo orientado a reducir la dispersión de la palma hacia los humedales de La Encrucijada. En estas reuniones fue evidente el trato que se llegaba a dispensar a los ejidatarios, así como el punto de vista que estos tenían sobre la certificación.

En las reuniones del grupo de trabajo, casi todas llevadas a cabo en el hotel San Jorge Plaza de Escuintla, tanto las empresas de palma como la Reserva y las organizaciones ambientales tendían a presentar la certificación como la mejor estrategia para lidiar con el problema de la dispersión. Insistían en su carácter voluntario, pero sin dejar de considerarla como una exigencia ineludible del mercado. Dadas las diferencias en puntos de vista que solían darse entre las empresas y las organizaciones ambientalistas, estas se enfrascaban en largas discusiones sobre cómo el sector debía abordar este o aquel problema ambiental desde la certificación; discusiones en las que los ejidatarios fungían como testigos a pesar de que el tema los involucraba directamente. En una ocasión, un ejidatario intervino molesto: «Estamos aquí pintados». Consideraba que no eran más que mera decoración en aquella sala de juntas.

Pero quizá el comentario más interesante fue el del presidente de una organización de ejidatarios que contaba con su propia extractora. «Hablaban de que casi no es obligatorio», dijo de la certificación, «así lo entendí yo, ¿no?». Varios de los presentes asintieron, tras lo cual agregó: «Y entonces la pregunta es que si yo no lo hago, ¿qué va a pasar conmigo?». Sombrero en mano, este ejidatario de ademanes tímidos estaba al frente de una organización que gestionaba millones de pesos y externó su preocupación por las implicaciones económicas que la certificación tendría para ellos. Contó el caso de un comprador de aceite del centro del país quien dijo estar interesado en su producto, siempre y cuando estuviese certificado.

Ante lo cual llegó a la siguiente conclusión: «Entonces, aquí vamos a decir así, obligatoriamente tenemos que tener certificación desde nuestra planta [extractora] a nuestro plantío». Puso el dedo en la llaga, ¿cómo llamar voluntario a un esquema que, para muchas empresas compradoras de aceite, era un requisito para adquirir su producto?

En el Congreso Palmero, me senté junto a un grupo de ejidatarios de la zona norte de Chiapas, uno de los cuales hizo la siguiente observación sobre la certificación: «Hay que aguantarse tantito». Esta oración sintetiza la cautela y la desconfianza con que muchos ejidatarios veían la norma RSPO, un proceso que involucraba costos económicos importantes. Además, el hecho de que el mayor impulso a la certificación viniera de empresas y ambientalistas solo podía hacerlos dudar aún más de la conveniencia de todo ello, pues ni unos ni otros habían sido sus grandes aliados. Sin embargo, hubo quienes tomaron el lado de los ejidatarios. Se trataba de un grupo de funcionarios federales que si bien tenían agenda propia, esta ofrecía cierta protección a las clases rurales involucradas en la producción de palma. La existencia de funcionarios de este tipo explica el fuerte vínculo que une a los ejidatarios con el Estado mexicano.

*

Arturo, quien fuera el encargado del Corredor Biológico en Chiapas, me dijo: «El motor de la deforestación no es el subsidio a los productores, sino las grandes políticas de fomento al mercado». Estábamos en uno de los dos edificios de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO) en una zona arbolada al sur de la Ciudad de México. Me invitó a pasar a su oficina, un espacio amplio y bien iluminado donde, rodeado de libros y papeles, habló largo y tendido sobre las políticas de apoyo a la palma —que solía llamar africana— y aquellas orientadas a la conservación del medioambiente. Según Arturo, buena parte de los problemas ambientales no tenían que ver con la entrega de apoyos a la producción agropecuaria, sino con las políticas neoliberales que hacían del mercado el gran regulador del desarrollo en México. Hizo patente su postura en sus valoraciones tanto del sector agropecuario como del ambiental.

En su opinión, el problema de las políticas agropecuarias tenía que ver con el énfasis en el incremento de las superficies productivas sin que esto viniera acompañado de políticas orientadas a mejorar la productividad por superficie. Sobre la Secretaría de Agricultura dijo: «Ellos no entienden que la meta de expansión debe ser que se debe mejorar la producción». En concreto, asociaba la postura de la Secretaría de Agricultura con dos factores.

El primero tenía que ver con la forma en que la Secretaría de Agricultura distribuía los recursos: «El problema es que SAGARPA le entrega recursos a los empresarios y deja la sustentabilidad a los productores, que ellos resuelvan el problema». Desde su punto de vista, este tipo de políticas enriquecía a quienes tenían mayor capital y resultaba en la degradación de los recursos de los más pobres, quienes, junto con el medio ambiente, sufrían las peores consecuencias.

El segundo factor estaba relacionado con la lógica que animaba la distribución de apoyos en los ejidos. En una conversación posterior, observó lo siguiente sobre la Secretaría de Agricultura: «La disyuntiva es tener una productividad alta o tener miles de campesinos que van a dar una penca buena». Explicó que la Secretaría se decantó por la segunda opción, estrategia que calificó de clientelar. Según este funcionario de la CONABIO, en lugar de incrementar la productividad se favorecía la expansión de la palma, dadas ciertas consideraciones políticas. A más apoyos en los ejidos, mayor posibilidad de votos en las elecciones. Aunque su crítica también involucraba las políticas ambientales.

En nuestra conversación en las oficinas de la CONABIO, Arturo habló del dilema que subyacía a las decisiones en política ambiental. Puso un ejemplo: «Lo que está bien visto es que los jodidos tienen una riqueza en cuanto a biodiversidad de maíz, pero se ha visto que cuando estos jodidos mejoran, dejan el maíz». Ante esto, dijo Arturo, existen dos posturas entre los conservacionistas: quienes prefieren que no haya mejoría económica para que no se pierda el maíz, y quienes consideran que este es un hecho irremediable y que la apuesta debería ser intentar lograr la sostenibilidad mediante opciones de mercado como la certificación. Según Arturo, ambas opciones priorizaban la conservación, cuando debiera también generarse desarrollo social.

Podría decirse que Arturo era una *rara avis* en la CONABIO. Era ingeniero agrónomo por la Universidad Autónoma Chapingo y, a diferencia de muchos de sus colegas, tenía fuertes sensibilidades productivas y agrarias. Además, en lugar de emplear un lenguaje académico salpicado de tecnicismos anglosajones de uso habitual en la CONABIO, prefería recurrir al habla popular para explicar los problemas que enfrentaba la conservación en México. Por último, era seguidor del candidato presidencial López Obrador y quizás por ello criticaba la posición tanto de la Secretaría de Agricultura bajo el gobierno de Enrique Peña Nieto como de sus colegas biólogos, y lo hacía usando repertorios conceptuales tan dispares como el de Elinor Ostrom o el del «malogrado Marx». Arturo trataba de encontrar un punto de sinergia entre las necesidades productivas de los ejidatarios y las ambientales. La coyuntura del momento le ofrecería un cierto espacio de maniobra.

En el momento en que lo entrevisté en las oficinas de la CONABIO se estaba desarrollando una discusión particular en el interior del gobierno. La discusión tenía que ver con los compromisos adquiridos por México en la decimotercera reunión del Convenio sobre Biodiversidad Biológica, la llamada COP13, que tuvo lugar en Cancún en diciembre de 2016. El gobierno mexicano se comprometió entonces a detener el avance de la frontera agrícola. Esta decisión generó una fuerte discusión entre el funcionariado, pues las diferentes instancias de gobierno no coincidían ni en la definición ni en la ubicación de dicha frontera, y mucho menos en lo que esta debía implicar en términos prácticos para los programas productivos y de conservación.

Dicho debate en el interior del gobierno coincidió con el comienzo de la interpretación nacional de la certificación RSPO. Según Arturo, el proceso de interpretación fue visto por parte de los funcionarios como una suerte de estorbo o incluso como una forma de injerencia en la política nacional. Dijo: «Nos están dando atole con el dedo. Nos invitan para validar el proceso». Fue en el marco de las reuniones que diferentes instituciones estaban llevando a cabo con relación a la frontera agrícola donde se acabó proponiendo la creación de una norma de certificación alternativa a la RSPO. Pocos días después de nuestra entrevista, Arturo me invitó a

estar presente en la primera reunión de preparación de esta norma, que se realizó el 3 de abril de 2018 en las oficinas de la Secretaría de Economía, ubicadas en la lujosa Torre Reforma Latino en pleno paseo de la Reforma de la Ciudad de México.

La conformación del grupo que habría de elaborar la norma era en sí toda una declaración de intenciones. No se invitó a ninguna organización ambientalista ni a empresa alguna de capital trasnacional. El grupo estaba conformado por personal de las Secretarías encargadas de las áreas de Economía, Agricultura y Medio Ambiente, además de diversas institucionales ambientales como la Comisiones encargadas de la biodiversidad y de las áreas naturales protegidas. Asistieron también académicos, entre quienes se incluyó a investigadores de la Universidad Autónoma Chapinango y del INIFAP, institución esta última encargada de establecer las áreas potenciales para el reparto de apoyos a la palma de aceite. Hubo también representantes del capital nacional, en concreto de los industriales del aceite, bajo las siglas de la ANIAME, y de otros actores empresariales como la Confederación Patronal de la República Mexicana (COPARMEX). A pesar de haber sido invitados, no se presentó ningún delegado de los gobiernos estatales o de FIRA, organismo federal encargado de proveer de crédito para la producción agrícola.

El evento abrió con la intervención de una funcionaria de la Secretaría de Economía: «Concebimos la norma como un todo que apoye a los productores que, en el caso de México, son microproductores. Sin este tipo de herramientas no pueden participar en el mercado». Y agregó: «Nuestro objetivo es fortalecer a los pequeños productores para que puedan competir en el mercado». Fue un mensaje breve y muy claro, tras la cual intervino una de las asesoras del secretario de Medio Ambiente, quien se refirió a las discusiones que se estaban teniendo tras bambalinas entre las Secretarías de Agricultura y Medio Ambiente sobre las contradicciones entre las políticas de subsidio de ambas instituciones. Explicó que mucha de la presión sobre los bosques no se debía a los subsidios sino a la rentabilidad de los propios cultivos, y aclaró: «No se trata de negar el apoyo a los campesinos, pero de ordenar». Al igual que su colega de Economía, esta funcionaria del sector ambiental puso el foco sobre los ejidatarios que producían palma.

Tras estas introducciones, se abrió un espacio para preguntas y comentarios. Intervinieron dos investigadores de Chapingo, quienes insistieron en la importancia de tener en cuenta a los ejidatarios y de hacer una norma aplicable y comprensible para su contexto; hablaron de la necesidad de transmitirles la filosofía de la norma, evitar las imposiciones y, de ser posible, consensuar la norma con ellos. Un representante de INIFAP expresó su desacuerdo: consideró absurdo hablar de filosofía «con campesinos que no saben ni leer».

En una segunda reunión se preguntó sobre el porqué de una norma voluntaria y no obligatoria. Los organizadores explicaron que el objetivo era tener una norma lista antes del cambio de administración, algo que solo podía lograrse en caso de ser voluntaria. En línea con los comentarios vertidos por los investigadores de Chapingo en la primera reunión, un funcionario de Economía hizo la siguiente puntualización: «Se trata de hacer algo propositivo y no coercitivo». Mencionó que se debían evitar las discusiones absurdas, que asoció de forma explícita con los empresarios involucrados en la RSPO, a quienes acusó de hacer *green washing* (lavado verde).

Tras las críticas a la RSPO durante la primera reunión, el representante de la ANIAME hizo la siguiente observación: «El tema de la certificación es una presión de las compañías que vienen de fuera». A pesar de ser la institución encargada de la interpretación nacional de la RSPO, el representante de los industriales del aceite mostró en ese momento su desacuerdo con la certificación. En concreto, la presentó como una exigencia de las empresas transnacionales, saliera o no el producto de México. Explicó que la industria nacional se encontraba entre la espada y la pared, y que sin una norma adecuada no tendrían más opción que comprar aceite certificado de Guatemala. No creo que esta advertencia, hecha, por cierto, con mucho tacto, pasara inadvertida entre los funcionarios. En cualquier caso, estos prefirieron presentar la norma como un asunto que involucraba la soberanía nacional.

En esa primera sesión, la asesora del secretario de Medio Ambiente dijo: «RSPO es de un lugar del mundo, con personajes de ese mundo, y con un costo en millones de euros». Arturo me presentó la RSPO bajo una luz

similar, como un asunto propio de los asiáticos. En la segunda reunión, el representante de ANIAME se alinearía con esta postura: «¿Por qué nos involucramos en la NOM? Porque no nos parece certificarnos con alguien que llegue de Malasia, de Colombia...». Este comentario contrastaba con el tipo de nacionalismo neoliberal desplegado por la Federación en el Congreso Palmero o con el propio papel que jugó la ANIAME como líder en el proceso de interpretación nacional. A decir de algunos funcionarios, e incluso del representante de los industriales del aceite, la elaboración de la norma tenía que ver con salvaguardar la soberanía nacional, y su objetivo no solo consistía en generar sustentabilidad, sino también «arropar» a los ejidatarios. En esta segunda reunión se llegó incluso a sugerir que se establecieran mecanismos de certificación y apoyo para los posesionarios, el sector de los productores más vulnerable en los ejidos. Visto *a posteriori*, pareciera que la norma marcaba el inicio de un nuevo momento nacionalista en la política de Estado.

El primero de diciembre de 2018, López Obrador tomó posesión como presidente de la República, y para el año 2020 eran claros los cambios que pretendía el nuevo gobierno en torno al campo mexicano: eliminó los apoyos a la palma, y con ellos el reparto de fondos públicos a los capitales involucrados; compensó a los ejidatarios con programas como Sembrando Vida que, además y por primera vez, incluía a los posesionarios en las políticas de apoyo al campo; prescindió tanto de las organizaciones productivas como de sus líderes para el funcionamiento de los programas de gobierno, sin por ello desechar las lógicas corporativas; y, por último, recurrió a una mayor discrecionalidad en el reparto del recurso público (dejaron de publicarse los padrones de beneficiarios de algunos programas, y en ocasiones, incluso, las reglas de operación).

El primero de julio de 2020, el gobierno federal ratificó la vigencia de la norma que se discutió en 2018,¹⁰ la cual acabó siendo más exigente que la RSPO. Impedía la certificación de quienes hubieran deforestado, sembrado en humedales o en el interior de un área natural protegida (sin duda una victoria para la CONANP), y exigía el empleo de mecanismos para

¹⁰ «DECLARATORIA de vigencia de la Norma Mexicana NMX-F-817-SCFI-2020», *Diario Oficial de la Federación*, 1 de julio de 2020.

prevenir la dispersión de semillas de palma a ecosistemas naturales. En contraste, la RSPO permitía la certificación a quienes hubieran deforestado antes de noviembre de 2005 o afectado otro tipo de ecosistemas antes de noviembre de 2018, además de que no exigía el control de la dispersión ni excluía la siembra en áreas naturales protegidas (permitida por ley en áreas concretas según los programas de manejo). Sin embargo, la norma no fue publicada en el *Diario Oficial de la Federación*; quien tenga interés en consultarla debe solicitar el documento en un inmueble ubicado en la Ciudad de México. Es posiblemente papel mojado, pero, en cierto sentido, constituyó uno de los primeros signos de que se estaba generando un nuevo orden, en el que monocultivos como la palma quedaría relegados a un segundo plano, sin que esto supusiera abandonar las políticas de modernización que los impulsaron en primer lugar.

*

Durante el Primer Congreso Palmero en México, organizado por el sector empresarial, se intentó generar un proyecto de unidad política entre los ejidatarios, los propietarios y las empresas en torno al modelo neoliberal de desarrollo. Se hizo a partir de dos elementos: la crítica al ambientalismo (concebido por muchos de quienes producen palma como un agravio a su forma de vida) y el papel que la palma juega en generar desarrollo para el país, especialmente a través del empleo. Sin embargo, el evento se produjo en un momento de disputa ideológica marcado por las elecciones de julio de 2018, cuya expresión más inmediata tenía que ver con el reparto de los apoyos, y que, en el caso de la palma, se vio dinamizada por la llegada de la certificación RSPO al país. He intentado mostrar cómo el Congreso Palmero y los eventos posteriores asociados con la certificación del cultivo sacaron a relucir las convicciones que los diferentes grupos políticos tenían sobre el papel que el Estado y el mercado debían jugar en el desarrollo del país. No se trató de un simple juego de conveniencias económicas o políticas, aunque estas fueran ingredientes del proceso; lo que estuvo y continúa en disputa son dos concepciones del mundo, una nacionalista y otra neoliberal, que involucran proyectos de unidad política y transformación

material muy diferentes. Por cierto, tal y como advierte Tanya Li (2007), quienes los proponen suelen hacerlo pensando que constituyen la vía más adecuada para la mejora tanto de las poblaciones como de sus territorios.

Para el neoliberalismo, los campesinos son peones en el ajedrez del mercado que, en última instancia y de ser necesario, deben ser sacrificados en aras de la competitividad y el desarrollo económico, e incluso en nombre de la sustentabilidad. Para el nacionalismo, el campesinado se celebra y se defiende, al tiempo que se le trata de inculcar nociones de sustentabilidad, y al que, por su propio bien, se debe dirigir, y de ser necesario subordinar. El capital y el ambientalismo juegan en ambos campos; en el primero prevalecen el capital y el ambientalismo transnacional, tanto unos como otros guiados por la convicción de que la solución está en el mercado, mientras que en el segundo dominan el capital nacional y parte del funcionariado de las instituciones ambientales, articulados, en este caso, en torno a ideas de soberanía nacional. Dada la historia agraria de México y la fortaleza de los ejidatarios, estas ideologías operan, en ambos casos, más a fuerza de seducción que de violencia.

En 2018 los ejidatarios dejaron claras sus preferencias: tanto en la Costa como en la Selva votaron en masa a favor de López Obrador. Varios ejidatarios con palma, ayer votantes del PRI o del Verde, hoy se declaran morenistas, es decir, seguidores del partido en el poder, lo que, por cierto, no excluye que ciertos elementos de las lógicas neoliberales hayan permeado en las comunidades rurales. Por ejemplo, ser emprendedor es un valor importante para muchos de los habitantes de estas fronteras, aunque su expresión tenga poco o nada que ver con lo que suelen pregonar los economistas neoliberales. Existe en estas fronteras una concepción propia del mundo que desborda los marcos establecidos por las grandes disputas ideológicas. Gramsci la habría podido llamar cultura popular, y en sus escritos nos invita a tomarla en serio, pues ahí, afirma, radica el germen de un mundo nuevo. Esta cultura, si bien no es ajena a las filosofías dominantes, es difícil de ver desde lo alto de la Torre Reforma Latino o bajo las luces del salón Tabasco en el hotel Hilton, e imposible de percibir desde la sede del Banco Mundial en Washington o desde las oficinas de la RSPO en Ginebra.

Doña Rita

Doña Rita está indecisa sobre si hablar conmigo, temerosa de que nuestra charla tenga implicaciones para su trabajo. Es sembrera en una plantación de palma de aceite propiedad de un empresario de la Costa. Su nuera, una mujer de unos 20 años, le insiste en que platique de su experiencia: «Conviene, porque se mata usted». A pesar de que le aclaro que utilizaré un seudónimo, ella no sabe qué hacer y manda llamar a su hijo, un joven de rostro afable, para que esté presente y quien permanece callado durante buena parte de la entrevista. Nerviosa, se frota las manos sobre su vestido. Afuera pitan las motos que llegan a cobrar los créditos de una conocida tienda departamental, cuyas compras a crédito me remiten al letrero que vi una vez en la vitrina de una casa de empeños de Mapastepec: *NADA TIENE, EL QUE NADA DEBE*. Instantes después, Rita explica que hace unas semanas llegó un muchacho que decía trabajar para la compañía de televisión por satélite a cobrar un adeudo. Lo invitó al interior de su casa y le compró un refresco. Se trataba, en realidad, de una estafa, aquel muchacho le robó la ganancia de varios días de trabajo. Un sueño que tuvo la convención de platicar conmigo.

Cuando toqué a la puerta de madera y le indiqué el nombre de la persona de Xochicalco Nuevo que me había recomendado hablar con ella, doña Rita me hizo pasar a un patio de piso firme, limpio y ordenado, en el que había un pozo rodeado de cubetas. Desde el patio se podía ingresar a un comedor hecho de tablones y techo de lámina, dentro del cual había una pequeña mesa de madera cubierta con un mantel de plástico, y desde donde pude observar una vieja plantación de palma cuya sombra cubría

el comedor. Le expliqué que quería conocer la experiencia de las señoras que trabajaban de semilleras o pepenadoras. Aceptó conversar conmigo porque recientemente había soñado con el papá del ejidatario que me recomendó hablar con ella. Platicó del sueño con la nuera y se convenció de que debía ser buena señal.

«No tenemos prestaciones, seguro, no nos dan nada, medicina...», observa doña Rita antes de que pregunte cosa alguna. Comenta entonces del papá del ejidatario que me envió y que fue durante muchos años el encargado o administrador en la plantación, donde era querido y respetado por el buen trato que dispensaba a los trabajadores. Sentados en el patio, señala la dirección al rancho en el que trabaja y dice: «Don Güicho trabajó ahí. Él les pagaba por día. Desde entonces se semillaba, la señora semillaba donde cortaba el marido, lo que quedaba regado». Indica que las señoras se dedican a recoger las semillas que se desprenden de los racimos que cortan los maridos. «En ese tiempo había harta semilla, yo quería semillar», recuerda Rita, quien ansiaba tener su propia ganancia, «pero empezaron a pagar por bola [racimo], antes era por día». Comienza a hablar del trabajo de su marido, hasta que la nuera la interrumpe: «Lo que quiere es escuchar su opinión como mujer, no solo la de los hombres».

«No tenemos prestaciones, no hay seguro», insiste doña Rita sobre sus condiciones laborales, «otro, aquí pagan la semilla a 10 pesos dos cubetas». Platica sobre las dificultades de trabajar en tiempo de agua: «Ahorita, no muy hay, está lleno de agua, se va flotando en el agua». Si bien las lluvias aumentan la productividad, la presencia de lodo, agua y monte dificulta la pepena. En secas, el problema es la baja en la producción, lo que les afecta en sus pagos: «Lo más que saca uno es cinco, seis costalitos en un día si bien te va». Esta cantidad es casi la mitad de lo que pueden llegar a juntar un buen día en temporada de lluvia. «Aunque sea nos regalan un poco de aguinaldo», observa doña Rita, quien se corrige inmediatamente: «No, no nos lo regalan, es por el trabajo que hacemos».

La señora platica de la pepena en clave de cubetas y costales; hay cubetas grandes y cubetas chicas, todas de aluminio, y hay costales pequeños y uno «grandotón». Las cubetas pequeñas las ponen de su bolsa y los pagos varían según las medidas. Platica de los cambios que ha habido en la plantación:

Pero cuando don Güicho era diferente, el encargado de ahorita se pone cabrón. Este te descuenta, que porque tiene semilla podrida, que porque el costal está medio vacío. Y sí, eché podriditas, pero no demasiado. Pero, en veces, porque no recogen la semilla rápido, tardan, dejan los costales.

Madre, hijo y nuera explican que el encargado del rancho tarda días en levantar los costales que entregan y que por ello se pudre parte de la semilla. Podrida la semilla, los costales pierden peso y el encargado les descuenta las pérdidas a las semilleras. Hace poco le descontaron 200 pesos sobre una posible ganancia de mil pesos, que correspondía a 12 días de trabajo. Y agrega: «Orita, por ejemplo, no quieren ninguna semilla que tiene la puntita negra, nomás las rojas. Pero ¿cómo vamos a andar escogiendo? ¿A qué horas?». Este nuevo descuento generó malestar y protestas. Doña Rita repite lo que les dijo el administrador: «La que quiera trabajar, así. La que no, se puede ir».

Pregunto si hay otros trabajos que puedan hacer en la palma además de la pepena. «No dan opción», responde la nuera, «cuando tiran el fertilizante podría ser, por ejemplo, una mujer que lo haga». «No aguantamos a mi edad», observa por su parte Rita, quien entonces rememora con orgullo la energía que tenía de joven, cuando trabajaba para unos nortños:

Pasé 11 años trabajando en el ganado, era rejequera. Ordeñaba mis vacas. Tenía que dejar 50 litros de leche para que hubiera [ganancia]. Ahí se criaron mis hijos, el más grande cuidando al chiquito. Tenían hambre, sacaba la chichi [amamantaba]; terminaban y seguía ordeñando. Acababa yo de ordeñar, hacía la comida, lavaba la ropa. Eran puras carreras.

En ese tiempo, ella y su marido llegaron a contar con su propia parcela, sembrada con caña y maíz, trabajos que, comparados con el ganado, tenían sus ventajas y desventajas: «El ganado es pura fuerza. Hay que ayudar a parir al animal, hay que levantarle la pata, moverlos. El maíz, todo eso, hay que llevar sol». Este último trabajo se acabó cuando su marido decidió vender la tierra que el gobierno les donó con caña y casa.

Durante la entrevista, doña Rita hizo la siguiente reflexión: «Con la palma yo recibo mi paguita, y con el ganado, no». Tanto ella como su marido trabajaban en el ganado, pero el sueldo le llegaba solo al marido,

quien le daba a su mujer solo para «el gasto», apenas para que comprara lo que hiciera falta para la casa y los hijos. «Yo trabajaba, pero él agarraba toda la paguita. El maíz, lo mismo, trabajábamos todos, pero solo a una bolsa llegaba». Para ella, las ventajas que ofrecía la palma eran evidentes: «Trajo bastante trabajo. Antes no había para las mujeres. Para las mujeres el trabajo antiguo: lavar la ropa, hacer la comida». Aunque algunas cosas en su vida parecen no cambiar: «Ahora tengo 62 años, acabo de venir del trabajo y me pongo a amasar mi masa, a hacer la comida. Si mañana no voy a trabajar tempranito, a lavar la ropa». Ladea entonces la cabeza en dirección al comedor: «¿Mi marido? En la hamaca, parece cocha [puerca] durmiendo».

Al igual que para muchos ejidatarios, la palma para ella constituye una mejora con respecto a un pasado de sufrimientos, sacrificios y necesidades, aunque el trabajo en la palma, que lleva haciendo 14 años, no es ninguna panacea. Habla de numerosas dificultades y del maltrato que recibe del administrador de la plantación. Interviene la nuera: «Así como la ves, 10, 14 costalitos, solita ella [un trabajo que es] para la fuerza de una joven». Se refiere tanto a la edad de su suegra, en su sexta década de vida, como a su cuerpo menudo y de apariencia frágil; no obstante, es capaz de semillar como una mujer joven. Doña Rita se siente impelida a intervenir: «Cansada sí, pero sin dolores. Ando en el aguajal, ando en el lodo, pero en la noche me pongo pomadas y mañana amanezco nueva». El trabajo para Rita es sacrificio y sufrimiento, aunque se enorgullece de su capacidad para aguantar lo que involucra, incluso a su edad.

La nuera añade: «Pero cuando se enferma, se enferma, y no le cubren la enfermedad. Si falla, si no va a trabajar, no le pagan su día». Les pregunto sobre las diferencias en el trabajo entre ejidatarios y propietarios. Doña Rita responde: «donde pagan mejor es con los parceleros». Con este término se refiere a quien tiene parcela en los ejidos, de quienes dice que todos pagan bien. En contraste con los 10 pesos por cubeta que se dan en los ranchos, los ejidatarios pagan 30 pesos. Rita afirma: «Estafan más los que son patrones, los ricos». La estafa no solo consiste en que los pagos sean menores que en los ejidos, o en los descuentos de semilla que le hacen en el trabajo; radica también en el estado en el que se encuentran los

ranchos. «Aquí, por ejemplo», dice de la plantación donde trabaja, «está más feo, más enmontado. Con los parceleros no». Una plantación enmontada es sinónimo de indiferencia hacia los trabajadores, la cual se expresa de muchas otras formas.

Rita compara al encargado anterior con el actual. Del primero dice: «Don Güicho le compraba a una una pastilla [medicina], regalaba pollo a sus trabajadores, les daba comida». Del segundo, afirma, indignada: «Este nada. El administrador cuando llega, por su lado, no se junta con los trabajadores ni sabe de sus trabajadores. En diciembre, ni comida dio». El problema no termina con el administrador: «Esa gente que es dueña está fuera, en las oficinas, y los trabajadores que se chinguen. Y como se necesita el trabajo, por eso se aguanta todo eso». Aunque doña Rita comenzó hablando de las condiciones contractuales, los pagos y la falta de seguro, acaba centrando su atención en el trato que reciben de los administradores y los patrones. Critica al administrador por no convivir con ellos y porque «no se quiere ensuciar sus piernitas», y a los dueños, por mantenerse en la distancia e indiferentes a sus condiciones de trabajo. Observa: «Desde don Güicho, ya jamás y nunca hubo las personas amables».

En cierta forma, las críticas de esta semillera a unos y otros me recordaron tanto al muchacho que dijo trabajar para la empresa de televisión por satélite como a los créditos de aquella conocida cadena de tiendas departamentales. Pensé en la insensibilidad del primero, capaz de pasar a su casa, aceptar el refresco y robarle el dinero. Y pensé en las artimañas de la segunda para extraer ganancias de la población más pobre a través de tarifas ocultas que acaban inflando los pagos, al punto que triplican el costo de los productos, sin que el robo sea evidente. Ambas estrategias parecían constituir el *modus operandi* en la plantación. El administrador descontaba a las semilleras parte del trabajo, quizás para su propio provecho; los dueños se evitaban los gastos que involucra pagar las bajas por enfermedad o las obligaciones que implican los contratos de largo plazo. Quizás por todo ello, doña Rita usó el mismo término («estafa») tanto cuando habló del muchacho que le llegó a robar como de lo que sucedía en el interior del rancho de palma.

«Ya me acostumbré, aunque nos traten mal», llega a decir Rita con algo de resignación al término de la entrevista. No tiene, sin embargo, muchas opciones. Del trabajo con los ejidatarios, su nuera dice: «Es cada 15 días y cada 15 días no se come». Por su parte, doña Rita insiste en el asunto de las malezas: «Ahí también hay una diferencia, es que está más limpio con los ejidatarios. Aquí no, aquí está bien cochino, para sembrar es difícil, hay que andar con el machete para ir limpiando». Este no es un hecho menor, dada la presencia de serpientes. Cuenta de una ocasión, hace poco, en que colocó a su lado la cubeta donde almacena las semillas que recoge: «Y con el rabo del ojo vi que algo se meneó. Ahí andaba una víbora. La estaba prensando con la cubeta». Era una serpiente de cascabel. Hay también corales y nauyacás. Explica doña Rita que estas últimas prefieren lo seco y es fácil confundirlas con las semillas por su color pardo. «Me pica y ya para qué», dice de la víbora, «de aquí no salgo, me voy al panteón. Ni la caja van a dar». Se detiene entonces un instante y agrega con sarcasmo: «Bueno, tal vez de muerta sí dan».

El trabajo

Puede decirse que hasta ahora el folklore ha sido estudiado predominantemente como elemento «pintoresco» [...]. Habría que estudiarlo, por el contrario, como «concepción del mundo y de la vida», implícita en gran medida en determinados estratos [...] de la sociedad, en contraposición [...] con las concepciones del mundo «oficiales».

GRAMSCI (2000:203)

Encontré a don Ventura sentado sobre unas viejas vías de tren, a la sombra de un chicozapote. Tras presentarme y explicarle a qué me dedicaba, dijo: «Aquí, no saben nada de trabajo». Estábamos cerca del ingreso a un rancho con palma aceitera de la Costa, a la hora de salida del trabajo. Para entonces don Ventura ya se había puesto en pie, e insistió: «Estos señores no saben nada de nada, solo dar órdenes». Se refería a los ingenieros que supervisaban los trabajos, uno de los cuales nos observaba desde la distancia. Nos encontrábamos en el camino de terracería, apoyados en la góndola de la camioneta en la que llegué, cuando señaló la plantación de palma: «Ahí no cualquiera entra, y si entra, es solo a espinarse abajo y arriba». Agregó: «Hay que tantearle, hay que saberle la tirada al machete, tocar las penquitas...». Acompañó sus palabras con suaves movimientos del cuerpo.

Ventura era un hombre relativamente joven, treinta y muchos. No podía ser de otro modo, la empresa no contrataba a nadie con más de 40

años, con lo que tenía los días contados. Argumentó que era un error, pues los que más saben y aguantan son los que andan en esa edad. Relató que tenía toda una vida de trabajar en la palma, que comenzó en La Lima (la llamaba Las Limas) y que cuando faltaba trabajo en la finca, buscaba en los ejidos. Me habló de uno de esos ejidatarios: «Él dice que no lleve agua, que él la pone. Que no lleve lima, que él tiene. Que no lleve machete, que no lleve comida». Le pregunté si se vivía una situación similar en las empresas. «¡Qué nos van a dar!», dijo con desprecio y explicó que debía llevar comida y sus propias herramientas, y que podía pedir material prestado, pero que, de romperlo, debía reponerlo de su salario.

La tierra para Ventura era un sueño lejano. Vivía en Nuevo Horizonte, una pequeña comunidad ubicada al otro lado de la carretera costera, cerca de una prisión federal rodeada de ranchos y propiedades. Mientras anotaba en mi cuaderno, señaló un punto en las estribaciones de la Sierra Madre: «Aquí arriba ya está más poblado, hay ganaderos, entonces ya no hay terreno. Una hectárea anda como en 100 000 pesos». A diferencia del trabajo en los ejidos, que suele ser al jornal, en las empresas se trabaja al destajo y se paga por bola puesta (racimo cosechado) o por cajete (la rueda bajo la palma que debe estar limpia de malezas). En ese momento, la bola de fruta la pagaban a un peso con 20 centavos, mientras que el cajeteo, aunque estaba mejor pagado, involucraba un mayor esfuerzo, pues implicaba quitar las pencas y dejar «bien limpiecito». Ventura prefería trabajar de cortador de fruta, pues podía llegar a ganar 180 pesos al día, aunque el salario dependía de las lluvias. En secas, cuando baja la producción, el pago podía bajar hasta 100 pesos al día; en tiempo de agua, el salario podía incrementarse hasta los 250 pesos diarios. Con lo que ganaba tenía que comprar comida, útiles escolares, medicina... Imposible comprar tierra, más con los precios en la zona. «Tenemos que rifar lejos», dijo.

«En la finca Las Limas llegan las mujeres y les pagan 10 pesos el costal, mientras un ejidatario paga 30 pesos el costal». Hablaba de las mujeres que llaman semilleras o pepenadoras, aquellas cuya labor consiste en levantar las semillas de palma que quedan tiradas en el piso de las plantaciones tras el corte de los racimos. Según afirmó, los ejidatarios pagaban mejor, pero no tenían mucho trabajo que ofrecer. Le pregunté quiénes eran las

semilleras: «Hay de todo, mujeres grandes, muchachas, mujeres que tienen su marido. Sí, pero no vale el trabajo de ellas, está mal pagado». A decir de don Ventura, el trabajo de las mujeres no tenía el mismo valor de mercado que el de los hombres.

Fueron muchas las conversaciones que sostuve con los ejidatarios sobre el trabajo en la palma. No se trató de discusiones abstractas sobre el valor del trabajo o de censos pensados para contar pesos y centavos —aunque conté pesos y centavos—, hablamos del trabajo mientras recorríamos sus terrenos y en ocasiones pude observarlo *in situ*. Tuve también la oportunidad de entrevistar a varios jornaleros que se contrataban tanto en los ejidos como en las plantaciones de propietarios y empresas. En este último caso, las entrevistas debieron tener lugar a cierta distancia de la palma, pues no querían hablar frente a sus «patrones», ya fuesen ejidatarios o ingenieros. Por suerte, para entonces los ejidatarios me habían enseñado lo suficiente sobre el trabajo en la palma como para poder indagar.

En este trayecto encontré dos afirmaciones que fueron especialmente útiles. La primera es de Michael Burawoy (1985:7-8): «la organización del trabajo tiene efectos políticos e ideológicos. Es decir, al transformar las materias primas en cosas útiles, hombres y mujeres también reproducen relaciones sociales particulares, así como una experiencia de esas relaciones». La segunda es de Don Mitchell (1996:10): «El trabajo en abstracto nunca ha hecho nada. La fuerza de trabajo está encarnada. Y en California, esos cuerpos han estado marcados por ideologías raciales y de género o, de forma más general, de inferioridad». La primera cita pertenece a un estudio sobre la producción del consenso en el interior de la fábrica. La segunda proviene de un libro que analiza el papel poco reconocido que han jugado las clases trabajadoras en la construcción del paisaje californiano.

La primera cita me llevó a pensar en el trabajo como una arena política e ideológica. A decir de Burawoy, tan importantes son las «relaciones de producción» (quiénes trabajan para quién y por qué), como las «relaciones en la producción» (aquellas que emergen en el lugar de trabajo). ¿Me permitió Burawoy afinar la mirada en el campo?, ¿o fue la experiencia en el campo la que hizo que la afirmación de Burawoy cobrara sentido? No sabría decirlo, pero más allá de si fue primero una cosa o la otra, esta cita

me ayudó a percibir que en la palma había dos formas contrapuestas de organizar y entender el trabajo. Mientras que el pago por día trabajado (el jornal) era común entre los ejidatarios, el pago a destajo (por operación) era la norma bajo propiedad privada, particularmente en las plantaciones empresariales, sin que por ello este último arreglo estuviera ausente en los ejidos.

Al igual que Burawoy, Mitchell insiste en la dimensión material del trabajo, aunque en su caso pone el énfasis en la intersección entre trabajo y corporalidad: determinados sujetos, cuyos cuerpos están marcados por un estatus social de inferioridad, hacen ciertos trabajos. Esta perspectiva me permitió comprender cómo el trabajo involucra una cierta jerarquía que tiene que ver con la clase, el género, la nacionalidad, e incluso la etnia. Estas distinciones se cruzan con nociones relacionadas con términos como limpieza, fortaleza, conocimiento, progreso y solidaridad, elementos que sirven de sostén ideológico a las diferentes formas en que se organiza el trabajo en las plantaciones de palma.

Tanto Mitchell como Burawoy hablan de resistencia, pero esta tiene poco que ver con aquella que figura en los estudios rurales, en los que la atención suele ponerse en las reacciones que generan los casos de despojo, o en el rechazo del sistema por parte de quienes viven en sus márgenes. Para estos autores, la resistencia es un hecho encarnado que se genera donde nace el capital, aquel momento de la producción en que se obtienen ganancias a partir de la explotación laboral, y que hace que el trabajo sea una arena de lucha política e incluso de posible emancipación. Este es un viejo punto de vista marxista, poco popular en la actualidad, según el cual la resistencia no es garantía de transformación. Esta perspectiva encaja bien con las experiencias laborales que se tienen en las plantaciones de palma y es observable si ahondamos en lo que Gramsci llamó el sentido común o la filosofía de las clases populares, en este caso de quienes viven trabajando en la palma, ya sean dueños de la tierra o no. Para conocer dicha filosofía debemos internarnos en las plantaciones y discutir sobre temas que, en principio, podrían parecer irrelevantes, pero que develan una cierta concepción del mundo y de la vida marcada por las necesidades prácticas.

*

«Aquí era ese zacate que no lo come ni el ganado», dijo don Fausto, «aquí le decimos cola de *huech*». Estábamos en un terreno alto en el ejido La Victoria donde la cola de huech, nombre que debía a su dureza (*huech* significa armadillo), impedía el crecimiento de las pasturas que servían de alimento al ganado como la *brisantha* o el Santo Domingo. Sin alimento, las reses sufrían: «Empezaron a orinar sangre, algunas a blanquearse, a ponerse bastante tiesas, a caminar torcidas». Fue entonces que tomó la decisión de «con perdón, partirle su suerte» al ganado. Dijo: «Yo trabajé en un rancho mucho tiempo, donde había ganado, pero aquí el ganado no». De joven fue vaquero para un rancho, pero en la Selva el ganado lo tenía en vilo. Decidió venderlo e invertir en palma, y pudo entonces dormir tranquilo.

Le pregunté a Fausto sobre el cajeteo, la limpia en rueda de la maleza bajo la palma. «Pues es bastante pesado», respondió. Empleaba el gancho de palo, al que también llamó guante y que otros denominaban garabato, un palo que concluye en forma de gancho o de ye, que permite levantar las malezas sin espinarse y segarlas con el machete; los trabajadores suelen cuidarlo con celo, pues no es fácil encontrar en el monte un palo con estas características. Del cajeteo, dijo: «Es bastante trabajo, no está tan fácil». Fausto tenía seis personas a su servicio en ese momento, dos locales y cuatro foráneos. Los foráneos eran todos indígenas, varios no cumplían los 18 años, la mitad eran de Guatemala y la otra mitad de un ejido vecino llamado Tierra y Libertad. Él tenía más de 60 años y, a juzgar por sus manos callosas y su piel requemada por el sol, toda una vida en el campo.

Según Fausto, un trabajador podía hacer una hilada de cajetes al día, dos si era especialmente bueno. Pero observó: «Algunos [dicen] no, esto lo hacen ligerito. Porque, a veces, los que pagamos no somos todos conscientes». Y agregó:

Es mucho. ¿Por qué? Porque ya nosotros lo hemos hecho. Valoramos el trabajo del que viene a ganar, porque si no le metemos nosotros trabajo, decimos: tú no sirves, pues, pa trabajar. Pero no es que no sirva, es que el

trabajo es muy pesado, mucho, pues. Y ya cuando hacen tres, cuatro hileras, pues este sí avanzó, pero no cualquiera lo hace.

Saber lo que cuesta el trabajo le servía también para gestionarlo: «Los que vienen de fuera les digo: aquí van a trabajar ustedes solos. Yo no tengo por qué andarles cuidando, no tengo por qué andarles vigilando». Con su experiencia, se limitaba a revisar el trabajo realizado al final de la jornada, así podía dedicarse a avanzar por su parte.

En nuestra conversación, Fausto introdujo una serie de distinciones entre los trabajadores locales y los foráneos, en particular aquellos llegados de Guatemala: «Los de aquí, esos sí trabajan, pero menos. Ese trabajador que venía ahorita, apenas venía ahorita». Eran pasadas las siete de la mañana y la jornada laboral suele comenzar a las seis. Continuó: «Los otros ya estaban acá y ese apenas venía llegando. Y si es a trabajar machete, pal machete no viene». Otro palmero del mismo ejido dijo algo muy parecido: «Ahí, cada rato se quieren ir a echar pozol y ahí se están dos horas. Y no le puedes decir nada porque si se enoja, ya no viene al otro día a trabajar». Menos necesitados que los guatemaltecos, los trabajadores del ejido podían hasta cierto punto escoger cuándo y en qué trabajar.

A decir de Fausto, contratar a trabajadores foráneos tenía también sus desventajas:

Nosotros le estamos dando 100 pesos al trabajador al día, pero hay que darles tres comidas. [...] Ese trabajador fácilmente se está llevando pasaditos de 150 diarios, valorándola así, pobremente, a 20 pesos, 25 pesos una comida. Entonces el trabajador debería trabajar hasta las dos, tres de la tarde.

Parecía tentado de ponderar el trabajo en términos solo económicos, aunque pronto se desdijo: «Nada más que a veces no se aguanta, está muy recio el sol. Les digo a las 12, a la una, vamos a descansar porque no se puede más, pues». Respetaba de esta manera el horario establecido para el jornal, de seis o siete horas, y acababa apreciando el trabajo por el esfuerzo físico que involucraba, la forma más justa de medir el trabajo a ojos de ejidatarios y jornaleros.

«No», observó Fausto, «es que aquí, si se da cuenta, como no tenía mucho zacate, aquí el monte crece rápido, rapidísimo». En ese momento nos encontrábamos en un terreno quebrado, atravesado por un arroyo que estuvo cubierto por lo que llamó un «acahual virgen» y que, como es costumbre en la Selva, mandó limpiar por contrato (por un monto fijo). Observé cómo los trabajadores metían los racimos de fruta en cubetas, cargaban las cubetas a mecapal hasta la bestia (una mula parda) y las vaciaban en unos cajones de madera colocados en su lomo. Encaminaban entonces al animal a través de un tablón que cruzaba el arroyo y de ahí a la carretera. No era la mejor de las técnicas, pero sin caminos transitables Fausto consideraba que no tenía muchas opciones: «castigo la bestia, castigo al trabajador, los castigo a todos, todos, todos, pero no hay otra forma de cómo hacerlo...».

Le pregunté si sabía en qué terreno produciría mejor la palma: «Nadie, ni conocíamos la planta, pues, la plantación». Don Fausto tenía 57 hectáreas de terreno de las cuales 18 era de palma, cinco de limón, media de café y el resto, montaña. Dejó de sembrar maíz, que solía cultivar para recibir el pago de Procampo, el programa de apoyos ideado para paliar los impactos negativos del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá sobre la producción de maíz. En un momento dado le mencioné que me parecía que la palma era un trabajo: «Es bastante pesado, pero ya nos acostumbramos, ahora sí que al trabajo duro». Me preguntó sobre mi investigación, aunque no le preocupaba demasiado, veía con buenos ojos que hubiera llegado con él a la parcela para conocer el trabajo de primera mano: «No es lo mismo que nos sentemos en una mesa. Nunca va a ser lo mismo».

En el recorrido me platicó de la balizada y del ingeniero que llegó a capacitarlos con una escuadra «chiquitita». «¿Con esa escuadra vas a escuadrar?», contó que le preguntó al ingeniero, a lo que este respondió: «Aquí lo que vale es la técnica, no tanto los fierros». Fausto relató cómo el ingeniero comenzó a establecer el trazo de siembra con la escuadra, y ellos a echar el lazo para marcarlo y a clavar las estacas donde sembrarían las palmas, pero para el tercer tramo el ingeniero ya había perdido la paralela. Tras llamarlo «ingeniero de escritorio», contó Fausto de cómo le recriminó

el tiempo y el dinero perdidos en jornales: «Y le digo: ¿sabes qué? No sé si te vaya yo a ofender o te vayas a ofender, pero en mi predio de trabajo no te vayas a parar hasta que ya tenga sembrado la palma, porque lo voy a hacer solito con mi gente». Y agregó: «Lo que sí pasa es que hay gentes que no se dejan mandar». Más allá de las jerarquías, este ejidatario consideraba que debe mandar el que sabe, y esto pasa por tener experiencia y saber del esfuerzo que involucra el trabajo de campo.

*

«Se pone amarilla, sí, cuando tiene este monte o este otro», dijo don Amadeo sobre la palma al tiempo que señalaba una porción de terreno con crespillo y otra con monte lechero; ambos estaban afectando el crecimiento de la palma, evidente en el color amarillo de las hojas. Junto con su padre, Amadeo tenía 35 hectáreas de palma, 12 de montaña y tres para milpa, que en el momento en que lo entrevisté no les había dado tiempo de sembrar. «Pero hemos sembrado todos los años», advirtió sobre el maíz. Me platicó que, por ser tierra arenosa, al momento de la siembra de la palma pudieron hacer 90 hoyos al día entre tres personas. De haber sido tierra dura, el máximo habría sido de «25 o 30 agujeros». Esta operación, uno de los primeros pasos para establecer una plantación de palma, se conoce como hoyada o ahoyada. Le pregunté quién trabajaba en la parcela, si era su familia o si contrataba: «Tengo que contratar gente porque tengo mis muchachos, pero esos están estudiando, tienen que estudiar». Y agregó: «aquí no hay mano de obra. Aquí tenemos que traer gente de fuera».

Al inicio de la entrevista, Amadeo afirmó que sus trabajadores eran locales, pero pronto se desdijo. Aclaró que se trataba de «gente centroamericana» que llegaba a trabajar al ejido: «ya la gente de otros países saben, ya se vienen, ya tienen hasta los números de teléfono de mi casa». Me explicó que tenían la chamba asegurada, y que les daba comida y alojamiento, pues de otra manera no conseguiría trabajadores. Le pregunté sobre la calidad del trabajo: «Como todo, hay gente que trabaja y hay gente que no. Y pues por lo regular, ahora sí que uno tiene que ir seleccionando la gente que más trabaja. Son los que tienen la chamba más segura». Los

trabajadores de Guatemala llegaban en número suficiente para poder elegir, aunque advirtió que, de ser posible, siempre empleaba a los mismos.

Para Amadeo, el trabajo en la palma era «una cosa de nunca terminar». Dijo: «Es la cosecha, y bueno, la limpia y la fumigada, la poda de hojas, qué sé yo, fertilización y todo eso, mientras pasa, ya volvió el corte, y a cortar, y ya volvemos a seguir, y así ya». Enumeró de este modo las operaciones laborales que involucraba la producción de palma. Se comienza con la preparación del terreno, que consiste en la limpia de monte, la balizada, la hoyada y la siembra de las palmas de vivero. La «tumba» precede a la limpia si el terreno es montaña o acahual viejo, y tras la siembra se hacen limpias y fumigaciones periódicas de las malezas. La limpia se hace a machete o con chapeadora (una cortadora a gasolina que se cuelga sobre el torso), y la fumigación con líquido (herbicida), y se realizan ya sea en la totalidad del terreno o solo en el área circular bajo la palma (cajete). La planta comienza a producir fruto pasados dos años y medio o tres, y ya no se detiene. Se lleva a cabo entonces la cosecha, que comprende el corte del racimo (fruta), la poda de la penca que lo sostiene (operación que, en ocasiones, se hace durante el cajeteo), y el acarreo de la fruta a un punto de la parcela para su transporte al centro de acopio; posteriormente se hace la pepena de la semilla que se desprendió del racimo durante la cosecha. Vuelve entonces la limpia, la fumigación y, si hay recursos, la fertilizada. Como dijo Amadeo, es un trabajo de nunca terminar.

Amadeo, quien fue jornalero en su juventud, comparó el pasado con el presente: «Antes, cuando llegamos aquí, no hallábamos trabajo nosotros». Recordó sus viajes a pie a Zamora Pico de Oro para conseguir quien lo contratara, hecho que comparó con la demanda laboral que existía ahora en el ejido. Agregó: «Porque aquí estamos viendo que no solamente hay progreso para el productor, sino para la demás población». Al preguntarle sobre el cambio económico, se explayó:

Sí, ahorita cualquier persona que se dedica a vender algo lo vende, pues. Las mujeres hacen su batea de tamales, de pan, qué se yo, y salen a vender y lo terminan de volada, porque ahorita todas las personas tienen dinero, los trabajadores inclusive tienen su dinerito de trabajo permanente.

Para Amadeo, la palma era progreso. A diferencia del maíz, cuyo trabajo es de temporada, o del ganado, que casi no demanda mano de obra, consideraba que la palma ofrecía la posibilidad de empleo e ingreso continuo para las personas sin tierra del propio lugar. Al hablar de trabajo reprodujo el discurso gubernamental que había presentado a la palma como empleo permanente, y lo hizo bajo la misma lógica: a diferencia de otros cultivos y del ganado, la palma ofrecía jornales todo el año.

*

«Son mis brazos fuertes aquí para la chamba», dijo don Néstor de sus dos hijos, uno con 12 y otro con 14 años. «Iba a la prepa», comentó del último, «pero esta vez lo saqué. Ya no le voy a dar chance porque me está ayudando muchísimo aquí». Y observó: «Claro, también meto jornales, pues si no, no avanzo». Néstor tenía 20 hectáreas de terreno: 12 de ellas con palma, seis de las cuales fueron potrero y el resto que fue montaña y acahual, y que limpió prestándolas para milpa. Comenzamos el recorrido en la porción que fue potrero. Me acompañaba Carlos y caminamos con cierta dificultad: había áreas donde el zacate casi nos llegaba a la cintura. Néstor nos indicó que esa parte de la plantación estaba «abandonada» y recordó la visita que le hiciera uno de los líderes locales de la palma: «Humberto lo vio cuando estaba limpiecito, tierra pelada como esta, aquí, pero después me enfermé. Ya no le pude trabajar».

Seguimos el recorrido hasta donde hubo montaña y el zacate daba paso al monte: «Aquí hubo mucho tiempo que se venía la lumbre de diferentes ejidos, por eso está raquítica la montañita». Nos encontrábamos en un área que el ejido reservó para conservación, pero que se quemaba constantemente por la falta de precaución tanto de los ejidos vecinos como del propio. «No teníamos la cultura», observó Néstor. No se respetaban las reglas básicas para limpiar terrenos con el fuego: quemar temprano en la mañana o en la tarde, cuando no hay viento ni calor, y evitar su posible propagación estableciendo brechas sin vegetación que impiden su avance (guardarrayas). El fuego saltaba con facilidad a los predios vecinos. Un vecino de Néstor lo puso en estos términos: «Cada año se quemaban [los

terrenos], cada año se quemaban y nosotros sin sacar ningún producto, ningún provecho». Discutieron en la asamblea sobre la posibilidad de meter estos terrenos al Pago por Servicios Ambientales, aunque finalmente optaron por sembrar palma.

«Sabemos que necesitamos oxígeno», dijo Néstor, «pero si tienes selva, si la vas a conservar, ¿la vas a estar viendo ahí un año para que vengan 1 000 pesos?». Para él era indudable que había «otras naciones» interesadas en la conservación de México, naciones que carecen de selva y oxígeno. A sus ojos, los proyectos que ha habido en la zona demuestran que llegaban al país muchísimos recursos «en euros». El problema, dijo, es que a ellos no les llega «ni gota» de ese dinero, y la prueba estaba en los 1 000 pesos que les pagaban por conservar. Consideraba que tanto el gobierno mexicano como los líderes locales se debían de estar robando los recursos. Aunque a su juicio, este no era el único de los problemas asociados con las políticas ambientales.

Durante el recorrido nos habló de Chico Mendes, famoso por su labor conservacionista en el Amazonas. Supo de él por el programa de radio La Voz de América. «Esos sí eran huevones, pues», dijo, «porque les daban vivienda, vehículo si necesitaban, si cosechaban donde no hubiera selva, y becas a sus hijos; aparte sus despensas, para que no anden buscando dónde ir a jornalear o emigrar». Para Néstor, como para otros ejidatarios de la zona, la conservación se contraponía al trabajo. Un palmero de Galacia declaró al referirse al recurso que otorgaban por conservar montaña: «Legalmente yo no quiero un pago, yo quiero trabajar». Otro, de Boca de Chajul, me habló de cómo, por tener sus terrenos en conservación, lo tildaban de «haragán». Y es que en opinión de muchos ejidatarios no había como un potrero limpio de árboles y malezas para demostrar ante los demás que se era gente de trabajo.

Néstor nos comentó sobre un conservacionista que le recomendó evitar el uso de herbicida: «A puro machete se puede. ¿Pero cuánto sale un jornal? Y a los ocho días tienes que meterle otra vez. Y el líquido, no». Contó lo que le respondió: «Pues enséñeme, pues, cómo lo voy a hacer, porque yo sé utilizar machete, pero no me da la fuerza para trabajar todo al machete o todo al hacha». Y agregó: «Si mi panza está gruñendo de

hambre y mi hijo no va a la escuela». Poco después, calculó el costo de limpiar la plantación de palma a machete, una inversión que estaba fuera de su alcance.

Pasados unos minutos, añadió: «Si yo tuviera dinero, esto estuviera como espejo para bolear canica donde tú quieres, y bien fertilizado». En contraste con quienes mostraban con orgullo un palmar limpio de malezas, Néstor parecía avergonzado y llegó incluso a justificarse. Explicó que tuvo el dinero para mantener limpia su palma, pero que se enfermó dos veces («Aquí lo sabe toda la plebe, que estuve bien malito»). Observó: «Esto es mucho trabajo. Realmente, yo no descanso. Yo era muy religioso, he sido adventista del séptimo día. Pero aquí ya no hay religión». Confesó haberse olvidado de la religión, aunque no de Dios, y se puso filosófico: «Se han dado las cosas del mundo y todo lo que hay, a lo mejor por evolución, o a lo mejor realmente sí haya un ser que está dominando todo, porque sí se siente, en todo se siente».

«Pero también, como ve, le falta fertilizante porque están sus hojitas amarillas, quemadas. No debe estar así, debe estar su follaje verde, sana la mata». Cuando la palma está bien alimentada, las hojas son duras y de color verde oscuro, pero sin fertilizante se ponen amarillas, se quiebran con facilidad y sus extremos aparecen secos y torcidos. Y agregó en tono de broma: «Si existe el diablo, a ver si le empeñamos el alma para poner fertilizante». Nos mostró el terreno donde «siempre, siempre» cultivó maíz y que estaba ahora cubierto con palma. Tras referirse durante varios minutos a la ignorancia de los técnicos, comenzó a hablar del pasado.

«Cuando recientemente llegamos aquí, estaba tan difícil la situación que un jornal aquí valía 10, 12 pesos, 15 pesos. Y tener tanto terrenal y no lo podíamos trabajar». Don Néstor obtuvo la tierra a principios de la década de 1980, pero carecía del recurso para trabajarla por no tener ingresos, de modo que decidió vender 20 de sus 40 hectáreas para, de esta forma, poder limpiar su terreno y sembrar pasto. Nos habló también de su llegada a la Selva, junto con su papá y un hermano, poco después de que falleciera su mamá. Se establecieron donde hoy se encuentra el ejido San Lázaro, pero cambiaron de ubicación por la falta de agua.

Originario de la Ciudad de México, comenzó su vida laboral como peluquero, tras lo cual se dedicó al volante: fue taxista, chofer y fletero. «Yo viví en varias partes», dijo, «viví en Villahermosa, viví en Coatzacoalcos, en Minatitlán, en Oaxaca, viví en Zapotlanejo, en varias partes viví». Una vez en Marqués consiguió trabajo en Petróleos Mexicanos, empleo que tuvo que dejar porque, tal y como lo marcaba la Ley Agraria, su ausencia del ejido se podía traducir en la pérdida de la tierra. Ahora la ciudad lo desespera y la evita siempre que le sea posible: «Te digo, yo en una ciudad no puedo vivir ahorita. Vivo aquí porque me gusta la quietud, la tranquilidad, el respeto, todo eso». Quietud que, por cierto, no excluía los robos, la violencia y los conflictos entre vecinos. «Pero ahí vamos luchando», dijo con respecto a estas adversidades.

«¿Son vegetarianos?», nos preguntó don Néstor de repente, «los veo medio raritos». Demasiado flacos y pálidos para estar sanos. «No, hombre», continuó hablando de la limpia, «es un mundo de dinero. [...] lo indicado es que tiene que estar limpiecito, así como ahí ese pedacito, es fumar». Señaló una porción de terreno sin maleza: «Sabemos que eso contamina. Todos los líquidos, cualquier líquido que sea, contamina. No hay, ni va a haber líquido orgánico». Sin embargo, durante el recorrido también trató de mostrarnos cómo ponía de su parte: «¿Dónde encuentra usted una botella aquí? No se ha fijado de eso, ¿no?». Efectivamente, no me había fijado. No había en su parcela envases de herbicida tirados. Nos explicó que para reducir el uso de plástico compraba ánforas, la medida de mayor tamaño en venta. Tampoco lavaba las bombas en el río, pero aun así no veía alternativa al uso de herbicida. El monte no paraba de crecer, una batalla que estaba perdiendo: «Falta el pisto [dinero], como dicen en Guatemala».

*

«Entonces aquí, son... ¿cuántas hectáreas me dijo que son este pedacito?», le pregunté a don Guadalupe, quien respondió: «50, todavía». Nos encontrábamos en el Mollejón, una zona de grandes parcelas ubicada entre la carretera fronteriza y el río Usumacinta, al sur del ejido Benemérito de las

Américas. Guadalupe señaló en dirección al río: «Y allá en vega tengo 75 y 50 del otro lado. Hay pa divertirse». Su palma tenía dos años y medio, aunque por el tamaño de las plantas parecía tener tres años, o tres y medio. «Sí», observó con orgullo, «le gusta mucho la tierra, está como arenillosa». Se agachó y la tomó entre sus dedos: «Mire». A diferencia de otros suelos de la zona, este tenía menos arcilla, pero la suficiente para retener los nutrientes necesarios para las plantas en crecimiento. «Está buena, sí», dijo Guadalupe sobre su tierra, «pero sí lleva trabajo, aquí es para aguantarle. Me ha costado mucho, mucho, porque no hay solvencia fuerte, pues».

Para Guadalupe, la clave estaba en mantener limpia la parcela, o como dijera él mismo, «darle atención». Empleaba para ello dos tipos de herbicida, Glifosato y Paraquat, cuyo efecto comparó con la limpia a machete: «El líquido tarda como mes y medio. El machete es el que no tarda, ese lueguito». Para entonces no me tuvo que decir mucho más; me quedaba claro que el machete detenía el monte menos tiempo que los herbicidas, y por eso la mayoría prefería los líquidos.

«No», dijo de repente, «dicen muchos que ya saben de esto, que sí hay que fajarse, que no es pa gente floja esta chingadera, este trabajo. Ya como lo vemos ahora, ¡pa su mecha!». Guadalupe sembró su palma en un terreno en descanso, un «acahualillo» de unos tres años, en el que había ratas a pesar de no haber sido potrero. Estos animales suelen preocupar a los palmeros cuando la palma está recién sembrada, pues se alimentan del cogollo de las plantas hasta matarlas. El cogollo es la zona más delicada de las palmas, de ahí surgen las hojas nuevas. Una vez que crecen lo suficiente dejan de estar al alcance de estos animales, además de que las plantas comienzan a sombrear la parcela, hecho que, a decir de Guadalupe, tiene otras ventajas: «Ya ahorita, ya la gente no le aguanta los calores y aquí andan tranquilos. Todos quieren ir a cortar o cargar en la palma». La sombra facilitaba el trabajo. Tuvimos la siguiente conversación en torno a los herbicidas:

- El Paraquat, ¿para qué lo metían?
- Para matar monte.
- ¿Y el Glifosato?

—También zacate, que lleva todo esto. Se va hasta la raíz, se va hasta abajo.

—¿Y el Paraquat?

—El Paraquat nomás encima.

—¿Hojita ancha?

—Hojita ancha, exactamente.

En esta plática, Guadalupe estableció una sutil distinción entre el monte y el zacate: el monte es la vegetación de hoja ancha y el zacate, sembrado en muchos casos por los propios ejidatarios para hacer potrero, es de hoja delgada. El Paraquat, que actúa por contacto y que los ejidatarios suelen llamar quemante, es efectivo con el primer tipo de malezas, pero no con el segundo (sin superficie en la hoja no tiene efecto). En este último caso recurren al Glifosato que no necesita superficie de contacto para ser efectivo, pues puede introducirse por la raíz para matar a la planta. El Glifosato tarda más en actuar, pero cuando lo hace, el efecto es duradero. Minutos después me explicó que fumigar tomaba su tiempo, debían levantar las hojas de la palma antes de aplicar líquido, pues de lo contrario las quemaban.

Durante nuestra plática, distinguí entre los tipos de personas que vivían y trabajaban en el Mollejón. Están quienes «no tienen nada»: pobladores sin tierra, que viven del jornal y constituyen la mayor parte de la población. Hay ejidatarios que están «jodidos»: tienen tierra, pero les falta solvencia, por lo que varios han tenido que vender parte de sus tierras. A estos les siguen los «agricultores», a quienes definió como campesinos que, como él, que tienen hasta 200 hectáreas y cuentan con dinero suficiente para sacar adelante la producción. Y, por último, está la «gente grande» o «pesada» que viene de fuera, quienes llegan con mucho recurso y tienen hasta 1 000 hectáreas o incluso más.

Guadalupe me presentó de esta manera una radiografía de las diferentes clases rurales de su ejido, aunque se trataba de una categorización relativa; se llamó a sí mismo jodido cuando se comparó con los pesados, pero grande cuando se midió con los jodidos. Y es relativa, pues también varía según quien la presente. Un ejidatario de La Victoria distinguió, por ejemplo, entre «la gente que tiene lana», la «gente de trabajo» (a quienes también

llamó la «gente positiva») y los «huevones». Esta clasificación distinguía primero entre quienes tenían dinero y el resto de la gente, y entre estos últimos la diferencia estaba dada por el esfuerzo, habiendo gente que progresaba, pues trabajaba, y quien estaba «jodido» por depender de los apoyos.

Guadalupe me contó que uno de sus hermanos trabajó para uno de aquellos productores pesados: «Movimiento tremendísimo, cargaban 100 gentes, diario. Estuvo bueno porque le trajeron dinero a la zona, a la gente». Y agregó sobre los jornaleros: «Pero se lo ganaban». Si bien trajeron trabajo, para Guadalupe, el ingreso de los trabajadores era fruto de su propio esfuerzo, no era ningún regalo. De los pesados de aquel momento dijo además que todos fracasaron: unos porque sembraron en vega de río y perdieron la plantación con una creciente, otros porque quisieron limpiar demasiado terreno y se quedaron sin recurso para sostener la plantación, y los últimos porque dejaron la preparación de los caminos al final, y una vez que llegaron las lluvias no tuvieron forma de meter vehículos y trabajar. Habló entonces de la diferencia entre los ejidatarios como él y la gente pesada: «es que nosotros andamos personalmente. Los que tienen 10, tienen cinco [hectáreas], ellos andan ahí pegados. Traen un peoncito, dos. Ellos andan jalando y viendo, yo aquí ando. Pero andamos nosotros, y esa gente puro tirar dinero». Guadalupe consideraba que los pesados eran unos «zonzos» porque a diferencia de los ejidatarios no sabían de trabajo ni de producción, lo único que tenían era dinero.

«Yo tuve un hijo que se fue a Estados Unidos y me lo mandaron en caja», comentó Guadalupe sobre su hijo fallecido mientras recorríamos otro de sus terrenos, ubicado en este caso a la vera del Usumacinta. Tras esto, me contó que en esa parcela la palma pasó 22 días en el agua, pero que sobrevivió dado que la creciente nunca superó la flecha, la hoja más joven de la planta y que apunta al cielo antes de abrirse como paraguas. Las propias crecientes explican el tipo de suelo que tenía la parcela: un barrial gajoso, cargado de limo y arcilla, que se quebraba en grandes agregados, algunos del tamaño de un puño. Comprendí después por qué habló de su hijo. Dijo: «No había chamba, aquí nomás pasaba la cosecha y se acabó». Y agregó: «La gente salía. Entonces, esa gente salía a otros lados y la chingada, migraba mucho a Estados Unidos. Esta zona, no hay un

cabrón que migre a Estados Unidos. Aquí hay trabajo, están con su familia y están todos». A decir de Guadalupe, antes de la palma, el trabajo escaseaba: el maíz solo ofrecía trabajo de temporada, en tiempo de pizca, y el ganado, cuando había, para un puñado de vaqueros. Sin opciones, muchos optaban por migrar y quizás, de haber habido palma, su hijo se hubiera quedado en la región. En cualquier caso, valoraba las oportunidades que la palma ofrecía a quienes vivían del jornal.

Durante la entrevista, Guadalupe se mostró sensible ante la necesidad de los trabajadores. Por ejemplo, explicó que trataba de contratar siempre a los mismos y que les subió el sueldo una vez que comenzó a cosechar. Observó: «Antes estaba cabrón su sueldo, seco de 100 pesos». Y repitió: «100 pesos». Sabía bien que con ese ingreso apenas podían cubrir las necesidades más básicas. Pero también pagaba según el esfuerzo que hacían los trabajadores y dijo que debía vigilarlos, pues de lo contrario «se hacen flojos». Evitaba, además, contratar a los trabajadores guatemaltecos por el costo que involucraba cubrir sus comidas, aunque llegaba a hacer excepciones: «Ahí ves la mujer levantándose a las cuatro de la mañana a hacerle su lonche y vámonos, porque amaneciendo, vámonos». La solidaridad no excluía la vigilancia y en casos determinados el ejercicio de cierta presión.

«Esto lo tengo que ver limpio», dijo Guadalupe de la plantación de palma que tenían ante nosotros. Explicó que tras la fumigación con herbicida venía la macheteada para acabar con los retoños de maleza que sobrevivieron. Señaló unos mogotitos de zacate: «Eso no los mata, nomás los apendeja, pero no los mata». Le pregunté si usaba chapeadora, a lo que respondió que no usaba desbrozadora a motor por los troncos que quedaron del acahual, además de para ofrecer trabajo a los jornaleros. En un momento dado, habló del frescor bajo la palma y de cómo llegaban monos, tepezcuintles y tlacuaches a comer la fruta. «Yo trabajo bastante», afirmó, y minutos después agregó: «Y hacemos agricultura también, sembramos maicito, frijoles. Yo soy de trabajo, soy de campo, me sé fajar. Yo salí hasta en una pinche revista a nivel estado: productor». Para Guadalupe este último término equivalía a ser gente de trabajo, algo que no estaba reñido con ser campesino, expresión con la que también se identificó, y que podía significar estar jodido o ser agricultor, pero que lo distinguía de

los pesados, que lo único que tenían era dinero, pero no el conocimiento que involucraba hacer el trabajo de campo uno mismo.

*

«Mire usted», respondió Josué del ejido Quiringüicharo, «el trabajo es un poco difícil, pues no se gana muy bien que digamos». Estábamos en el traspatio de su casa, sentados sobre unos tocones de madera a la sombra de unos árboles y sobre un piso de tierra. Agregó: «Tal vez más después nos suba el sueldo y pues no sé. Nosotros vemos, pues, que por lo mientras, como no tiene mucha fruta, pues nosotros pensamos pedirle aumento, pero más después». Hijo de don Ulises, Josué trabajaba como jornalero para Jorge Zavala, un ejidatario con una amplia superficie bajo palma. «Sí», pareció decirse a sí mismo, «cuando haya fruta y haya más cosecha, que le quede a él más o menos [dinero]».

Sobre la palma, Josué dijo: «Vemos nosotros, pues, que sí es trabajo, se le mete más trabajo porque, digamos, el ganado casi no muy bien... pues se la lleva uno mejor [en la palma]». Trabajaba en el palmar seis días a la semana, siete horas al día. Me contó que al principio el trabajo no convenía y lo dejó, porque preparar y limpiar el terreno era demasiado esfuerzo para el jornal que se pagaba. Explicó lo que hacían ahora: podaban la penca y la colocaban en el surco, cortaban el fruto y lo acarreaban al punto donde el dueño lo recogía en un remolque que arrastraba con un pequeño tractor. En las «partes feas, guachalosas», donde el tractor no lograba entrar, debían sacar el fruto a caballo y carretón. Aunque constituía un esfuerzo considerable, opinaba que era mucho mejor que cargar el fruto uno mismo, algo que llegó a hacer al principio.

«Pues la mera verdad», dijo Josué, «cuanto más grande la palma, va cambiando un poco el trabajo, porque uno se cansa mucho, ya va uno más suave, que se siente un poco mejor». Una vez que la planta supera los cuatro años, el corte ya no debe hacerse tan abajo; además la sombra se va cerrando, lo que evita las asoleadas y disminuye el trabajo de limpia. Ahora se limitaban a mantener limpio el cajete, operación que Josué llamó redondeo y que, a veces, hacían con machete y otras con líquido. Hizo

entonces la siguiente observación: «Vamos a suponer, así como está ese monte, así ya no se le puede echar líquido porque quema las hojas». Dijo esto señalando el monte que había en el traspatio, parte del cual llegaba arriba de la rodilla. A decir de Josué, al fumigar tan arriba se queman las hojas de palma, por lo que el trabajo debe hacerse a machete. Se interrumpió: «Bueno, por lo pronto ahorita nosotros estamos trabajando ahí, pero, como le digo, no nos ha subido el precio que digamos».

Le pregunté sobre otros trabajos en el ejido: «El ganado, cosecha de maíz o que piden así para barrer acahual, o cualquier monte, es lo único que hay». Y agregó: «O, más o menos, es lo que nosotros también sabemos, porque si nosotros supiéramos de otro trabajo, nos fuéramos para la ciudad o algo así». Josué me explicó que él y sus hermanos solían «contratar», picaban potrero o barrían acahual por un monto establecido de antemano. En contraste con el jornal, donde el pago es diario, o a destajo, donde se paga por tarea, el trabajo por contrato es por superficie, por completar una determinada labor en un terreno. La ganancia en este tipo de arreglos está en lograr completar el trabajo en menos días de los habituales, algo que involucra tanto saber negociar al momento del acuerdo como alcanzar el balance adecuado entre esfuerzo y calidad. Intentan trabajar más rápido, lo que involucra un trabajo de menor calidad, pero esta debe ser la suficiente para que quien paga quede satisfecho. Sin embargo, este tipo de trabajos ha ido desapareciendo en el ejido, en parte por la deforestación y en parte por la llegada de los herbicidas que ha permitido a los ejidatarios limpiar sus potreros con menos jornales. «Ya no ocupan tanto peón», comentó Josué al respecto.

Al igual que en los contratos, el jornal involucra compensar los pagos con el esfuerzo. En palabras de Josué: «Ahora, por día, lo máximo que puede chambear uno es hasta la una, y más o menos que vaya uno al paso también». Y agregó: «Porque, vamos a suponer, que a nosotros no nos conviene irnos a trabajar que digamos como de verdad se trabaja, vamos a suponer, y aventajar el trabajo porque la paga es poca». Dados los bajos salarios, los jornaleros buscan compensar las pérdidas reduciendo las horas trabajadas: llegan algo tarde, alargan los descansos y salen puntuales. Asimismo, miden bien su esfuerzo físico, algo que logran ya sea aminorando

el paso o realizando un trabajo de menor calidad, pero evitando llamar la atención de sus patrones. Se trata de un balance difícil de alcanzar, más cuando entran en juego toda una serie de matices materiales.

En nuestra plática, Josué distinguió entre diferentes tipos de zacate: «Sí, cuántas veces [nos hemos encontrado] el zacate que le llaman el Santo Domingo, es el más reseco». Comparó este zacate con otro monte: «Sin embargo, esta granita, esa es más blandita, es más suave [...] pero ese otro, ¡pa su mecha!, ya lo hemos trabajado, es durísimo, como alambre». Es por estas diferencias por lo que, para patrones y jornaleros, la forma más justa de medir el trabajo es teniendo en cuenta el esfuerzo que involucra. No hay aquí consideraciones ambientales, sino corporales; la naturaleza para Josué no era un lugar de contemplación.

Aunque el mayor problema para este jornalero era económico: «Ya no nos alcanza. Ahorita material, por decir, con lo que trabajamos nosotros lo hemos comprado. No nos lo ha dado el patrón porque si nos lo diera, se nos haría más fácil, no gastaríamos de nuestra bolsa». A decir de Josué, el patrón les prestaba dinero para comprar las herramientas que necesitaban en el trabajo —tales como bombas, guantes, coas o machetes—, gasto que recuperaba descontándoles parte del salario. Josué me habló de las conversaciones que tuvo con sus compañeros: «Yo les he dicho, pues, que eso lo debería poner el patrón». En su opinión, todos debían pedirle parejo al patrón «para que no se le haga feo o se nos haga más caro a nosotros. Es lo que yo pienso entre mí, pero quién sabe los demás amigos, pues». La costumbre dicta que los trabajadores deben traer sus propias herramientas, algo que Josué intentaba cambiar, aunque sin mucho éxito.

De repente, Josué dijo: «Sí, el patrón es buena onda, nos presta cualquier cosa o nos hace algún viajecito o algo así. Como quiera, tenemos trabajo fijo». Tras indicar que estaba «de planta» en la palma, agregó: «Ahorita con las palmas sí hay trabajo, porque ya le digo, antes no había trabajo, había semanas que no había. Hay veces que te buscan para dos o tres días, o si no, un día. Y con un día, pues no hace uno nada». Aunque «la paga es poca», dijo en varias ocasiones, se compensaba con la posibilidad de trabajar un día sí y otro también. Para ello, el conocimiento del trabajo era fundamental: «Algunos no saben, no conocen de ese trabajo por lo que

uno no ha trabajado, pero ya conociéndolo ya le va agarrando uno la onda y todo eso, y ya se siente más suave». El esfuerzo, a decir de Josué, debía medirse y equipararse con la ganancia, lo que pasaba por conocer el trabajo. Dijo entonces: «Y bueno, para mí, una pregunta, ¿en qué nos beneficia a nosotros todo esto?». Ni qué decir tiene que encontró poco satisfactoria mi respuesta. La lentitud de la investigación casaba mal con las urgencias de la vida de Josué.

*

«¿Sabes si es peligroso lo que respiras?», le preguntó Carlos a un jornalero tseltal que trabaja en el ejido La Victoria. Tenía 19 años y, a pesar de su corta edad, contaba con una amplia experiencia laboral: además de saber hacer milpa, había rayado hule, había sido chalán en una vulcanizadora, e incluso había estado en la cosecha de la uva en el norte de México. «¿Te gustó?», inquirió Carlos sobre este último trabajo. «No», respondió, y se explicó: «Es un trabajo muy fácil, suave, no se cansa uno ahí. La palma es fácil, ya que lo puede hacer uno rápido, pero con las uvas, no. Aunque sabes trabajar duro, pero tienes que ir despacio». Las uvas son delicadas; prefería el trabajo a machete, en el que tenía la satisfacción de ver su avance. Le explicó a Carlos que en su ejido no había trabajo y que no solo los jóvenes salían en busca de ingreso, también las muchachas dejaban el ejido, en su caso para dirigirse a Villahermosa, la capital del vecino estado de Tabasco, en busca de empleo como trabajadoras domésticas. Hijo de madre soltera, él salió de su comunidad para que la familia tuviera ingresos y las hermanas pudieran seguir estudiando. «¿Te gustaba la escuela?», le preguntó Carlos: «Sí, pero no hay nadie que nos ayude. Na más mi mamá, ¿y dónde va a conseguir dinero también?».

Carlos y este joven jornalero platicaron de las espinas de la palma; este último le dijo: «No, no lastima si trabajas con cuidado, pero si trabajas rápido y sin hacer bien el trabajo, sí, se lastima uno». En el caso del cajete, la tarea era un surco de 60 matas que tomaba tres días y si no se terminaba en ese tiempo, «pues el patrón regaña». Hablaron también del horario, que era desde las seis de la mañana a las doce del día. «Si tienes

mucho avance y va bien tu trabajo te deja venir [al ejido] temprano, pero si no tienes avances sales a la una». Habló también de las nauyacac, cuya mordedura puede ser mortal, que pueden encontrarse donde hay monte y basura. «Pero más peligro los que trabajan con bomba», explicó este joven, «fumigando arriba el zacate, van a ir tomando, es más peligroso así». El peligro de intoxicarse es especialmente pronunciado cuando el monte está alto y deben fumigar hacia arriba, ya que acaban respirando el líquido.

Al referirse luego a los arreglos contractuales explicó: «Si uno se quiere ir, se puede ir y después regresar de vuelta. Nada más cumplir el compromiso». Contaba con libertad de movimiento y con la posibilidad de seguir trabajando, pero siempre y cuando cumpliera con su compromiso, acuerdo que comentó en los siguientes términos: «Porque cuando llegas donde está el patrón, nada más te pregunta cuántos días vas a trabajar con él». El compromiso era verbal y consistía en trabajar el número de días acordado. «Si uno cumple con su compromiso», observó, «sí, cuando regresas tienes chamba. Pero si uno se va antes, ya no». A pesar de ser trabajo al jornal, el pago no suele ser diario: «La verdad, todos los trabajos donde vas a ir no hay paga diario, no. Cada quincena le pagan a uno». Explicó que con Baltasar, el ejidatario para el que trabajaba, el pago podía ser semanal si así lo requería.

Por cierto, la noción de compromiso aplicaba también para los ejidatarios. Uno de ellos, en este caso Ovidio del cantón El Escobo en la Costa, me habló sobre el tema: «Yo tengo un trato con ellos. Tengo compromiso con estos señores que me cortan mi palma. Los juntadores igual, los que juntan las bolas y lo suben hasta arriba del carro, igual. Y es un compromiso, no voy a meter a otro». El compromiso involucraba que los jornaleros cumplieran con los días estipulados y los ejidatarios con seguir contratando a los mismos trabajadores. Le pregunté si el arreglo era común: «Casi toda la gente lo hace, sí. Y el que no hace compromiso anda mal, porque a veces no le cortan el día que es, le cortan hasta cuando quieren y todo eso». Agregó entonces: «Y aquí no, a los 15 días está aquí parado con su carro, con su material, listo a cortar, haya o no haya [fruta]».

El compromiso asegura la calidad del trabajo y, a cambio, ellos deben ofrecer trabajo aun cuando escasee el dinero y las tareas por hacer, lo que,

según este ejidatario, no sucede en las empresas, donde el único compromiso es el pago por día trabajado. «Estos tienen seguro un trabajo, poco o mucho», comentó en alusión a los cuatro vecindados que trabajaban en su parcela. Uno de ellos era su yerno, originario de Guatemala, a quien calificó de atento y servicial. Este ejidatario de la Costa contaba con dos parcelas de palma y una partecita que tenía su esposa: «o sea, que ni una semana se quedan sin tener algo de alimentación». Así, el compromiso lo debían cumplir tanto los jornaleros como los ejidatarios.

«¿Sabes si es peligroso lo que respiras?», preguntó Carlos. «Pues sí», respondió este jornalero, «pero como dice el patrón: eso no es veneno». Como es habitual, este joven distinguía entre el veneno, término que suele emplearse para hablar de los plaguicidas, y el líquido, forma en que se suelen nombrar los herbicidas. Como muchos otros, consideraba que el primero era mucho más peligroso que el segundo (fotografía 8). De hecho, pude observar que tanto los ejidatarios como los jornaleros aplicaban los herbicidas con poca o ninguna protección, en ocasiones solo portaban un paliacate anudado a modo de cubreboca. En este caso, el joven al que entrevistara Carlos le indicó que nunca había usado protección alguna al fumigar con herbicidas. A pesar de la menor toxicidad de los líquidos, varios de ellos reportaron haber sufrido intoxicaciones que, en general, derivaron en vómitos y mareos, pero que, en algunos casos, implicaron desmayos y ceguera temporal.

Para muchos, la responsabilidad de los riesgos era de quien fumigaba, especialmente en los ejidos. «No, para nada, no hemos tenido problemas», dijo, por ejemplo, don Guadalupe, «eso se llama suerte, porque hay muchos que sí se intoxican, no los saben usar, los líquidos». Por su parte, Josué explicó que «si el veneno es muy fuerte, uno no lo tiene que estar oliendo para que uno no se intoxique». Y agregó: «pero es que también va con la persona. Muchas personas son débiles de cerebro. Hemos usado el más fuerte y nunca nos ha hecho mal». Estas dos citas indican que, para varios de los involucrados, las intoxicaciones se debían a la falta de conocimiento o de fortaleza de quien los empleaba, a la que se sumaban otras consideraciones como la suerte.

Fotografía 8. «Moderadamente peligroso»

Fuente: Sergio García Mateos.

*

«Mire, esto trabaja así», dijo José Baldobinos. Hizo una demostración de cómo podar la palma, tras la cosecha del racimo, con la chuza, un palo de metal terminado en punta plana, al que también llamó coa. Había una ligera brisa y nubes bajas. Me acompañaba Henk van Rikxoort, estudiante de maestría, y Kees Jansen, quien fuera mi director en el doctorado. Don José observó: «Entonces se le quita un anillo». Por anillo se refería a las hojas que nacen al mismo nivel del tronco de la palma; si el tamaño de la planta lo permite, el fruto y las hojas se cortan con la chuza, pero cuando la palma gana altura se emplea el cuchillo malayo, un palo largo de aluminio coronado con una hoz. Las hojas cortadas se amontonan en un surco, y se deja el siguiente libre para el tránsito y la cosecha. «Rápido se pudre, se va convirtiendo en abono», dijo de las hojas amontonadas. José

habló entonces sobre la estacionalidad de la producción: «Mayo, junio, julio, agosto y septiembre y octubre es la cosecha más alta». Según explicó, después las matas se quedan vacías y descansan (producen flor macho en lugar de fruta), pero como unas matas se retrasan, «sigue habiendo cosecha todo el año».

«Es que los cortadores a veces hacen esto, mire», señaló una rebanada en un coyol (fruto) del racimo, «cortan ese cuadrado y ahí se ve el color, este, amarillo. Ya está sazón». La operación se realiza para saber si la fruta está lista para el corte, lo que, a decir de Baldobinos, afecta el peso de la cosecha: «Mira, el racimo muy maduro, lo que pasa es que desgrana mucho y tiende a pesar menos. Y el racimo que está en su mero punto de sazón, de maduro, ese pesa más, se siente cuando lo levanta». En su punto de madurez, el fruto contiene más aceite que agua, de ahí el peso. Aunque José lanzó la siguiente advertencia: «Si lo cortas muy pasado de maduro [...] se puede ranciar». Con esto último se refería a la acidez del aceite que se incrementa tanto con la madurez fruto como por el paso del tiempo tras la cosecha. En teoría, la fruta debe entregarse en la extractora antes de las 48 horas, algo que no suele suceder. «No todo el tiempo va a ser así», observó Baldobinos. Para él, el asunto estaba regido por las leyes de la competencia: «Entonces sabes que, si hay una cosecha grande de maíz, se lo quieren llevar barato. Pero si hay poco maíz, aunque no esté muy bueno, se lo llevan, aunque esté picado». Es decir, la exigencia sobre la acidez del aceite dependerá de la disponibilidad de fruta.

A pesar de tener casi 70 años y sufrir de azúcar (diabetes), don José se movía en la parcela con soltura y hasta con energía. Hizo el siguiente comentario frente a una palma: «Si miras, a esta mata le falta poda». Le pregunté si importaba la técnica, ante lo cual me advirtió que la coa debía estar bien afilada y se tenía que cortar el racimo sin dañar la mata, si no, «se empieza a deshidratar, a tirar una savia. Entonces el picudo lo presiente lejos y viene y puede posar y sacar sus huevecillos». Si encuentra una abertura, el picudo —un coleóptero de la familia *Rynchophorus*— se introduce en la palma y le come el interior hasta matarla.

Señaló una mata: «Esa, esa me la atacó el picudo». Nos explicó que le echó Furadán, un insecticida, en el cogollo: «Con trabajo la salvé. Yo

lo que hago es, ya hice mi propio preparado para poderlos agarrar». El preparado contenía plátano macho, cerveza y vinagre, ingredientes que no tardaban en fermentar en el calor de la Selva. Introducía la mezcla en una botella de refresco con orificios, a la que ponía un pedazo de costal, pues de lo contrario los picudos no tenían de dónde agarrarse y se caían. Aprendió la técnica de los muchachos que en los años noventa cazaban mariposas para los biólogos que llegaban a la zona, aunque, a diferencia de la técnica original, agregaba Furadán a la mezcla para matar a los picudos.

Durante el recorrido, Baldobinos relató el siguiente incidente: «Mi sobrino me dijo un día, yo no voy a estar dile y dile a esos cabrones cómo corten, a esos pinches chapines cómo corten». Cortaban demasiadas hojas y al dejar sin soporte el racimo, el fruto no se desarrollaba. Nos platicó de su intercambio con los trabajadores:

—Son chingaderas, eso no se corta así.

—No, pero es que no se puede.

—¿Cómo no se va a poder? Sí se puede.

José Baldobinos les pidió que buscaran una mata. Nos dijo que «buscaron la más difícil que vieron». Frente a una palma, repitió la lección: nos mostró cómo las hojas son como un tornillo que sube en espiral, cuáles debían cortarse durante la poda y cuáles debían permanecer, pues servían de soporte al racimo. «Pum», dijo del punto y del golpe que debía hacerse con la chuza.

José nos platicó de lo que tuvo en su parcela antes de sembrar palma: «Tenía ganado, ganado tenía, ganado que no es ganado. Y, cuando nos hacían reuniones, yo pedía a veces la palabra y les decía: compañeros, hay que sembrar la palma, pero utilicen sus mejores tierras, no se engañen, no vaya a pasar como cuando se sembró cacao». Con esto último se refería al fracaso del cacao que tuvo lugar en la Selva en la década de 1980 y que según él se debió a que no sembraron en sus mejores tierras. Además, en relación con esto, dio a entender que la palma era un negocio y solo obtenía beneficio quien invertía: «Uno, uno así es, el ser humano, si tienes un millón de pesos, quieres conseguir otro para tener dos. Sí, porque, pues, el ser conformista no lleva a nada».

Al final de nuestro recorrido, tras platicar brevemente con un trabajador, José comenzó a hablarnos de su relación con los jornaleros, todos guatemaltecos. Su recuento fue el de un sinfín de problemas, que relató divertido. Nos habló de un pleito entre los trabajadores ocasionado por un «malandrinsillo» que andaba con un cuchillo al cinto; de un buen trabajador que estuvo con él tres años, al que le prestó dinero para que se comprara una moto, pero a quien ya no quiso emplear después de que varias personas acusaran a su mujer de robar en el ejido; y de uno al que corrió después de dos días porque «se andaba haciendo puro buey». «Si tú te das cuenta», me dijo mientras caminábamos, «yo los atiendo lo más que puedo. En las mañanas, aunque sea su huevito, comen bien. Y en la noche vemos la forma, en la tarde cuando llegan, de carne, que sea diferente y que estén bien contentos».

«Vienen a ganar, no a trabajar», dijo de algunos de sus trabajadores. En ese momento, Henk le preguntó sobre la diferencia con los trabajadores locales: «Pues sí, hay mucha diferencia porque estos de aquí no quieren trabajar nada». Minutos después le pregunté sobre el arreglo económico. Respondió: «Es mensual». Se tomó un instante y dijo: «Bueno, no. Mira, yo al trabajador le pago a como él quiera, yo pa mí, se me hace más fácil que a la semana haga cuentas. Pero si los ocupo más de una semana y les pago una semana, se van y no vuelven». Y agregó: «Tienen dinero y les doy, pero no les doy todo. Lo que pasa es que así son, andan buscando a ver dónde jallan, con quién trabajar que les dé chance de que estén escondidos por ahí, que no chambeen». Habló entonces de un trabajador que vemos a lo lejos. A pesar de la distancia, bajó el volumen de su voz: «Dice, oiga, voy a ir a mi casa, vengo el domingo». Baldobinos respondió: «No vas a venir». Y nos dijo: «Yo ya los conozco». Cuenta que volvió al mes y medio, entre tanto estuvo trabajando para un ejidatario en Galacia que nunca le pagó: «¿Cómo hacen ustedes eso? Les digo. Ven cómo son la gente y van de todos modos. ¿O les gusta que le hagan así?». Hay «gente cabrona», dijo José de los ejidatarios, quien también cuenta que lo llevó a Galacia para que intentara cobrar.

Baldobinos nos habló de un par de hermanos que tuvo trabajando con él: «Mira, muy buenos para trabajar, pero, hijo de la chingada, cómo

eran de borrachos». Por momentos, el sonido de la chapeadora ahogaba su voz: «Solos se agarraban como unos animales, a golpes. A las mujeres las sacaban corriendo pal monte». Un día llegó con la camioneta y los amenazó con llevárselos de regreso a Guatemala: «El que se emborracharan me valía gorro, pero que se anduvieron entre ellos ya con los machetes en la mano, qué bronca voy a tener, a toda madre». Indicó Baldobinos que les daba 35 cuadros de tarea, cada uno de las cuales eran cuatro matas de palma repletas de monte y troncos que debían limpiar con chapeadora: «Yo les daba la gasolina y empezaban aquí abajo en el arroyo, *pum, pum, pum, pum*, y no gasta mucho la chapeadora. ¿Cómo le hacían? Quién sabe». Para cuando terminaban en la tarde, cada hermano había hecho el trabajo de tres personas. A decir de don José ganaban 1800 pesos a la semana, más las comidas, y agregó: «Dos, tres días ya no tenían nada, todos enviciados, ahí las latas».

*

Aristeo comentó: «yo le digo a los compañeros, la palma, para que les dé tienen que mantenerlas limpias». Buena parte del suelo de la parcela era pura tierra, cubierta en partes por una delgada capa de musgo. Eran contadas las áreas con vegetación, resultado de la fumigación con herbicidas, pero también de la sombra que arrojaban las palmas y que inhibía el crecimiento del monte. O, como dijera otro ejidatario, cuando la palma está grande y se va cerrando, el monte «se desvanece».

«¿Y por qué tienen que estar limpias?», le pregunté a Aristeo, quien respondió: «Porque a veces es mucha la nauyaca. Aquí, desde que sembré la palma hemos matado como hasta 50 nauyacas. Al final de cuentas hay mucho animal aquí». Temidas por su veneno y temperamento, son pocos los que dejan ir una con vida. «Sí, estar al tanto», dijo de la necesidad de estar pendiente de aquello que se esconde bajo hojas y ramas, «es que llegan las mujeres a recoger toda la fruta. Cuando uno corta los racimos, llegan a recoger la fruta que cae y todo». Este ejidatario consideraba que la limpieza de la parcela no solo tenía que ver con la producción, sino también con establecer condiciones de trabajo adecuadas para quienes allí

laboraban, en particular para las mujeres que llegaban a la parcela a recoger las semillas que se desprendían de los frutos durante la cosecha.

Aristeo se detuvo frente a una palma, y dijo: «Cuando se corte ese racimo, vengo y doy aquí a la penca». Una vez cosechado el racimo se debe cortar la hoja que lo sostiene, pues de lo contrario, le «roba» el alimento a la palma. Continuó su explicación este ejidatario originario del sur de Veracruz: «Entonces, toda esa penca hay que quitarla [del suelo] porque tiene mucha espina. La gente que venga a recoger la semilla, se van a clavar, y para que no se clave nadie, se pica todo». A decir de Aristeo, las pencas son peligrosas para quienes trabajan en la parcela. Equiparó sus espinas con espolones, dagas y hasta con la mordida de un lagarto. Para evitar accidentes, no solo amontonaba las pencas en uno de los callejones, dejando el otro limpio, también las picaba a machete junto con sus trabajadores.

«Me costó bastante trabajo y dinero para ir podando todo y amontonar la penca», comentó Aristeo, «y ha sido mucho dinero, me ha costado mucho dinero para levantar esto, pero también he visto que se puede satisfacer más las necesidades con esto que el ganado, ¿no?». Según Aristeo, la palma no iba «a dar para hacer capital», pero sí serviría para cubrir las «necesidades», aunque para ello se debía invertir: «Lo que pasa, mire, que el que no le pone nada, cordialmente no está sacando los frutos completamente, pues a como debe ser». Puso entonces de ejemplo a un vecino suyo, quien a su juicio sembró demasiada superficie: «necesita uno un bonchecito de lana, porque si no, no la mueve. Sí, por eso dicen que el que mucho abarca, poco aprieta».

«¿Viste cómo está de bonita?», me preguntó Aristeo sobre su palma. En comparación con plantas de edad similar, el fuste de las suyas tenía un porte mayor. Señaló una planta en particular: «Mire cómo está exageradísima esa palma». «Están dobles», dijo sobre el tamaño de un grupo de palmas de muy buen crecimiento. Indicó que la plantación estaba bien fertilizada y que evitaba «endrogarse» con los créditos que le ofrecía la empresa que le compraba la fruta: «Ellos piensan que estamos mensitos». Aristeo tenía casi 50 hectáreas de terreno, de las que nueve eran de palma, una superficie similar de selva y el resto, potrero. Comenzó vendiendo su

ganado para financiar la palma, ahora el dinero salía de la misma cosecha o, como dijera, del mismo cuero salían las correas.

«¿Aquí tenía mucho crespillo usted?», le pregunté a don Aristeo frente a un remanente de este tipo de helecho en su parcela. Respondió: «Ándele. Aquí no era selva, ya ve que no hay tronconada». No vi palos tirados en el terreno, indicativo de que no fue acahual o montaña. Como muchos otros en el ejido La Victoria, sembró en terrenos de uso común asolados por el fuego y que, en la parte donde se ubica su parcela, eran unos «crespillales tremendísimos». Pasados unos minutos volvió a hablar de la costumbre de dejar las pencas en el piso de las plantaciones: «Muchos los dejan, ni las familias pueden recoger, mujeres que quieren recoger todas las semillas. ¿Por qué? Porque está el espinero, oiga, y se enredan las pobres que andan». Comparó esa práctica con la situación en su parcela: «Aquí a veces sin chancla andan algunas porque no hay espina, no hay espina. Y donde hay espina, no puede meterse, no puede. Queda fruta en el suelo, ya no se clava nadie porque queda limpia la mata».

«A veces hasta la tarde, completamente», dijo don Aristeo del horario de trabajo, «y es que les pago más también, porque en la tarde ya les pago 150 o 160, a según, dependiendo. Porque también se cansa la pobre gente». Y agregó que en algunas ocasiones le decían sus muchachos «no, es que las mujeres no sirven para acarrearlos esos racimos». En su caso, acarreaban el fruto en carretilla hasta el punto donde llegaba la camioneta, una labor que, en su opinión, no era nada fácil: «Me puse a acarrear el otro día. No, hombre, se cansa uno, se cansa uno». Explicó que esta labor se dificultaba por lo blando de suelo, la carretilla se atascaba: «Les digo, no la llenen mucho para que no se maten mucho. Entre más poco llevan, más se avanza».

«Sí», dijo de su terreno, «aquí tenía la milpa y ahorita no tengo dónde sembrar». Sembraba milpa, aunque con muchas dificultades, pues la crespillera impedía que el maíz se desarrollara bien. Comentó que dejó un poco de montaña y me explicó sus motivos: «pensando hacia el futuro. Ya no tengo hijos chicos, pero la he ido dejando hasta donde Dios me dé vida, porque hace falta de repente un palito que cortar». Aristeo consideraba que era importante conservar la selva para tener algo de madera; otros

hablaron de la importancia de conservar un pedazo para que sus hijos y sus nietos conocieran cómo fue el lugar al que llegaron.

Se refirió también a los problemas que tenía con el picudo y la tuza («un animal dañino, malísimo»), y de unas palmas «canteadas», quizás por el viento o lo blando del suelo. «¿Y cómo ve mi palmita? ¿Está buena?», preguntó, a lo que respondí afirmativamente. «Está buena, ¿verdad?», observó satisfecho. «Esta chula», añadí. Para entonces había internalizado las lógicas productivas de los palmeros, habían insistido tanto que, como ellos, había comenzado a ver en el orden y la limpieza de las parcelas trabajo y esfuerzo, e incluso belleza.

«¿Por qué se aventó usted?», le pregunté sobre la siembra de palma: «La necesidad [...] y decía que a lo mejor es buena. Y si no es buena, pues le echo un machete de coraje, total, el dinero que yo llevo gastado que se pierda, le digo, que se pierda definitivamente». Poco después explicó: «Con lo de frijol y maíz nunca salimos adelante. Entre más días, más amolados. Esta es la única siembra que nos ha dado resultado». Agregó que no solo ganaban los ejidatarios, sino también los avecindados: la gente ya no se dedicaba a robar, pues tenía trabajo, y los padres ya no estaban preocupados por sus hijos, quienes hallaban trabajo para poder pagar los gastos de la escuela.

Indagué sobre las diferencias entre hombres y mujeres en el trabajo: «Porque también trabajan igual que el hombre. No la misma capacidad de fuerza, pero sí pueden sacar una carretilla e ir juntando los racimos». Argumentó que las mujeres eran más cuidadosas y capaces de esforzarse tanto como los hombres. Al final del recorrido dijo: «La palma no va a echar nada, nada, si no se atiende. Es como nosotros, si no nos bañamos y estamos todos sucios, oiga, igual son las plantas estas, lo mismo. Hay que salir adelante».

*

El chofer manejaba el bus de marca asiática en la terracería que unía la localidad guatemalteca de Cantabal con el ejido mexicano de Nuevo Orizaba como si fuese un camión de volteo: a toda velocidad, sin prestar

atención alguna a los hoyos o a los topes del camino. Por las ventanas entraban oleadas de polvo que se mezclaban en el interior del camión con los corridos mexicanos que el chofer escuchaba a todo volumen. Mientras rebotaban en sus asientos, dos hombres jóvenes hablaron de su trabajo como jornaleros en Marqués. No se refirieron, en este caso, a los sueldos que, en ocasiones, nunca llegaban a recibir o a las extorsiones que sufrían a mano de las autoridades locales, sino al trato que recibían de los ejidatarios. «Algunos son buena gente», dijo uno de ellos, «pero la mayoría sirve pa pura verga».

*

«Ahí está lleno de guatemaltecos», explicó Mateo, un joven de la Costa durante la sobremesa en casa de un familiar de don Primitivo. Mateo hablaba de las plantaciones de palma de propietarios y empresas donde, a diferencia de los ejidos, la mayoría de los trabajadores eran foráneos. Este joven, de alrededor de 18 años, trabajaba en uno de esos ranchos y me indicó que el corte se pagaba por tonelada (20 pesos) y el acarreo por «bola sacada» (a peso). El corte se dificultaba dada la altura de la palma. En cuanto al acarreo, la plantación contaba con un callejón de cosecha cada tres surcos y este joven calculaba que debía recorrer 27 metros con la bola a cuestas, bola que podía pesar hasta 30 kilos, para ganar el peso designado. Primitivo intervino e indicó que en el ejido el pago de la cosecha no era por tonelada, sino por bola cortada.

En contraste con la Selva, donde se suele pagar por día trabajado, en la Costa es común el pago a destajo, ya sea en ejido o en propiedad. Este es particularmente el caso de la cosecha (fotografía 9), operación que incluso llega a hacerse por contrato: una suerte de *outsourcing* a la campirana, en la que el dueño del terreno negocia la cosecha de una plantación con un trabajador, quien se encarga de traer a su gente y las herramientas necesarias.

Además de cosechar, Mateo trabajaba de pordillero: limpiaba la parcela a machete desde las seis hasta las diez de la mañana, cuando el calor se volvía insoportable. Hizo la siguiente observación sobre este trabajo:

«Aunque el pago es poco, la gente trabaja por necesidad». Y luego de una breve pausa agregó: «Pero si lo vejarían a uno, la gente deja de trabajar». Se refería, sobre todo, a los trabajadores locales, menos necesitados y, por lo tanto, menos dispuestos a soportar los malos tratos. Según los cálculos de los propios trabajadores, la empresa debía estar ganando alrededor de 50 000 pesos diarios, «bajita la mano». «Y la empresa todavía reniega». Luego comentó: «El sábado, el día de la paga, les dan pollo y coca para tenerlos contentos». Es curioso, pero hablaba en tercera persona de los trabajadores de la plantación, como si él no fuera uno de ellos, quizás por ser hijo de ejidatarios y alguien que, a diferencia de muchos de sus compañeros de jornal, contaba con la posibilidad de tener tierra, aunque fuera a futuro.

Fotografía 9. Cosecha en un rancho privado de la Costa



Fuente: autor.

La conversación con Mateo contrasta con la que tuve con otro joven, de nombre Carlos, de unos 25 años, quien trabajaba para un propietario.

«En un ratito gana uno más», dijo del trabajo con los ejidatarios. Tras esto, advirtió: «Cada ejidatario tiene su cortador, no puede uno ir buscando. Por eso es que no todos pueden ir con los ejidatarios». Aunque según él, la diferencia entre ejidatarios y propietarios no era solo económica: «El ejidatario todavía lo invita a uno el refresco, como les está haciendo uno el favor...». Le pregunté a qué se debía ese trato por parte de los ejidatarios y si eran más conscientes: «Porque es igual a uno, no tienen dinero... tienen su parcela, pero saben de trabajo, son más conscientes y el rico no sabe».

Carlos era cortador de planta en un rancho por necesidad y conveniencia; a diferencia de los ejidos, tenía la posibilidad de trabajar todos los días. Sobre la palma mencionó: «Sí genera trabajo, no es de todo el día, pues. Nomás un rato, a las nueve, diez de la mañana ya está uno libre, todo el día». Pasado el calor, muchos de los trabajadores locales aprovechan para la tardeada: para trabajar en un terreno prestado o rentado de donde sacar alimento y quizás, incluso, hasta algo de dinero. «De todo», dijo Carlos del tipo de trabajos que ha hecho, «pero este es el que se gana más». Durante nuestra plática dejó claro que existían importantes diferencias entre los ejidatarios, a quienes consideraba sus iguales, y los propietarios, a quienes llamaba los ricos. Los primeros pagaban mejor, aunque los segundos ofrecían la posibilidad de trabajar diario, algo fundamental para cubrir los gastos cotidianos de la vida en la zona. La diferencia entre ejidatarios y propietarios era evidente si pensamos en el refresco. Según los jornaleros, se trataba de un gesto de bondad si quien invitaba el refresco era un ejidatario, y un intento de manipulación si quien lo hacía era un propietario o una empresa.

*

«Todos teníamos un sistema diferente de vida», observó Manuel. Nos encontrábamos en la cochera de su casa en el ejido Xochicalco Nuevo, junto a un par de camionetas *pick up*, además de las herramientas habituales para trabajar la palma: botas de hule, palos malayos, machetes y mochilas para fumigar. La casa, una construcción alargada de ladrillo y techo de lámina, crujía con el calor. Advirtió: «No solo ha traído económicamente,

sino que también hemos progresado». Manuel trabajaba en una empresa dedicada a la producción y extracción de aceite. Y agregó: «Ya le podemos dar, si tenemos buen pensamiento, ya le estamos dando el estudio a nuestros hijos, cosa que no sucedía antes. Porque el santo maíz no da, aquí no da para tener a alguien en la universidad, y la palma sí lo da». Señaló las casas colindantes y comenzó a enumerar los títulos universitarios que habían obtenido los hijos e hijas de sus vecinos. En su caso, su hija era maestra y su hijo estaba a punto de graduarse como licenciado en aduanas, hechos que atribuía a las posibilidades económicas que ofrecía la palma, algo impensable para Manuel en su juventud, cuando trabajaba de jornalero.

Hablamos del corte de palma. Me explicó que hay lugares donde pagaban por tonelada (en las empresas) y en otros donde pagan por racimo (en los ejidos), y que el pago se incrementaba con la altura de la palma. Observé que a los ejidatarios de Xochicalco les convendría que el corte fuese por tonelada. «Sí», dijo, «pero sería una injusticia porque para que un cortador en la palma [...] le corte una tonelada, le lleva todo el día, y no va a comer con 220, 240 pesos que está la tonelada». Además de trabajar en la empresa, tenía ocho hectáreas de palma en producción:

Eso es lo que le digo, la ventaja de la palma es que nos da a todos. No solo a mí como productor, sino también como trabajador. ¿Por qué?, porque yo puedo pagarle más al trabajador, porque la palma me lo da, la palma me da para pagarle a la gente, para que la economía esté mejor en el peón.

Manuel consideraba que las ventajas que conllevaba la palma se extendían a toda la población: «Ahí vino a mejorar la economía de todo, porque es una cadenita. Antes aquí solo había una tienda y se bastaba para todo, ahorita no». Quien tiene 10 hectáreas de palma, afirmó, «tiene arreglada la vida».

Comenzó entonces a hablar sobre la planta: «No regaña, no pide mucho la palma porque aquí la tierra todavía da sin que se le tiren fertilizantes». Su palma ya se estaba cerrando, lo que reducía el trabajo de limpia, aunque me advirtió que aún se debía «asear», ya fuera con el machete o con el güiro (chapeadora o desbrozadora), para que los jornaleros pudiesen

trabajar en lo limpio. Sobre el uso de líquidos refirió lo siguiente: «Ya ha venido cambiando. Algunos todavía manejan el herbicida, pero mucha gente ha cambiado, muchísima gente ha cambiado». Explicó: «El técnico debe hacer consciente al productor que él no necesita el palmar limpio, él lo que necesita es tener fruta arriba de la palma. ¿Por qué? Porque si mete mucho líquido está contaminando la tierra, la está haciendo árida».

«Ya no estamos viviendo de un jornal de 100 pesos», dijo del cambio que ha generado la palma en la región, poco antes de que llegara su esposa cargando en brazos a uno de sus nietos, que acabaría sentado en las piernas de Manuel. Me explicó que cuando aumenta la producción, y de acuerdo con cómo trabajaba la persona, se le subía el sueldo. Le pregunté entonces sobre las diferencias entre ejidatarios y propietarios: «Hay diferencias, porque a un palmero grande no le interesa el trabajador, y un campesino que sabe qué es cortar, qué es trabajar, siempre paga mejor que el otro». Observé que quizás esto tenía que ver con el hecho de que fueran vecinos y conocidos, idea que tuvo en cuenta, pero que matizó: «A lo mejor sea por eso o porque el campesino, el ejidatario, es pobre y ya sabe lo que es la friega de trabajar, sabe del trabajo que está haciendo, de lo duro que es hacerlo». Al preguntarle por qué son las mujeres quienes suelen sembrar, afirmó: «porque no es pesado, y la mujer es más práctica para agacharse». Tras esto me explicó cómo su mujer se encargaba de dirigir el corte de los trabajadores y de pagarlo, por si el día de mañana él no estuviera.

Pregunté a Manuel por qué no tuvo parcela cuando se fundó el ejido: «Simplemente porque era pobre». Aunque el derecho para ser ejidatario costaba una pequeña cantidad en pesos, ni Manuel ni su familia pudieron pagarla. Habló de su pasado: «Le digo, me he dedicado a trabajar. Cuando estaba joven sí limpié caña con machete. De ahí aprendí a manejar carro y anduve acarreando caña también, pero igual. No, no estaba bien pagado antes». Me contó que fue tractorista y vaquero para un rico que le pagaba 240 pesos quincenales. Le pregunté si trabajaba seis horas, como es habitual en los ejidos: «No, era de todos los días y hasta el domingo, porque el ganado no es de un día, es de todos». En las tardes sembraba milpa en un terreno prestado, además de melón y sandía para la venta, pero de eso, aclaró, no podía vivir, tenía que trabajar.

Poco después comenzó a hablar del año 1997: «Ahí empezó la palma, pero me voy a Estados Unidos cinco años. Cuando regreso, ya me pongo directamente a la palma». Con las ganancias que obtuvo en el norte logró comprar cinco hectáreas de terreno, donde primero se dedicó al plátano, que perdió con el huracán Stan, y después a la palma. Para entonces ya me había explicado que parte de quienes habían recibido la tierra y la palma no supieron valorar el «patrimonio» que tenían y lo vendieron. «Pero es mentira aquel que diga que la palma no deja», dijo, «no ha habido uno que diga yo no, voy a tirar la palma porque no me mantiene».

«El calor, el sol es insoportable», dijo don Manuel del trabajo en la caña, «el sudor con la caña, con la suciedad resbala. Hay riesgos. Hay quienes lo hacen, pero no hay mejorías». Y agregó: «Pero si busca la palma, se lo está llevando la tristeza, haciendo fuerza, pero está en la sombra. Hay una gran diferencia». Para él no había dudas: «No, no, no hay comparación, en ninguno de los empleos hay comparación con la palma, séase que trabaje en la empresa, séase que trabaje con el ejidatario, séase que trabaje con el rico, gana más en la palma que con cualquier empleo».

Manuel me relató su ascenso en la empresa: comenzó levantando fruta, estuvo al volante de uno de aquellos camiones de volteo que transportan las cosechas a la extractora, fue auxiliar de campo en uno de los ranchos de empresa, se encargó de hacer las visitas de seguimiento a los productores que proveían de palma a la empresa, hasta que acabó de encargado de un centro de acopio. «El ejemplo está conmigo», dijo del progreso que generaba la palma, «yo le he dicho que solo tengo secundaria y tengo el puesto de un ingeniero agrónomo». Y agregó: «Si te quedas [abajo] es porque no le buscas. Pero si tú le buscas, que eres inteligente en el trabajo y con responsabilidad, sales adelante».

Él comenzó trabajando en la empresa por necesidad. En ese entonces, su parcela aún no producía ingresos suficientes. Se sentía orgulloso de sus logros en el sector privado y fue en todo momento positivo del trato recibido. Consideró entonces qué haría de ser despedido: «Le digo a muchos, ya me vengo [a casa] y me pongo a disfrutar de mis nietos, que ya ve que los tengo aquí encaramados». «¿Por qué?», se preguntó con su muletilla habitual, «porque no hay un gran patrimonio, pero hay de dónde vivir».

Su trabajo, dijo, se reduciría a vigilar el de los jornaleros en su parcela de palma, «que es nada más mandar».

*

Debo regresar en este punto a una de las entrevistas que hice, en compañía de Carlos, en el primer periodo de trabajo de campo. «Aquí he visto muertos con ganas», dijo Germán sobre su ejido. Estábamos sentados sobre unos troncos colocados bajo una galera ubicada en plena parcela, de cuyo techo colgaba una sartén requemada que su hijo usaba para freír plátano. Desde donde estaba podía observar una milpa y la plantación de palma, además de unas cuantas matas de plátano (macho) y guineo (dulce). De repente dijo: «Tenía otro hijo, lo acaban de matar hace poco». Y agregó: «Es que, a veces, los hijos se les dan consejos y no obedecen. Entonces, hay hijos que de plano ya nacen así, en una necesidad caprichosa, y a veces se dejan llevar por lo sugerido por las mujeres».

Según Germán, el problema comenzó cuando su hijo se involucró con una mujer casada. El marido la golpeaba, y el hijo de Germán, a su vez casado y con hijos, se puso de acuerdo con ella para matar a su marido y botarlo en el río. Germán y su esposa se vieron obligados a intervenir: «Le dijimos: mejor, vete, déjame trabajar, no nos metas en problemas». De ese modo, el hijo abandonó Marqués por un tiempo, pero acabaría regresando. «Y se empezó a juntar con plebecitas. Aquí había muchas, aquí hay muchos maleantes, mucha plebecita cochina, y después llegaron otros que vinieron de allá, de Guerrero, que eran muy sanguinarios». Dijo con pesar: «Esos mataron a mi chamaco». Según Germán, lo mataron porque le tuvieron miedo. Contó de la noche, todavía reciente, en que llegaron dos camionetas llenas de gente y lo sacaron para siempre de su casa; también de cómo «la misma ley» acabó con ellos, pero no con el narcotráfico.

Pasados unos minutos, don Germán habló de la palma: «Ahí te compras tus galletitas que antes no me compraba. Pero primero hay que sufrir, y eso es lo que mucha gente no quiere [...] primero quiere que le llegue todo a la mano sin meter las manos, y no quieren sufrir, pero hay que batallar». Comparó de esta forma la vida fácil del criminal con la vida de

quien trabajaba y debía sufrir. Le pedí que contara más sobre eso: «Sí, hay que batallar y el que no sufre nunca llega a ser algo». «Mire», dijo de su pasado, «yo con la ganadería sufrí mucho». Originario de Veracruz, Germán contó que le empezó a ir bien con el ganado, por lo que pudo empezar a comprar algo de tierra. Fue entonces cuando le comenzaron a robar sus animales: «Yo no me meto con nadie, y vieron que iba para arriba y ahí empezó la envidia y ese fue el problema». Explicó que ese fue el motivo que lo llevó a Marqués, además de los problemas que tuvo en su estado natal con el alcohol.

A pesar del trasiego de drogas en la zona y las violencias que esto involucra, Germán consideraba que la Selva era más tranquila: «Sí, aquí no hay envidia, aquí te pones a trabajar y no hay quien te diga nada. Sí, aquí lo que es la gente que fracasa porque andan en la droga». Lo importante, nos dijo, era «no mezclarse»: «Yo no sé nada, amigo. Yo me dedico a mi trabajo y no sé nada de ese asunto». No se puede hacer mucho más, pero esta estrategia, común en lugares donde se vive violencia, no ofrece muchas garantías. En el transcurso de mi trabajo de campo asesinaron a dos palmeros que entrevisté, uno por defender a sus hijos ante el ataque de un comando armado en su potrero y el otro por sembrar marihuana, algo que según algunos de sus compañeros hizo un poco por ambición y otro poco por necesidad económica.

A decir de don Germán, el mundo se conocía a través del trabajo físico, y aunque este era un camino de luces y sombras, pues provocaba sufrimiento y no siempre involucraba solidaridad (por ejemplo, sin importar que fuesen locales o foráneos, Germán dijo de los jornaleros que trabajaban «refeo»), solo así se lograba progresar. Desde esta perspectiva, el tener dinero no siempre equivalía a progresar. De hecho, varios de los ejidatarios que entrevisté solían criticar a quienes obtenían dinero por medios que consideraban cuestionables como la política, los negocios ilegales o la explotación laboral. Según varios entrevistados, el progreso involucraba sufrimiento, en concreto, el sufrimiento físico fruto del trabajo agrícola, aunque, en contrapartida, les permitía obtener conocimientos realmente valiosos sobre el mundo.

*

Las pláticas que sostuve con los ejidatarios y los jornaleros con respecto al trabajo me revelaron mucho de su visión del mundo. Por ejemplo, expresaron una cierta relación con la naturaleza: quienes trabajaban en la palma emplearon verbos como limpiar, barrear o asear para referirse a la quita de malezas y de monte, y consideraban dañina parte de la vegetación y de la fauna; en el predio de trabajo, el monte se volvía una maleza, e incluso una cochinateda. Por otra parte, un paisaje sin vegetación se consideraba limpio y bonito, no solo por lo que suponía en términos productivos y en cuanto a la propia capacidad de trabajo, sino porque también constituía una muestra de cuidado hacia quienes allí laboraban. Aunque nadie completó este corolario, nadie afirmó que un paisaje con selva o vegetación es un paisaje sucio, más que nada, era un lugar inhabitable y peligroso. A pesar de estas concepciones, hablaron con nostalgia de la pérdida de esta naturaleza, de la que, por cierto, se sentían responsables y hasta culpables.

Por su parte, el trabajo encarnado era un valor fundamental entre los palmeros y, en general, en los ejidos de la Costa y la Selva. Más que el dinero, es el esfuerzo físico el que dicta lo que es legítimo en términos laborales. De ahí que el jornalero con el que abrí este capítulo criticara a la empresa que lo contrataba, pues no tenía esto en cuenta y reducía el asunto a una mera transacción económica. Trabajo era, además, sinónimo de sacrificio o sufrimiento, conocimiento y progreso: solo lo conoce el que ha trabajado y solo progresa quien sufre o se sacrifica. Esta es una ideología de superación bastante más oscura que la que constituye la norma en los recuentos optimistas y desestructurados del emprendedurismo capitalista. Una ideología en que, además, el progreso no equivale a riqueza. Para muchos progresar era poder dejar de hacer trabajo físico, cubrir las necesidades familiares y, con suerte, enviar a los hijos a la universidad para que logran ser profesionistas y pudieran dejar el campo. Por cierto, estas nociones se veían marcadas por una cierta perspectiva sobre las relaciones de género.

Para quienes producen palma, el trabajo involucra responsabilidad y fortaleza, cualidad asociada en muchos casos con la masculinidad, y que supone que se ha de resistir lo que el trabajo implica, intoxicaciones

incluidas. Hay quienes encontraban satisfacción en el trabajo intenso. Era el caso de algunos hombres jóvenes que valoraban y presumían el moldeado del cuerpo que les otorgaba el trabajo físico. Para los mayores y varios jóvenes necesitados, este tipo de cuestiones pasaban a un segundo plano: la importancia del trabajo tenía más que ver con la posibilidad de, como hombres, cumplir con el deber de proveer a sus familias. Además de justificar el riesgo físico, tan conveniente para el mercado, estas lógicas subordinan a las mujeres de forma sistemática. Se da por sentado que no tienen la fortaleza de los hombres y que poseen una supuesta serie de cualidades innatas (son delicadas, cuidadosas, prácticas para agacharse) que las hacen ideales para realizar ciertas tareas, casualmente las peor pagadas.

A pesar de lo anterior, los ejidatarios también se mostraron solidarios con quienes trabajaban en sus parcelas, fueran hombres o mujeres, población local o, hasta cierto punto, migrante. Varios de ellos consideraron que valores como la reciprocidad o el compromiso debían regir las relaciones laborales, aunque estas pudieran constituir, en determinados momentos, una apuesta por la conveniencia. El buen trato era una estrategia clave para seguir teniendo trabajadores, sobre todo cuando estaban menos necesitados, pero tenía también que ver con su pasado; muchos ejidatarios fueron jornaleros en su juventud y conocían de primera mano la vida de quien no tiene tierra. Así, ejidatarios y jornaleros se llegaban a considerar como iguales (todos son campesinos), y quizás por eso concebían que el trabajo debía estar regido por la idea de compromiso; el ejidatario debía garantizar una cierta cantidad de trabajo a los jornaleros, además de ciertas condiciones laborales, y estos debían cumplir con los días estipulados de antemano. Este sentido de reciprocidad y solidaridad no siempre se extendía a los migrantes, quizás por no ser vecinos y familiares (aunque hubo quien estuvo en desacuerdo cuando hice esta apreciación), o quizás resultado del nacionalismo que el Estado mexicano ha desplegado en estas fronteras y que ha contribuido a fortalecer las diferencias (la nacionalidad) entre las poblaciones de la zona, a costa de lo que comparten (la experiencia campesina).

A pesar de todo, las concepciones de quienes producen palma en la Selva y en la Costa albergan la posibilidad de un mundo nuevo. Se trata de concepciones según las cuales el trabajo es más que una transacción

económica, pues debe involucrar aspectos como la solidaridad y la reciprocidad, y debería medirse por lo que supone en términos corporales y no por estándares abstractos de carácter mercantil, tal y como lo proponen tanto las empresas como los ambientalistas involucrados en los esquemas de certificación. Sin embargo, en contraposición con quienes celebran lo rural o lo local, estas concepciones no garantizan emancipación alguna; se sigue subordinando a las mujeres, y la masculinidad dominante pone en riesgo la salud de la población campesina, al tiempo que produce valor para industriales y comercializadores de alimentos procesados. No hay tampoco cabida para la naturaleza y otras formas de vida. El campesinado involucrado en la producción de palma en Chiapas no ofrece en sí una solución, aunque, como habría podido afirmar Gramsci, es el paso ineludible para una verdadera transformación de base popular.

Epílogo

La expansión de la palma aceitera en los ejidos de Chiapas podría explicarse en términos económicos. Este cultivo ofrece más ingresos que muchas de sus alternativas. El precio del aceite de palma, acoplado al mercado global de los combustibles fósiles desde que comenzó a ser usado para producir biodiésel, es un motor de expansión nada despreciable. O podría argumentarse que las políticas neoliberales en México, implementadas a través del Tratado de Libre Comercio y el fortalecimiento del capital privado, pusieron, poco a poco, las condiciones necesarias para que este cultivo tuviera éxito. Así, el maíz dejó de ser en muchos casos una opción de mercado, al tiempo que las empresas fueron ganando terreno en el campo. Estos argumentos cuentan con respaldo empírico, pero son solo una parte de la historia.

El éxito de la palma en los ejidos de Chiapas es también resultado de las relaciones que han vinculado a las clases campesinas con el Estado mexicano. En contraste con la mayor parte de los regímenes políticos en América Latina, en México el Estado ha cultivado consensos en el ámbito rural a base de concesiones, y ha entregado cantidades significativas de tierra y apoyos a buena parte de las clases trabajadoras del campo. Interesado en la siembra de palma por el déficit de aceite vegetal que aqueja al país, el Estado recurrió a viejas y nuevas formas de corporativismo para suplir esta carencia. Se trató de concesiones que con frecuencia involucraron lógicas más políticas que económicas, implementadas además en un contexto en que el régimen de tenencia ejidal, aún tras su modificación

de 1992, ofrece ciertas garantías para quienes viven del campo en México. Dadas las condiciones relativamente favorables, inéditas en la mayor parte de América Latina, muchos ejidatarios consideraron viable y razonable sembrar palma.

El corporativismo en México es sinónimo de cooptación, control, clientelismo y corrupción. Además, el Estado no ha dudado en usar la coerción contra quienes se han rebelado ante estos arreglos. Sin embargo, suele pasarse por alto que las clases campesinas también han contribuido a construir el corporativismo en el campo, y por buenas razones. Este les ha ofrecido ganancias significativas, evidentes en el caso de la palma en Chiapas. Recibieron plantas de palma sin costo, apoyos para establecer extractoras de aceite, además de un trato hasta cierto punto privilegiado en los mercados nacionales. El neoliberalismo pretendía eliminar dichos arreglos y con ello las ganancias para las clases populares, las cuales, dada la oportunidad, no dudaron en tomar de nueva cuenta el camino del nacionalismo económico y su lógica corporativa. Para sorpresa de muchos, esto supuso el fin de los apoyos para la palma, aunque no para los ejidatarios.

Cabe advertir que la expansión de la palma en México no solo ha sido un proyecto económico y político; ha sido también un proyecto cultural, en particular de una cultura de modernización orientada a explotar los «recursos naturales» y a transformar al campesinado en busca del progreso y el desarrollo nacional en las fronteras del sur del país. La producción de palma en monocultivo ha sido una de tantas materializaciones de esta cultura que, en el caso de las fronteras bajo estudio, ha transformado la vida práctica y social de las personas involucradas, y cuyas premisas se han tornado en sentido común, dadas las cualidades materiales de este cultivo. Este proceso ha tenido indudables costos ambientales en los que la palma parece ser más conclusión que causa primera. Los campesinos en la Selva y en la Costa son conscientes de su participación en ello, y hablan con nostalgia de esta naturaleza perdida, aunque no así de su propio pasado de carencias, dificultades y sufrimientos.

Los grupos ambientalistas han tratado de intervenir en Chiapas en pos de la protección de la naturaleza, pero pocos lo han hecho con las clases populares del campo en mente. Como consecuencia, muchos de

los habitantes de la Costa y de la Selva conciben el ambientalismo como indiferente ante sus necesidades más básicas, si no es que incluso antagónico a sus formas de vida. Una parte del ambientalismo ha recurrido a las prédicas románticas pasando por alto las condiciones materiales de la vida; otra ha optado por el mercado y el capital como vías para lograr la sostenibilidad aun a costa del bienestar de las clases rurales. Una minoría lo ha hecho desde el nacionalismo —un camino, por cierto, lleno de equívocos políticos—, y son contados quienes, en la búsqueda de alternativas más sustentables, han querido partir de las propias culturas campesinas en su concreción; en general se ha preferido partir de arquetipos, poco útiles en este caso, que orbitan en torno a la cultura del maíz, la producción de alimentos y los valores comunitarios.

Dada su historia, las clases campesinas que conocí están menos preocupadas por la soberanía alimentaria, o por preservar la cultura rural, que por evitar el jornal y la migración. Aspiran a alcanzar un mínimo de autonomía trabajando la tierra para proveer a sus familias de lo necesario (donde lo necesario, como dijo uno de ellos, es mucho). A decir de varias de las personas a las que entrevisté, la palma no es más que una herramienta para lograrlo. Tras hablarme de la fortaleza del mercado del aceite vegetal, un ejidatario de la Costa dijo: «como cualquier cultivo va a empezar a tambalear de repente. Pero, pues se aprende y para ese tiempo ya debemos estar preparados para otra cosa». Aunque algunos se identifiquen como palmeros, esta categoría está lejos de constituir una identidad, más bien suelen considerarse campesinos. Este último término tiene poco que ver con cuánta superficie de tierra tienen a su disposición, si contratan trabajadores o no, o con sus relaciones con el capital. Suelen identificarse, así, ya sea por vivir del campo, por haber luchado por la tierra, por haberse beneficiado de las políticas de reparto agrario del Estado mexicano, o por todas estas cosas. Esta concepción guarda poca relación con la noción de campesinado que suele ser la norma en los debates rurales contemporáneos, según los cuales, además, el campesino es ejemplo de tradición y sustentabilidad.

Moldeados por mil y una intervenciones modernizadoras, los ejidatarios en este libro no son, como dijera uno de ellos, campesinos de coa;

tienen la mira puesta en la modernidad, las políticas de Estado y la producción de mercado. Aunque tal perspectiva adquiere sus propios tintes dadas sus trayectorias personales y de clase: su cultura es una amalgama de valores locales y nacionales contruidos en torno a ideas relacionadas con el progreso, el trabajo y la masculinidad, y que, en sí, difícilmente constituyen la solución a los problemas sociales y ambientales del campo mexicano. Por ejemplo, estas nociones suelen servir de justificación para subordinar a las mujeres rurales, muchas de las cuales obtienen únicamente las migajas del «desarrollo» que genera la palma. Dichas concepciones deberían ser el punto de partida ineludible de cualquier intervención, si es que se pretende una transformación del campo de base popular.

Es curioso, pero ya sea en forma implícita o explícita, la mayor parte de la discusión sobre los monocultivos busca su solución lejos de ellos, y aunque parece darse por sentado que los propios monocultivos constituyen el fin de la lucha, quizás sean todo lo contrario: su frontera más caliente. Así, la palma en Chiapas no equivale a dominación o control ideológico: bajo este dosel siguen existiendo culturas e ideologías, se siguen confrontando trabajadores y patrones, y continúa habiendo diversas concepciones del mundo y de la vida. Para unos, la palma es una herramienta para lograr ganancias; para otros, la producción y el trabajo en la palma deben estar regidos por el compromiso y la solidaridad. Hay quienes buscan volver a una naturaleza prístina, quienes conciben que la sustentabilidad pasa por la administración de la destrucción, y aquellos que consideran que la palma y la naturaleza están imbricadas sin remedio, y la vuelta al pasado no solo es imposible, tampoco es deseable ni justa.

Karl Marx consideraba que la vanguardia de la lucha estaba en las fábricas y no en la producción artesanal. Quizás, y en consonancia con esta lógica, podría considerarse que los monocultivos son el lugar donde ahora se pone en juego el futuro del campo y la ruralidad; un futuro que viene cargado de luces y sombras, pues aspiraciones, anhelos y sueños de una vida mejor conllevan nuevas subordinaciones, viejos prejuicios y destrucciones inesperadas. Se trata de un horizonte político que genera, además, preguntas poco exploradas, algunas incómodas: ¿por qué encuentran las familias rurales solución a sus problemas en los monocultivos y no

en sus alternativas?, ¿por qué masculinidad y capital parecen sostenerse entre sí?, ¿qué supondría tomarse en serio el hecho de que muchos campesinos quieren para sus hijos una vida lejos del campo?, ¿por qué seguir enfocándose en estudiar las resistencias cuando estas no son sinónimo de autonomía y emancipación?, y ¿cómo lograr la transformación del sistema alimentario contemporáneo, tan dañino a nivel ambiental y social, partiendo de las aspiraciones e inquietudes de campesinos y campesinas como los que se encuentran en la Selva y la Costa de Chiapas?

Gramsci consideraba que las clases obreras y campesinas, ambas atrapadas de manera irremediable en la trama del capital, eran «las dos únicas fuerzas esencialmente nacionales y portadoras del futuro» (Gramsci 1935?:24). Es decir, las únicas clases capaces de forjar una nueva voluntad colectiva de carácter nacional-popular, de dirigir los intereses de todas las clases subordinadas y de liberarnos de la esclavitud del capital. Sin embargo, este era un hecho solo en potencia. No creía que la emancipación fuera un deseo intrínseco de las clases obreras y campesinas, ni siquiera una motivación, sin por ello creer que estas clases vivieran engañadas.

En sus escritos, Gramsci nos invita a abandonar las utopías, a su juicio construcciones retrógradas que idealizaban al campesino y ofrecían una imagen romántica y poco realista del campo y la naturaleza, lugar de plagas, carestías y otros «desastres elementales» (Gramsci 1984:114). En lugar de ello, abogaba por tomarse en serio la concepción del mundo de las clases populares, pues a partir de esta podría construirse un mundo nuevo en el que la transformación práctica del mundo dejaría de estar regida por la explotación y la necesidad, y se constituiría en un medio de libertad que generaría una nueva ideología. Consideraba que el materialismo histórico podría contribuir a esta labor, pero para ello debía analizarse la actividad histórica de las clases trabajadoras en toda su concreción, advirtiendo que el estudio de dicha actividad no debía ser: «de la ‘acción pura’, sino precisamente de la acción ‘impura’, o sea real en el sentido profano de la palabra» (Gramsci 1981b:167).

Bibliografía

- ACHTEN, WOUTER M. J., LOUIS VERCHOT, YWE JAN FRANKEN, ERIK MATHIJS, VIRENDRA PAL SINGH, RAF AERTS Y BAR MUYS
2008 «*Jatropha* bio-diesel production and use», *Biomass and Bioenergy*, 32(12), pp. 1063-1084, doi: <https://doi.org/10.1016/j.biombioe.2008.03.003>
- ALCALÁ MOYA, GRACIELA
1999 *Con el agua hasta los aparejos. Pescadores y pesquerías en El Soconusco, Chiapas*, Ciudad de México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo.
- ALONSO FRADEJAS, ALBERTO
2015 «Anything but a story foretold: Multiple politics of resistance to the agrarian extractivist project in Guatemala», *The Journal of Peasant Studies*, 42(3-4), pp. 489-515, doi: <https://doi.org/10.1080/03066150.2015.1013468>
- ÁLVAREZ DEL TORO, MIGUEL
1990 *¡Así era Chiapas! 42 años de andanzas por montañas, selvas y caminos del estado*, Tuxtla Gutiérrez, Instituto de Historia Natural.
- ARIZPE, LOURDES, FERNANDA PAZ Y MARGARITA VELÁZQUEZ
1993 *Cultura y cambio global. Percepciones sobre la deforestación en la Selva Lacandona*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.

BALSA, JUAN JAVIER Y MARÍA DOLORES LIAUDAT

- 2020 «La investigación del consenso en las luchas por la hegemonía: una propuesta metodológica y su ejemplificación en el agro pampeano actual», *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 10(2), eo81, doi: <http://dx.doi.org/10.24215/18537863eo81>

BERTH, CHRISTIANE

- 2018 *Biografías y redes en el comercio del café entre Alemania y América Central 1920-1959*, San Cristóbal de Las Casas, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur, Universidad Nacional Autónoma de México, doi: <https://doi.org/10.22201/cimsur.9676073004428p.2018>

BOBROW-STRAIN, AARON

- 2015 *Enemigos íntimos. Terratenientes, poder y violencia en Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur, Universidad Nacional Autónoma de México, doi: <https://doi.org/10.22201/cimsur.9786079493028p.2015>

BORRAS, SATURNINO M., JENNIFER C. FRANCO, SERGIO GÓMEZ, CRISTÓBAL KAY Y MAX SPOOR

- 2012 «Land grabbing in Latin America and the Caribbean», *The Journal of Peasant Studies*, 39(3-4), pp. 845-872, doi: <https://doi.org/10.1080/03066150.2012.679931>

BURAWOY, MICHAEL

- 1985 *The politics of production: Factory regimes under capitalism and socialism*, Londres, Verso.

CANO CASTELLANOS, INGREET

- 2018 *De montaña a «reserva forestal». Colonización, sentido de comunidad y conservación en la Selva Lacandona*, Ciudad de México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.
- 2023 «Pequeños palmicultor: sentir campesino y estilo productivo en el sureste de Chiapas», *Anuario Centro de Investigación y Estudios Políticos*, 14, pp. 127-159, doi: <https://doi.org/10.15517/aciep.voi14.53958>

CARBAJAL EVARISTO, SAHARI SELENE

- 2014 *Evaluación del impacto del azolvamiento en la Laguna Cerritos a partir de la canalización del río Cintalapa*, tesis de maestría, El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Tapachula.

CARR, M. K. V.

- 2009 «The water relations and irrigation requirements of banana (*Musa spp.*)», *Experimental Agriculture*, 45(3), pp. 333-371, doi: <https://doi.org/10.1017/S001447970900787X>
- 2011 «The water relations and irrigation requirements of oil palm (*Elaeis guineensis*): A review», *Experimental Agriculture*, 47(4), pp. 629-652, doi: <https://doi.org/10.1017/S0014479711000494>

CASTAÑEDA SALGADO, MARTHA PATRICIA

- 2010 «Etnografía feminista», en Norma Blazquez Graf, Fátima Flores Palacios y Maribel Ríos Everardo (coords.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 217-238.

CASTELLANOS NAVARRETE, ANTONIO

- 2023 «Un monocultivo de frontera: historia de la palma africana como proyecto de modernidad capitalista en el sur de México (1948-2018)», *Journal of Latin American Geography*, 22(1), pp. 1-26, doi: <https://doi.org/10.1353/lag.2023.a899554>

CASTELLANOS NAVARRETE, ANTONIO, PABLO PACHECO Y FABIO DE CASTRO

- 2021 «The impact of oil palm on rural livelihoods and tropical forest landscapes in Latin America», *Journal of Rural Studies*, 81, pp. 294-304, doi: <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2020.10.047>

CASTELLANOS NAVARRETE, ANTONIO, WILLMAR V. TOBAR-TOMÁS Y CARLOS E. LÓPEZ MONZÓN

- 2019 «Development without change: Oil palm labour regimes, development narratives, and disputed moral economies», *Journal of Rural Studies*, 71, pp. 169-180, doi: <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2018.08.011>

CENAPRED (CENTRO NACIONAL DE PREVENCIÓN DE DESASTRES)

2006 *Características e impacto socioeconómico de los principales desastres ocurridos en la República Mexicana en el año 2005*, Ciudad de México, CENAPRED.

CLARENCE-SMITH, WILLIAM GERVASE Y STEVEN TOPIK

2003 *The global coffee economy in Africa, Asia, and Latin America, 1500-1989*, Cambridge, Cambridge University Press.

CNA (COMISIÓN NACIONAL DEL AGUA)

1994 *Desarrollo integral del Trópico Húmedo*, Ciudad de México, CNA.

COSPITO, GIUSEPPE

2016 *El ritmo del pensamiento. Una lectura diacrónica de los «Cuadernos de la cárcel»*, Buenos Aires, Continente.

CREHAN, KATE

2004 *Gramsci, cultura y antropología*, Barcelona, Bellaterra.

DE LA PEÑA, GUILLERMO

1980 *Herederos de promesas. Agricultura, política y ritual en los Altos de Morelos*, Ciudad de México, Ediciones de la Casa Chata.

DE LA PEÑA, MOISÉS

1951 *Chiapas económico*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas.

DE LA VEGA-LEINERT, CRISTINA Y DANIEL SANDOVAL (COORDS.)

2021 *Cultivo de palma de aceite en México. Balance de la situación actual y análisis espacial*, Ciudad de México, Universidad de Greifswald, CEC-CAM y México vía Berlín e.V, en: https://www.ceccam.org/sites/default/files/palma_aceite_%20mex%20.pdf

DE VOS, JAN

2015 *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la Selva Lacandona, 1950-2000*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.

DURAND SMITH, LETICIA

2017 *Naturalezas desiguales: discursos sobre la conservación de la biodiversidad en México*, Ciudad de México, UNAM.

EDELMAN, MARC Y ANDRÉS LEÓN ARAYA

- 2014 «Ciclos de acaparamiento de tierras en Centroamérica: un argumento a favor de historizar y un estudio de caso sobre el Bajo Aguán, Honduras», *Anuario de Estudios Centroamericanos*, 40, pp. 195-228, en: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/anuario/article/view/16636>

ESCÁRCEGA LÓPEZ, EVERARDO

- 1990 «El principio de la reforma agraria», en Everardo Escárcega López (coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana. El cardenismo: un parteaguas histórico en el proceso agrario (primera parte), 1934-1940*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, pp. 39-251.

ESCOBAR TOLEDO, SAÚL

- 1990 «La ruptura cardenista», en Everardo Escárcega López (coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana. El cardenismo: un parteaguas histórico en el proceso agrario (primera parte), 1934-1940*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, pp. 9-38.

EULER, MICHAEL, KRISHNA, VIJESH, SCHWARZE, STEFAN, SIREGAR, HERMANTO Y MATIN QAIM

- 2012 «Oil palm adoption, household welfare, and nutrition among smallholder farmers in Indonesia», *World Development*, 93, pp. 219-235, doi: <https://doi.org/10.1016/j.worlddev.2016.12.019>

FÁBREGAS PUIG, ANDRÉS

- 2012 «Fronteras y colonialismo: una reflexión desde la frontera México-Guatemala», *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 17(1), pp. 6-23, doi: <https://doi.org/10.1111/j.1935-4940.2012.01188.x>

FAIRLESS, DAEMON

- 2007 «Biofuel: The little shrub that could - maybe», *Nature*, 449(7163), pp. 652-655, doi: <https://doi.org/10.1038/449652a>

FEMIA, JOSEPH V.

- 1981 *Gramsci's political thought. Hegemony, consciousness and the revolutionary process*, Oxford, Clarendon Press.

FENNER, JUSTUS

- 2015 *La llegada al sur. La controvertida historia de los deslindes de terrenos baldíos en Chiapas, en su contexto internacional y nacional, 1881-1917*, San Cristóbal de Las Casas, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur, Universidad Nacional Autónoma de México, doi: <https://doi.org/10.22201/cimsur.9786070275531p.2015>

FERNANDES, BERNARDO MANÇANO

- 2012 «Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais: contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais», *Revista Nera*, 6(8), pp. 24-34, doi: <https://doi.org/10.47946/rnera.voi6.1460>

FIORI, GIUSEPPE

- 2018 *Antonio Gramsci. Vida de un revolucionario*, Madrid, Capitán Swing.

GALARZA SUÁREZ, LUCÍA

- 2019 «Tierra, trabajo y tóxicos: sobre la producción de un territorio bananero en la costa sur de Ecuador», *Estudios Atacameños*, 63, pp. 341-364, doi: <https://dx.doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2019-0034>

GALVÁN MIYOSHI, YANKUIC M.

- 2016 *Linking land change and commodity chains in a globalizing world: The case of Mexico*, tesis de doctorado, Michigan, Universidad de Michigan.

GÁLVEZ MARROQUÍN, MAURICIO

- 2017 *Impacto de la canalización del río Vado Ancho sobre la cuenca baja, Laguna Panzacola y la pesquería*, tesis de maestría, El Colegio de la Frontera Sur, Unidad Tapachula.

GARCÍA-ULLOA, JOHN, SLOAN, SEAN, PACHECO, PABLO, GHAZOUL, JABOURY Y LIAN PIN KOH

- 2012 «Lowering environmental costs of oil-palm expansion in Colombia», *Conservation Letters*, 5(5), pp. 366-375, doi: <https://doi.org/10.1111/j.1755-263X.2012.00254.x>

GIRALDO, OMAR FELIPE

- 2018 *Ecología política de la agricultura. Agroecología y posdesarrollo*, San Cristóbal de Las Casas, El Colegio de la Frontera Sur.

GONZÁLEZ IZÁS, MATILDE

- 2014 *Modernización capitalista, racismo y violencia: Guatemala (1750-1930)*, Ciudad de México, El Colegio de México.

GRAMMONT, HUBERT C. DE Y HORACIO MACKINLAY

- 2006 «Las organizaciones sociales campesinas e indígenas frente a los partidos políticos y el Estado, México 1938-2006», *Revista Mexicana de Sociología*, 68, 4, pp. 693-729.

GRAMSCI, ANTONIO

- 1935? *Alcuni temi della questione meridionale*, Roma, Fondazione Istituto Gramsci.
- 1981a *Cuadernos de la cárcel. Tomo 1*, Ciudad de México, Ediciones Era.
- 1981b *Cuadernos de la cárcel. Tomo 2*, Ciudad de México, Ediciones Era.
- 1984 *Cuadernos de la cárcel. Tomo 3*, Ciudad de México, Ediciones Era.
- 1986 *Cuadernos de la cárcel. Tomo 4*, Ciudad de México, Ediciones Era.
- 1999 *Cuadernos de la cárcel. Tomo 5*, Ciudad de México, Ediciones Era.
- 2000 *Cuadernos de la cárcel. Tomo 6*, Ciudad de México, Ediciones Era.
- 2013 *Antología. Antonio Gramsci*, Madrid, Akal.

GRAS, CARLA Y VALERIA HERNÁNDEZ

- 2016 «Hegemony, technological innovation and corporate identities: 50 years of agricultural revolutions in Argentina», *Journal of Agrarian Change*, 16(4), pp. 675-683, doi: <http://dx.doi.org/10.1111/joac.12162>

HARVEY, NEIL

- 1993 «The difficult transition: neoliberalism and neocorporatism in Mexico», en Neil Harvey (coord.), *Mexico: Dilemmas of transition*, Londres, University of London and British Academic Press, pp. 4-26.
- 1998 «El fin del 'desarrollo' en Marqués de Comillas: discurso y poder en el último rincón de la Selva Lacandona», en María Eugenia Reyes Ramos, Reyna Moguel Viveros y Gemma van der Haar (coords.), *Espacios disputados: Transformaciones rurales en Chiapas*, Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, El Colegio de la Frontera Sur, pp. 295-310.
- 2000 *La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia*, Ciudad de México, Ediciones Era.

HERNÁNDEZ RAMÍREZ, MARÍA DEL ROSARIO

- 2021 *Sempiterna incertidumbre: la territorialidad inacabada de los retornados de Nueva Libertad, Guatemala*, tesis de doctorado, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.

HERNÁNDEZ ROJAS, DULCE A., FABIOLA LÓPEZ BARRERA Y MARTHA BONILLA MOHENO

- 2018 «Análisis preliminar de la dinámica de uso del suelo asociada al cultivo palma de aceite (*Elaeis guineensis*) en México», *Agrociencia*, 52(6), 875-893, en: <https://www.agrociencia-colpos.org/index.php/agrociencia/article/view/1711/1711>

INCLÁN FUENTES, CARLOS

- 2013 *Perote y los nazis. Las políticas de control y vigilancia del Estado mexicano a los ciudadanos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1946)*, Ciudad de México, UNAM / Gobierno del Estado de Veracruz.

INEGI (INSTITUTO NACIONAL DE GEOGRAFÍA Y ESTADÍSTICA)

- 2005 *Conteo de población y vivienda*, Aguascalientes, INEGI.
2007 *Censo ejidal*, Aguascalientes, INEGI.
2016 *Actualización del Marco Censal Agropecuario*, Aguascalientes, INEGI.

IZQUIERDO TORT, SANTIAGO

- 2018 *Payments, ecosystems and development: Payments for environmental services (PES) in the Mexican Lacandona rainforest*, tesis de doctorado, Oxford, Universidad de Oxford.

KNIGHT, ALAN

- 1994 «Weapons and arches in the Mexican revolutionary landscape», en Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (coords.), *Everyday forms of state formation: Revolution and negotiation of rule in modern Mexico*, Durham, Duke University Press, pp. 24-66.

KOH, LIAN PIN, JUKKA, MIETTINEN, SOO CHIN, LIEW Y GHAZOUJ JABOURY

- 211 «Remotely sensed evidence of tropical peatland conversion to oil palm», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 108(12), pp. 5127-5132, doi: <https://doi.org/10.1073/pnas.1018776108>

LANGNER, VOLKER

- 1985 *Kaffee in Chiapas. Süd-Mexiko und die deutschstämmigen finqueros*, tesis de maestría, Berlín, Universidad Libre de Berlín.

LAPEGNA, PABLO

- 2019 *La Argentina transgénica. De la resistencia a la adaptación, una etnografía de las poblaciones campesinas*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

LEWIS, STEPHEN

- 2015 *La revolución ambivalente. Forjando Estado y nación en Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas y la Frontera Sur, Universidad Nacional Autónoma de México, doi: <https://doi.org/10.22201/cimsur.9786070275548p.2015>

LI, TANYA M.

- 2007 *The will to improve: Governmentality, development, and the practice of politics*, Durham, Duke University Press.

LÓPEZ, NOELIA S.

- 2021 «Mundo-caña. La trama social del trabajo cañero en el estado de Chiapas (México)», *Cuadernos de Antropología*, 31(2), pp. 1-18, doi: <https://doi.org/10.15517/cat.v31i2.47459>

LUTZ, BRUNO

- 2003 «Organizar para civilizar. El Estado mexicano y el campesino en el siglo XX», *Secuencia*, 116, e1984, doi: <https://doi.org/10.18234/secuencia.voi116.1984>

MACKINLAY, HORACIO Y GERARDO OTERO

- 2006 «Corporativismo estatal y organizaciones campesinos: hacia nuevos arreglos institucionales», en Gerardo Otero (coord.), *México en transición: globalismo neoliberal, Estado y sociedad civil*, Ciudad de México, Porrúa, pp. 135-153.

MAQUIAVELO, NICOLÁS

- 2009 *El príncipe*, Madrid, Edaf.

MARTÍNEZ ALIER, JOAN

- 2021 *El ecologismo de los pobres: conflictos socioambientales y lenguajes de valoración*, quinta edición, Barcelona, Icaria Editorial.

MINTZ, SIDNEY

1996 *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores.

MITCHELL, DON

1996 *The Lie of the land. Migrant workers and the California landscape*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

MONTERO GARCÍA, LUIS A. Y VIRGINIE THIÉBAUT (COORDS.)

2018 *Veracruz, tierra de cañaverales: grupos sociales, conflictos y dinámicas de expansión*, Ciudad de México, Instituto Nacional de Antropología en Historia.

MORALES RIVERA, MANUEL ALEJANDRO

2015 *Saberes ambientales comunitarios en el ejido Río Arriba Salvación, en la Reserva de la Biósfera La Encrucijada, Chiapas, México*, tesis de licenciatura, Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

MOTZ, FRED. A Y LESTER D. MALLORY

1944 *The Fruit Industry of Mexico*, Foreign Agriculture Report, num. 9, Office of Foreign Agriculture Relations, Washington, D. C., United States Department of Agriculture.

MOUFFE, CHANTAL

2014 «Hegemony and ideology in Gramsci», en Chantal Mouffe (coords.), *Gramsci and Marxist theory*, Londres, Routledge, pp. 168-204.

NUGENT, DANIEL

1994 *Spent cartridges of revolution: An anthropological history of Namiquipa*, Chicago, Chicago University Press.

ORTIZ HERNÁNDEZ, MARÍA DE LOS ÁNGELES Y BERTHA TORAYA TORAYA

1985 *Concentración del poder y tenencia de la tierra: el caso del Soconusco*, Ciudad de México, Secretaría de Educación Pública.

OTERO, GERARDO

1996 «Neoliberal reform and politics in Mexico: an overview», en Gerardo Otero (coord.), *Neoliberalism revisited: Economic restructuring and Mexico's political future*, Boulder, Westview Press, pp. 1-26.

OTERO, GERARDO

- 2004 ¿Adios al campesinado? Democracia y formación política de las clases en el México rural, Ciudad de México, Porrúa.

PALACIOS RAMÍREZ, JOSÉ

- 2017 «Entorno, política y conciencia: pasos hacia una ecología cultural del monocultivo del olivar en Jaén», *Revista Murciana de Antropología*, 24, pp. 117-140, en: <https://revistas.um.es/rmu/article/view/310231>

PARÍS POMBO, MARÍA DOLORES

- 2006 «Sindicalismo agrario e indigenismo laboral en el Soconusco, Chiapas: 1934-1940», *Secuencia*, 65, 69-90, doi: <https://doi.org/10.18234/secuencia.voi65.969>

POTTER, LESLEY

- 2020 «Colombia's oil palm development in times of war and 'peace': Myths, enablers and the disparate realities of land control», *Journal of Rural Studies*, 78, pp. 491-502, doi: <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2019.10.035>

QUEZADA, JUAN CARLOS, ETTER, ANDRES, GHAZOU, JABOURY, BUTTLER, ALEXANDRE Y THOMAS GUILLAUME

- 2019 «Carbon neutral expansion of oil palm plantations in the Neotropics», *Science Advances*, 5(11), doi: <https://science.org/doi/10.1126/sciadv.aaw4418>

RESTREPO, EDUARDO

- 2018 *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

REVUELTAS, JOSÉ

- 1978 *Cuestionamientos e intenciones: ensayos*, Ciudad de México, Era.

REYES RAMOS, MARÍA EUGENIA

- 1992 *El reparto de tierras y la política agraria en Chiapas, 1914-1988*, San Cristóbal de Las Casas, Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas-UNAM, doi: <https://doi.org/10.22201/cimsur.9683622739p.1992>

- 2002 *Conflicto agrario en Chiapas: 1934-1964*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas.

RIST, LUCY, FEINTRENIE, LAURÈNE Y PATRICE LEVANG

2010 «The livelihood impacts of oil palm: Smallholders in Indonesia», *Biodiversity and Conservation*, 19, pp. 1009-1024, doi: <https://doi.org/10.1007/s10531-010-9815-z>

RIVERA GARZA, CRISTINA

2020 *Autobiografía del algodón*, Ciudad de México, Penguin Random House.

ROBINSON, JOAN

1964 *Economic philosophy*, Harmondsworth, Penguin.

ROSEBERRY, WILLIAM

1994 «Hegemony and contentious language», en Gilbert M. Joseph y Daniel Nugent (coords.), *Everyday forms of state formation: Revolution and negotiation of rule in modern Mexico*, Durham, Duke University Press, pp. 355-366.

SALIZZI, ESTEBAN

2020 «Frontera agraria», en Alejandra Salomón y José Muzlera (ed.), *Diccionario del agro iberoamericano*, Buenos Aires, Teseo Press, pp. 595-604.

SCOTT, JAMES C.

2003 *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, Ciudad de México, Ediciones Era.

SEARGENT, HELEN H.

1980 *San Antonio Nexapa*, Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas.

SERRANO ZAPATA, ANGELA

2023 «Another palm is possible: small-scale palm oil farmers exercising autonomy in northeast Colombia», *Journal of Agrarian Change*, doi: <https://doi.org/10.1080/03066150.2023.2258813>

SOLURI, JOHN

2013 *Culturas bananeras: producción, consumo y transformaciones socioambientales*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

STOLER, ANN LAURA

1995 *Capitalism and confrontation in Sumatra's plantation belt, 1870-1979*, Ann Harbor, The University of Michigan Press.

SVAMPA, MARISTELLA Y ENRIQUE VIALE

2014 *Maldesarrollo: la Argentina del extractivismo y el despojo*, Buenos Aires, Katz Editores.

TOGLIATTI, PALMIRO

1949 *Gramsci*, Milano, Sera Editrice.

TOLEDO, VÍCTOR

2015 *Ecocidio en México. La batalla final es por la vida*, Ciudad de México, Grijalbo.

TOLEDO TELLO, SONIA

2002 *Fincas, poder y cultura en Simojovel, Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, PROIMMSE, Universidad Nacional Autónoma de México, doi: <https://doi.org/10.22201/cimsur.9789683690937p.2002>

TORRES MAZUERA, GABRIELA

2016 *La común anomalía del ejido posrevolucionario. Disonancias normativas y mercantilización de la tierra en el sur de Yucatán*, Mérida, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

TOVILLA HERNÁNDEZ, CRISTIAN

2005 «Agonía y desaparición de los ríos y humedales en la costa de Chiapas», *Ecofronteras*, 25, 5-8, en: <https://revistas.ecosur.mx/ecofronteras/index.php/eco/article/view/873>

TURNER, FREDERICK JACKSON

1921 *The frontier in American history*, Nueva York, Henry Holt and Company.

VALLEJO, IVETTE, GIANNINA ZAMORA Y WILLIAM SACHER

2019 «Despojo(s), segregación social del espacio y territorios en resistencia en América Latina», *Íconos*, 64, pp. 11-32, doi: <https://dx.doi.org/10.17141/iconos.64.2019.3695>

VAN STRAATEN, OLIVER, MARIFE D.CORRE, KATRIN WOLF, MARTIN TCHIENKOUA, ELOY CUELLAR, ROBBIN B. MATTHEWS Y EDZO VELDKAMP

2015 «Conversion of lowland tropical forests to tree cash crop plantations loses up to one-half of stored soil organic carbon», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 112(32), pp. 9956-9960, doi: <https://doi.org/10.1073/pnas.1504628112>

VANEGAS CUBILLOS, MARTHA CRISTINA

- 2012 *Productive organisations and development: Jatropha curcas production in Chiapas, southern Mexico*, tesis de maestría, Wageningen, Universidad de Wageningen.

VILLAFUERTE SOLÍS, DANIEL Y MARÍA DEL CARMEN GARCÍA AGUILAR

- 2005 «Las organizaciones campesinas y el conflicto agrario en Chiapas: crisis y desafíos», en *Anuario 2004 del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica*, Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica, pp. 77-96.

WARMAN, ARTURO

- 1988 *Los campesinos, hijos predilectos del régimen*, Ciudad de México, Editorial Nuestro Tiempo.

WATKINS, CASE

- 2018 «Landscapes and resistance in the African diaspora: Five centuries of oil palm on Bahia's Dendê coast», *Journal of Rural Studies*, 61, pp. 137-154, doi: <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2018.04.009>
- 2021 *Palm oil diaspora: Afro-brazilian landscapes and economies on Bahia's Dendê coast*, Cambridge, Cambridge University Press.

WOLF, ERIC

- 1955 «Types of Latin American peasantry: A preliminary discussion», *American Anthropologist*, 57(3), pp. 452-471, doi: <https://doi.org/10.1525/california/9780520223332.003.0015>

WOLFF, CHRISTIANE

- 1999 *The economics of oil palm production in Chiapas, Mexico*, Ithaca, Universidad de Cornell (Working Paper WP 99-09).

Fronteras de aceite
Hegemonía de la palma africana en Chiapas
de ANTONIO CASTELLANOS NAVARRETE
estuvo bajo el cuidado de Isabel Rodríguez Ramos
y Gustavo Peñalosa Castro, con la colaboración del autor.

La obra terminó de imprimirse en julio de 2024 en los talleres de Gráfica Premier, S.A de C.V., ubicados en 5 de febrero 2039, col. San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170, Metepec, Estado de México. Los interiores se tiraron sobre papel Snow Cream de 60 g y los forros sobre cartulina sulfatada de 14 pts. En la composición tipográfica se utilizó la familia Minion pro. El tiraje fue de 250 ejemplares.